TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXI-XXV

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXI-XXV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 176

Asesor para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN GIL.



Depósito Legal: M. 549-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1608-5. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6539.

NOTA TEXTUAL

La presente traducción corresponde al texto latino de la edición de Oxford (reimpresión con correcciones de 1982) debida a C. F. Walters y R. S. Conway. Las disidencias con respecto a dicho texto van indicadas en nota a pie de página.

LIBRO XXI

Sinopsis

Preámbulo a la Segunda Guerra Púnica. Sus orígenes (1-3).
Retrato de Aníbal (4).

Caps. 5-20: Sagunto.

- Pasos previos al ataque de Sagunto. Embajadas saguntina y romana (5-6).
- Ataque a Sagunto. Aníbal herido. Brecha en la muralla (7-8).
- La embajada romana, no recibida por Aníbal, se dirige al senado cartaginés (9-10).
- Nueva ofensiva sobre Sagunto. Ataque a la ciudadela (11-12, 3).
- Tentativa de paz de Alcón y Alorco (12, 3-13).
- Toma de Sagunto: exterminio (14-15).
- Reacciones en Roma; preparativos para la guerra (16-17).
- Embajada romana a Cartago, Hispania y la Galia, con poco éxito (18-20).

Caps. 21-38: Marcha de Aníbal hasta Italia.

- Aníbal prepara e inicia la marcha por tierra hacia Italia. El sueño de Aníbal (21-22).
- Travesía de los Pirineos. Inquietud en la Galia al paso de Aníbal (23-24).

Preámbulo a la Segunda Guerra Púnica. Sus orígenes

En este punto de mi obra tengo derecho a decir por adelantado lo que muchos historiadores manifiestan en los inicios del conjunto de la suya: que voy a narrar por escrito la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo, la que hicieron los cartagineses, capitaneados por Aníbal, contra el pueblo 1
romano. En efecto, no hubo otras naciones o pueblos más 2
dotados de recursos que midieran sus armas, ni estos mismos contaron en ningún otro momento con tantos efectivos y tantas fuerzas; se confrontaban, además, unas artes bélicas que no les eran recíprocamente desconocidas, sino que las habían experimentado ya en la Primera Guerra Púnica, y la suerte de la guerra tuvo tantas alternativas y su resultado final fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron. Fue casi mayor, incluso, el enco- 3
no que las fuerzas con que se enfrentaron, llenos de indignación los romanos porque los vencidos tomaban la iniciativa bélica en contra de los vencedores, y los cartagineses porque a su entender se había ejercido sobre los vencidos un dominio tiránico y cicatero. Se cuenta [1], por otra parte, 4
que Aníbal, cuando tenía nueve años, al pedir a su padre Amílcar, entre carantoñas infantiles, que lo llevase a Hispania, en el momento en que estaba ofreciendo un sacrifi-

[1] En XXXV, 19, 3, el propio Aníbal refiere a Antíoco el episodio del juramento. Y aparece en Polibio (III 11, 5), Nepote *(Han.* II 3) y otros.

cio con la intención de pasar allí a su ejército una vez finalizada la guerra de África [2], fue acercado al altar y con la mano puesta sobre la víctima obligado a jurar que tan pronto como pudiera se convertiría en enemigo del pueblo romano [3]. La pérdida de Sicilia y Cerdeña traía a mal traer a aquel hombre de gran espíritu, pues en su opinión se había entregado Sicilia al dar por perdida la situación de forma demasiado precipitada, y en cuanto a Cerdeña, los romanos se habían apoderado de ella a traición durante la rebelión de África, imponiéndole encima un nuevo tributo [4].

2 Torturado por estos sentimientos, durante la guerra de África que tuvo lugar inmediatamente a continuación de la paz con Roma y duró cinco años [5], y luego en Hispania, durante nueve años, actuó de tal forma incrementando el
2 poderío cartaginés que resultaba evidente que andaba dándole vueltas á la idea de una guerra de mayor alcance que la que estaba haciendo y que, si hubiese vivido más tiempo, conducidos por Amílcar los cartagineses habrían llevado a Italia la guerra que [6] llevaron conducidos por Aníbal.

3 La muerte de Amílcar, muy oportuna, y la corta edad de Aníbal aplazaron la guerra. En el período intermedio entre el padre y el hijo, durante casi ocho años ocupó el mando Asdrúbal, que en la flor de la edad, según cuentan,
4 se ganó primero la voluntad de Amílcar, luego fue promo-

[2] La que libró Cartago contra las tropas mercenarias sublevadas, al finalizar la primera guerra, y que duró desde el 241 al 238 a. C.

[3] Según otra tradición, la fórmula fue «que nunca sería amigo de los romanos».

[4] Referencia a hechos ocurridos el 238/237 a. C.

[5] Tres años y cuatro meses según Polibio (I 88, 7). Cuatro años y cuatro meses según Diodoro (XXV 6).

[6] Seguimos la variante *quae* de la *ed. Iuntina* de 1522.

cionado a yerno en atención sin duda a los otros rasgos de su carácter, y como era el yerno, fue puesto en el poder por influencia del partido de los Barca, más que mediana entre la tropa y la plebe, aunque claramente en contra de la voluntad de los nobles [7]. Asdrúbal, recurriendo a la pru- 5
dencia en mayor medida que a la fuerza, estableciendo lazos de hospitalidad con los reyezuelos y ganándose nuevos pueblos por la vía de la amistad con sus principales más que por la de la guerra o las armas, incrementó el poderío cartaginés. Sin embargo la paz no le supuso una mayor 6
seguridad: un bárbaro, despechado porque había hecho morir a su amo, le cortó la cabeza públicamente, y, apresado por los que estaban alrededor, con la misma expresión en su rostro que si hubiera escapado, a pesar incluso de ser sometido a tortura conservó tal semblante que, sobreponiéndose con alegría a los dolores, incluso parecía estar sonriendo. Con este Asdrúbal, dado que había mostrado 7
una sorprendente habilidad para atraerse a los pueblos e incorporarlos a su dominio, había renovado el pueblo romano el tratado de alianza [8] según el cual el río Ebro constituiría la línea de demarcación entre ambos imperios y se les respetaría la independencia a los saguntinos, situados en la zona intermedia entre los dominios de ambos pueblos.

No había dudas acerca de quién iba a suceder a Asdrú- 3
bal ocupando su puesto; la iniciativa militar por la que

[7] Alineados en un bando los «aristócratas», partidarios de la paz con Roma por intereses comerciales, y en otro los Barca y su círculo, apoyados en la plebe y el ejército. Los primeros, que buscaban en África el campo de expansión de Cartago, están representados por Hannón.

[8] El famoso tratado del Ebro, firmado el año 226 (ó 225), debió de ser más un tratado nuevo que una renovación del suscrito el año 241 al finalizar la Primera Guerra Púnica.

el joven [9] Aníbal había sido llevado inmediatamente a la tienda de mando y había sido aclamado general con un griterío unánime desbordante, era secundada por el favor
2 popular. Cuando apenas era un adolescente, Asdrúbal, por carta, le había llamado a su lado [10], y también en el senado había sido tratada la cuestión. Mientras que los Barca se empeñaban en que Aníbal se habituase a la vida militar
3 y sucediese a su padre en el poder, Hannón, jefe del partido contrario, dijo: «Parece que Asdrúbal pide una cosa justa, pero yo, sin embargo, no creo que se deba conceder
4 lo que pide». Como atrajo la atención de todos por la sorpresa ante un pronunciamiento tan ambiguo, añadió: «Cree Asdrúbal que la flor de la edad que él brindó al padre de Aníbal para que la disfrutara la puede a su vez reclamar del hijo con todo derecho; pero no está bien, en absoluto, que a cambio del aprendizaje de la milicia nosotros habituemos a nuestros jóvenes al capricho de los gene-
5 rales. ¿Es que tenemos miedo a que el hijo de Amílcar tarde demasiado en ver los poderes desmedidos y esa especie de tiranía de su padre, y que nosotros tardemos más de la cuenta en ser esclavos del hijo de un rey a cuyo yerno se le han dejado nuestros ejércitos como en herencia?
6 Yo estimo que se debe mantener a ese joven en casa sometido a las leyes, a las autoridades, que se le debe enseñar a vivir con los mismos derechos que los demás, no vaya a ser que en algún momento esta pequeña chispa provoque un enorme incendio».

---

[9] Con no más de 25 años.

[10] Hay dos versiones. Según una de ellas, Aníbal vino a Hispania a los nueve años con su padre, Amílcar, y según la otra, vino con Asdrúbal a los veintiuno o veintidós años. La que se generalizó fue la primera, que es la que suele seguir Livio. La segunda era de fuente latina.

Pocos, pero prácticamente los mejores, 4
se mostraban de acuerdo con Hannón, pero como ocurre las más de las veces, la cantidad se impuso a la calidad.

Retrato de Aníbal

Enviado Aníbal a Hispania, nada más
llegar se ganó a todo el ejército: los soldados veteranos 2
tenían la impresión de que les había sido devuelto el Amílcar joven; veían la misma energía en sus rasgos, la misma fuerza en su mirada, la misma expresión en su semblante, idéntica fisonomía. Después, en muy poco tiempo, consiguió que lo que tenía de su padre fuese lo menos importante en orden a granjearse las simpatías. Nunca un mismo 3
carácter fue más dispuesto para cosas enteramente contrapuestas: obedecer y mandar. No resultaría fácil, por ello, discernir si era más apreciado por el general o por la tropa.
Ni Asdrúbal prefería a ningún otro para confiarle el mando 4
cuando había que actuar con valor y denuedo, ni los soldados se mostraban más confiados o intrépidos con ningún
otro jefe. Era de lo más audaz para afrontar los peligros, 5
y de lo más prudente en medio mismo del peligro. No había tarea capaz de fatigar su cuerpo o doblegar su moral.
El mismo aguante para el calor y el frío; su manera de 6
comer y beber, atemperada por las necesidades de la naturaleza, no por el placer; el tiempo de vigilia y de sueño, repartido indistintamente a lo largo del día o de la noche;
el tiempo que le quedaba libre de actividad era el que dedi- 7
caba al descanso, para el cual no buscaba ni muelle lecho ni silencio: muchos lo vieron a menudo echado por el suelo, tapado con el capote militar, en medio de los puestos
de guardia o de vigilancia militar. No se distinguía en ab- 8
soluto entre los de su edad por la indumentaria, sí llamaban la atención sus armas y sus caballos. Era, con diferencia, el mejor soldado de caballería y de infantería a un mismo

tiempo; el primero en marchar al combate, el último en
9 retirarse una vez trabada la pelea. Las virtudes tan pronunciadas de este hombre se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado,
10 ningún escrúpulo religioso. Con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ver quien iba a ser un gran general.

Pasos previos al ataque de Sagunto. Embajadas saguntina y romana.

5 Pero desde el día en que fue proclamado general, como si le hubiese sido asignada Italia por decreto como provincia y se le hubiese encargado la guerra con-
2 tra Roma, persuadido de que no había momento que perder no fuese a ocurrir que también a él como a su padre Amílcar y después a Asdrúbal lo sorprendiese alguna eventualidad mientras andaba en vacilaciones,
3 decidió hacer la guerra a los saguntinos. Como al atacarlos iba a provocar con toda seguridad una reacción armada por parte de los romanos, llevó primero [11] a su ejército al territorio de los ólcades [12] —pueblo éste situado en el territorio de los cartagineses más que bajo su dominio, al otro lado del Ebro— para que pudiese dar la impresión, no de que había atacado a los saguntinos, sino de que se había visto arrastrado a esta guerra por la concatenación de los hechos, una vez dominados y anexionados los pue-
4 blos circundantes. Asalta y saquea la rica ciudad de Cartala [13], capital de dicho pueblo; sacudidas por esta amenaza,

[11] En el verano del año 221.

[12] Vivía este pueblo en torno al alto Guadalquivir. Según otros, entre el Guadiana y el Tajo.

[13] No se ha localizado esta población, que Polibio llama Althía.

las ciudades más pequeñas se someten a su dominio imponiéndoseles un tributo. El ejército victorioso y cargado de botín es conducido a Cartagena a los cuarteles de invierno. Allí, repartiendo con generosidad el botín y abonando de- 5
bidamente las pagas militares atrasadas se aseguró por completo las voluntades de conciudadanos y aliados y a principios de la primavera [14] puso en marcha la guerra contra los vacceos [15]. Sus ciudades de Hermándica [16] y Arboca- 6
la [17] fueron tomadas por la fuerza. Arbocala se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. Los fugitivos de Hermándica después de unirse a los exilia- 7
dos de los ólcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos [18], y atacando a Aníbal a su regre- 8
so del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército cargado con el botín. Aníbal ob- 9
vió el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. Dio orden a la caballería de 10
que atacasen a la columna entorpecida cuando la viesen metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. Entre carpetanos y tropas auxiliares 11
de ólcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. Por ello, in- 12
trépidos por naturaleza y confiando además en el número,

[14] Del año 220.

[15] Ocupaban lo que es hoy Palencia, Valladolid y Segovia, y zonas limítrofes.

[16] Salamanca.

[17] Toro.

[18] Vivían en torno a la cuenca media del Tajo. Su principal núcleo de población era Toledo.

y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo,
convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el he-
cho de estar el río de por medio, lanzando el grito de gue-
rra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando
13 alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. Tam-
bién desde la otra orilla se lanza al río un enorme contin-
gente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque
14 absolutamente desigual, puesto que mientras el soldado de
a pie, falto de estabilidad y poco confiado en el vado, po-
día ser abatido por un jinete incluso desarmado que lanza-
se su caballo al azar, el soldado de a caballo, con libertad
de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca
y de lejos con un caballo estable incluso en medio
15 de los remolinos. En buena parte perecieron en el río; al-
gunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente
llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes.
16 Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la
orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon,
y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan
tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cua-
dro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasar
el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumi-
17 sión de los carpetanos. Desde ese momento quedaba en
poder de los cartagineses todo el territorio del otro lado
del Ebro, exceptuados los saguntinos.

6 Con los saguntinos no había guerra todavía pero ya
se producían gérmenes de guerra, enfrentamientos con sus
2 vecinos, sobre todo los turdetanos [19]. Como éstos tenían

[19] Como los turdetanos poblaban una zona al suroeste de la Península muy alejada geográficamente de Sagunto, se han dado diversas explicaciones, desde la homonimia al error geográfico, con respecto a estos turdetanos vecinos de Sagunto, duramente castigados según XXIV 42,

el apoyo del mismo que promovía el conflicto y estaba claro que lo que se buscaba era no la discusión de un derecho sino la violencia, los saguntinos enviaron a Roma embajadores para pedir ayuda con vistas a una guerra inminente ya sin lugar a dudas. Eran cónsules en Roma por 3
entonces [20] Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Longo. Presentaron éstos a los embajadores ante el senado y abrieron un debate sobre los intereses de la república; se acordó enviar a Hispania embajadores con el fin de examinar la situación de los aliados [21] y, si les parecía que 4
su causa lo merecía, que comunicasen formalmente a Aníbal que se abstuviese de tocar a los saguntinos, aliados del pueblo romano, y que cruzasen a África, a Cartago, y presentasen las quejas de los aliados del pueblo romano; acordado, pero no efectuado aún el envío de esta embaja- 5
da, llegó la noticia de que Sagunto, antes de lo que nadie se esperaba, estaba siendo atacada. Se sometió entonces 6
toda la cuestión a reexamen del senado; unos eran partidarios de que se desarrollase la acción por tierra y mar, asignándoseles a los cónsules Hispania y África como provincias, y otros de que se centrase en Hispania, contra Aníbal, la guerra en su totalidad; había quienes opinaban que 7
no se debía desencadenar a la ligera una operación de tanta envergadura y que se debía esperar a que volvieran de Hispania los embajadores. Se impuso este criterio, que pa- 8

11. Ya en J. VALLEJO, *Tito Livio, Libro XXI* (C. Emerita), Madrid, 1946, puede verse el parágr. 2 de la Introducción (págs. XIX-XXX).

[20] Año 218. El propio Livio se enfrenta a la dificultad cronológica consiguiente al hecho de haberse iniciado el 219 el asedio de Sagunto (cf. cap. 15).

[21] Sobre esta alianza, cf. VALLEJO, *o. c.*, Introducción, parágr. 1, y P. JAL, *Tite-Live, Histoire Romaine, Livre XXI* (Coll. Budé), París, 1988, Introduction, n. 76.

recía el más seguro, y por eso se efectuó con mayor prontitud el envío de los embajadores Publio Valerio Flaco y Quinto Bebio Tánfilo a Sagunto a ver a Aníbal y después, si no desistía de la guerra, a Cartago, a exigir la entrega del propio general como sanción por la ruptura del tratado.

Ataque a Sagunto. Aníbal herido. Brecha en la muralla

7 Mientras los romanos debatían y preparaban estas medidas, ya Sagunto era
2 objeto de un violentísimo ataque. Estaba esta ciudad, la más rica con mucho del otro lado del Ebro, situada a unos mil pasos del mar. Sus habitantes eran oriundos, dicen, de la isla de Zacinto [22], con los que se mezclaron también algu-
3 nos del linaje de los rútulos procedentes de Árdea; sus recursos, por otra parte, se habían desarrollado en poco tiempo hasta aquel extremo con el producto del comercio marítimo y de la tierra, o bien por el crecimiento de su población, o por la integridad de costumbres, con la que cultivaron la fidelidad a sus aliados hasta el punto de costarles la ruina.

4 Aníbal, con su ejército en son de guerra, se internó en su territorio y después de arrasar por completo sus campos por todas partes, ataca la ciudad por tres puntos.
5 Había un ángulo de la muralla que estaba orientado hacia un valle más llano y abierto que el resto del contorno. En dirección a él decidió acercar los manteletes que permiti-
6 rían la aproximación del ariete a las murallas. Pero así como el terreno alejado del muro resultó bastante apropiado para movilizar los manteletes, no tuvo, sin embargo,

---

[22] No es discutido, en general, el carácter ibérico de Sagunto, pero la existencia de elementos griegos en ella, explicables por su situación, pudo originar la leyenda sobre su origen concretada en esta isla del mar Jónico, que reaparece en XXVI 24, 15.

igual éxito el intento cuando se llegó al momento de re-
matar la operación. Por una parte, los dominaba una enor- 7
me torre, y el muro estaba fortificado a una altura mayor
que el resto, dado que el lugar no ofrecía garantías, y, por
otra parte, la juventud más escogida ofrecía una resisten-
cia más enconada allí donde se veía que el peligro era más
amenazante. Empezaron por repeler al enemigo con pro- 8
yectiles, sin dejar que los que realizaban las tareas de
asedio estuviesen lo bastante a salvo en ninguna parte;
después no sólo blandían sus armas arrojadizas en defensa
de las murallas y la torre, sino que incluso tenían coraje
para salir bruscamente contra los puestos de vigilancia y
las obras de asedio del enemigo; en estos ataques en trom- 9
ba apenas caían más saguntinos que cartagineses. Ahora 10
bien, cuando el propio Aníbal, al acercarse al muro sin
tomar las debidas precauciones, cayó herido de gravedad
en la parte delantera del muslo por una jabalina de doble
punta, la huida en torno suyo fue tan acusada y tan preci-
pitada que poco faltó para que quedaran abandonados los
trabajos de asedio y los manteletes.

Después, durante unos cuantos días, lo que hubo fue 8
más un asedio que un ataque mientras se curaba la herida
del general. Durante este tiempo, si bien los combates esta-
ban interrumpidos, no lo estaban los preparativos de las
obras de asedio y de defensa, que no cesaron ni un mo-
mento. Así pues, se reinició la lucha de nuevo con mayor 2
dureza; y en varios puntos, pues algunos sitios apenas si
admitían obras, se comenzó a hacer avanzar los manteletes
y a acercar el ariete. Los cartagineses contaban con efecti- 3
vos muy abundantes: se cree, con bastante fundamento,
que tenían unos ciento cincuenta mil combatientes. Los 4
habitantes de la plaza, que habían comenzado a repartirse
en múltiples direcciones, no daban abasto a acudir a todas

5 partes y defenderlo todo. De modo que los muros sufrían
ya los embates de los arietes y estaban debilitados en mu-
chas de sus partes; una de ellas, con sus derrumbes ininte-
rrumpidos, había dejado la ciudad al descubierto; tres to-
rres, sucesivamente, y todo el muro que las unía se habían
6 venido abajo con gran estrépito. Los cartagineses habían
dado la plaza por tomada con este derrumbamiento, punto
por el que desde uno y otro lado se precipitaron a la lucha,
como si la muralla hubiese parapetado por igual a unos
7 y otros. No había ningún parecido con los combates atro-
pellados que suelen entablarse en los asaltos de las ciuda-
des cuando a uno de los contendientes se le presenta una
oportunidad, sino que los ejércitos en orden de batalla ha-
bían tomado posiciones, como en campo abierto, entre los
escombros del muro y los edificios de la ciudad, distantes
8 entre sí un trecho no muy largo. En un bando tensa los
ánimos la esperanza, en el otro la desesperación, convenci-
do el cartaginés de que con un poco de esfuerzo la toma
de la ciudad es cosa hecha, y poniendo los saguntinos sus
cuerpos como barrera delante de la ciudad desguarnecida
de murallas, sin que ninguno dé un paso atrás por miedo
a que el enemigo ocupe el espacio que él deje libre.
9 De este modo, cuanto mayor era el denuedo y más cerra-
da la formación con que se batían, mayor era el número
de heridos, al no resultar fallido ninguno de los dardos
10 que caían entre cuerpos y armaduras. Los saguntinos te-
nían la falárica, arma arrojadiza de mango de abeto re-
dondeado todo él excepto el extremo en el que se encajaba
el hierro; éste, cuadrado como el del *pilum*, lo liaban con
11 estopa y lo untaban de pez; el hierro, por otra parte, tenía
tres pies de largo a fin de que pudiese traspasar el cuerpo
a la vez que la armadura. Pero era especialmente temible,
aunque quedase clavado en el escudo y no penetrase en

el cuerpo, porque, como se le prendía fuego por el centro 12
antes de lanzarlo y con el propio movimiento la llama que portaba cobraba gran incremento, obligaba a soltar el arma defensiva y dejaba al soldado desprotegido para los golpes siguientes.

La embajada romana, no recibida por Aníbal, se dirige al senado cartaginés

El combate se había mantenido incier- 9
to durante largo tiempo y la moral de los saguntinos estaba crecida porque, contra lo que cabía esperar, se mantenían firmes, mientras que el cartaginés se consideraba vencido porque no había resultado vencedor, cuando súbitamente los ha- 2
bitantes de la plaza dando el grito de guerra rechazan al enemigo hasta los escombros del muro; de allí, embarazado y en pleno desconcierto, lo desalojan violentamente, y por último lo dispersan, lo ponen en fuga y lo obligan a retirarse al campamento.

Entretanto cundió la noticia de que habían llegado unos 3
embajadores de Roma; Aníbal envió a la costa a su encuentro unos emisarios a comunicarles que ni iban a poder llegar hasta él con seguridad a través de tantos pueblos armados tan incontrolables, ni Aníbal tenía tiempo de escuchar embajadas en una situación tan comprometida. Resultaba evidente que al no ser recibidos se dirigirían in- 4
mediatamente a Cartago. Aníbal, por consiguiente, se anticipa enviando una carta y unos mensajeros a los jefes de la facción de los Barca para que preparen los ánimos de los suyos, no vaya a ser que la facción contraria haga alguna concesión al pueblo romano.

De esta forma, también aquella embajada, aparte del 10
hecho de ser recibida y escuchada, resultó completamente inútil. Hannón, en solitario frente al senado, defendió la 2

causa del tratado, en medio de un gran silencio debido a su prestigio, no a que los oyentes le dieran su aproba-
3 ción; en nombre de los dioses árbitros y testigos de los tratados, hizo un llamamiento a los senadores para que no desencadenaran una guerra con Roma a la vez que con Sagunto; él les había advertido, los había prevenido para que no enviasen al ejército a un descendiente de Amílcar; ni los manes ni la estirpe de este hombre se estarían tranquilos, ni jamás, mientras quedase algún superviviente de la sangre y el nombre de los Barca, tendrían estabilidad los
4 tratados con Roma. «Enviasteis al ejército, echando leña al fuego, a un joven que ardía en ansias de realeza y que tenía entre ceja y ceja un único camino para conseguirla: vivir rodeado de legiones armadas empalmando una guerra con otra. Alimentasteis, por tanto, estas llamas en que ahora
5 os abrasáis. Vuestros ejércitos asedian Sagunto, cosa que les prohíbe un tratado; pronto asediarán Cartago las legiones romanas, guiadas por los mismos dioses por los que vengaron la ruptura de los tratados en la guerra anterior.
6 ¿Es que no conocéis al enemigo, o no os conocéis a vosotros mismos, o no conocéis la suerte de uno y otro pueblo? A unos embajadores que venían de parte de unos aliados en favor de sus aliados, vuestro general no los recibió en su campamento; violó el derecho de gentes; ellos, no obstante, rechazados de donde no se rechaza ni siquiera a los embajadores enemigos, se presentaron a vosotros; exigen una reparación de acuerdo con el tratado; no se falte oficialmente a la palabra: reclaman al culpable responsable
7 del delito. Cuanto más moderadamente actúan, cuanto más tardan en pasar a la acción, más persistente temo que sea su dureza cuando empiecen. Fijad vuestra atención en las islas Egates y en el Érice, y en lo que habéis soportado

por tierra y mar a lo largo de veinticuatro años [23].
Y no era el general este muchacho, sino el propio Amílcar, 8
su padre, un nuevo Marte según ésos pretenden. Pero no
nos mantuvimos alejados de Tarento, o sea de Italia, a
tenor del tratado, igual que ahora no nos mantenemos ale-
jados de Sagunto. Vencieron, pues, los dioses y los hom- 9
bres, y lo que se discutía de palabra, cuál de los dos pue-
blos había violado el tratado [24], lo dirimió el resultado de
la guerra, como juez justo, dando la victoria a quien tenía
el derecho de su parte. Ahora Aníbal acerca a Cartago 10
sus manteletes y sus torres, bate con el ariete las murallas
de Cartago; las ruinas de Sagunto —¡ojalá resulte yo un
falso adivino!— caerán sobre vuestras cabezas, y la guerra
iniciada contra los saguntinos habrá que mantenerla con-
tra los romanos. ¿Vamos entonces a entregar a Aníbal?, 11
se dirá. Soy consciente de que mi autoridad en esta cues-
tión es escasa debido a mi enemistad con su padre; pero
si me alegré de la muerte de Amílcar fue porque si él estu-
viera vivo estaríamos ya en guerra con los romanos, y a
este joven lo detesto profundamente como genio maligno
y atizador de esta guerra; y no sólo debe ser entregado 12
como reparación por la violación del tratado sino que, aun
en caso de que nadie lo reclamase, habría que deportarlo
al último confín del mar y de la tierra, relegarlo a un lugar
desde donde no pudiese llegar hasta nosotros ni su nombre

[23] Referencia a la duración de la Primera Guerra Púnica, y al escenario de su episodio final: las islas Egates, situadas cerca de Lilibeo, en la costa occidental de Sicilia; y el monte Érice, situado al oeste de la isla, que hubo de ser abandonado por Amílcar Barca.

[24] Los cartagineses habían ayudado a los tarentinos frente a los romanos el año 272, contraviniendo una posible cláusula (Polibio lo niega) de un tratado que prohibiría a los cartagineses intervenir en Italia y a los romanos en Sicilia. Cf. *Per.* XIV 9.

ni su fama, ni él pudiese turbar la situación de tranquili-
13 dad de la población, eso es lo que yo pienso. Mi parecer es que se deben enviar inmediatamente unos embajadores a Roma a presentar excusas al senado, otros a comunicar a Aníbal que retire de Sagunto el ejército y hacer entrega del propio Aníbal a los romanos de acuerdo con el tratado, y una tercera embajada a ofrecerles una reparación a los saguntinos».

Nueva ofensiva sobre Sagunto. Ataque a la ciudadela

11 Cuando Hannón terminó su discurso no hubo necesidad de que nadie interviniese para rebatirlo: hasta ese extremo estaba con Aníbal prácticamente todo el senado; se argüía incluso que Hannón había hablado con mayor hostilidad que el embajador romano
2 Flaco Valerio[25]. Se les respondió luego a los embajadores romanos que la guerra la habían originado los saguntinos, no Aníbal; que el pueblo romano no obraba con justicia si ponían a los saguntinos por encima de la antiquísima[26] alianza con los cartagineses.

3 Mientras los romanos pasaban el tiempo enviando embajadores, Aníbal, como tenía a sus hombres agotados por los combates y las obras, les concedió unos cuantos días de descanso después de establecer guardias para vigilar los manteletes y las otras obras. Entretanto enardece sus ánimos encendiendo unas veces su rabia contra los enemigos
4 y otras con la esperanza de recompensas; eso sí, cuando proclamó ante la asamblea de soldados que si la ciudad era tomada el botín iba a ser para el ejército, les entró

[25] Anteposición del *cognomen*.

[26] La primera que recoge Livio (VII 27, 2) corresponde al año 348. Polibio menciona otra anterior, y el propio Livio en IX 43, 26 dice que el tratado a que ahí se refiere fue *tertio renouatum*.

a todos tal fiebre que daba la impresión de que no habría
fuerza capaz de resistirlos si se diera en ese momento la
señal de ataque. Los saguntinos habían tenido una tregua 5
en los combates sin ser hostigados ni hostigar durante al-
gunos días, pero habían trabajado sin cesar día y noche
para levantar un nuevo muro en la parte donde la ciudad
había quedado desguarnecida por el derrumbe. Fueron luego 6
objeto de un ataque bastante más encarnizado que antes,
y al cundir por todas partes una algarabía de gritos contra-
puestos no eran capaces de saber con certeza a dónde acu-
dir en auxilio con mayor presteza o con mayor intensidad.
El propio Aníbal animaba en el sitio por donde se hacía 7
avanzar una torre móvil que ganaba en altura a todas las
fortificaciones de la ciudad. Cuando esta torre, una vez
arrimada a las murallas, las barrió de defensores con las
catapultas y ballestas colocadas en todos sus pisos, Aníbal, 8
convencido de que era el momento oportuno, envió a unos
quinientos africanos con zapapicos para socavar la base
de la muralla. No era una tarea difícil, porque no se les
había dado consistencia a las piedras a base de mortero
sino que estaban unidas con barro según el antiguo sistema
de construcción, de modo que el muro se venía abajo en 9
otros puntos además de los que recibían los embates, y por
las brechas abiertas con los desmoronamientos penetraban
en la ciudad grupos de hombres armados. Ocupan además 10
una posición elevada y, concentrando allí las catapultas
y ballestas, levantan un muro alrededor para tener dentro
mismo de la ciudad un fortín como ciudadela dominante.
A su vez los saguntinos levantan un muro interior delante
de la zona de la ciudad no ocupada aún. Unos y otros 11
fortifican y combaten con la mayor intensidad, pero los
saguntinos, al fortificar cada vez más adentro, cada día
que pasa hacen más pequeña la ciudad. Al mismo tiempo, 12

con el prolongado asedio se va incrementando la escasez de todo y se van debilitando las esperanzas de una ayuda del exterior, al estar tan lejos los romanos, su única espe-
13 ranza, y en poder del enemigo todo el contorno. No obstante, reanimó un tanto su baja moral una súbita expedición de Aníbal contra los oretanos[27] y carpetanos, dos pueblos éstos que, soliviantados por el rigor del llamamiento a filas, habían retenido a los reclutadores haciendo temer una defección, pero que desistieron de un levantamiento armado sorprendidos por la rápida reacción de Aníbal.
12 Sin embargo, el ataque a Sagunto no perdía intensidad: Maharbal, hijo de Himilcón —Aníbal le había dejado el mando—, dirigía las operaciones con tal diligencia que ni sus compatriotas ni los enemigos notaban la ausencia del ge-
2 neral. Maharbal libró algunos combates con éxito, y con tres arietes derribó una buena porción de muralla, mostrándole a Aníbal a su regreso todo el suelo sembrado de escombros
3 recientes. Así pues, el ejército fue llevado inmediatamente hacia la propia ciudadela y se entabló un combate encarnizado con gran cantidad de bajas por ambos bandos, y fue tomada una parte de la ciudadela.

Tentativa de paz de Alcón y Alorco

Hubo a continuación una tentativa de paz, con pocas esperanzas, por parte de dos hombres: Alcón, saguntino, y Alor-
4 co, hispano. Sin que se enteraran los saguntinos, Alcón, pensando que con súplicas iba a conseguir algo, se trasladó durante la noche a presencia de Aníbal; como las lágrimas no surtían efecto y se exigían unas condiciones muy duras, propias de un vencedor encolerizado, pasó de intercesor a tránsfuga y se quedó con el enemigo asegurando que perdería la vida quien

[27] Vivían en el alto Guadiana, al sur de los carpetanos.

llevase una propuesta de paz con semejantes condiciones.
En efecto, se pretendía que diesen una reparación a los 5
turdetanos y que, previa entrega de todo el oro y la plata,
salieran de la ciudad con lo puesto y se establecieran don-
de el cartaginés les indicase. Mientras que Alcón decía que 6
los saguntinos no iban a aceptar unas condiciones seme-
jantes, Alorco, sosteniendo que las voluntades se doblegan
cuando se doblega todo lo demás, se ofrece como interme-
diario de semejante paz; era entonces soldado de Aníbal,
pero amigo reconocido y huésped de los saguntinos. Des- 7
pués de entregar de forma bien visible su arma a los centi-
nelas enemigos, una vez rebasadas las fortificaciones fue
conducido, y además a petición propia, ante el jefe de los
saguntinos. Se produjo allí al instante una aglomeración 8
de gente de todo tipo, y después de desalojar al resto de
la multitud se le concedió a Alorco audiencia ante el sena-
do. Su discurso fue como sigue [28]:

«Si vuestro compatriota Alcón, igual que se presentó 13
a Aníbal para pedir la paz, hubiera vuelto a informaros
de las condiciones de paz puestas por Aníbal, hubiera esta-
do de más este viaje que me ha traído hasta vosotros sin
ser un tránsfuga ni venir en nombre de Aníbal; pero como 2
él se ha quedado con el enemigo, sea vuestra o suya la
culpa —suya si el miedo lo fingió, vuestra si los que infor-
man con veracidad corren peligro entre vosotros—, yo, para
que no ignoraseis que se os brindan algunas condiciones
de salvación y de paz, he acudido a vosotros en nombre
de los antiguos lazos de hospitalidad que nos unen.
Pues bien, que hablo en nombre de vuestra causa y en el 3
de nadie más os lo garantice ya el hecho de que ni mien-

[28] Sobre este discurso puede verse J. M. MIR, «Alorci Hispani oratio apud T. Livium», *Palaestra Latina* 38, 1968, 157-164.

tras os mantuvisteis firmes con vuestras propias fuerzas ni mientras estuvisteis a la espera de la ayuda de los roma-
4 nos, jamás os hice alusión a la paz. Ahora que ni os queda esperanza alguna de parte de los romanos ni os protegen ya suficientemente vuestras armas ni vuestras murallas, os traigo la propuesta de una paz más obligada que ventajosa.
5 Hay alguna esperanza de paz a condición de que vosotros la aceptéis como vencidos, de la misma manera que Aníbal la propone como vencedor, y que no valoréis como un perjuicio lo que se pierde, puesto que todo pertenece al vence-
6 dor, sino como un regalo lo que se os deja. Os quita una ciudad que tiene tomada casi por completo, derruida en gran parte; os deja los campos, con la intención de asignaros un espacio para que en él edifiquéis una nueva ciudad.
7 El oro y la plata tanto públicos como privados pide que le sean entregados en su totalidad; vuestras personas y las de vuestras mujeres e hijos las preserva de malos tratos si os avenís a salir de Sagunto con dos equipos de ropa cada uno.
8 Esto es lo que os exige el enemigo vencedor; esto, aunque es duro y amargo, os lo aconseja vuestra situación. Yo, la verdad, abrigo alguna esperanza de que, cuando lo hayáis entregado todo en sus manos, rebajará algo estas con-
9 diciones; pero creo que es preferible soportarlas incluso tal cual a dejar que vuestros cuerpos sean destrozados y vuestras mujeres e hijos arrebatados y arrastrados ante vuestros ojos según el derecho de guerra».

Toma de Sagunto: exterminio

14 Como para escucharlo se había ido situando poco a poco en derredor la multitud mezclándose asamblea del pueblo y senado, súbitamente los ciudadanos principales se retiraron antes de que se diera una respuesta, reunieron en el foro todo el oro y plata del tesoro público y privado, y arrojándolo al fuego encen-

dido con ese fin deprisa y corriendo, también ellos en su mayor parte se precipitaron en las llamas. Cuando el páni- 2
co y la confusión consiguiente habían cundido por toda la ciudad, se oyó también otro nuevo alboroto procedente de la ciudadela. Una torre, batida largo tiempo, se había venido abajo y por entre sus escombros una cohorte de cartagineses se lanzó a la carga e hizo a su general la señal de que la ciudad enemiga estaba desguarnecida de las habituales guardias y centinelas. Aníbal, pensando que no ca- 3
bían vacilaciones ante una oportunidad semejante, atacó con todos sus efectivos y en un instante tomó la ciudad dando la consigna de matar a todos los hombres en edad militar. Orden cruel ésta, pero casi obligada como se comprendió por el desarrollo final de los acontecimientos; en efecto, 4
¿a quién se hubiera podido perdonar de unos hombres que o bien se encerraron con sus mujeres e hijos en sus casas haciendo que se desplomaran en llamas sobre sus cabezas, o bien, sin soltar las armas, no pusieron más fin al combate que la muerte?

La ciudad fue tomada con un enorme botín. A pesar 15
de que en su mayor parte había sido destruido adrede por sus dueños, y de que durante la matanza la rabia apenas había hecho distinción alguna de edades, y los prisioneros habían constituido el botín de la tropa, sin embargo es 2
un hecho comprobado que con el importe de la venta de los objetos se reunió bastante dinero y que se envió a Cartago abundante mobiliario y ropa de gran valor.

Según algunos historiadores [29], Sagunto fue tomada siete 3
meses después de haber comenzado el asedio, de allí Aníbal se retiró a Cartagena a los cuarteles de invierno, y cuatro meses después de partir de Cartagena llegó a Italia.

[29] Así Polibio, III 17, 10.

4 Si esto es así, no pudieron ser Publio Cornelio y Tiberio Sempronio los cónsules a quienes fueron enviados los embajadores saguntinos al comienzo del asedio y los mismos que en el desempeño de su cargo combatieron contra Aníbal, en el río Tesino uno de ellos y un poco más tarde
5 los dos en el Trebia. O bien todo ocurrió en bastante menos tiempo, o a comienzos del año del consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio tuvo lugar no el co-
6 mienzo del asedio, sino la toma de Sagunto. En efecto, la batalla del Trebia no podemos situarla en el año del consulado de Gneo Servilio y Gayo Flaminio [30], porque Gayo Flaminio tomó posesión de su cargo en Arímino, habiendo sido proclamado por el cónsul Tiberio Sempronio [31], que acudió a Roma después de la batalla del Trebia para las elecciones consulares y, una vez finalizados los comicios, regresó al ejército a los cuarteles de invierno.

Reacciones en Roma; preparativos para la guerra

16 Casi simultáneamente los embajadores, que estaban de vuelta de Cartago, informaron en Roma de que allí el ambiente era del todo hostil, y se anunció la des-
2 trucción de Sagunto; a los senadores les invadió un pesar tan profundo y al mismo tiempo lástima por los aliados tan indignamente exterminados así como vergüenza por no haberles prestado ayuda y cólera contra los cartagineses y miedo por la situación en su conjunto como si ya el enemigo estuviese a la puerta, que, conturbados sus ánimos por tantos sentimientos simultáneos,
3 en vez de tomar decisiones se azoraban. Sentían, en efecto, que nunca había combatido contra ellos enemigo más implacable y belicoso, ni el estado romano se había mostrado

---

[30] Entraron en funciones como cónsules el 15 de marzo del 217.

[31] Cf. 57, 4.

jamás tan decaído y tan débil; los sardos y corsos y los 4
istros e ilirios lo que habían hecho había sido provocar
más que poner a prueba al ejército romano, y con los ga-
los más que guerra había habido escaramuzas; el enemigo 5
cartaginés, veterano de veintitrés años [32] de durísima cam-
paña entre los pueblos hispanos, siempre victorioso, habi-
tuado a un general implacable, que acababa de destruir
una ciudad riquísima, cruzaba el Ebro, arrastraba consigo 6
a gran número de pueblos a los que había hecho salir de
Hispania, iba a concitar a los pueblos galos, siempre se-
dientos de combate; los romanos iban a tener que hacer
la guerra contra el mundo entero en Italia y ante los muros
de Roma.

Ya se habían designado con anterioridad los campos 17
de operaciones de los cónsules; se les pidió entonces que
los echaran a suertes. A Cornelio le tocó Hispania, a Sem-
pronio África junto con Sicilia. Se decretó para aquel año 2
el alistamiento de seis legiones, el número de aliados que
los cónsules estimaran, y flota, la mayor que se pudiera
aprestar. Romanos se alistaron veinticuatro mil de a pie 3
y mil ochocientos de a caballo, y aliados cuarenta mil de
a pie y cuatro mil cuatrocientos de a caballo; naves se fle-
taron doscientas veinte quinquerremes y veinte ligeras.
Se preguntó luego al pueblo si quería y mandaba que se 4
declarase la guerra al pueblo cartaginés, y con motivo de
dicha guerra una rogativa pública recorrió la ciudad y se
suplicó a los dioses que tuviese un desenlace bueno y feliz
la guerra que el pueblo había mandado.

Se repartieron las tropas entre los cónsules de la forma 5
siguiente: a Sempronio le fueron asignadas dos legiones
—cada una suponía cuatro mil hombres de infantería y tres-

[32] Los transcurridos entre las dos guerras púnicas, 241-218.

cientos de caballería—, y aliados, dieciséis mil de infantería y mil ochocientos de caballería; naves pesadas ciento
6 sesenta, y ligeras doce. Con estos efectivos de tierra y mar Tiberio Sempronio fue enviado a Sicilia con la idea de hacerlos cruzar a África si el otro cónsul se bastaba para
7 alejar de Italia al cartaginés. El número de efectivos asignados a Cornelio fue más reducido, porque se enviaba también a la Galia al pretor Lucio Manlio con una guarnición
8 nada floja; se le rebajó sobre todo el número de navios a Cornelio: le fueron asignadas sesenta quinquerremes, pues no se creía que el enemigo fuese a llegar por mar o que fuese a tener lugar una confrontación naval, dos legiones romanas con la caballería correspondiente, y catorce mil
9 aliados de a pie con mil seiscientos jinetes. La provincia de la Galia contó con dos legiones romanas y diez mil aliados de infantería, y de caballería mil aliados y seiscientos romanos, efectivos destinados al mismo fin, la Guerra Púnica.

Embajada romana a Cartago, Hispania, la Galia, con poco éxito

18 Efectuados estos preparativos, para cumplir con todos los requisitos legales previos a la guerra envían a África unos embajadores de edad avanzada, Quinto Fabio [33], Marco Livio, Lucio Emilio, Gayo Licinio y Quinto Bebio [34], para inquirir de los cartagineses si Aníbal había atacado Sagunto por decisión oficial,
2 y en caso de que los cartagineses reconociesen y mantuviesen, como parecía que iban a hacer, que se había actuado

[33] La opinión más común se inclina a pensar que se trató en realidad de Marco (Fabio Buteón, cónsul el año 245).

[34] Marco Livio (Salinátor) y Lucio Emilio (Paulo), cónsules del año 219. Gayo Licinio (Varo), cónsul el 236. Quinto Bebio (Tánfilo), embajador en 6, 8.

por decisión oficial, declarar la guerra al pueblo cartaginés.
Una vez que los romanos llegaron a Cartago y les fue con- 3
cedida audiencia en el senado, cuando Quinto Fabio se li-
mitó a hacer la única pregunta que se le había encomenda-
do, uno de los cartagineses dijo: «Ya fue precipitada, ro- 4
manos, vuestra anterior embajada, cuando exigíais la en-
trega de Aníbal por atacar Sagunto a iniciativa propia; pe-
ro esta embajada, hasta ahora más suave de palabra, en
la práctica es más dura. Entonces, en efecto, era Aníbal 5
el acusado y reclamado; ahora se nos quiere arrancar a
nosotros una confesión del culpa y además se nos exige,
como a confesos, una reparación inmediata. Yo desde lue- 6
go creo que lo que debe inquirirse es, no si el ataque a
Sagunto obedeció a una iniciativa pública o privada, sino
si fue justo o injusto. Es, en efecto, cuestión nuestra inves- 7
tigar en qué actuó por decisión nuestra y en qué por deci-
sión suya un conciudadano nuestro, y tomar medidas con-
tra él: lo único que cabe discutir con vosotros es si el trata-
do [35] permitía hacerlo o no. Así pues, ya que os parece 8
correcto que se establezca qué hacen los generales por de-
cisión oficial y qué por iniciativa propia: tenemos un trata-
do con vosotros, un tratado firmado por el cónsul Gayo
Lutacio, en el cual, si bien se estipulaban medidas precau-
torias con respecto a los aliados de ambos, nada se estipu-
ló referente a los saguntinos, pues todavía no eran aliados
vuestros. Pero, se dirá, en el tratado aquel que se concluyó 9
con Asdrúbal quedan exceptuados los saguntinos. En res- 10
puesta a esto, yo no voy a decir nada más que lo que apren-
dí de vosotros. El tratado que primeramente ajustó con
nosotros Gayo Lutacio vosotros dijisteis, en efecto, que
no os obligaba porque no había sido concertado con el

[35] El del año 241.

refrendo del senado ni por mandato del pueblo; consiguientemente, se concertó un nuevo tratado por decisión oficial.
11 Si a vosotros no os obligan vuestros tratados, a no ser los firmados con vuestro refrendo o por mandato vuestro, tampoco a nosotros pudo obligarnos el tratado que Asdrúbal
12 firmó sin nuestro conocimiento. Dejad, por tanto, de referiros a Sagunto y al Ebro y parid de una vez lo que vuestra
13 intención lleva largo tiempo gestando». Entonces el romano, dando un pliegue a la toga, dijo: «Aquí os traemos la paz y la guerra: escoged lo que os plazca». A estas palabras se respondió a gritos, con no menos arrogancia, que
14 diera lo que quisiera, y cuando él, deshaciendo otra vez el pliegue, dijo que daba la guerra, replicaron todos que la aceptaban y que con la misma decisión con que la aceptaban la iban a hacer.

19 Esta forma directa de llevar a cabo la inquisitoria y declarar la guerra pareció más acorde con la dignidad del pueblo que hacer disquisiciones verbales acerca de la legitimidad de los tratados tanto antes como especialmente des-
2 pués de la destrucción de Sagunto. Pero si se hubiera tratado de una discusión de palabras, ¿cómo se iba a comparar el tratado de Asdrúbal con el anterior de Lutacio que
3 fue modificado, si en el tratado de Lutacio se había añadido expresamente que tendría plena validez si el pueblo lo aprobaba, mientras que en el tratado de Asdrúbal no figuraba una cláusula de excepción semejante, y por otra parte el tratado se vio confirmado hasta tal punto por tantos años de silencio en vida de su autor que ni siquiera muerto
4 éste se introdujo modificación alguna? Y eso que, aun ateniéndose al tratado anterior, estaban suficientemente salvaguardados los saguntinos al hacerse excepción de los aliados de una y otra parte, pues no se había añadido «los que lo son en la actualidad» ni «no se incorporará a otros

en el futuro». Y puesto que se permitía la incorporación 5
de nuevos aliados, ¿quién estimaría justo que no se admitiese como amigo a ningún pueblo fuesen cuales fuesen sus merecimientos, o que una vez admitido como aliado no se le defendiera, únicamente con la condición de no instigar a la defección a los aliados de los cartagineses ni darles acogida si se pasaban por iniciativa propia?

Los embajadores romanos pasaron de Cartago a His- 6
pania, según se les había ordenado en Roma [36], para dirigirse a los pueblos y atraerlos a su alianza o alejarlos de
los cartagineses. Llegaron en primer lugar a los dominios 7
de los bargusios, que les dispensaron una buena acogida, y despertaron en muchos pueblos del otro lado del Ebro las ganas de un cambio de suerte, porque estaban hartos
del dominio cartaginés. A continuación llegaron al territo- 8
rio de los volcianos [37], cuya respuesta, divulgada por toda Hispania, apartó de la alianza con Roma a los demás pueblos, pues la persona de más edad de entre ellos respondió
así en la asamblea: «¿No os da vergüenza, romanos, pedir- 9
nos que prefiramos vuestra amistad a la de los cartagineses cuando con quienes así lo hicieron vosotros fuisteis más crueles al traicionarlos que el enemigo cartaginés al acabar
con ellos? Mi opinión es que vayáis a buscar aliados donde 10
no se conozca el desastre de Sagunto; para los pueblos de Hispania, las ruinas de Sagunto serán un ejemplo tan siniestro como señalado para que nadie se fíe de la lealtad
o de la alianza romana». Invitados a continuación a aban- 11
donar inmediatamente el territorio de los volcianos, en ade-

[36] No hay mención anterior. Bastante cuestionada la historicidad de esta embajada.

[37] Sigue presentando dificultades la localización de los volcianos y bargusios. Si estos últimos son identificables con los bergistanos, y si *Bergium* era la actual Berga, vivirían al oeste de los ilergetes.

lante no recibieron palabras menos duras de ninguna asamblea de Hispania. Después de recorrer así Hispania infructuosamente, pasaron a la Galia.

20 Allí presenciaron un espectáculo nuevo y terrible, porque se presentaron armados en la asamblea según costum-
2 bre de aquel pueblo. Cuando, con palabras de alabanza para la gloria y el valor del pueblo romano y la grandeza de su imperio, pidieron que no le permitieran el paso a través de sus campos y ciudades al cartaginés que llevaba
3 la guerra a Italia, dicen que estalló un ataque de risa tan violento que les costó trabajo a los magistrados y a los
4 de más edad calmar a la juventud, tan estúpida y descarada les pareció la pretensión de proponer que los galos, para no dejar pasar la guerra a Italia, la desviaran hacia sí mismos y expusieran al saqueo sus campos en lugar de los
5 ajenos. Calmado por fin el alboroto, se les respondió a los embajadores que a ellos ni los romanos les habían hecho favores ni los cartagineses afrentas por los que empuñar las armas ni a favor de los romanos ni en contra de
6 los cartagineses; que, por el contrario, ellos tenían noticias de que hombres de su raza eran desalojados de las tierras y las fronteras de Italia por el pueblo romano, y que paga-
7 ban tributos, y sufrían otras humillaciones. Más o menos lo mismo se dijo y se escuchó en las demás asambleas de la Galia, y hasta que llegaron a Marsella no oyeron una
8 palabra medianamente acogedora o pacífica. Allí se enteraron con detalle y fidelidad de todo lo que los aliados [38] habían averiguado: que ya con anterioridad Aníbal se había ganado los ánimos de los galos, pero que aquella gente ni siquiera para con él iba a ser lo bastante tratable, tan

[38] Alguna tradición hacía remontar a la época de los reyes la alianza entre Marsella y Roma.

fiero e indómito era su carácter, a no ser que de forma
intermitente se ganase la voluntad de sus jefes a base de
oro, del que esa gente es muy ávida. De esta forma, des- 9
pués de recorrer los pueblos de Hispania y de la Galia,
retornan a Roma los embajadores no mucho después de
haber salido los cónsules hacia sus provincias. Encontra-
ron a toda la población tensa por la expectativa de la gue-
rra, al haberse confirmado la noticia de que los cartagine-
ses habían cruzado ya el Ebro.

Aníbal prepara e inicia la marcha por tierra hacia Italia. El sueño de Aníbal

Tomada Sagunto, Aníbal se había reti- 21
rado a Cartagena a los cuarteles de in-
vierno, y allí, enterado de las medidas to-
madas y decretadas en Roma y en Carta-
go y de que él era no sólo el general,
sino la causa de la guerra, después de re- 2
partir y vender el resto del botín, con-
vencido de que no debía dejar nada para más adelante con-
voca a los soldados de origen hispano. «Yo creo que inclu- 3
so vosotros mismos, aliados —dice—, os dais cuenta de
que una vez pacificados todos los pueblos de Hispania te-
nemos que dar fin a la campaña y licenciar los ejércitos, o
trasladar la guerra a otras tierras; en efecto, estos pueblos 4
florecerán con los frutos de la victoria tanto como de la
paz sólo a condición de que busquemos en otros el botín
y la gloria. Por consiguiente, como se avecina una campa- 5
ña lejos de casa y no es seguro cuándo vais a ver vuestros
hogares y a los seres queridos que cada uno tiene en ellos,
si alguno de vosotros quiere visitar a los suyos le concedo
permiso. Tenéis orden de presentaros al principio de la 6
primavera para iniciar, con la ayuda de los dioses, una
guerra que nos ha de reportar enorme gloria y botín».
A casi todos les resultaba grata la posibilidad, brindada 7
espontáneamente, de visitar sus casas, pues ya echaban de

menos a los suyos y además preveían que los iban a añorar
8 en mayor medida en el futuro. El descanso durante todo
lo que duró el invierno, entre las fatigas ya pasadas y las
que iban a pasar bien pronto, restableció sus fuerzas físi-
cas y su moral para aguantarlo todo de nuevo; al comien-
zo de la primavera, de acuerdo con la orden recibida, se
presentaron.
9 Aníbal, después de pasar revista a las tropas auxiliares
de todos los pueblos, marchó a Cádiz y cumplió sus votos
a Hércules comprometiéndose con otros nuevos para el ca-
10 so de que todo lo demás saliera bien. A continuación, preo-
cupándose al mismo tiempo de la ofensiva y la defensiva
bélica, no fuera a ocurrir que, mientras él se dirigía a Ita-
lia por tierra a través de Hispania y de la Galia, quedase
África desguarnecida y con el flanco descubierto por la
parte de Sicilia para los romanos, decidió asegurarla con
11 una sólida guarnición. A cambio pidió a su vez un comple-
mento de tropas procedentes de África, lanzadores de vena-
blos sobre todo, con armamento ligero, con el fin de que los
africanos en Hispania y los hispanos en África, que iban a
ser mejores soldados tanto unos como otros lejos de su pa-
tria, hicieran su servicio de armas como obligados con rehe-
12 nes mutuos. Envió a África trece mil ochocientos cincuenta
soldados de infantería armados de *caetra* [39], ochocientos
setenta honderos baleares y mil doscientos jinetes de múlti-
13 ples nacionalidades entremezcladas. A estas tropas les da
orden de servir en parte de guarnición a Cartago y en par-
te distribuirse por África. Al mismo tiempo, después de
enviar reclutadores a las ciudades, ordena que los cuatro
mil jóvenes escogidos reclutados sean conducidos a Carta-
go como guarnición a la vez que como rehenes.

[39] Escudo circular de pequeño tamaño. Véase VALLEJO, *o. c.*, 36 ss.

Pensando que tampoco Hispania debía quedar descui- 22
dada, y ello por mayor razón porque no era desconocedor de que la habían recorrido los embajadores romanos para atraerse la voluntad de sus jefes, se la asigna como campo 2
de operaciones a su hermano Asdrúbal, hombre activo, y le da seguridad con refuerzos sobre todo africanos: once mil ochocientos cincuenta africanos de infantería, trescientos lígures, quinientos baleares. A estas fuerzas auxiliares 3
de infantería se sumaron cuatrocientos cincuenta jinetes libiofenicios, mezcla este contingente de cartagineses y africanos, y unos mil ochocientos númidas y moros, que habitan a la orilla del océano, más un reducido contingente, doscientos jinetes, de ilergetes [40] procedentes de Hispania; y para que no faltase ningún tipo de apoyo terrestre, veintiún elefantes. Además, para proteger la costa, pues cabía 4
pensar que los romanos desarrollarían las operaciones bélicas, también entonces, en el terreno en que habían salido victoriosos [41], se le asigna una flota compuesta por cincuenta quinquerremes, dos cuatrirremes y cinco trirremes; pero utilizables y equipadas con sus remeros, había treinta y dos quinquerremes y las cinco trirremes.

De Cádiz retornó a Cartagena al campamento de in- 5
vierno del ejército, y emprendiendo desde allí la marcha lo conduce por la costa, pasando por la ciudad de Onusa [42], hacia el Ebro. Cuentan que allí, durante el sueño [43], 6

[40] La tribu de los ilergetes era la más poderosa del norte del Ebro y extendía sus dominios hacia Zaragoza y Huesca y hasta el pie de los Pirineos. Su centro era *Ilerda* (Lérida).

[41] Tres victorias navales habían puesto fin a la Primera Guerra Púnica.

[42] Hay discrepancias sobre su localización, entre Cartagena y Sagunto. Cf. Vallejo, *o. c.*, parágr. 6 de la Introducción.

[43] Sobre este sueño de Aníbal puede verse el estudio de G. Cipriani, *L'epifania di Annibale. Saggio introduttivo a Livio 'Annales' XXI*, Bari, 1984.

se le apareció un joven de aspecto divino diciendo que era un enviado de Júpiter para guiar a Aníbal a Italia; que le siguiera, por tanto, y no apartase de él los ojos en nin-
7 gún momento. Al principio lo siguió, sobrecogido, sin volver la vista ni un instante hacia los lados ni hacia atrás; después, por esa curiosidad propia de la naturaleza humana, como andaba preguntándose qué sería lo que se le había prohibido mirar a su espalda, no fue capaz de contro-
8 lar sus ojos; vio entonces que tras él una serpiente de un tamaño extraordinario reptaba causando enormes estragos entre árboles y arbustos, y que detrás venía una nube de
9 tormenta acompañada de fragor celeste. Al preguntar entonces qué enormidad era aquélla y de qué prodigio se trataba, oyó que era la destrucción de Italia, que siguiese adelante su marcha y no hiciese más preguntas, dejando que los destinos se mantuvieran ocultos.

Travesía de los Pirineos. Inquietud en la Galia al paso de Aníbal

23 Lleno de alegría por esta visión, hizo que sus tropas cruzaran el Ebro en tres cuerpos enviando por delante unos emisarios para ganarse a base de dádivas los ánimos de los galos por donde tenía que pasar el ejército y para efectuar un reconocimiento de los pasos de los Alpes. Cruzó el Ebro con noventa mil soldados de a pie y doce mil de a caballo.
2 Sometió seguidamente a los ilergetes y bargusios y a los ausetanos[44] y la Lacetania[45], que está situada en las estribaciones de los montes Pirineos, y le dio a Hannón el mando de toda aquella comarca para mantener bajo su control los desfiladeros que comunican las Hispanias con las Galias.
3 Para mantener la ocupación de la zona le fue entregado

[44] Tribu pirenaica con centro en *Ausa* (Vich).

[45] Los lacetanos serían vecinos de los ausetanos por el Oeste.

a Hannón un destacamento de diez mil soldados de infante-
ría y mil de caballería. Cuando comenzó la travesía del 4
ejército por los desfiladeros de los Pirineos [46] y se difundió
entre los bárbaros el rumor, bastante fundado, de una gue-
rra contra Roma, tres mil soldados de a pie carpetanos
dieron la vuelta desde allí. Era un hecho que los impulsó
a ello no tanto la guerra como lo largo del camino y el
paso infranqueable de los Alpes. Aníbal, como era arries- 5
gado hacerles volver o retenerlos por la fuerza, no fuesen
a encresparse también los ánimos irreductibles de los demás,
despachó a sus casas a más de siete mil hombres, a los 6
que personalmente se había dado cuenta de que les resulta-
ba una carga servir a las armas, simulando que también
a los carpetanos los había licenciado él.

A continuación, para que la demora y la inactividad 24
no enervara los ánimos, cruza los Pirineos con el resto de
las tropas [47] y acampa junto a la ciudad de Iliberri [48].

Los galos, aunque oían decir que la guerra iba dirigida 2
contra Italia, sin embargo, como era voz común que
al otro lado de los Pirineos los hispanos habían sido some-
tidos por la fuerza y se les habían impuesto fuertes guarni-
ciones, acudieron a las armas por miedo a la esclavitud
y se concentraron en Ruscinón [49] unos cuantos pueblos.
Aníbal, cuando le llegó esta noticia, por temor a un retra- 3
so más que a la guerra envió emisarios a sus reyezuelos
para decirles que quería tener una entrevista personal con
ellos, que o bien se acercaban ellos hasta Iliberri o bien

[46] No por el Pertús sino por la Perche, para P. Bosch-Gimpera.

[47] Según Polibio (III 35, 7), eran cincuenta mil de a pie y nueve mil de a caballo.

[48] Donde la actual Elne.

[49] ¿Castel Roussillon?

se adelantaba él hasta Ruscinón para que la corta distancia
4 facilitase el encuentro; que los recibiría de buen grado en
su campamento, pero que también estaba dispuesto a acu-
dir personalmente a su encuentro sin vacilar, pues él había
llegado a la Galia como huésped, no como enemigo, y no
tenía pensado desenvainar la espada, si los galos no po-
5 nían inconveniente, hasta llegar a Italia. Esto se lo comu-
nicó a través de mensajeros; pero cuando los reyezuelos
de los galos trasladaron al instante su campamento a Ilibe-
rri y acudieron de buen grado a ver al cartaginés, ganados
a base de obsequios dejaron que el ejército pasara por su
territorio pacíficamente bordeando la plaza de Ruscinón.

Levantamientos antirromanos en el norte de Italia. Llegada de Aníbal al Ródano

25 A Italia, entre tanto, la única noticia
que había llegado era la del paso del Ebro
por parte de Aníbal, comunicada en Ro-
ma por los embajadores marselleses;
2 entonces, como si ya hubiese atravesado
los Alpes, se sublevaron los boyos [50]
instigando a los ínsubres [51], y no tanto por su antiguo re-
sentimiento contra el pueblo romano como porque sopor-
taban a regañadientes el establecimiento reciente de colonias
en las proximidades del Po, en Placencia y Cremona, en
3 territorio galo. Así pues, empuñando las armas de forma
repentina, atacaron precisamente ese territorio y provoca-
ron tal pánico y confusión que, además de la masa campe-
sina, incluso los propios triunviros romanos, Gayo Luta-
cio, Gayo Servilio y Marco Anio, venidos para hacer el

[50] Los boyos ocupaban la franja comprendida entre el Po y los Apeninos, con centro en Felsina (Bolonia). Habían sido vencidos por los romanos el 283/282.

[51] Celtas establecidos en el siglo VI en la Galia Traspadana. Su centro urbano era Mediolanium (Milán). Sometidos por los romanos en el 223 a. C.

reparto de tierras, faltos de confianza en las murallas de
Placencia se refugiaron en Mútina [52]. El nombre de Luta- 4
cio no ofrece dudas; en lugar de Anio y Servilio, algunos
anales traen Manio Acilio y Gayo Herenio [53], y otros, Pu-
blio Cornelio Asina y Gayo Papirio Masón. Tampoco se 5
sabe seguro si los embajadores enviados a los boyos a pre-
sentar la reclamación fueron maltratados, o si se produjo
el ataque contra los triúnviros cuando estaban midiendo
las tierras.

Cuando Mútina era asediada, como aquella gente inex- 6
perta en las técnicas del asedio de las ciudades y al mismo
tiempo muy poco activa para las tareas militares se senta-
ba sin hacer nada ante las murallas intactas, comenzaron
a simular que querían negociaciones de paz y los embaja- 7
dores, convocados por los jefes galos para parlamentar,
fueron apresados, no sólo contraviniendo el derecho de gen-
tes, sino violando además el compromiso adquirido para
aquella ocasión, asegurando los galos que no los dejarían
en libertad si no se les entregaban los rehenes. Cuando 8
llegaron estas noticias referentes a los embajadores, como
además Mútina y su guarnición corrían peligro, el pretor
Lucio Manlio encendido de ira lleva hacia Mútina su ejér-
cito en marcha desordenada.

Había por entonces bosques a los lados del camino, 9
tierras sin cultivar en su mayor parte. Al haber emprendi-
do la marcha sin explorar el terreno, se metió allí en una
emboscada y tras perder a muchos de sus hombres salió,
trabajosamente, a campo abierto. Allí atrincheró el cam- 10
pamento, y gracias a que los galos anduvieron faltos de
confianza para atacarlo se rehízo la moral de los soldados,

[52] Hoy Módena. Etrusca.

[53] No hay otras referencias de ninguno de los dos.

aunque sabían seguro que habían caído cerca de quinientos.
11 Se reanudó luego la marcha de nuevo, y mientras la columna avanzaba por espacios despejados no apareció el enemigo;
12 pero en cuanto se internaron otra vez en los bosques, entonces, atacando a la retaguardia en medio de una gran confusión y pánico generalizado dieron muerte a setecientos soldados y se hicieron con seis enseñas militares.
13 Así que se salió de aquella espesura impracticable y llena de obstáculos dejaron los galos de provocar pánico y los romanos de sentirlo. A partir de allí, protegiendo sin dificultad su marcha por lugares despejados los romanos se dirigie-
14 ron a Taneto [54], poblado cercano al Po. Allí, con una fortificación de circunstancias y con las provisiones que llegaban por el río, e incluso con la ayuda de los galos brixianos, se iban defendiendo frente a una multitud de enemigos cada día más numerosa.

26 Cuando llegó a Roma la noticia de esta súbita sublevación y se enteraron los senadores de que a la Guerra Púni-
2 ca había venido a sumarse además la de los galos, dispusieron que el pretor Gayo Atilio con una legión de romanos y con cinco mil aliados, alistados por el cónsul en un reciente llamamiento a filas, llevase ayuda a Manlio; Atilio llegó a Taneto sin combatir ni una vez, pues el enemigo se había retirado por miedo.

3 También Publio Cornelio, después de alistar una nueva legión en sustitución de la que había marchado con el pre-

[54] La actual Taneto se encuentra varios kilómetros al sur del Po. Y el centro urbano de los brixianos, Brixia (Brescia), 45 Kms. al Norte. Presenta dificultades la interpretación de estos datos desde el punto de vista geográfico. La bibliografía sobre la marcha de Aníbal hasta Italia es muy abundante. Puede verse W. Kissel, *Livius 1933-1978: Eine Gesamtbibliographie*, en *ANRW* II 30, 2, Berlín-Nueva York, 1982, págs. 960 s.

tor, partiendo de Roma con sesenta naves largas, bordeando la costa de Etruria y los montes de los lígures y luego de los saluvios llegó a Marsella y acampó cerca de la boca 4
más cercana del Ródano —pues este río entra en el mar por varias desembocaduras— resistiéndose a creer del todo que Aníbal hubiera salvado los montes Pirineos. Cuando 5
se percató de que éste andaba pensando en cruzar también el Ródano, como no estaba seguro sobre el sitio en que salirle al paso y los soldados no estaban aún suficientemente repuestos del traqueteo marítimo, envió entretanto delante a trescientos jinetes escogidos guiados por marselleses y auxiliares galos para hacer una exploración completa y observar al enemigo desde una posición a cubierto.
Aníbal, después de neutralizar a los demás con amenazas 6
o dinero, había llegado ya al territorio de un pueblo fuerte, el de los volcas [55]. Habitan en los contornos de las dos orillas del Ródano; pero, desconfiando de poder mantener al cartaginés alejado del territorio de su lado, para tener el río como barrera pasaron casi todas sus cosas por el Ródano y defendían con sus armas la otra orilla. A los 7
demás ribereños, e incluso a los propios volcas que se habían quedado donde residían, los convence Aníbal con dádivas para que reúnan y construyan embarcaciones por todas partes, y al mismo tiempo también ellos mismos deseaban que el ejército pasara al otro lado y su comarca se viera aligerada cuanto antes de la carga que suponía tan ingente masa humana. Se reunió así una enorme cantidad 8
de naves y barcas habilitadas de cualquier manera para uso de los vecinos; los galos comenzaron los primeros a construir otras nuevas vaciando un tronco de árbol para

[55] Ocupaban el Languedoc, con *Nemausus* (Nimes) como núcleo de población más importante.

9 cada una; después, también los propios soldados, animados por la abundancia de madera a la vez que por la facilidad de la tarea, fabricaban unas balsas toscas sin preocuparse de más con tal de que pudiesen mantenerse a flote sobre el agua y soportar carga para trasladarse deprisa y corriendo a la otra orilla ellos y su equipo.

Aníbal cruza el Ródano. Combate de caballería

27 Cuando estaba ya todo listo para cruzar, los enemigos los amenazaban desde el lado opuesto, ocupando hombres y ca-
2 ballos toda la orilla. Para alejarlos, Aníbal ordena a Hannón, hijo de Bomílcar, que salga durante el primer relevo de la guardia dirigiéndose río arriba durante una jornada con una parte de las
3 tropas, hispanas sobre todo, y que tan pronto como pueda cruce el río lo más a escondidas posible y lleve las tropas dando un rodeo para atacar al enemigo por la espalda en
4 el momento preciso. Los galos asignados como guías para la operación le explicaron que, unas veinticinco millas más arriba, el río discurría en torno a un islote presentando un lugar de paso, al ser más ancho y por tanto menos pro-
5 fundo su caudal en el punto donde se bifurcaba. Una vez allí cortaron madera a toda prisa y construyeron balsas en las que trasladar al otro lado a hombres, caballos y bagajes. Los hispanos cruzaron el río sin ninguna dificultad poniendo las ropas en odres, colocando encima sus
6 escudos y luego tendiéndose ellos. También pasó el resto de las tropas uniendo balsas, y acampando cerca del río, se repusieron del cansancio de la marcha nocturna y de los trabajos con un día de descanso, poniendo cuidado el
7 jefe en el cumplimiento puntual del plan. Emprendida la marcha al día siguiente, desde un lugar elevado hacen señales con humo indicando que han cruzado y que no están

muy lejos. Cuando Aníbal recibió este aviso dio la señal
de cruzar para no desaprovechar la ocasión.

La infantería tenía ya las embarcaciones preparadas y 8
a punto y los jinetes iban casi junto a los caballos que
cruzaban a nado... Una hilera de naves atravesada en la
parte de más arriba para frenar la fuerza de la corriente
proporcionaba tranquilidad a las barcas que cruzaban más
abajo; la mayor parte de los caballos iban a nado sujetos 9
de las bridas desde las popas, a no ser los que habían colo-
cado ensillados y embridados sobre las embarcaciones para
que pudieran ser utilizados por los jinetes nada más salir
a la orilla.

Los galos se presentan en la orilla entre alaridos di- 28
versos y con sus cantos de costumbre, sacudiendo los escu-
dos por encima de sus cabezas y blandiendo venablos en
sus diestras, a pesar de que también desde el otro lado 2
daba miedo tan gran cantidad de embarcaciones junto con
el fortísimo rumor del río y los diferentes gritos de marine-
ros y soldados, tanto los de quienes pugnaban por romper
la fuerza de la corriente como los de aquellos que desde
la otra orilla animaban a los suyos que estaban cruzando.
Ya era bastante el pánico que sentían por el tumulto que 3
les venía de cara, cuando los sorprendió por la espalda
un griterío más temible aún, al ser tomado por Hannón
su campamento. Al poco se presentaba el propio Hannón,
y una doble amenaza los envolvía, al saltar a tierra desde
las naves tan gran número de hombres armados y acosar-
los por la espalda un ejército con el que no contaban.
Los galos, al verse rechazados en su intento de oponer re- 4
sistencia en ambos frentes, salen de estampida por donde
les parece que el paso es más expedito y huyen en desban-
dada hacia sus aldeas en todas direcciones. Aníbal, des-
pués de cruzar tranquilamente el resto de las tropas, asien-

ta el campamento despreocupándose ya de los ataques de los galos.

5 Para hacer pasar a los elefantes fueron varios, creo,
los sistemas; los relatos acerca de cómo se llevó a cabo
la operación son en verdad diversos. Según relatan algu-
nos, una vez agrupados en la orilla los elefantes, el más
salvaje de todos fue aguijoneado por su guía y al lanzarse
al agua tras éste, que escapaba nadando, arrastró consigo
a la manada, impulsándolos hasta la otra orilla la propia
corriente del río a medida que su miedo a la profundidad
6 les fue haciendo perder pie. Pero son más los que sostie-
nen que se les hizo cruzar en balsas; este procedimiento,
así como sería el más seguro en principio, resulta asimismo
más verosímil una vez que la operación se llevó a cabo.
7 Arrastraron al río desde tierra una balsa de doscientos pies
de largo por cincuenta de ancho y, para que no se la lleva-
se la corriente, la sujetaron a la orilla, río arriba, con mu-
chas y fuertes amarras y le echaron tierra encima cubrién-
dola como si fuera un puente para que los animales pasa-
8 ran sin miedo como por tierra firme. Una segunda balsa
de la misma anchura y de cien pies de largo, habilitada
para cruzar el río, fue empalmada con la primera; enton-
ces tres elefantes, precedidos por sus hembras, fueron con-
ducidos como por un camino a través de la balsa estable;
cuando pasaron a la balsa más pequeña adosada a ella,
9 inmediatamente, sueltas las amarras que la mantenían flo-
jamente sujeta, es remolcada hacia la otra orilla por unas
cuantas embarcaciones ligeras; de esta forma, una vez des-
embarcados los primeros, se volvió acto seguido a buscar
10 a otros y se los trasladó al otro lado. No mostraban nin-
gún temor, en absoluto, mientras eran conducidos como
a través de un puente ininterrumpido; su primera reacción
de pánico tenía lugar cuando se veían impulsados corriente

adentro al desligar la balsa del resto. Entonces, empuján- 11
dose unos a otros reculando los que estaban más cerca del agua, creaban cierta agitación hasta que su propio miedo, al ver agua todo alrededor, les hacía estarse quietos.
Algunos sí cayeron al río, enfurecidos, pero gracias a la 12
estabilidad que les daba su propio peso, después de descabalgar a sus guías, buscando hacer pie paso a paso en los vados salieron a tierra firme.

Mientras se pasaba a los elefantes a la otra orilla, Aní- 29
bal había enviado entretanto a quinientos jinetes númidas en dirección al campamento romano para observar su emplazamiento, cuántos eran sus efectivos y qué se proponían hacer. Con este escuadrón de jinetes se topan los tres- 2
cientos jinetes romanos enviados, como se ha dicho antes, desde la desembocadura del Ródano. Se entabla un combate más encarnizado de lo que correspondía al número de combatientes, pues aparte de los muy numerosos heri- 3
dos se produjo también una matanza casi igual por ambos lados; la huida espantada de los númidas dio la victoria a unos romanos ya completamente extenuados. Los vencedores tuvieron cerca de ciento sesenta bajas, si bien no todos romanos sino galos en buena parte, los vencidos más de doscientas. Este principio y a la vez presagio del resul- 4
tado de la guerra por una parte hizo prever un desenlace favorable de la contienda en su conjunto, y por otra les vaticinó a los romanos una victoria en modo alguno incruenta y una lucha incierta.

Cuando, una vez finalizada así la acción, volvieron unos 5
y otros al lado de sus generales respectivos, a Escipión no le quedaba la posibilidad de atenerse a otro criterio fijo que el de tomar sus decisiones a partir de los planes y propósitos del enemigo, y en cuanto a Aníbal, indeciso entre 6
continuar hacia Italia la marcha emprendida o entablar com-

bate con el primer ejército romano que se le presentaba, lo disuadió de combatir de inmediato la llegada de embajadores de los boyos y del reyezuelo Magalo; éstos, asegurando que serán guías en la marcha y camaradas en el peligro, se manifiestan a favor de dirigirse a Italia sin combatir antes, sin tantear antes las fuerzas en ninguna parte.
7 La tropa temía sin duda al enemigo, al no haberse borrado aún el recuerdo de la guerra anterior, pero tenía más miedo a la interminable travesía y a los Alpes, de horrible fama especialmente para quienes no los conocían.

Arenga de Aníbal al iniciar la marcha hacia los Alpes

30 Así pues, Aníbal, después de tomar la resolución de continuar la marcha y dirigirse a Italia, reunió la asamblea de soldados y les hizo reaccionar por procedimientos diferentes: recriminándolos y ani-
2 mándolos. Les dice que está sorprendido del pánico que ha invadido de repente sus corazones siempre impávidos; tantos años como llevaban en el ejército venciendo, ya que no habían salido de Hispania hasta que todos los pueblos y las tierras abrazadas por dos mares opuestos fueran de
3 los cartagineses; luego, llenos de indignación porque el pueblo romano pedía que le fueran entregados como merecedores de castigo todos aquellos que hubiesen participado en el asedio de Sagunto, habían cruzado el Ebro para bo-
4 rrar el nombre romano y liberar al mundo entero; entonces, cuando emprendían el camino de occidente a oriente,
5 a nadie le había parecido largo; ahora, cuando ven recorrida la mayor parte con mucho del camino, salvado el desfiladero del Pirineo por en medio de los pueblos más arriscados; cruzado el Ródano, un río tan caudaloso, con tantos miles de galos tratando de impedirlo, dominando además la fuerza de la corriente del propio río; cuando tienen al alcance de la vista los Alpes, cuya otra vertiente pertene-

ce a Italia, se paran cansados ante las puertas mismas del
enemigo; ¿qué otra cosa se creen que son los Alpes más 6
que montañas altas? Aunque se los imaginasen más altos
que las cumbres del Pirineo, sin lugar a dudas no hay tie- 7
rra que toque el cielo ni que sea inaccesible para el género
humano; los Alpes seguro que están habitados, son culti-
vados, producen y sustentan seres vivientes; si son transi-
tables para unos pocos, lo son también para los ejércitos;
aquellos mismos embajadores que están viendo no han fran- 8
queado los Alpes gracias a unas alas que los elevasen por
los aires, ni siquiera eran indígenas sus antepasados sino
extranjeros que habían hecho la travesía, sin peligro, para
poblar Italia, por esos mismos Alpes, a menudo en inter-
minables caravanas de emigrantes con sus hijos y sus mu-
jeres; ahora bien, para un soldado armado que no lleva 9
consigo más que sus útiles de guerra ¿qué hay intransitable
o infranqueable?, ¿cuántos peligros, cuántos trabajos no
han pasado a lo largo de ocho meses para tomar Sagunto?;
al dirigirse a Roma, la capital del orbe, ¿hay algo que les 10
pueda parecer tan duro y tan arduo como para diferir su
propósito? En otro tiempo los galos se apoderaron de lo 11
que los cartagineses desesperan de poder alcanzar; por con-
siguiente, o han de reconocerse inferiores en coraje y valor
a un pueblo tantas veces vencido por ellos por aquellas
fechas, o han de esperar como meta final de su marcha
la planicie [56] situada entre el Tíber y las murallas de Roma.

Después de estimularlos con estas palabras de aliento 31
les ordena reponer fuerzas y prepararse para la marcha.
Parte al día siguiente remontando el Ródano por la orilla 2
y se dirige al interior de la Galia, no porque fuese el cami-
no más directo hacia los Alpes, sino porque estaba con-

[56] El Campo de Marte.

vencido de que cuanto más se alejase de la costa menos
3 probable iba a ser un encuentro con los romanos, con los
cuales no tenía intención de entrar en combate antes de ha-
4 ber llegado a Italia. En la cuarta etapa llega a Ínsula. Allí
los ríos Isara [57] y Ródano, que bajan desde puntos opues-
tos de los Alpes, confluyen después de abarcar una consi-
derable extensión de terreno; a la llanura que queda en
5 medio se le dio el nombre de Ínsula. En torno viven los
alóbroges [58], pueblo que ya por entonces no le iba a la
zaga a ningún otro de la Galia ni en recursos ni en repu-
6 tación. Entonces estaba dividido: dos hermanos estaban en-
frentados disputándose el trono; al mayor, llamado Bra-
neo, que había ocupado el poder primero, querían derro-
carlo el hermano menor y un grupo de los más jóvenes,
7 que tenían menos derecho, pero más fuerza. Como la reso-
lución de este litigio le fue encomendada, muy oportuna-
mente, a Aníbal, éste, convertido en árbitro del trono, ya
que el senado [59] y los principales se habían pronunciado
8 en ese sentido, devolvió el poder al mayor. Por este servi-
cio recibió como ayuda víveres y abundancia de material
de todo tipo, sobre todo ropa, que la mala fama de los
Alpes debida a sus bajas temperaturas hacía forzoso pre-
9 parar. Apaciguado el enfrentamiento de los alóbroges, cuan-
do ya se dirigía a los Alpes decidió no seguir en línea rec-
ta, sino doblar hacia la izquierda [60] en dirección al territo-
rio tricastino [61]; de allí, por la franja límite del territorio

---

[57] Seguimos la hipótesis textual de *Cluuerius.*

[58] Al menos en época posterior los alóbroges vivían al norte del río Isère.

[59] Livio aplica la momenclatura romana a las instituciones de otros pueblos, sin que ello implique correspondencia necesariamente.

[60] O «hacia la derecha», según el punto de vista.

[61] Habitaban la zona en torno a St. Paul-Châteaux (Desjardins).

de los voconcios, se dirigió a los trigorios [62], sin ver obstaculizada la marcha en ninguna parte hasta que llegó al río Druencia [63]. Este río, alpino también, es con mucho el más 10
difícil de vadear de todos los ríos de la Galia, pues a pesar 11
de llevar un enorme caudal no es apto, sin embargo, para las embarcaciones porque al no estar encajonado entre riberas de ninguna clase discurre a la vez por múltiples y no siempre los mismos cauces, por vados y remolinos siempre nuevos, y por eso mismo el paso es inseguro incluso para quien va a pie; arrastra además cantos rodados, y no ofrece ninguna estabilidad ni seguridad al que se mete en él. Se daba 12
además entonces la circunstancia de que venía crecido por las lluvias, y provocó una gran perturbación entre quienes lo cruzaban, azorados por su propia confusión, aparte de la reinante, y por la confusa algarabía.

El cónsul Cornelio pasa a Génova a esperar a Aníbal, que tiene dificultades en el ascenso a los Alpes

El cónsul Publio Cornelio, unos tres 32
días después de marchar Aníbal de la orilla del Ródano, había llegado en formación cuadrangular al campamento enemigo con el propósito de no diferir el combate ni un instante. Pero al ver las de- 2
fensas abandonadas y ver que no podrá dar alcance fácilmente a quienes llevaban tanta delantera, retorna a las naves, al mar, con la intención de hacerle así frente a Aníbal con mayor seguridad y facilidad cuando descienda de los Alpes. Sin embargo, para que no que- 3
dase desguarnecida de tropas auxiliares romanas Hispania, que le había tocado en suerte como provincia, envía contra Asdrúbal a su hermano Gneo Escipión [64] con la mayor parte

[62] Los vocontes vivían entre Drôme y Durance, y al este, entre Drac y Durance, los trigorios.

[63] El Durance, probablemente.

[64] Cónsul en 222 a. C.

4 de sus efectivos, con el objeto de proteger a los antiguos
aliados y además para desalojar de Hispania a Asdrúbal.
5 Él, con unos efectivos francamente escasos, se dirige de
nuevo a Génova [65] con el propósito de defender Italia con
el ejército que estaba en las cercanías del Po.
6 Aníbal llegó a los Alpes desde el Druencia por una
ruta casi toda llana [66] sin que le crearan dificultades los
7 galos que habitaban aquella comarca. Entonces, aunque
ya antes la fama, que suele exagerar lo poco conocido,
les había hecho prever la realidad, renovó sin embargo sus
prevenciones la altura de las montañas contempladas de
cerca, y las nieves casi confundidas con el cielo, y las caba-
ñas irregulares enclavadas en las rocas, el ganado y las bes-
tias de carga encogidas de frío, los hombres desgreñados
y desaliñados, todo bicho viviente y no viviente entumeci-
do por el frío, y lo demás con un aspecto más desagrada-
8 ble a la vista de lo que se puede contar. Cuando la colum-
na escalaba las primeras rampas, aparecieron apostados so-
bre las alturas dominantes los montañeses, que, si se hubie-
ran situado en valles escondidos, lanzándose a la lucha de
forma repentina, hubieran provocado una desbandada caó-
9 tica. Aníbal dio la orden de hacer un alto y envió por
delante a unos galos para reconocer el terreno; cuando se
enteró de que por allí no había paso, estableció el campa-
mento en el valle más amplio que le fue posible, un encla-
10 ve completamente escarpado y abrupto. Entonces, por me-
dio de los mismos galos, que a decir verdad no se diferen-
ciaban mucho de los montañeses en habla y costumbres
y se habían mezclado en sus conversaciones, se enteró de
que el desfiladero sólo estaba vigilado durante el día y que

[65] A Pisa, según POLIBIO (III 56, 5). Cf. 39, 3.

[66] Dado el estado de esta cuestión, la impresión es que hay que renunciar a saber qué ruta siguió Aníbal.

por la noche se marchaban cada uno a su casa; al romper el día avanzó hacia las alturas como si tuviera intención de abrirse paso por el desfiladero abiertamente y a pleno
día. Luego, después de dedicar el día a simular otra cosa 11
distinta de la que tramaba, atrincheró el campamento en
el mismo lugar donde habían hecho un alto y, cuando se 12
dio cuenta de que los montañeses habían bajado de las alturas y se había relajado la vigilancia, mandó encender hogueras en mayor número del que correspondía a la cifra de los que se quedaban, para dar una falsa impresión, dejó los bagajes con la caballería y la mayor parte de la infante-
ría, y él, con tropas ligeras formadas con los hombres más 13
aguerridos, sale rápidamente del desfiladero y ocupa aquellas mismas alturas que habían estado ocupadas por los enemigos.

Con las primeras luces del día siguiente se levantó 33
el campamento y el resto del ejército inició la marcha.
Los montañeses, a una señal dada, acudían ya desde sus 2
refugios al puesto de vigilancia acostumbrado cuando de pronto observan que unos enemigos los amenazan por encima de sus cabezas después de ocupar su reducto defensivo,
mientras que otros cruzan por el sendero. Estas dos cir- 3
cunstancias, que se les ofrecieron a la vez a la vista y a la mente, los dejaron paralizados unos instantes; luego, cuando vieron el desbarajuste reinante en el desfiladero y que la columna se embarullaba ella sola con su pro-
pio ajetreo, espantándose sobre todo los caballos, conven- 4
cidos de que cualquier motivo de alarma que ellos añadiesen sería suficiente para acabar con los enemigos, bajaron a la carrera por las irregulares rocas [67], acostumbrados al

[67] Según otra posible puntuación del texto, la traducción podría ser: «después de hacer rodar las rocas que tenían a mano».

5 terreno impracticable y escarpado. Pues bien, los cartagi-
neses tenían entonces en contra a los enemigos y también
las dificultades del terreno, siendo mayor la pugna entre
ellos que con el enemigo, al empeñarse cada uno en esca-
6 par el primero del peligro. Los caballos hacían especial-
mente peligrosa la marcha, pues se agitaban espantados
por los gritos confusos, amplificados además por el eco
de los valles y los bosques, y si por un azar eran golpeados
o heridos se excitaban de tal modo que provocaban un
7 enorme caos entre hombres y todo tipo de bagajes; el tro-
pel hizo que se despeñaran desde una altura enorme un
buen número de ellos e incluso algunos hombres armados,
pues a ambos lados había gargantas verticales y cortadas
a pico, y sobre todo las acémilas rodaban con sus cargas
8 como si se derrumbaran. Aunque esto constituía un horri-
ble espectáculo, Aníbal se quedó sin embargo quieto du-
rante algún tiempo y contuvo a los suyos, para no aumen-
9 tar la confusión y el desconcierto; después, cuando vio que
la columna sufría cortes y corría el riesgo de pasar al otro
lado con un ejército desprovisto de bagajes y salvado para
nada, bajó corriendo desde su posición dominante y, aun-
que con el propio impulso desbarató al enemigo, también
10 aumentó la confusión entre los suyos. Pero esta confusión
se serena en un instante cuando el camino queda libre con
la huida de los montañeses, y en poco tiempo pasan todos
11 no sólo con tranquilidad, sino casi sin ruido. A continua-
ción tomó una fortaleza, que constituía la cabeza de aque-
lla comarca, y las aldeas circundantes, y con la comida
y el ganado capturado alimentó durante tres días al ejérci-
to; y como no les creaban especiales dificultades ni los mon-
tañeses, asustados desde un principio, ni el terreno, ade-
lantó bastante camino en aquellos tres días.

Se llegó después hasta otro pueblo [68] de muchos habi- 34
tantes para ser montañeses. Allí estuvo Aníbal a punto de
verse copado no en guerra abierta sino con sus propias
armas, la astucia y la emboscada. Los jefes, de edad avan- 2
zada, de los reductos fortificados, acuden en embajada al
cartaginés manifestando que han aprendido de las calami-
dades ajenas, lección provechosa, y que prefieren experi-
mentar la amistad antes que la violencia de los cartagine-
ses; que, por lo tanto, harán dócilmente lo que se les man- 3
de; que acepte provisiones y guías para el camino y rehe-
nes como garantía de su compromiso. Aníbal, consideran- 4
do que no debía ni creerles por las buenas ni rechazarlos,
no fuera a ocurrir que el rechazo los convirtiera en enemi-
gos declarados, respondió con buenas palabras, aceptó los
rehenes que le ofrecían, hizo uso de las provisiones que
se habían traído para el camino y los siguió como guías,
si bien con un orden de marcha completamente distinto
al que adoptaría a través de territorio amigo [69]. En la ca- 5
beza de la columna iban los elefantes y la caballería; detrás
marchaba él mismo con el grueso de la infantería, observán-
dolo todo alrededor con gran cuidado. Al llegar a un estre- 6
chamiento del camino, dominado en uno de sus lados por
una elevada cima, surgen de una emboscada bárbaros por
todas partes, de frente y por la espalda, atacan de cerca
y de lejos, y hacen rodar enormes piedras sobre la columna.
El mayor número de enemigos atacaba por la espalda. La 7
infantería, que se revolvió contra ellos, demostró claramente
que, si no se hubiesen reforzado los extremos de la colum-

[68] Se han hecho propuestas diversas con respecto a esta población así como para la de 33, 11, a tenor de la ruta que se suponga siguió Aníbal.

[69] En este caso los bagajes irían detrás, mientras que aquí debían de ir delante, como se deduce del párrafo 9.

na, se habría sufrido un revés muy serio en aquella gar-
8 ganta. Incluso en aquellas circunstancias corrió un peligro extremo y se estuvo al borde de ser aniquilados; en efecto, mientras Aníbal dudaba si hacer que su columna bajase hasta la garganta, porque, así como él servía de cobertura a la caballería, a la infantería sin embargo no le había de-
9 jado ningún refuerzo por retaguardia, los montañeses, atacando de través, ocuparon el camino después de cortar la columna por el centro, y Aníbal pasó la noche entera sin la caballería y sin los bagajes.

El paso por la cumbre de los Alpes

35 Al día siguiente, al perder contundencia las cargas de los bárbaros, se reagruparon las tropas y se salvó el desfiladero no sin graves pérdidas, mayores sin embargo en bestias de carga que en hombres.
2 A partir de entonces los montañeses lanzaban ya sus ataques con menor frecuencia y más al estilo del bandolerismo que de la guerra, unas veces contra la cabeza y otras contra la retaguardia de la columna, según que el terreno se presentara propicio o los que se adelantaban o rezagaban
3 les brindasen la oportunidad. Los elefantes, así como en los caminos estrechos y empinados [70] se desplazaban con gran lentitud, sin embargo por dondequiera que avanzaban mantenían a los enemigos alejados de la columna, porque les daba miedo acercarse más, al resultarles algo para ellos insólito.

4 A los ocho días se llegó a la cima de los Alpes por caminos en gran parte impracticables, con extravíos en la ruta ocasionados o bien por los guías a mala fe o bien, cuando éstos no merecían confianza, por personas que se echaban a adivinar sobre la ruta adentrándose en los valles

[70] Mantenemos *praecipites*.

al azar. Estuvieron acampados en la cima durante dos días 5
y se les concedió un descanso a los soldados, fatigados
por los trabajos y los combates, y algunas acémilas que
habían resbalado en las rocas llegaron hasta el campamen-
to siguiendo el rastro de la columna. A los hombres, can- 6
sados como estaban por la repetición de tantas calamida-
des, les supuso además un motivo de grave preocupación
la caída de la nieve —pues ya declinaba la constelación
de las Pléyades [71]—. Cuando la columna, después de em- 7
prender la marcha al amanecer, avanzaba cansinamente a
través de la nieve que lo cubría todo y en todos los sem-
blantes se reflejaba la desgana y la desesperanza, Aníbal, 8
adelantándose a las enseñas, mandó hacer un alto en un
promontorio desde el que se divisaba una amplia panorá-
mica en todas direcciones y les mostró a sus hombres Ita-
lia, y al pie de las montañas alpinas las llanuras bañadas
por el Po; les dice que en esos momentos están franquean- 9
do las murallas, no ya de Italia, sino de la propia ciudad
de Roma; lo que falta va a ser llano o cuesta abajo; con
una batalla, o a lo sumo con un par de ellas, van a tener
en sus manos y en su poder la ciudadela y capital de Italia.
La columna reemprendió acto seguido la marcha sin que 10
ni siquiera los enemigos hicieran tentativa alguna, salvo
asaltos de poca monta cuando la ocasión se les presentaba.
Pero el descenso fue mucho más difícil que la subida, y
es que la mayor parte de las rutas de los Alpes por la ver-
tiente itálica, si bien son más cortas, son también más pen-
dientes. El camino era, en efecto, casi en su totalidad, 11
abrupto, estrecho, resbaladizo, hasta el punto de que ni
podían mantener la estabilidad, al resbalar, ni podían sos-
tenerse firmes sobre sus pies a poco que se desequilibrasen,

[71] ¿Finales de octubre?

y caían unos encima de otros y las bestias de carga encima
de los hombres.
36 Se llegó luego a un paso mucho más estrecho de pare-
des rocosas tan cortadas a pico que apenas si podía bajar
un soldado sin equipo, tanteando y agarrándose con las
manos a los matorrales y tocones que sobresalían por allí
2 alrededor. El lugar, ya de por sí escarpado, tenía un corte
de unos mil pies de profundidad debido a un reciente des-
3 prendimiento de tierra. Como los jinetes se detuvieron allí
lo mismo que si se tratara del final del camino, Aníbal
preguntó extrañado qué les detenía y se informó de que
4 no había paso por la roca. En seguida se adelantó a reco-
nocer personalmente el lugar. Le pareció fuera de toda du-
da que tendría que conducir al ejército dando un rodeo,
aunque de gran diámetro, por un itinerario no transitable
5 ni pisado hasta entonces. Pero resultó infranqueable dicha
ruta, pues al haber una nueva capa de nieve de mediano
espesor sobre la anterior, intacta, los pies de los que avan-
zaban se afianzaban con facilidad en la capa blanda y no
6 muy espesa, pero cuando ésta se derritió debido al paso
de tantos hombres y acémilas, pisaban sobre el desnudo
hielo de debajo y el agua sucia de la nieve derretida.
7 Los esfuerzos eran entonces tremendos, pues el hielo no
dejaba que se afianzaran las pisadas y en las pendientes
hacía que los pies fallaran antes, de suerte que si se ayuda-
ban con las manos o las rodillas para incorporarse, tam-
bién estos puntos de apoyo resbalaban, y volvían a caerse;
no había por allí tocones o raíces en que poder apoyar
el pie o la mano; así, al ir exclusivamente sobre hielo liso
8 y nieve derretida, caían rodando. Los animales de carga
al avanzar producían a veces cortes también en la capa
de debajo y si caían, al agitar con mayor violencia los cas-
cos en sus esfuerzos por incorporarse, la horadaban más

profundamente, de suerte que la mayor parte, como atrapados en un cepo, quedaban inmovilizados en el hielo duro y compacto de gran espesor.

El descenso de los Alpes

Al fin, agotados inútilmente los hom- 37
bres y las acémilas, establecieron el campamento en la cumbre después de conseguir con enorme trabajo limpiar el lugar para su emplazamiento dada la gran cantidad de nieve que fue preciso remover y transportar.
Después, los soldados que fueron llevados a abrir ca- 2
mino en la roca, único sitio por donde podía haber paso, y como era preciso cortar la peña, talaron y trocearon árboles gigantescos que había por allí cerca y formaron una enorme pila de leños, y como además se había levantado un fuerte viento a propósito para hacer fuego, los encendieron, y cuando la roca estaba abrasada vertieron vinagre [72] y la deshicieron. Con la roca así al rojo por efecto 3
de las llamas la abren con el hierro y suavizan las rampas con curvas moderadas para hacer posible el descenso no sólo de las acémilas, sino también de los elefantes.
Se consumieron cuatro días en torno a la roca, faltando 4
poco para que las bestias de carga murieran de hambre, pues las cumbres están prácticamente peladas, y si algo de pasto hay, lo cubren las nieves. La zona de más abajo tiene 5
valles, algunas colinas soleadas y ríos cerca de bosques, y espacios ya más apropiados para el hábitat humano.
Se envió a los animales a pastar allí y se les concedió un 6
descanso a los hombres, cansados de trabajar para abrir el paso. Tres días después se descendió al llano, siendo ya menos duros tanto la configuración del terreno como el carácter de los habitantes.

[72] Puede verse, a propósito de esta técnica, P. Jal, *o. c.*, Appendice II.

38 Así fue, a grandes rasgos, como se llegó a Italia, cinco meses después de salir de Cartagena, según sostienen algunos historiadores, empleando quince días en vencer los
2 Alpes. Por lo que se refiere al número de tropas con que Aníbal contaba después de pasar a Italia no hay en absoluto acuerdo entre los historiadores. Los que dan las cifras más altas escriben que eran cien mil de a pie y veinte mil de a caballo; los que dan las más bajas, veinte mil de a
3 pie y seis mil de a caballo. Lucio Cincio Alimento, que según él mismo escribe fue hecho prisionero por Aníbal, sería el historiador más creíble si no embarullara las cifras
4 sumando galos y lígures; contando a éstos, pasaron, según él, ochenta mil de a pie y diez mil de a caballo (pero resulta más verosímil que aquéllos se incorporaran en Italia,
5 y así lo sostienen algunos historiadores); pues bien, dice que oyó de labios del propio Aníbal que, después de cruzar el Ródano, había perdido treinta y seis mil hombres y una enorme cantidad de caballos y otras bestias de carga. El primer pueblo con que se encontró al bajar a Italia
6 fue el de los taurinos semigalos [73]. Como quiera que todos los historiadores están de acuerdo en este punto, me sorprende por ello más que se discuta por dónde cruzó los Alpes y que sea opinión generalizada que lo hizo por el Penino [74] —y de ahí el nombre que se le puso a dicha cumbre de los Alpes—, mientras que Celio [75] sostiene que
7 pasó por el macizo de Cremón [76]. Estos dos pasos habrían llevado su descenso no hasta los taurinos, sino en la dirección de los galos libuos a través del territorio de los

---

[73] Turín era su núcleo urbano principal.

[74] ¿El Gran San Bernardo?

[75] Antípatro.

[76] Según la opinión más común, el Pequeño San Bernardo.

salasos[77] montanos. No es verosímil, por otra parte, que 8
estuviesen entonces abiertas esas vías hacia la Galia[78], y sobre todo las que conducen al Penino, hubiesen estado bloqueadas por pueblos semigermanos. Y tampoco, la 9
verdad, los sedunoveragros[79] que pueblan dicha cumbre tienen conocimiento de que a estos montes les venga el nombre, si es que a alguien le preocupa esta cuestión, de ningún paso de los cartagineses, sino del que los montañeses llaman Penino, divinidad venerada en lo más alto de la cima[80].

Preámbulos a la batalla del Tesino: los ejércitos, los generales

Muy oportunamente, en los inicios de 39
las operaciones los taurinos, el pueblo que tenían más próximo, habían desencadenado una guerra contra los ínsubres. Pero Aníbal no podía meter en el conflicto armado a su ejército para ayudar a una de las partes, pues, precisamente mientras se restablecía, experimentaba éste los efectos de las calamidades pasadas anteriormente; en efec- 2
to, el paso del trabajo al descanso, de la penuria a la abundancia, del desaliño y la suciedad al aseo, provocaba diferentes reacciones en sus organismos desatendidos y ya casi salvajes. Fue ésta la razón por la cual el cónsul Publio 3
Cornelio, que había llegado con sus naves a Pisa y había recibido de Manlio y Atilio[81] un ejército bisoño y acobardado por los recientes reveses, se dirigió al Po a toda prisa para entrar en combate con un enemigo no recuperado aún.

---

[77] Son los llamados *Libicii* por Plinio, con Verceil como capital. Los salasos habitaban en el valle del Doira.

[78] Cisalpina, se sobreentiende.

[79] César distingue los sedunos de los veragros, que vivían en el entorno de Montigny.

[80] Las inscripciones atestiguan la existencia de un *Iuppiter Poeninus.*

[81] Cf. 25, 8, y 26, 2.

4 Pero cuando el cónsul llegó a Placencia, ya había marcha-
do Aníbal del campamento y había tomado al asalto una
ciudad de los taurinos, capital de dicho pueblo, que no
5 había aceptado espontáneamente su amistad; y se habrían
unido a él los galos que habitaban en las riberas del Po,
no sólo por miedo sino por propia voluntad, si no los hu-
biera sorprendido la repentina llegada del cónsul cuando
estaban estudiando el momento oportuno para pasarse al
6 enemigo. Aníbal marchó también del país de los taurinos,
convencido de que, en su incertidumbre sobre qué partido
tomar, los galos iban a seguir a quien tuvieran ante ellos.
7 Ya casi se avistaban los ejércitos y habían acudido los ge-
nerales que, si bien no se conocían aún entre sí lo suficien-
te, estaban sin embargo imbuidos de cierta admiración mu-
8 tua; en efecto, el nombre de Aníbal era ya muy famoso
entre los romanos antes de la destrucción de Sagunto, y
en cuanto a Escipión, Aníbal lo consideraba un guerrero
sobresaliente desde el momento que había sido justo el ge-
9 neral elegido [82] para enfrentarse a él; habían además mejo-
rado la opinión que tenían uno del otro: Escipión, porque
después de ser dejado en la Galia le había salido al encuen-
tro a Aníbal cuando ya había cruzado a Italia, y Aníbal
por haber tenido la audacia de cruzar los Alpes y haberlo
10 conseguido. Sin embargo, Escipión se anticipó a cruzar el
Po y, después de trasladar el campamento a orillas del río
Tesino, para dar ánimos a sus hombres antes de hacer salir
al ejército en orden de batalla, comenzó una arenga en
estos términos:

[82] La asignación se había hecho por sorteo, en realidad. Cf. 17, 1.

Arenga de Escipión

«Soldados, si yo llevara al frente de batalla el mismo ejército que tenía conmigo en la Galia, me habría ahorrado el dirigiros la palabra; ¿qué necesidad habría, en efecto, de animar tanto a unos jinetes que habían vencido de forma brillante a la caballería enemiga junto al Ródano como a aquella infantería con la que perseguí a este mismo enemigo en su huida y del que obtuve, si no la victoria, sí la confesión que suponía el retirarse y rehuir el combate? Ahora, puesto que aquel ejército, reclutado para la provincia de Hispania, opera con mi hermano Gneo Escipión bajo mis auspicios allí donde fue voluntad del senado y del pueblo romano que operase, yo, para que tuvieseis un cónsul como general frente a Aníbal y los cartagineses, me brindé de forma personal y voluntaria para esta contienda, y un nuevo general debe dirigir algunas palabras a unos nuevos soldados. No seáis desconocedores de las características de esta guerra ni del enemigo: esos con quienes tenéis que luchar, soldados, son los que vencisteis por tierra y por mar en la última guerra, a los que impusisteis un tributo durante veinte años, a costa de los cuales tenéis Sicilia y Cerdeña como trofeos conquistados en la guerra. Vuestra moral y la de ellos en este combate serán, por tanto, las que corresponden a los vencedores y a los vencidos. Además, ahora no van a combatir ellos por valentía, sino por necesidad, ya que es casi mayor el número de los que perecieron que el de los supervivientes; a no ser que creáis que los que rehusaron el combate cuando su ejército estaba entero abrigan mayores esperanzas después de haber perdido los dos tercios de la infantería y la caballería en la travesía de los Alpes. Ahora bien, diréis, efectivamente son pocos pero vigorosos de cuerpo y espíritu, cuyo vigor y energía apenas hay fuerza alguna

40 2 3 4 5 6 7 8

9 capaz de resistir. Todo lo contrario: son espectros, som-
bras de hombres, muertos de hambre, de frío, de suciedad,
de falta de higiene, contusionados y quebrantados entre
piedras y rocas; con quemaduras, además, en sus miem-
bros, entumecidos por la nieve sus músculos, consumidos
por el intenso frío sus organismos, abolladas y rotas sus
10 armas, renqueantes y sin fuerzas sus caballos. Con esa in-
fantería, con una caballería así vais a combatir; no tenéis
un enemigo, sino los últimos restos de un enemigo, y lo
único que temo es que a alguien pueda parecerle que, aun
siendo vosotros los que combatís, a Aníbal lo vencieron
11 los Alpes. Pero tal vez convenía que fuese así, que con
un general y un pueblo que violan los tratados entablasen
la guerra y decidiesen su final los propios dioses sin ningu-
na intervención humana, y que nosotros, que fuimos agra-
viados después de los dioses, rematásemos la guerra em-
prendida y decidida».

41 «No temo que alguno de vosotros vaya a pensar que
utilizo grandes palabras para arengaros, pero que son muy
2 otros los sentimientos que abriga mi espíritu. Tuve la posi-
bilidad de ir con mi ejército a Hispania, la provincia que
me correspondía, hacia donde había ya emprendido la mar-
cha, donde tendría a mi hermano como partícipe de mis
planes y compañero en el peligro, y tendría como enemigo
a Asdrúbal en lugar de Aníbal, y una guerra indudable-
3 mente de menor envergadura; sin embargo, cuando bor-
deaba con mis naves la costa de la Galia, salté a tierra
al oír hablar de este enemigo, envié por delante la caballe-
4 ría y fui a acampar junto al Ródano. En una batalla de
la caballería, único cuerpo del ejército con que se me dio
oportunidad de entrar en combate, desbaraté al enemigo [83];

[83] Referencia a 29, 3.

en cuanto a su infantería, que se desplazaba de forma precipitada como hacen los que huyen, en vista de que no podía darle alcance por tierra regresé a las naves y, con toda la rapidez que pude en una travesía tan larga por mar y tierra, le salí al paso casi en la base misma de los
Alpes a este temible enemigo. ¿Doy la impresión de haber- 5
me visto abocado por incauto a una confrontación que rehuía, o más bien la de correr tras sus huellas, hostigarlo
y arrastrarlo a un combate decisivo? Resulta interesante 6
comprobar si acaso en el transcurso de veinte años la tierra ha sacado a la luz de repente otros cartagineses distintos, o si son los mismos que combatieron en las islas Egates y a los que dejasteis marchar del Érice valorados en diecio-
cho denarios cada uno; y si este Aníbal es un émulo de 7
los viajes de Hércules [84], como él mismo pretende, o es el mismo vasallo estipendiario y esclavo del pueblo romano
que dejó su padre. Él, si el crimen de Sagunto no lo traje- 8
ra desasosegado, se acordaría sin duda si no de la derrota de su patria, sí al menos, de su casa, y de su padre, y de
los tratados suscritos por la mano de Amílcar, que por 9
orden de nuestro cónsul sacó su destacamento del Érice, que aceptó a la trágala y abatido las duras condiciones impuestas a los cartagineses vencidos, que cedió Sicilia pactando el pago de un tributo al pueblo romano.

Por lo tanto, soldados, mi deseo sería que peleaseis 10
no ya con el coraje acostumbrado contra otros enemigos, sino con una especie de indignación y de rabia, como si vieseis a vuestros esclavos dirigir de pronto sus armas con-
tra vosotros. Pudimos acabar con ellos por hambre, el más 11
espantoso de los sufrimientos humanos, cuando estaban atrapados en el Érice; pudimos llevar hasta África nuestra

[84] Con la vacada de Gerión. Cf. V 34, 6.

flota victoriosa y en cosa de unos días destruir Cartago
12 sin ninguna resistencia; les dimos cuartel cuando suplica-
ban, les dejamos salir del asedio teniéndolos cercados, hi-
cimos la paz con ellos cuando estaban vencidos, más tarde
los consideramos tutelados nuestros cuando les ponía en
13 aprieto la guerra de África. En pago de este trato de favor
vienen a atacar nuestra patria siguiendo a un muchacho
que no está en sus cabales. ¡Y ojalá fuera éste para voso-
tros un combate por la gloria tan sólo, y no por la supervi-
14 vencia! No tenéis que batiros por la posesión de Sicilia
y Cerdeña como se hacía en otro tiempo, sino por Italia.
15 Y no hay detrás de nosotros otro ejército que haga frente
al enemigo si nosotros no vencemos, ni hay otros Alpes
que nos permitan aprestar nuevos refuerzos mientras son
atravesados; es preciso cerrarles el paso aquí, soldados, co-
16 mo si peleáramos delante de las murallas de Roma. Piense
cada uno de vosotros que protege con sus armas no su
propio cuerpo, sino a su mujer y a sus hijos pequeños,
y no esté sólo preocupado por sus bienes privados, sino
que constantemente tenga presente que en nuestras manos
tienen puestos sus ojos en estos momentos el senado y el
17 pueblo romano: como sea nuestra fuerza y nuestro valor,
así va a ser en adelante la suerte de la ciudad de Roma
y de su imperio».

Aníbal convierte a los prisioneros en soldados suyos

42 Así habló el cónsul a los romanos. Aníbal, convencido de que a los soldados había que estimularlos con hechos más que con palabras, formó al ejército en círculo como para un espectáculo, colocó en el centro encadenados a los montañeses prisioneros y arrojando ante ellos armas de galos ordenó al intérprete que les preguntara si alguno quería batirse a hierro si se le soltaban las ligaduras, y en caso de resultar vencedor se le

entregaban armas y un caballo. Como todos de forma unánime reclamaban las armas de combate, se echó a suertes con ese objeto y cada uno de ellos deseaba ser el elegido por la suerte para tal combate, y a medida que iban salien- 3 do sus nombres, llenos de euforia, saltando de alegría mientras los felicitaban, cogían a toda prisa las armas dando saltos como es costumbre entre ellos. Y cuando combatían, 4 la actitud tanto de los que estaban en su misma situación como de la generalidad de los espectadores era tal, que se elogiaba la suerte de los que morían valientemente tanto como la de los vencedores.

Arenga de Aníbal

Después de impresionarlos de esta 43 forma con el espectáculo de unos cuantos pares de combatientes, mandó retirarse a sus hombres, y reuniéndolos luego en asamblea dicen que les habló así: «Si esa misma actitud que habéis tenido hace un rato ante 2 el espectáculo de la suerte ajena la tenéis también dentro de poco al sopesar vuestra propia suerte, nuestra victoria es cosa hecha, soldados; y es que aquello, además de un espectáculo, era una especie de reflejo de vuestra situación. No sé incluso si la fortuna no os rodeó de cadenas más 3 fuertes y de necesidades más apremiantes, a vosotros que a vuestros prisioneros. Por la derecha y por la izquierda 4 nos cierran dos mares, sin que tengamos ni una nave siquiera para escapar; por delante, el Po, más caudaloso e impetuoso que el Ródano; por la espalda nos cierran los Alpes, que costó trabajo cruzar cuando estabais en plenitud de fuerzas. Es preciso vencer o morir, soldados, allí 5 donde se produzca el primer encuentro con el enemigo. Y la misma fortuna que os impuso la inevitabilidad de luchar os pone delante unas recompensas tan grandes, si vencéis, que no las suelen esperar mayores los hombres ni si-

6 quiera de los dioses inmortales. Aunque tan sólo fuésemos
a recuperar con nuestro valor Sicilia y Cerdeña, arrebata-
das a nuestros padres, bastante grande sería ya la recom-
pensa; todo cuanto poseen los romanos, conseguido y acu-
mulado con tantos triunfos, va a ser vuestro junto con
7 sus propios dueños. Por este botín tan espléndido, vamos,
pues, empuñad las armas con la benévola ayuda de los
8 dioses. Bastante tiempo lleváis corriendo detrás del ganado
en los desolados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver
9 ningún pago a tantos trabajos y peligros; ya es hora de que
hagáis una campaña abundante y fructífera y recibáis una
recompensa cumplida por vuestro trabajo tras recorrer una
travesía tan larga por medio de tantos montes y ríos y tantos
10 pueblos en armas. Aquí ha puesto la fortuna punto final
a vuestros trabajos; aquí os concederá una digna paga al
licenciaros una vez finalizado vuestro servicio militar.
11 Y no vayáis a pensar que la victoria va a ser tan difícil por
grande que sea la fama de esta guerra; más de una vez
un enemigo menospreciado libró una batalla sangrienta,
y pueblos y reyes célebres fueron vencidos sin gran dificul-
12 tad. Pues aparte de ese relumbrón del nombre de Roma,
13 ¿en qué se les puede comparar a vosotros? Para no hablar
de vuestros veinte años de campaña con tanto valor y tan-
ta fortuna: habéis llegado hasta aquí desde las columnas
de Hércules, desde el Océano, desde el último confín de
la tierra, saliendo vencedores por entre tantos y tan salva-
14 jes pueblos de Hispania y de la Galia; vais a combatir con-
tra un ejército bisoño, hecho trizas este mismo verano, ven-
cido, asediado por los galos, desconocido aún por su gene-
15 ral, al que a su vez tampoco conoce. ¿Es que yo, si no
nacido, al menos criado en la tienda de mando de mi pa-
dre, general brillantísimo; yo, dominador de Hispania y
de la Galia, vencedor además no ya de los pueblos alpinos,

sino de los propios Alpes, que es mucho más, me voy a
comparar con ese general de seis meses que abandonó a
su ejército? Ése, si alguien hoy se lo mostrase a los carta- 16
gineses y a los romanos quitadas las enseñas, doy por se-
guro que no sabría de cuál de los dos ejércitos es cónsul.
No le doy yo poca importancia, soldados, al hecho de que 17
no hay entre vosotros ni uno solo ante cuyos ojos no haya
yo personalmente realizado en más de una ocasión alguna
brillante acción de armas, ni uno solo a quien yo mismo,
espectador y testigo de su valor, no pueda recordarle sus
hazañas detallando fecha y lugar. Con vosotros, a los que 18
yo he elogiado y galardonado mil veces, yo, discípulo de
todos vosotros antes que general, saldré al frente de com-
bate contra quienes son mutuamente desconocedores y des-
conocidos».

«A dondequiera que vuelvo los ojos a mi alrededor, 44
veo valor y energía llenándolo todo: una infantería vetera-
na, unos jinetes de los más nobles pueblos, que montan
con freno o sin él [85]; vosotros, los aliados, muy leales 2
y valientes; vosotros, los cartagineses, que estáis dispuestos
a luchar por la patria y con una más que justificada indig-
nación. Traemos la guerra, y en son de guerra hemos baja- 3
do a Italia, tanto más dispuestos a pelear con mayor auda-
cia y valentía que el enemigo cuanto mayores son las espe-
ranzas y mayor es el coraje de quien lanza el ataque que
el de quien se defiende. Sirven además de acicate a nuestros 4
ánimos el dolor, los agravios, el trato indigno. Primero
me reclamaron a mí, al general, para someterme a supli-
cio, después a vosotros, a todos los que hubierais atacado
Sagunto; una vez entregados, estaban dispuestos a aplicar
los más duros suplicios. Pueblo extremadamente cruel y 5

[85] Con él los hispanos, sin él los númidas.

orgulloso, todo lo convierte en suyo y sometido a su capricho; se cree con derecho a imponernos con quiénes, y en qué condiciones, hemos de estar en guerra y con quiénes en paz. Acota y nos encierra dentro de unos límites de montes y ríos que no debemos sobrepasar, y no respeta esos
6 mismos límites que ha establecido. «¡No cruces el Ebro! ¡No te metas en los asuntos de los saguntinos!» ¿Está junto al Ebro Sagunto? «¡No te muevas de tu sitio en ninguna
7 dirección!» ¿No te basta con haberme quitado las provincias de Sicilia y Cerdeña, mías desde muy antiguo? Quieres quitarme también las Hispanias, y si me retiro de allí pasarás a África. ¿Pasarás, digo? Has pasado ya, afirmo. A los dos cónsules del presente año los enviaron uno a África y el otro a Hispania. No nos queda nada en ninguna parte, sólo lo que reivindiquemos por la vía de las armas.
8 Pueden permitirse ser pusilánimes y cobardes los que tienen a dónde volver la vista tras de sí, a los que acogerán su tierra y sus campos en su huida por territorios seguros y en paz; vosotros no tenéis más remedio que ser guerreros valientes, y al estar cerrada cualquier otra salida que no sea la victoria o la muerte por faltar por completo una esperanza, o vencéis, o si la fortuna se tambalea buscáis
9 la muerte en el combate antes que en la huida. Si todos tenéis esto bien grabado [86] y decidido en vuestra mente, os lo vuelvo a repetir, habéis vencido; los dioses inmortales no le han concedido al hombre ninguna otra arma más poderosa que el desprecio a la muerte».

[86] Mantenemos *bene fixum*.

Movimientos previos; batalla del Tesino

Cuando la fiebre del combate había pe- 45
netrado en el ánimo de los soldados de
uno y otro bando con estas arengas, los
romanos tienden un puente sobre el Tesi-
no y para protegerlo construyen además
un fuerte; el cartaginés, mientras los enemigos están ocu- 2
pados en dicha tarea, envía a Maharbal con un escuadrón
de quinientos jinetes númidas a saquear los campos de los
aliados del pueblo romano; da orden de que se ponga el 3
mayor cuidado en respetar a los galos y de incitar a sus
jefes a la defección. Terminado el puente, el ejército roma-
no cruza hasta el territorio de los ínsubres y hace alto a
cinco millas de Victúmulas [87]. Allí tenía Aníbal su campa- 4
mento; hizo volver a toda prisa a Maharbal y sus jinetes,
pues veía que el combate era inminente, y persuadido de
que nunca era bastante lo que les había dicho y advertido
a los soldados para animarlos los convoca a asamblea y
les anuncia las recompensas seguras en cuya expectativa
van a luchar: les piensa dar tierras en Italia, África o His- 5
pania, donde cada uno prefiera, libres de impuestos para
quien las reciba y para sus hijos; al que quiera mejor dine-
ro que tierras, lo satisfará en efectivo; a aquellos aliados 6
que quieran convertirse en ciudadanos cartagineses les da-
rá esa posibilidad, y en cuanto a los que prefieran volver
a su patria, él se encargará de que no deseen cambiar su
suerte por la de ninguno de sus compatriotas. También 7
a los esclavos que han seguido a sus amos les promete la
libertad y por cada uno de ellos promete entregar a sus
amos dos esclavos. Y para que sepan que estas promesas 8

[87] Sobre la inverosimilitud geográfica de este dato, por encontrarse Victúmulas muy alejada hacia el noroeste, puede verse P. Jal, *o. c.*, Introduction LIX.

serán firmes, sujeta con la mano izquierda un cordero y con la derecha un pedernal y pide a Júpiter y los demás dioses que, si no cumple, lo inmolen lo mismo que él inmola al cordero, y hecha la súplica le rompe al animal
9 la cabeza con la piedra [88]. Entonces, como si individualmente hubiesen recibido de los dioses garantías de lo que esperaban, todos unánimemente, persuadidos de que lo único que retrasaba el que se hiciesen con lo prometido era el no estar ya peleando, piden al unísono el combate.

46 No había, ni mucho menos, tanta fiebre entre los romanos, aterrados, aparte de todo lo demás, por prodigios
2 recientes, pues un lobo había penetrado en el campamento y después de desgarrar a cuantos encontró en su camino había escapado indemne, y también un enjambre de abejas se había posado en un árbol que se erguía sobre la tienda
3 del general. Conjurados estos prodigios con sacrificios expiatorios, salió Escipión con la caballería y tiradores ligeros en dirección al campamento enemigo para observar de cerca el volumen y el tipo de tropas y se encontró con Aníbal que a su vez se había adelantado con la caballería
4 para inspeccionar el contorno. Al principio, ni unos ni otros veían a los contrarios; después, la densa polvareda levantada al paso de tantos hombres y caballos sirvió de señal de que se acercaban los enemigos. Ambas formaciones hi-
5 cieron alto y se prepararon para el combate. Escipión coloca a los tiradores y a los jinetes galos en el frente, y a los romanos y las fuerzas aliadas con que contaba, en la reserva; Aníbal sitúa en el centro a los jinetes que usan
6 frenos y con los númidas refuerza las alas. Apenas dado el grito de combate, los tiradores se replegaron a segunda línea entre las fuerzas de reserva. Tuvo lugar entonces el

[88] Véase I 24, 9.

combate de la caballería, incierto por algún tiempo; luego, como espantaban a los caballos los soldados de a pie mezclados entre ellos, porque muchos habían caído de los caballos o habían saltado al suelo al ver que los suyos eran rodeados y acosados, la lucha había derivado en gran medida a combate de infantería hasta que los númidas que 7
se encontraban en las alas dieron un pequeño rodeo y se presentaron por la espalda. Esta maniobra hizo que el pánico cundiera entre los romanos, pánico que incrementó una herida recibida por el cónsul con el consiguiente peligro, conjurado gracias a la intervención de su hijo, apenas un adolescente por entonces. Era éste el joven al que iba 8
a corresponder la gloria de haber dado fin a esta guerra, llamado Africano por su brillante victoria sobre Aníbal y los cartagineses. Sin embargo, la huida en desbandada se 9
produjo sobre todo entre los tiradores, a los que atacaron en primer lugar los númidas; la caballería que quedaba, apiñados para proteger no sólo con sus armas sino incluso con su cuerpo al cónsul, al que habían acogido en medio, lo llevó de nuevo al campamento sin que la retirada fuese en ningún momento nerviosa ni desordenada. Celio atribu- 10
ye a un esclavo de origen lígur el honor de haber salvado al cónsul; yo prefiero, no obstante, creer que es verdad lo que con relación a su hijo contaron mayor número de historiadores y conservó la tradición.

Movimientos de tropas en torno a Placencia y luego al Trebia

Ésta fue la primera batalla contra Aní- 47
bal; en ella quedó de manifiesto que el cartaginés era superior con la caballería, y que por esa razón los espacios abiertos, como los que hay entre el Po y los Alpes, no eran los apropiados para el desarrollo de las operaciones bélicas por parte de los romanos. Por tanto, la no- 2
che siguiente, dando orden a los soldados de recoger los

bagajes en silencio, se levantó el campamento de la zona del Tesino y se avivó la marcha hacia el Po para que cruzaran las tropas por el puente de balsas que unía las orillas del río y que todavía no había sido desarmado [89], sin tu-
3 multo y sin acoso por parte del enemigo. Llegaron a Placencia antes de que Aníbal supiese con certeza que se habían marchado del Tesino; no obstante, apresó a unos seiscientos rezagados en la orilla del Po que tenía más cerca mientras soltaban sin darse mucha prisa las amarras de las balsas. No pudo cruzar el puente, pues una vez sueltas las amarras de los extremos, todo el entramado de balsas
4 se deslizó a favor de corriente. Celio sostiene que Magón con la caballería y los soldados hispanos de a pie cruzó inmediatamente el río a nado, y que el propio Aníbal hizo pasar al ejército al otro lado por puntos vadeables que había Po arriba, colocando en fila los elefantes como barrera
5 para refrenar la fuerza de la corriente. A los que conocen bien este río les costará creer estos extremos, pues no es verosímil que los jinetes venciesen, con armas y caballos a salvo, una corriente tan fuerte —y eso suponiendo que todos los hispanos cruzasen sobre odres inflados—, y por otra parte tendrían que emplear muchos días de rodeo para llegar a los vados del Po por los que pudiese cruzar
6 el ejército cargado con la impedimenta. Para mí están más autorizados los historiadores que dicen que en apenas dos días encontraron un lugar a propósito para comunicar mediante balsas las orillas del río, y que por allí fueron enviados por delante con Magón la caballería y los hispanos
7 ligeros. Mientras Aníbal, que se entretuvo junto al río escuchando a unos embajadores de los galos, hace pasar a

[89] Parece haber una confusión entre el puente sobre el Po y el puente sobre el Tesino, a cuya construcción se ha referido LIVIO en 45, 1.

la infantería sobrecargada, Magón y la caballería, entretanto, en una jornada de marcha avanzan hacia Placencia en dirección al enemigo. Aníbal pocos días más tarde atrinche- 8
ró su campamento a seis millas de Placencia [90] y al día siguiente a la vista del enemigo formó el frente y presentó batalla.

A la noche siguiente, en el campamento romano los ga- 48
los de reserva llevaron a cabo una matanza, siendo mayor sin embargo la alarma que los daños. Cerca de dos mil 2
soldados de a pie y doscientos de a caballo se pasaron a Aníbal después de degollar a los centinelas de las puertas; el cartaginés les dirigió palabras acogedoras y después de provocar en ellos la expectativa de recompensas muy sustanciosas los envió a cada uno a su ciudad a ganarse las voluntades de sus compatriotas. Escipión, interpretando 3
aquella masacre como un indicio de la defección de todos los galos, que acudirían a las armas contagiados por aquella mala acción como si se les hubiera inoculado la rabia, a pesar de que aún se resentía mucho de su herida, em- 4
prendió sin embargo la marcha en silencio durante el cuarto relevo de la guardia de la noche siguiente, trasladando su campamento a orillas del Trebia, a un emplazamiento más elevado esta vez: unas colinas con dificultades de acceso para la caballería. Pasó menos desapercibido que en 5
el Tesino, y Aníbal, enviando primero a los númidas y después a toda la caballería, habría sin duda desbaratado la zaga de la columna de no haberse desviado los númidas, en su afán de botín, hacia el campamento romano abandonado. Mientras pierden allí tiempo registrando cada rincón 6

[90] La opinión más común interpreta que se trata de una confusión de Livio, que ésta es la distancia a que está no Placencia sino el campamento romano, y que es la que señala Polibio.

del campamento sin encontrar nada que justifique suficien-
temente el retraso, dejan que el enemigo se les escape de
las manos, y cuando avistan a los romanos ya habían cru-
zado el Trebia y estaban haciendo el trazado del campa-
mento; dieron muerte a unos pocos rezagados, a los que
7 cortaron el paso al lado de acá del río. Escipión no podía
aguantar más las molestias de la herida enconada por la
marcha; considerando, por otra parte, que debía esperar
a su colega —pues tenía noticias de que ya se le había
llamado de Sicilia—, escogió cerca del río el emplazamien-
to que le pareció más seguro para un campamento estable
8 y lo fortificó. Aníbal, que había acampado no lejos de
allí [91], con la moral crecida por la victoria de la caballería,
pero en la misma medida preocupado por la penuria que
era más acuciante cada día al avanzar por tierras enemigas
sin tener preparados previamente víveres en ninguna parte,
9 envió hombres a Clastidio [92], poblado en el que los ro-
manos habían reunido gran cantidad de trigo. Allí, cuando
estaban preparando un golpe de fuerza, se les presentó la
posibilidad de una traición, y por un precio, la verdad,
no muy elevado, cuatrocientas monedas de oro, el prefecto
de la guarnición, Dasio de Brundisio, fue sobornado y Clas-
tidio le fue entregado a Aníbal. Éste fue el granero de los
cartagineses mientras estuvieron acampados cerca del Tre-
10 bia. A los prisioneros procedentes de la entrega de la guar-
nición no se les dieron malos tratos de ninguna clase, con
el fin de ganar fama de clemencia desde el comienzo de
las operaciones.

[91] A menos de cinco millas, según POLIBIO (III 67, 7).

[92] Hoy Casteggio; a diez Kms. al sur del Po. Escenario de una victoria famosa de Marcelo en el año 222.

La guerra por mar. El cónsul Sempronio se dirige al Trebia

Mientras que la guerra por tierra se había estancado en el Trebia, la acción se desarrolló entretanto en torno a Sicilia y las islas cercanas a Italia por parte del cónsul Sempronio, y antes de su llegada, 49
por tierra y por mar. Los cartagineses enviaron veinte quin- 2
querremes con mil hombres armados para devastar la costa de Italia; nueve de ellas dirigieron su rumbo hacia las Líparas [93] y ocho a la isla de Vulcano; a tres las arrastró
la corriente hacia el estrecho. Al avistarlas desde Mesina 3
envió doce naves Hierón [94], rey de Siracusa, que precisamente entonces se encontraba en Mesina esperando al cónsul romano, y sin que nadie opusiera resistencia apresaron
las naves y las condujeron al puerto de Mesina. Se supo 4
por los prisioneros que, además de las veinte naves de la flota a la que ellos pertenecían, enviadas a Italia, otras treinta y cinco quinquerremes se dirigían a Sicilia para tra-
tar de atraerse a los antiguos aliados; que su principal ob- 5
jetivo era la ocupación de Lilibeo [95]; que, según creían, la misma tempestad que los había dispersado a ellos habría
empujado a dicha flota hacia las islas Egates. Todo esto 6
tal y como lo había oído se lo detalló el rey por escrito al pretor Marco Emilio, a quien correspondía la provincia de Sicilia, y le aconsejó que protegiera Lilibeo con una
fuerte guarnición. También el pretor, inmediatamente, en- 7
vió legados y tribunos a las ciudades del contorno para que
sus habitantes se aplicasen a organizar la defensa y sobre 8

---

[93] Parece designar a la más importante de las islas Lípari o Eolias, o a su capital. Al sur está la isla de Vulcano, aunque esta denominación aparece en otros casos aplicada al conjunto de estas islas.

[94] Hierón II, que reinó en Siracusa del 265 al 215. Fiel aliado de Roma desde el 263.

[95] Hoy Marsala. Situada en el punto más occidental de Sicilia.

todo proteger Lilibeo con todo el dispositivo bélico mediante la publicación de un edicto, disponiendo que la marinería llevase a las naves raciones de víveres para diez días y cuando se diese la señal nadie demorase el embarco ni un instante; se enviaron también por toda la costa vigías para que estuviesen ojo avizor desde sus atalayas a la llegada de la flota enemiga.

9 De esta forma, aunque los cartagineses habían reducido adrede la marcha de sus naves para aproximarse a Lilibeo antes del amanecer, se advirtió su llegada porque brillaba la luna toda la noche y avanzaban con los aparejos
10 desplegados. Inmediatamente se hizo la señal desde los puntos de observación y en la ciudad se gritó «¡a las armas!» y subieron a las naves; los soldados se situaron unos en las murallas y en los puestos de vigilancia de las puertas
11 y otros en las naves. Los cartagineses, como veían que no se las iban a haber con hombres cogidos por sorpresa, no tocaron puerto al amanecer, empleando ese tiempo en arriar los aparejos y preparar la flota para el combate.
12 Nada más amanecer retiraron la escuadra hasta alta mar, para que hubiese espacio para la batalla y pudiesen las na-
13 ves enemigas salir libremente del puerto. Tampoco los romanos rehusaron el combate, confiados tanto en el recuerdo de las hazañas llevadas a cabo en aquel mismo escenario [96] como en el número y el valor de sus soldados.

50 Tan pronto salieron a alta mar, los romanos querían
2 entrar en combate y medir de cerca sus fuerzas; por el contrario, los cartagineses los eludían y preferían desarrollar la acción a base de estrategia, no de fuerza, y hacer que se enfrentaran las naves, no los hombres y sus armas,

[96] Allí había obtenido Gayo Lutacio Cátulo la victoria naval del 10 de marzo del 241.

pues tenían una flota tan bien dotada de tripulación como 3
escasa de soldados, y si en algún momento fuera abordada una nave, sus combatientes no podían luchar desde ella en igualdad numérica ni mucho menos. Cuando se cayó 4
en la cuenta de esta circunstancia, la superioridad numérica les elevó la moral a los romanos, y a los cartagineses se la bajó su inferioridad. En un instante, siete naves púni- 5
cas fueron rodeadas; las demás emprendieron la huida. En las naves capturadas había mil setecientos hombres contando soldados y tripulación, entre ellos tres nobles cartagineses.

La escuadra romana regresó al puerto intacta, con sólo 6
una nave perforada pero que volvió por sí misma.

Después de esta batalla, cuando los que estaban en Me- 7
sina no sabían aún de ella llegó el cónsul Tiberio Sempronio a Mesina. Cuando enfilaba el estrecho, el rey Hierón salió a su encuentro con una escuadra equipada y, pasan- 8
do de la nave real a la del cónsul, se congratuló de que hubiera llegado con su ejército y sus naves sin novedad y le deseó una travesía a Sicilia próspera y feliz; le expuso 9
a continuación la situación de la isla y las tentativas de los cartagineses, y prometió que ahora en su vejez ayudaría al pueblo romano con el mismo espíritu con que le había ayudado en su juventud en la guerra anterior; que él 10
suministraría de forma gratuita trigo y ropas para las legiones del cónsul y las tripulaciones; dijo que el peligro que corrían Lilibeo y las ciudades de la costa era grande, y que a algunos les gustaría que se produjese un cambio.

Por estas razones le pareció al cónsul que no debía du- 11
dar ni un momento en dirigirse a Lilibeo con su flota. También el rey y su flota marcharon cuando él. Más tarde, ya en plena travesía, se enteraron de la batalla habida en

Lilibeo y de que las naves del enemigo habían sido dispersadas o capturadas.

51 El cónsul despidió a Hierón y a la flota real, dejó un pretor para defender la costa de Sicilia y él cruzó de Lilibeo hacia la isla de Malta, que estaba en poder de los car-
2 tagineses. A su llegada le es entregado Amílcar, hijo de Gisgón, jefe de la guarnición, junto con poco menos de dos mil soldados, así como la plaza juntamente con la isla. Pocos días más tarde retornó de allí a Lilibeo, y los prisioneros, a excepción de los varones de ilustre nobleza, fueron vendidos por el cónsul y el pretor en subasta pública.
3 Cuando al cónsul le pareció que Sicilia estaba suficientemente protegida por aquel lado, pasó a las islas de Vulcano [97], porque corría la voz de que estaba allí surta la escuadra cartaginesa; pero no se encontró ni un enemigo en
4 el contorno de aquellas islas; casualmente ya se habían hecho a la mar para devastar la costa de Italia y después de saquear el territorio de Vibo [98] amenazaban también
5 la ciudad. Cuando el cónsul iba a regresar a Sicilia se le informa del desembarco efectuado por el enemigo en territorio de Vibo y se le entrega una carta remitida por el senado hablándole del paso de Aníbal a Italia y de que
6 cuanto antes acuda en ayuda de su colega. Indeciso ante tantos motivos de preocupación simultáneos embarcó de inmediato al ejército y lo envió a Arímino por el mar Adriático [99], encargó al legado Sexto Pomponio de la defensa del territorio vibonense y la costa de Italia con veinticinco
7 naves largas, y al pretor Marco Emilio le completó la flota hasta un total de cincuenta navíos. Él, después de tomar

97 Ver nota 93.

98 En la costa oeste, en el sur de Italia. *Vibo Valentia* entonces, Vibo en la actualidad.

99 Según Polibio, por tierra.

en Sicilia las medidas pertinentes, bordeando con diez naves la costa de Italia llegó a Arímino. Desde allí emprendió la marcha con su ejército en dirección al río Trebia y se reunió con su colega.

Disparidad de criterios tácticos entre los dos cónsules

Ahora, el hecho de enfrentarse a Aníbal los dos cónsules y todos los efectivos con que Roma contaba ponía suficientemente de manifiesto que o bien se podía defender el imperio romano con aquellas tropas o no había ninguna otra esperanza. Sin embargo, uno de los cónsules, achicado por un único combate de caballería y por su herida, prefería retrasar las operaciones; el otro, más animado por sus acciones recientes y por ello más envalentonado, no admitía dilación alguna. El territorio que hay entre el Trebia y el Po lo habitaban entonces los galos, que adoptando una postura ambigua ante la confrontación entre dos pueblos poderosísimos esperaban el agradecimiento decidido del vencedor. A los romanos esto les bastaba con tal que se estuvieran quietos, pero el cartaginés lo llevaba muy a mal, repitiendo una y otra vez que él había venido porque los galos lo habían llamado para liberarlos. Irritado por esta razón, y al mismo tiempo para alimentar a la tropa con el botín, dio orden de que dos mil hombres de a pie y mil jinetes, númidas en su mayor parte aunque también había algunos galos entre ellos, entrasen a saco en todo el territorio desde allí hasta la ribera del Po. Necesitados de ayuda los galos, a pesar de que hasta entonces habían mantenido una actitud neutral, forzados por los autores del desmán se inclinan hacia quienes podían ser sus vengadores y envían embajadores ante el cónsul pidiendo la ayuda de los romanos para una tierra que estaba en dificultades por la excesiva lealtad de sus habitantes hacia los romanos. A Cornelio no

le gustaba ni el motivo ni el momento para entrar en acción, y recelaba de aquella gente por sus muchas traiciones y en concreto por la reciente deslealtad de los boyos, suponiendo que el tiempo hubiese hecho olvidar las demás.
8 Sempronio, por el contrario, pensaba que, para mantener fieles a los aliados, el vínculo más sólido era la defensa
9 de los que primero habían necesitado ayuda. Mientras su colega andaba en dudas, envía a su caballería, a la que suma mil hombres de a pie casi todos tiradores, a defender
10 el territorio galo del otro lado del Trebia. Como cayeron por sorpresa sobre unos soldados dispersos y sin orden, cargados además con el botín la mayor parte, provocaron enorme alarma y muerte y les hicieron huir hasta el campamento y los puestos de guardia enemigos; rechazados entonces al salir gran número de hombres, restablecieron de nuevo
11 el combate con la ayuda de los suyos. La lucha tuvo alternativas a partir de ese momento a favor de perseguidores o perseguidos, y aunque hasta el último momento estuvo equilibrado el combate, como las bajas sufridas fueron más, sin embargo, por parte del enemigo, la victoria les fue atribuida a los romanos.

53 Pero a nadie le pareció ésta más importante y completa que al propio cónsul; estaba henchido de gozo por haber vencido él con la clase de tropas con que había sido venci-
2 do el otro cónsul: se les había devuelto y rehecho la moral a los soldados y no había nadie que quisiera una dilación de la lucha a excepción de su colega; éste, más afectado en su ánimo que en su cuerpo, sentía alergia al campo de batalla y a las armas arrojadizas por el recuerdo de su he-
3 rida; pero él no iba a hacerse viejo al lado de un enfermo; ¿por qué, pues, andarse con más dilaciones y pérdidas de tiempo? ¿Esperar por un tercer cónsul, por otro ejército?
4 El campamento de los cartagineses estaba en Italia y casi

a la vista de Roma; no iba dirigido el ataque contra Sicilia
y Cerdeña, arrebatadas a los vencidos, ni contra la Hispa-
nia del otro lado del Ebro, sino que se trataba de expulsar
a los romanos del suelo patrio, de la tierra en que habían
nacido. «¡Cuánto no se lamentarían nuestros padres», de- 5
cía, «habituados a hacer la guerra en torno a las murallas
de Cartago, al vernos a nosotros, vástagos suyos, dos cón-
sules y dos ejércitos consulares, temblando de miedo en
plena Italia en el interior del campamento mientras que
el cartaginés ha extendido su dominio sobre el territorio
que va de los Alpes al Apenino!». Esto trataba sentado 6
al lado de su colega enfermo, y lo trataba delante del pre-
torio casi como si estuviera dirigiendo una arenga. Lo aci-
cateaba además la proximidad de la fecha de las eleccio-
nes, por temor a que se aplazase la guerra hasta el nuevo
consulado, y la oportunidad de hacer recaer sobre él solo
la gloria mientras estaba enfermo su colega. Y así, mien- 7
tras que Cornelio mostraba su desacuerdo inútilmente, or-
denó que los soldados estuviesen listos para un próximo
combate.

Aníbal, como sopesaba qué sería lo más conveniente
para el enemigo, apenas abrigaba alguna esperanza de que
los cónsules fuesen a dar algún paso de forma temeraria
y sin tomar precauciones; pero como sabía que el carácter 8
de uno de ellos, al que había conocido de oídas primero
y por experiencia después, era impetuoso y orgulloso y su-
ponía que se habría vuelto más orgulloso aún con el triun-
fo sobre sus merodeadores, no descartaba la posibilidad
de una oportunidad de entrar en acción. Para no dejar 9
escapar dicha oportunidad ni por un instante, estaba vigi-
lante y en guardia, mientras los soldados del enemigo eran
bisoños, mientras el mejor de los generales estaba inutili-
zado por su herida, mientras se mantenían con buena mo- 10

ral los galos, que sabía que en su inmensa mayoría le iban a seguir tanto más remisos cuanto más los alejara de su
11 patria. Como por estas razones y otras semejantes estaba a la espera de un combate próximo y deseaba provocarlo si se hacía esperar, y como los espías galos, más seguros para detectar lo que él quería porque militaban en ambos campamentos, le informaron de que los romanos estaban preparados para el combate, el cartaginés comenzó a buscar por los alrededores un sitio para una emboscada.

Aníbal tiende una emboscada

54 En el terreno intermedio corría un arroyo cerrado por taludes laterales muy altos, ambos tupidos de hierbajos de pantano y de los matojos y zarzas que suelen cubrir los terrenos no cultivados. Cuando se dio una vuelta y comprobó con sus propios ojos que dicho lugar tenía escondrijos suficientes para ocultar inclu-
2 so a los hombres a caballo dijo a su hermano Magón: «Ésta es la posición que vas a ocupar. Escoge cien hombres de entre toda la infantería y de la caballería y preséntate a mí con ellos durante el primer relevo de la guardia; ahora es tiempo de reponer fuerzas». A continuación despidió
3 al consejo militar. Al poco tiempo se presentaba Magón con los que había elegido. «Veo que sois guerreros aguerridos», dijo Aníbal, «pero para que seáis fuertes en número también, no sólo en arrojo, escoged cada uno de vosotros entre los escuadrones y manípulos a otros nueve como vosotros. Magón os señalará el lugar donde apostaros, contáis con un enemigo que no ha abierto los ojos a estos
4 ardides de guerra». Despedido así Magón con los mil hombres de a caballo y los mil de a pie, ordena Aníbal que al amanecer los jinetes númidas crucen el río Trebia y cabalguen ante las puertas del enemigo y lanzando proyectiles sobre los puestos de guardia inciten al enemigo a la

pelea, y que luego, una vez enzarzados en el combate, replegándose poco a poco los arrastren a este lado del río. Éstas fueron las órdenes dadas a los númidas; al resto de 5
los mandos de infantería y caballería se les dieron instrucciones para que diesen orden de que todos comiesen y después esperasen armados la señal con los caballos ensillados.

Ante el ataque de los númidas, Sempronio, ansioso de 6
pelea, primero hizo salir a toda la caballería, cuerpo del que se sentía orgulloso, después a seis mil hombres de infantería, finalmente a la totalidad de las tropas, de acuerdo con un plan decidido de antemano. Casualmente era 7
la estación invernal, y era un día de nieve en la zona comprendida entre los Alpes y el Apenino, muy helada además debido a la proximidad de ríos y lagunas. A esto hay que 8
añadir que se hizo salir a toda prisa a hombres y caballos sin tomar alimento antes y sin echar mano de nada con que combatir el frío: no tenían ningún calor por dentro y, cuanto más se acercaban a la brisa del río, más penetrante era la fuerza con que soplaba el aire frío. Pero 9
cuando, en su persecución de los númidas que retrocedían, penetraron en el agua —y había crecido con la lluvia caída durante la noche, llegándoles hasta el pecho—, entonces, incluso después de salir, sus miembros quedaron de tal forma ateridos que apenas si tenían fuerzas para sostener las armas y desfallecían de cansancio y al mismo tiempo de hambre, al ir avanzando ya el día.

Batalla del Trebia

Entretanto los hombres de Aníbal en- 55
cendían hogueras delante de las tiendas y hacían circular por los manípulos aceite para suavizar las articulaciones, y se alimentaban con calma; tan pronto se anunció que el enemigo había cruzado el río, bien dispuestos anímica y físicamente empuñan las armas y salen al

2 campo de batalla. Aníbal sitúa a los baleares delante de las enseñas y las tropas ligeras, unos ocho mil hombres, y detrás a la infantería de armamento más pesado: la totalidad de los efectivos, de la fuerza con que contaba [100]; en las alas distribuye diez mil [101] jinetes y repartidos a ambos lados sitúa los elefantes partiendo del extremo de las
3 alas. El cónsul, cuando sus jinetes en desordenada persecución de los númidas se vieron cogidos por sorpresa, al presentarles éstos cara de forma repentina, mandó dar la señal de retirada y cuando estuvieron de vuelta los colocó
4 a los lados de la infantería. Había dieciocho mil romanos, veinte mil aliados de nombre latino, y además las tropas auxiliares de los cenomanos [102]; éste era el único pueblo galo que se había mantenido fiel. Con estos efectivos se produjo el choque.

5 La batalla la iniciaron los baleares; como la infantería les hacían frente con mayor fuerza, se sacó a toda prisa hacia las alas a las tropas ligeras, maniobra ésta que hizo que la caballería romana se viese inmediatamente en aprie-
6 tos, pues aparte de que ya de por sí les costaba trabajo, siendo cuatro mil hombres y además cansados, resistir a diez mil jinetes, de refresco en su mayor parte, se vieron encima cubiertos por una nube de proyectiles lanzados por
7 los baleares. Además de esto, los elefantes, apareciendo desde el extremo de las alas, asustaban a los caballos sobre todo, no sólo por su aspecto sino por su extraño olor, y
8 les hacía alejarse huyendo. El combate de los de a pie estaba equilibrado, más en coraje que en fuerzas, que los cartagineses habían llevado intactas al combate después de re-

[100] Veinte mil hombres, según Polibio (III 72, 8).
[101] Contrasta con la cifra dada en 38, 2.
[102] Vivían en las inmediaciones de Brescia y Verona. Ver V 35, 1.

ponerse físicamente poco antes; por el contrario, los romanos, en ayunas y agotados, tenían los miembros entumecidos de frío. Habrían resistido, no obstante, a base de coraje, de haber tenido que combatir sólo contra la infantería;
pero los baleares, después de poner en fuga a la caballería, 9
les disparaban por los flancos, y por otra parte los elefantes se habían desplazado hasta el centro del frente de infantería, y Magón y los númidas, así que el ejército rebasó sus escondrijos sin sospechar nada, surgieron por su retaguardia provocando gran confusión y pánico. A pesar, sin 10
embargo, de tantas dificultades como tenía en torno, la formación se mantuvo firme durante algún tiempo, sobre todo frente a los elefantes, en contra de lo que nadie podía esperar. Los vélites colocados con ese preciso objetivo lan- 11
zaban sus venablos haciéndoles volverse, se lanzaban en su persecución cuando habían vuelto grupas y los pinchaban bajo el rabo, donde son más vulnerables por la blandura de la piel.

Cuando ya los elefantes eran presa del pánico y esta- 56
ban a punto de sembrar el desconcierto entre los suyos, Aníbal ordenó que los condujeran desde el centro del frente hacia un extremo, hacia el ala izquierda, contra los galos de reserva.

Allí provocaron al instante una huida sin paliativos y un nuevo motivo de alarma vino a sumárseles a los romanos cuando vieron la dispersión de sus tropas auxiliares.
De modo que cuando ya peleaban formando el círculo [103] 2
cerca de diez mil hombres, pues los demás no pudieron escapar, se abrieron paso por el centro de la línea de africanos que estaba reforzada con fuerzas auxiliares galas,
matando a un gran número de enemigos, y como no podían 3

[103] Maniobra a la que se recurría en situaciones de peligro extremo.

regresar al campamento por cortarles el paso el río [104], ni
podían, a causa de la lluvia, discernir con suficiente clari-
dad por dónde acudir en ayuda de los suyos, se dirigieron
4 directamente a Placencia. Se produjeron después muchas
tentativas de abrirse paso en todas direcciones, y los que
se dirigieron al río o bien fueron arrastrados por los rápi-
dos o fueron sorprendidos por los enemigos cuando anda-
5 ban remisos en echarse al agua. Los que se habían disper-
sado en su huida a campo traviesa por todas partes siguie-
ron el rastro de la columna en retirada y tomaron el rum-
bo de Placencia; a otros, el miedo al enemigo les dio auda-
cia para lanzarse al río y cruzándolo llegaron al cam-
6 pamento. La lluvia mezclada con la nieve y la intensidad
del frío, insoportable, acabó con muchos hombres y acé-
7 milas y casi todos los elefantes. Los cartagineses no cesa-
ron en su persecución del enemigo hasta el río Trebia, y
volvieron al campamento tan ateridos de frío que apenas
8 sentían la alegría de la victoria. De modo que la noche si-
guiente, cuando la guarnición del campamento y lo que
quedaba después de la huida de tan gran número de solda-
dos, armados a medias, cruzaron el Trebia en balsas,
9 o bien no sintieron nada debido al ruido del aguacero o
simularon no enterarse, porque ya no podían moverse por
el agotamiento y las heridas, y sin que los cartagineses se
movieran llevó el cónsul Escipión al ejército en marcha
silenciosa hasta Placencia, y de allí, cruzando el Po, a Cre-
mona, para no hacer recaer sobre una sola colonia el peso
de los campamentos de invierno de dos ejércitos.

[104] En la explicación de Livio, la batalla se desarrolló a la derecha del río. Cuestión ésta bastante debatida.

Roma: alarma, elecciones consulares. La acción en Placencia y Victúmulas. Marcha de Aníbal a Etruria

Fue tan intensa la alarma que cundió en Roma a raíz de esta derrota que se creía que el enemigo estaba a punto de llegar a la ciudad de Roma en son de guerra y no había esperanza o ayuda alguna con que rechazar de las puertas y murallas el ataque: derrotado uno de los cónsu- 2 les en el Tesino, llamado de Sicilia el otro, vencidos estos dos cónsules y los dos ejércitos consulares, ¿qué otros generales, qué otras legiones quedaban a las que poder llamar? En medio de esta consternación llegó el 3 cónsul Sempronio, después de cruzar con enorme peligro por entre los jinetes enemigos diseminados por todas partes para saquear, con más osadía que prudencia o esperanzas de pasar desapercibido, o de ofrecer resistencia si no lo lograba. Él, después de presidir las elecciones consula- 4 res, que era lo que se echaba en falta de una manera especial en las presentes circunstancias, regresó al campamento de invierno. Resultaron elegidos cónsules Gneo Servilio y Gayo Flaminio [105]. 57

Pero ni siquiera el campamento de invierno de los ro- 5 manos estaba tranquilo, al andar merodeando por todas partes los jinetes númidas, y también los celtíberos y lusitanos cuando aquéllos encontraban alguna especial dificultad. Todos los convoyes de víveres, por consiguiente, a no ser los que transportaban las naves por el Po, eran interceptados en todas direcciones. Cerca de Placencia ha- 6 bía un emporio protegido por grandes obras de fortificación y defendido por una fuerte guarnición. Partió Aníbal con la caballería y la infantería ligera con la esperanza de asaltar dicho fortín, y a pesar de que había puesto el mayor

[105] Para el año 217.

empeño en ocultar su propósito para lograr lo que esperaba, su ataque nocturno no pasó inadvertido a los centinelas.
7 Se elevó de pronto un griterío tan intenso que se oyó incluso en Placencia, y así, poco antes del amanecer se presentaba el cónsul [106] con la caballería después de dar orden a la infantería de que le siguiera en formación cuadrangu-
8 lar. Se entabló entretanto un combate ecuestre; en éste, como Aníbal se retiró herido del combate, les entró pánico a los enemigos y se defendió brillantemente la guarnición.
9 Después de tomarse unos cuantos días de descanso a continuación, y apenas suficientemente recuperado de su heri-
10 da, se puso en camino para atacar Victúmulas. Había sido ésta un depósito de abastecimiento de los romanos durante la guerra con los galos; después habían acudido a vivir en el lugar fortificado un buen número de habitantes de todos los pueblos limítrofes, entremezclados, y en esta ocasión el miedo al pillaje había hecho que muchos se trasla-
11 daran allí desde los campos. Este tipo de multitud, enardecida por las noticias de la valiente defensa de la guarnición de cerca de Placencia, empuñó las armas y salió al
12 encuentro de Aníbal. Chocaron en el camino más bien columnas en marcha que formaciones de combate, y como en uno de los bandos no había más que una masa desorganizada y en otro un general que tenía confianza en sus hombres y unos soldados que confiaban en su general, cerca de treinta y cinco mil hombres fueron desbaratados por
13 unos pocos. Al día siguiente, una vez efectuada la rendición, admitieron una guarnición dentro de sus murallas; cuando se les indicó que entregaran las armas y obedecieron la orden, de pronto se les dio a los vencedores la señal para que entrasen a saco en la ciudad como si hubiese sido

[106] ¿Sempronio, o Escipión?

tomada por la fuerza; y no se omitió ninguno de los ho- 14
rrores que en un caso así suelen considerar dignos de men-
ción los historiadores; hasta ese extremo se puso en prácti-
ca contra aquellos desdichados todo el muestrario de des-
enfrenos, crueldad e inhumana arrogancia. Ésta fue la cam-
paña de Aníbal durante el invierno.

A partir de ese momento se le concedió a la tropa un 58
descanso de no muy larga duración mientras el frío era
insoportable; a los primeros y vacilantes síntomas de la 2
primavera, saliendo de los cuarteles de invierno se dirige
a Etruria [107], con el propósito de poner de su parte también
a esta nación, al igual que a los galos y lígures, de grado
o por la fuerza. Cuando cruzaba el Apenino estalló una 3
tempestad tan violenta que casi superó las inclemencias de
los Alpes. Como les azotaba de frente el rostro la lluvia
unida a la ventisca, al principio se detuvieron, porque
se veían obligados a prescindir de las armas o bien, si se
empeñaban en hacerle frente, eran derribados arrollados
por los remolinos; luego, cuando ya el viento les cortaba 4
la respiración y no les dejaba recobrar el aliento, se volvie-
ron de espaldas y se sentaron un poco. Pero entonces el 5
cielo retumbó con gran estruendo y brillaban los relámpa-
gos en medio de un fragor horrísono; incapaces de oír y
de ver, estaban todos paralizados de miedo; finalmente se 6
desató el aguacero, y como arreció con ello la violencia
del viento, se estimó necesario acampar en el mismo sitio
donde se habían visto atrapados. Pero esto supuso el co- 7
mienzo de los trabajos como si se hubiera vuelto al princi-
pio, pues no podían desplegar ni poner en pie cosa alguna,
y lo que habían fijado no se sostenía, porque el viento
lo rasgaba y se lo llevaba todo. Al poco tiempo el agua, 8

[107] Muy cuestionada la historicidad de esta marcha.

arrastrada por el viento, como se había solidificado sobre las montañas, cayó en tal cantidad en forma de granizo que los hombres se desentendieron de todo y se tumbaron boca abajo, más que protegidos, aplastados bajo lo que
9 tenían para cubrirse. Sobrevino a continuación un frío tan intenso que cuando alguien de aquel lastimoso conglomerado de hombres y animales quería incorporarse y levantarse, durante largo rato no era capaz, porque, al entumecerse por el frío los músculos, apenas si podían doblar las
10 articulaciones. Después, cuando a fuerza de agitarse comenzaron a entrar en movimiento y recobrar ánimos y se comenzó a encender fuego aquí y allá, cada uno en su propio
11 desvalimiento buscaba la ayuda de los otros. Dos días permanecieron en aquel lugar como si estuvieran sitiados; perecieron muchos hombres, muchas acémilas e incluso siete elefantes de los que habían sobrevivido a la batalla habida en el Trebia.

Batalla cerca de Placencia

59 Después de descender del Apenino retrotrajo el campamento hacia Placencia y acampó a unas diez millas. Al día siguiente, marchó contra el enemigo al frente de doce mil hombres de a pie y cinco
2 mil de a caballo; tampoco el cónsul Sempronio —pues ya había vuelto de Roma— rehusó el combate, y aquel día había entre los dos campamentos una distancia de tres mi-
3 llas; se luchó al día siguiente con enorme coraje y resultados diversos. En el primer choque fue tan superior el poderío de los romanos que además de vencer al enemigo en el campo de batalla lo rechazaron y lo persiguieron hasta el campamento, y al poco incluso estaban atacando el
4 campamento mismo. Aníbal, después de apostar algunos defensores en la empalizada y en las puertas, retiró a los demás al centro del campamento, bien juntos, y les ordenó

que estuvieran atentos esperando la señal para salir de es-
tampida. Ya era casi la hora nona cuando el cónsul romano, 5
fatigados en vano sus hombres, dio la señal de retirada,
puesto que no había esperanza alguna de apoderarse del
campamento. Cuando Aníbal lo advirtió y vio que el ata- 6
que remitía y se retiraban del campamento, lanzó al ins-
tante a sus jinetes contra el enemigo por la derecha y por
la izquierda y él, con las fuerzas de infantería, salió brus-
camente por el centro del campamento. Difícilmente se ha- 7
bría dado una pelea más sañuda o más famosa por las
pérdidas de uno y otro bando si el día hubiera permitido
prolongarla largo tiempo; la noche puso fin al combate 8
cuando estaba al rojo debido al enorme coraje. Fue, por
tanto, un choque más duro que sangriento, y lo mismo
que la lucha estaba casi igualada, también las pérdidas cuan-
do se retiraron eran similares. Por ninguno de los bandos
cayeron más de seiscientos de a pie, y jinetes, la mitad
de esa cifra; pero las pérdidas de los romanos fueron ma- 9
yores de lo que correspondía al número, porque murieron
varios miembros del orden ecuestre y cinco tribunos mili-
tares y tres prefectos de los aliados. Después de aquella 10
batalla, Aníbal marchó hacia el territorio de los lígures y
Sempronio a Luca [108]. Cuando Aníbal llegó a los lígures,
dos cuestores romanos, Gayo Fulvio y Lucio Lucrecio, atra-
pados en una emboscada junto con dos tribunos militares
y cinco miembros del orden ecuestre, le fueron entregados
para que pensase así que la paz y la alianza con ellos iba
a tener más valor.

[108] Sobre las dificultades que surgen de estos dos datos puede verse la extensa nota de VALLEJO *(o. c.)* a los mismos. Luca, hoy Serchio.

Hispania: operaciones bélicas entre Escipión, Hannón y Asdrúbal

60 Mientras tenían lugar estos acontecimientos en Italia [109], Gneo Cornelio Escipión, enviado a Hispania con una flota
2 y un ejército, saliendo desde la desembocadura del Ródano y después de bordear los montes Pirineos llegó con la flota a
3 Ampurias [110], desembarcó allí al ejército y, comenzando por los layetanos [111], sometió al dominio romano toda la costa hasta el río Ebro, en unos casos renovando los trata-
4 dos y en otros estableciéndolos por vez primera. Desde allí, después de granjearse fama de clemente, impuso su fuerza no sólo en los pueblos de la costa sino también en los de tierra adentro y de montaña, ante gentes ya más indómitas, y no sólo logró con ellos la paz sino incluso alianzas militares, enrolándose entre ellos algunas fuertes cohortes auxi-
5 liares. El lado de acá del Ebro era provincia de Hannón; Aníbal lo había dejado al cargo de la defensa de aquella zona. Pues bien, pensando que había que salirle al paso al enemigo antes de que todo pasara a su poder, acampó
6 a la vista de sus enemigos y presentó batalla. Tampoco al general romano le pareció que se debía aplazar el combate, y es que sabía que tendría que luchar contra Hannón y Asdrúbal y prefería actuar contra cada uno de ellos por
7 separado antes que contra los dos a la vez. Tampoco fue muy reñido aquel combate. Seis mil enemigos muertos, dos mil hechos prisioneros junto con la guarnición del campa-

---

[109] Se retoma la narración de 32, 4.

[110] Colonia de Marsella (fundada en torno al 550). Sus habitantes originarios eran los indigetes. Su nombre original, singular, pasó a plural por la existencia de dos comunidades.

[111] Seguimos la lectura de Vallejo, y remitimos al parágr. 7 de su Introducción *(o. c.)*.

mento, pues también fue asaltado éste, y el propio general
fue hecho prisionero junto con algunos jefes; también Ci-
sis [112], plaza cercana al campamento, fue tomada al asal-
to. Pero el botín de la plaza fueron objetos de escaso va- 8
lor: mobiliario bárbaro y esclavos de bajo precio; la tropa 9
se enriqueció gracias a los campamentos, tanto el del ejér-
cito que había sido vencido como el del ejército que hacía
la campaña con Aníbal en Italia, al haber dejado a este
lado de los Pirineos todos los objetos de valor para que
no representasen un grave estorbo para sus porteadores.

Antes de confirmarse la noticia de esta derrota, Asdrú- 61
bal, que había cruzado el Ebro con ocho mil hombres de
infantería y mil de caballería con la idea de atacar a los
romanos tan pronto llegasen, cuando se enteró de que se
había sufrido una derrota en Cisis y se había perdido el
campamento, desvió el rumbo en dirección al mar. No le- 2
jos de Tarragona, a los soldados de la flota y a la marine-
ría, que andaban vagando diseminados por los campos,
como suele ocurrir cuando la buena marcha de las cosas
genera descuido, los rechaza hasta las naves enviando jine-
tes en todas direcciones, matando a muchos y poniendo
en fuga a muchos más; no atreviéndose a detenerse por 3
más tiempo en aquellos contornos, no fuese a sorprenderlo
Escipión, se retiró al otro lado del Ebro [113]. Escipión por 4
su parte, emprendiendo la marcha a toda prisa al tener
noticias de los nuevos enemigos, después de tomar medi-
das contra unos pocos prefectos de navío, dejó en Tarra-
gona una guarnición mediana y regresó con la flota a Am-
purias. Apenas había partido él, se presentaba Asdrúbal 5

[112] Para VALLEJO (nota *ad loc.)* es la inscrita como *Kese* en caracteres ibéricos en numerosas monedas halladas en el entorno de Tarragona.

[113] Según Polibio, a Cartagena.

e instigaba a la defección al pueblo de los ilergetes, que había entregado rehenes a Escipión, y con la juventud de este pueblo devastó los campos de los aliados fieles a los
6 romanos; luego, cuando Escipión salió de los cuarteles de invierno, él abandonó todo el territorio de este lado del Ebro. Escipión, después de invadir con su ejército en son de guerra el país de los ilergetes, a los que había abandonado el promotor de su defección, y después de empujarlos a todos ellos a la ciudad de Atanagro [114], que era la capital
7 de dicho país, la sitió y en cosa de pocos días recibió en sumisión absoluta a los ilergetes, exigiéndoles mayor número de rehenes que anteriormente e imponiéndoles además
8 una sanción económica. Desde allí se dirigió al territorio de los ausetanos, cerca del Ebro, aliados también de los cartagineses, y después de poner cerco a su ciudad cogió en una emboscada a los lacetanos, de noche, cerca ya de la ciudad, cuando acudían en ayuda de sus vecinos, en el
9 momento en que querían entrar. Fueron muertos cerca de doce mil; despojándose de sus armas, casi todos los demás huyeron a sus casas diseminados por doquier a través de los campos; a los sitiados lo único que los protegía era
10 el invierno, malo para los sitiadores. El asedio duró treinta días, durante los cuales casi en ningún momento hubo menos de cuatro pies de nieve, y había cubierto de tal forma los plúteos [115] y manteletes de los romanos, que bastó ella sola para protegerlos contra los fuegos que algunas veces
11 lanzaba el enemigo. Por fin, después de pasarse a Asdrúbal su jefe Amusico, se rinden, previo acuerdo de entregar

[114] Única vez que aparece este nombre. Situada en las inmediaciones de *Ilerda*.

[115] Parapetos montados sobre ruedas. Las protecciones, de madera o de mimbres, eran muy combustibles.

veinte talentos de plata. Se efectuó el regreso a Tarragona, a los cuarteles de invierno.

Roma: prodigios. Controvertida toma de posesión del consulado de Flaminio. Marcha del ejército a Etruria

En Roma o sus aledaños ocurrieron 62
aquel invierno muchos prodigios, o bien, como suele ocurrir cuando se apodera de los ánimos el temor religioso, se habló de muchos y se les dio crédito de forma irreflexiva; entre ellos, que un niño de seis 2
meses nacido libre había gritado ¡Victoria! en el mercado de verduras, y que en 3
el mercado de ganado vacuno un buey había subido por sí solo a una tercera planta y, espantado por el alboroto de los vecinos, se había arrojado al vacío desde allí, y que en el cielo habían brillado unas imágenes de navíos, 4
y que el templo de la Esperanza que está en el mercado de las verduras había sido alcanzado por un rayo, y que en Lanuvio se había estremecido la víctima [116] de un sacrificio y un cuervo había bajado volando hasta el templo de Juno y se había posado sobre el cojín sagrado, y que 5
en territorio de Amiterno se habían visto de lejos en muchos sitios lo que parecían ser hombres con vestimenta blanca y que no se habían dirigido a nadie, y que en el Piceno habían llovido piedras, y en Cere las tablillas de la suerte se habían roto, y en la Galia un lobo había sacado de la vaina la espada de un centinela y se la había llevado. Para los otros prodigios se ordenó a los decénviros consul- 6
tar los libros sibilinos, pero con respecto a la lluvia de piedras en el Piceno se decretó un novenario de sacrificios; inmediatamente casi toda la población se ocupó en conjurar los demás prodigios. En primer lugar, fue purificada 7
la ciudad y se sacrificaron víctimas mayores a los dioses

[116] Manteniendo la lectura *hostiam* de los códices.

8 que fueron designados, y se le llevó a Juno a Lanuvio una ofrenda de cuarenta libras de oro, y se le dedicó a Juno en el Aventino una estatua de bronce por parte de las matronas, y se ordenó hacer un lectisternio en Cere, donde se habían roto las tablillas, así como una acción de gracias
9 a la Fortuna en el Álgido; también se decretó un lectisternio a la Juventud en Roma y una acción de gracias en el templo de Hércules, en particular, y después por parte de toda la población ante todos los cojines sagrados que se especificaron, y se le sacrificaron al Genio [117] cinco mil víctimas
10 mayores, y el pretor Gayo Atilio Serrano recibió orden de hacer votos por si durante diez años la república continua-
11 ba en la misma situación. Estas expiaciones y votos conformes con los libros sibilinos aliviaron en gran medida los espíritus de escrúpulos religiosos.

63 Uno de los cónsules designados, Flaminio, al que habían correspondido por sorteo las legiones que estaban acuarteladas en Placencia, envió un edicto y una carta al cónsul [118] para que este ejército el día quince de marzo
2 estuviese acampado en Arímino. Su plan era tomar posesión del cargo de cónsul allí, en su provincia, pues tenía en mente sus viejos enfrentamientos con los senadores, los que había tenido como tribuno de la plebe y los de después, cuando era cónsul, con motivo primero de la abro-
3 gación de su consulado y del triunfo después [119]; también

[117] Debe sobreentenderse *Genius publicus* o *Genius populi Romani.*

[118] Sempronio, aunque según 59, 10 estaba en Luca.

[119] Había tenido enfrentamientos con el senado siendo tribuno de la plebe, el 232, a propósito del arriendo del *ager publicus Picenus;* y después, siendo cónsul, el 223, había recibido una carta del senado ordenándole volver a Roma, pero no la había abierto hasta después de la batalla en que obtuvo la victoria sobre los ínsubres; el senado se había pronunciado en contra de su triunfo, pero lo había celebrado gracias al voto

le tenían ojeriza los senadores a causa de la nueva ley que el tribuno de la plebe Quinto Claudio había hecho aprobar, con el senado en contra, contando únicamente con el apoyo de un senador, Gayo Flaminio, ley según la cual nadie que fuese senador o cuyo padre lo hubiese sido podría ser propietario de una nave de más de trescientas ánforas de cabida [120]. Se estimó que esto era suficiente para 4
transportar los frutos de los campos; cualquier clase de lucro fue considerado indigno de los senadores. La cuestión, debatida con el mayor apasionamiento, le granjeó a Flaminio, ponente de la ley, la enemistad de la nobleza y la simpatía de la plebe y supuso, como consecuencia, un segundo consulado. Convencido de que debido a estas 5
circunstancias lo iban a retener en la ciudad poniendo pegas a propósito de los auspicios, retrasando las ferias latinas y aduciendo otros inconvenientes referidos a su función consular, simuló un viaje y marchó clandestinamente a su provincia como simple particular. Cuando esta cir- 6
cunstancia se hizo de dominio público, un nuevo motivo de resentimiento vino a suscitarse entre los senadores, ya en contra desde antes: Gayo Flaminio ya no le hacía la guerra sólo al senado, sino a los dioses inmortales; prime- 7
ro, nombrado cónsul con irregularidades en la toma de los auspicios, cuando dioses y hombres le decían que volviese del frente mismo de batalla, no había hecho caso; ahora, consciente de haberlos menospreciado, evitaba el Capitolio y el ofrecimiento solemne de los votos, para no 8
acudir al templo de Júpiter Óptimo Máximo el día de la toma de posesión de su magistratura, para no ver y consultar al senado que le era hostil y al que sólo él odiaba, para

del pueblo, y había sido obligado a dejar el consulado. Pero otras fuentes difieren con respecto a estos datos.

[120] Un ánfora equivalía a 26,25 litros.

no anunciar la fecha de las ferias latinas ni ofrecer en su
9 nombre a Júpiter Laciar el sacrificio solemne, para evitar el
dirigirse al Capitolio, después de tomar los auspicios, a ofre-
cer sus votos y de allí marchar a su provincia vestido con
el capote militar acompañado por los lictores; como un
siervo, sin distintivos, sin lictores, se había marchado en
secreto, a escondidas, lo mismo que si hubiese abandona-
10 do el suelo patrio para ir al destierro, ¿o es que iba a to-
mar posesión de su cargo en Arímino de una forma más
acorde con la majestad de su autoridad que si lo hiciera
en Roma, e investirse de la toga pretexta en una posada
11 de huéspedes mejor que en los penates de su casa? Todos
estuvieron de acuerdo en que había que hacerle venir, inclu-
so traerlo a la fuerza, y obligarlo a cumplir personalmente
con todas las obligaciones para con los dioses y los hom-
12 bres antes de marchar al ejército y a su provincia. Con
esta embajada —pues se acordó enviar unos diputados—
partieron Quinto Terencio y Marco Antistio, pero el efecto
que hizo en él no fue en absoluto mayor que el que había
hecho la carta remitida por el senado durante su anterior
13 consulado. Pocos días después tomó posesión de su cargo
y, cuando estaba inmolando un ternero, éste se les escapó
de las manos, herido ya, a los ministros del sacrificio, sal-
14 picando con su sangre a muchos de los presentes; huyeron
de forma atropellada, incluso en mayor medida los que es-
taban más alejados, que no sabían a qué obedecía el albo-
roto. El incidente fue recibido por la mayoría como el pre-
15 sagio de una grave amenaza. Luego, después de recibir las
dos legiones de Sempronio, cónsul del año anterior, y las
otras dos del pretor Gayo Atilio, se inició la marcha del
ejército hacia Etruria por los senderos del Apenino [121].

[121] Respecto a esta marcha hay divergencias en las fuentes. Puede verse JAL, *o. c.*, nota *ad loc.*

LIBRO XXII

SINOPSIS

Caps. 1-8: TRASIMENO.

Aníbal se pone en marcha; pierde un ojo en los pantanos. Roma: portentos, expiación (1-2).

El cónsul Flaminio en Arrecio. Atraído por Aníbal, emprende la marcha (3).

Batalla de Trasimeno (4-6).

Secuelas de la batalla. Quinto Fabio Máximo, elegido dictador por sufragio del pueblo (7-8).

Caps. 9-18: AVANCES DE ANÍBAL. TÁCTICA DE FABIO.

Nuevos avances de Aníbal. Medidas de carácter religioso en Roma (9-10).

Medidas de carácter militar. Marcha del dictador Fabio hasta Arpos (11-12).

Aníbal pasa al Samnio, Campania, Falerno. Minucio se revuelve contra la táctica del dictador (13-14).

Marcha atrás de Aníbal, de Falerno a Campania. Treta para eludir el bloqueo de Fabio; acampada en Alifas (15-17).

Fabio parte para Roma (18).

Caps. 19-22: La guerra en Hispania.
Operaciones bélicas en Hispania por mar y tierra (19-20).
Indíbil y Mandonio. Los rehenes de Sagunto (21-22).

Caps. 23-32: La táctica de Fabio.
La finca del dictador. Movimiento de tropas en torno a Gereonio (23-24).
Equiparación de poderes, por plebiscito, entre dictador y jefe de caballería (25-27).
Derrota de Minucio evitada por Fabio: reconciliación (28-30).
La acción bélica en el mar. *Statu quo* en torno a Gereonio (31-32).

Caps. 33-39: Roma.
Incidencias en Roma. Movimiento electoral (33-35).
Reclutamiento. Ofrecimiento de Hierón, respuesta de Roma. Preparativos de marcha (36-38).
Fabio Máximo dirige unas palabras a Emilio Paulo (39).

Caps. 40-61: Cannas.
Se reorganiza el frente. Escaramuzas; trampa de Aníbal fallida (40-42).
Se aproximan a Cannas (43-44).
Las formaciones antes de la batalla (45-46).
La batalla de Cannas (47-49).
Peripecias de los supervivientes; algunos se rinden a Aníbal (50-52).
Concentración de fugitivos en Canusio y Venusia. Balance de urgencia (53-54).
Conmoción en Roma. Cartas. Estupro de dos vestales. Consulta al oráculo de Delfos (55-57).
El rescate de los prisioneros romanos. Su portavoz habla ante el senado (58-59).
Discurso de Tito Manlio Torcuato oponiéndose al rescate (60).
El senado vota en contra del rescate. Pueblos que se pasan a Aníbal (61).

Aníbal se pone en marcha; pierde un ojo en los pantanos. Roma: portentos, expiación

Se acercaba ya la primavera cuando 1
Aníbal, después de un intento de pasar
el Apenino, fallido debido al frío inso-
portable, y de una demora que implicaba
miedo y grave peligro, dejó el campamen-
to de invierno. Los galos, movilizados por 2
las expectativas de botín y pillaje, al ver
que, en vez de ser ellos quienes saqueaban y se llevaban
presas del territorio de otros, eran sus tierras escenario de
la guerra y sobre ellas recaía el peso de los cuarteles de
invierno de los ejércitos de uno y otro bando, volvieron
contra Aníbal el odio que sentían hacia los romanos.
Convertido en repetidas ocasiones en blanco de las ase- 3
chanzas de sus jefes, se había salvado al traicionarse unos
a otros delatando el complot con la misma irresponsabili-
dad con que se habían conjurado; también se había prote-
gido de los atentados engañándolos a base de cambiar unas
veces de ropa y otras de gorros. Pero el miedo a una even- 4
tualidad de este tipo fue también motivo de que apresurara
el abandono de los cuarteles de invierno.

Por aquellas mismas fechas el cónsul Gneo Servilio en
Roma tomó posesión de su cargo el día quince de marzo [122].
Al presentar allí su informe sobre la situación del Estado, 5
se reprodujo la aversión contra Gayo Flaminio [123]: habían

[122] Del año 217.

[123] Cf. nota 119.

elegido dos cónsules, tenían uno solo, pues ¿qué mando
6 legítimo, qué auspicio tenía Flaminio? Los magistrados lo
tomaban en Roma, ante los penates de la patria y de la
familia, después de celebrar las Ferias Latinas, de ofrecer
un sacrificio en el monte [124] y de formular solemnemente
7 los votos en el Capitolio; un particular no llevaba consigo
los auspicios y tampoco podía tomarlos válidos del todo
en suelo extranjero en caso de haber partido sin ellos.
8 Las noticias de prodigios, llegadas de muchos sitios al mis-
mo tiempo, incrementaban los temores: en Sicilia habían
ardido los dardos de algunos soldados, al igual que el bas-
tón que tenía en la mano un jinete que hacía la ronda
de la vigilancia en la muralla de Cerdeña; en la costa ha-
bían brillado resplandores repetidas veces, y dos escudos
9 habían sudado sangre; algunos soldados habían sido alcan-
zados por rayos, y el disco solar había dado la impresión
de disminuir de tamaño; en Preneste habían caído del cielo
piedras ardiendo, en Arpos se habían visto escudos en el
10 cielo y la luna en pugna con el sol; en Capena habían sali-
do dos lunas durante el día, y las aguas de Cere [125] habían
manado mezcladas con sangre, y la propia fuente de Hér-
cules había manado salpicada de manchas de sangre; en
Ancio a unos segadores les habían caído en la banasta
11 las espigas teñidas en sangre, y en Falerios se había visto
que el cielo se abría como con una enorme grieta, y a tra-
vés de dicha abertura había brillado una luz muy intensa;
unas tablillas se habían roto y una había caído con esta
12 inscripción: «Marte blande su lanza»; por aquellas mismas
fechas, en Roma habían sudado la estatua de Marte de

---

[124] Albano.

[125] Famoso manantial de aguas termales que quedaba cerca de la ciudad de Cere, como atestigua ESTRABÓN (V 3, 320).

la Vía Apia y las de los lobos [126], y en Capua había parecido que ardía el cielo y que la luna caía en medio de la lluvia.
A continuación se dio también crédito a prodigios de me- 13
nor importancia: unas cabras se habían cubierto de lana, una gallina se había convertido en gallo y un gallo en galli-
na. Una vez expuestas estas incidencias de acuerdo con las 14
noticias recibidas, y presentados ante la curia los testigos, el cónsul sometió a la consideración del senado el aspecto
religioso. Se acordó expiar dichos prodigios con víctimas 15
mayores en parte y en parte menores y celebrar durante
tres días rogativas ante todos los altares; los demás actos 16
se celebrarían, después de consultar los decénviros los libros sibilinos, en la forma que a través de los oráculos
manifestasen los dioses que era de su agrado. Por consejo 17
de los decénviros se acordó que como primera ofrenda se hiciera un rayo de oro de cincuenta libras para Júpiter, que a Juno y Minerva se les hicieran ofrendas de plata, que a Juno Reina en el Aventino y a Juno Salvadora en
Lanuvio se les sacrificasen víctimas mayores, que las ma- 18
tronas reuniesen dinero según las posibilidades de cada una y llevasen un presente a Juno Reina en el Aventino; que se celebrase un lectisternio, y que incluso las libertas según sus posibles reuniesen dinero para hacer una ofrenda a Fe-
ronia [127]. Cuando se hizo todo esto, los decénviros ofrecie- 19
ron en el foro de Árdea un sacrificio de víctimas mayores. Por último, y ya en el mes de diciembre, se ofreció en Roma un sacrificio en el templo de Saturno y se celebró un lectisternio —cuyos lechos además habilitaron los

[126] Estaban en las proximidades del templo de Marte, dios al que estaban consagrados los lobos.

[127] La diosa de los libertos: en su templo de Tarracina recibían la libertad los esclavos.

20 senadores— y un banquete público, y a través de la ciudad se dieron día y noche los gritos saturnales, y se invitó al pueblo a tener y mantener como festivo para siempre aquel día.

2 Mientras el cónsul se ocupa en Roma de aplacar a los dioses y efectuar el reclutamiento, Aníbal, que había salido de los cuarteles de invierno, como corría la voz de que el cónsul Flaminio había llegado ya a Arrecio[128], aunque
2 le indicaban una ruta más larga pero más descansada, tomó un camino más corto a través de unas marismas, por donde el río Arno se había desbordado aquellos días.
3 A los hispanos y africanos, que constituían el grueso de su ejército de veteranos, les mandó ir delante llevándose su propia impedimenta, con el fin de que, si se veían forzados a detenerse, no les faltase lo imprescindible dondequiera que fuese; que detrás fuesen los galos, formando el centro de la columna; en última posición, que fuese la
4 caballería; que Magón, detrás, con los númidas ligeros, cerrase la marcha, conteniendo de modo especial a los galos en caso de que, por cansancio debido al esfuerzo o la duración de la marcha, cosa para la que es blanda esta gente,
5 se dispersaran o detuvieran. Los que iban delante, con tal que por allí les precedieran los guías, atravesando las simas profundas y en vertical del río casi tragados por el fango, enterrándose, seguían a pesar de todo a las enseñas.
6 Los galos no eran capaces de mantener el equilibrio al resbalar ni de incorporarse en los remolinos; no tenían moral para sostenerse físicamente ni estímulo para mantener la
7 moral; unos arrastraban con dificultad sus miembros ago-

[128] Esta población de Etruria (hoy Arezzo), situada en el valle alto del Arno, había pertenecido a la confederación etrusca y era aliada de Roma desde comienzos del siglo III.

tados; otros, después de echarse, rendida por el cansancio
su voluntad, morían por doquier entre las acémilas, caídas
a su vez; lo que más acababa con ellos era el tiempo que
llevaban sin dormir, cuatro días y tres noches ya. Como 8
las aguas lo cubrían todo y no se podía encontrar ni un
sitio seco donde tender sus agotados cuerpos, amontona-
ban los bagajes en el agua y se acostaban encima, o bien 9
los bultos de las acémilas caídas a lo largo de todo el cami-
no les proporcionaban, en su búsqueda de cualquier cosa
que sobresaliese del agua, el lecho imprescindible para unos
momentos de reposo. El propio Aníbal, que ya antes an- 10
daba mal de los ojos debido a los cambios de una primavera
que pasaba bruscamente del frío al calor, iba montado en
un elefante, el único que quedaba, para mantenerse a ma-
yor altura sobre el agua; sin embargo, la falta de sueño 11
y el relente nocturno y el aire del pantano le cargaron la
cabeza, y como no había ni dónde ni cuándo curarse, per-
dió un ojo.

El cónsul Flaminio en Arrecio; atraído por Aníbal emprende la marcha

Cuando, después de perder de forma 3
lastimosa muchos hombres y acémilas, sa-
lió por fin de la marisma, acampó tan
pronto le fue posible hacerlo en sitio se-
co; los exploradores que había enviado
por delante le confirmaron que el ejército romano se en-
contraba junto a las murallas de Arrecio. En adelante, se- 2
guía de cerca los planes y la actitud del cónsul, y la confi-
guración del terreno, los itinerarios y las posibilidades
de procurarse aprovisionamiento, y los demás aspectos que
era importante conocer, estudiándolo todo con el mayor
detenimiento. Era una de las regiones más fértiles de Ita- 3
lia, los campos etruscos que se extienden desde Fésulas [129]

[129] Fiésole.

hasta Arrecio, ricos en trigo y ganado y toda clase de
4 productos; el cónsul, lleno de arrogancia a raíz de su ante-
rior consulado [130], era poco respetuoso no ya con la digni-
dad de las leyes o del senado, sino incluso con los dioses,
temeridad ésta, innata en su manera de ser, fomentada por
la suerte de unos éxitos tanto civiles como militares [131].
5 Era, pues, evidente que iba a poner arrebato y precipita-
ción en todo lo que hiciera, sin encomendarse a dioses ni
hombres, y para impulsarlo más en la dirección de [132] sus
defectos, el cartaginés se dispone a azuzarlo y provocarlo;
6 dejando al enemigo a su izquierda, tomando la dirección
de Fésulas marcha a saquear por el centro de la campiña
etrusca, y le muestra al cónsul a distancia la mayor devas-
7 tación que le es posible destruyendo e incendiando. Flami-
nio no se habría estado quieto ni aun en caso de que el
enemigo no se moviera, pero entonces, cuando vio que las
propiedades de los aliados eran arrebatadas y llevadas casi
ante sus propios ojos, consideraba un baldón personal el
que el cartaginés anduviera de acá para allá por el centro
de Italia y se dirigiera ya, sin encontrar ninguna resis-
8 tencia, al asalto de las propias murallas de Roma; mientras
todos los demás en el consejo proponían medidas más úti-
les que brillantes (esperar a su colega para dirigir la ac-
ción, reunidos los ejércitos, con un propósito y una estra-
9 tegia comunes, y contener al enemigo entretanto en sus
desenfrenados saqueos con las tropas ligeras de reserva),
montando en cólera salió de estampida de la reunión y,
después de ordenar que se diese la señal de marcha y la

---

[130] Del año 223. Cf. nota 119.

[131] Militares: sobre todo la victoria sobre los ínsubres. Civiles: entre otros, el Circo Flaminio y la Vía Flaminia.

[132] Mantenemos el texto *petens*.

de combate al mismo tiempo, dijo: «¡Claro, quedémonos 10
quietos ante las murallas de Arrecio, que aquí están la pa-
tria y los penates! Dejemos que Aníbal se nos escape de
las manos y asole Italia, y arrasando y quemándolo todo
llegue hasta las murallas de Roma, y nosotros estémonos
aquí sin movernos hasta que los senadores hagan venir desde
Arrecio a Gayo Flaminio como en otra ocasión a Cami-
lo desde Veyos»[133]. Mientras lanzaba estos improperios, 11
dio orden de desclavar a toda prisa las enseñas y él mismo
montó a caballo de un salto; de pronto el caballo dio un
traspiés y despidió por encima de la cabeza al cónsul, dan-
do con él en tierra. Se asustaron todos los circunstantes, 12
interpretándolo como un mal presagio para la acción que
se iba a emprender, y además llegó la noticia de que un
abanderado no era capaz de desclavar su enseña a pesar
de poner todas sus fuerzas en el empeño. Volviéndose ha- 13
cia el mensajero, dice: «¿Y no me traes además una carta
del senado prohibiéndome entrar en acción? Anda, diles
que si no pueden desclavar la enseña con las manos, por-
que el miedo se las ha paralizado, que la saquen excavan-
do». Acto seguido se puso en marcha la columna con unos 14
oficiales atemorizados por el doble prodigio, sin contar con
que se habían mostrado en desacuerdo con la decisión, y
una tropa en general contenta con la arrogancia del gene-
ral, más pendiente de la expectativa misma que de su fun-
damento.

[133] Cf. V 46, 7.

Batalla del Trasimeno

4 Aníbal devasta con todos los horrores de la guerra el territorio situado entre la ciudad de Cortona [134] y el lago Trasimeno para exacerbar en mayor medida la rabia del enemigo e impulsarlo a vengar
2 los desafueros sufridos por sus aliados; había llegado ya a unos parajes hechos a propósito para una emboscada, donde el Trasimeno se acerca [135] más a los montes de Cortona. Separándolos sólo hay un camino muy estrecho, como si se hubiera dejado adrede sitio con ese fin precisamente; a continuación se abre una explanada ligeramente
3 más espaciosa, donde arrancan las colinas. Sitúa el campamento allí, en terreno abierto, donde se quedaría él mismo con los africanos y los hispanos únicamente; a los baleares y demás tropas ligeras los lleva, dando un rodeo, a situarse detrás de los montes; la caballería la coloca a la entrada misma del estrechamiento del camino debidamente oculta por unos montículos para que, cuando los romanos pasasen, les bloqueara el paso y quedara todo cerrado por el lago y los montes.

4 Flaminio llegó al lago antes de la puesta del sol; al día siguiente, sin efectuar reconocimiento alguno, rebasó el estrecho paso cuando apenas había amanecido, y cuando la columna comenzó a desplegarse en la planicie más ancha, solamente divisó el contingente de tropas enemigas que tenía enfrente: la emboscada tendida a su espalda y sobre
5 su cabeza le pasó desapercibida. El cartaginés, cuando tuvo al enemigo encerrado entre el lago y los montes y rodeado por sus tropas, tal como él se había propuesto, dio

---

[134] Había pertenecido a la confederación etrusca de las doce ciudades (cf. V 33, 9 y n.). Tenía una posición estratégica privilegiada.

[135] Seguimos el texto *Trasumennus subit* de la ed. Rom., 1469.

la señal de ataque a todos al mismo tiempo. Cuando se 6
lanzaron a la carrera por donde a cada uno le pillaba más cerca, lo súbito de la acción cogió por sorpresa a los romanos, a lo cual contribuyó el hecho de que la niebla que había surgido del lago era más espesa en el llano que en los montes y las columnas enemigas habían bajado desde diversas colinas, pudiendo verse bien entre sí y actuando por ello más sincronizadas. Los romanos se dieron cuenta 7
de que estaban rodeados por los gritos de guerra surgidos de todas partes antes de que se formasen debidamente las líneas y se pudieran aprestar las armas y desenvainar las espadas.

El cónsul, bastante sereno él dentro de lo crítico de 5
la situación en medio del desconcierto generalizado, en la medida en que el tiempo y el espacio se lo permiten organiza las filas rotas al volverse cada uno en las distintas direcciones en que se oían los gritos, y en todos los sitios a los que puede llegar y desde los que puede ser oído arenga y ordena mantenerse firmes y pelear: de allí no se va a 2
poder salir con votos y súplicas a los dioses sino a base de fuerza y coraje; por entre las filas se abre uno paso con el hierro, y cuanto menor sea el miedo, menor suele ser el riesgo. Pero debido al estrépito y al tumulto no era po- 3
sible oír ni recomendaciones ni órdenes, y lejos de poder reconocer sus centurias, manípulos y puestos, apenas si tenían ánimos suficientes para empuñar las armas y prepararlas para la lucha, y algunos, en vez de cubrirse con ellas, resultaban aplastados por su peso. Además, en medio de una niebla tan espesa, había que guiarse más por el oído que por la vista. Iban volviendo en torno suyo los rostros 4
y los ojos hacia los gemidos de los heridos y los choques de los cuerpos o las armas y los gritos entremezclados de los que metían miedo y los que lo experimentaban. Algu- 5

nos al huir se veían envueltos en el remolino de los que
combatían; a otros, que volvían a la lucha, los arrastraba
6 la avalancha de los que huían. Después, fallidas las ten-
tativas emprendidas en todas las direcciones, bloqueados
los flancos por los montes y el lago, y el frente y la zaga
por las filas enemigas, cuando se hizo patente que no que-
daba más esperanza de salvación que la diestra y el hierro,
entonces, convertido cada uno en su propio jefe y dándose
7 a sí mismo ánimos para el combate, se restableció por com-
pleto la lucha no en el orden conocido de vanguardia, lan-
ceros y triarios, de forma que combatiesen unos delante
de las enseñas y otros detrás, con cada soldado en su le-
8 gión, cohorte y manípulo: los agrupaba el azar, y cada
uno en la medida de su coraje se alineaba delante o atrás;
los ánimos se enardecieron de tal modo, la atención se cen-
tró en la lucha hasta tal extremo, que ninguno de los com-
batientes notó aquel seísmo que arruinó buena parte de
muchas ciudades de Italia y desvió de su curso impetuosas
corrientes, empujó el mar hacia los ríos y derruyó monta-
ñas con enormes desprendimientos.

6 Se combatió durante casi tres horas, y en todas partes
encarnizadamente; la lucha fue sin embargo más dura y
2 enconada en torno al cónsul. Le acompañaba lo mejor de
sus hombres, y él, allí donde notaba que los suyos sufrían
acoso y estaban en dificultades, acudía en su apoyo con
denuedo, y como sus armas le hacían destacar, los enemi-
gos atacaban con enorme empuje y los suyos lo cubrían,
3 hasta que un jinete ínsubre llamado Ducario, reconocien-
do también el rostro del cónsul, dijo a los de su país: «Aquí
está, éste es el que destruyó nuestras legiones y arrasó nues-
tros campos y nuestra ciudad; ahora mismo voy a ofrecer
yo esta víctima a los manes de nuestros antepasados igno-
4 miniosamente asesinados». Y picando espuelas a su caba-

llo se lanza a la carga por entre las cerradísimas filas ene-
migas, mata primero al escudero, que se le puso delante
cuando llegaba amenazador, y atraviesa al cónsul con su
lanza; cuando pretendía coger los despojos, los triarios se
lo impidieron cubriéndolo con sus escudos. A partir de ese 5
momento se inició la huida de una gran parte del ejército,
y ya ni el lago ni los montes eran un obstáculo para su
pánico; escapan por todas partes, por derroteros angostos
y escarpados, sin mirar, y armas y hombres se precipitan
unos por encima de otros. Una gran parte, a falta de sitio 6
por donde huir, se meten en el agua por el suelo fangoso
cercano a la orilla y se hunden hasta que sólo les queda
la cabeza fuera del agua; los hubo incluso que en su miedo
irracional se vieron impelidos a intentar la huida a nado,
y como era una huida interminable y desesperada, se des- 7
corazonaban y se los tragaban los remolinos, o después
de agotarse inútilmente daban la vuelta buscando de nuevo
con enorme dificultad dónde hacer pie, y allí eran liquida-
dos a discreción por los jinetes enemigos que se metían
en el agua. Casi seis mil de los de vanguardia se abrieron 8
paso con denuedo por entre los enemigos que les hacían
frente, y sin saber nada de lo que ocurría a sus espaldas
escaparon de la cañada e hicieron alto en un montículo,
y solamente oían el griterío y el ruido de las armas, sin
que les fuera posible, por culpa de la niebla, saber o apre-
ciar cuál era el desarrollo del combate. Por fin, cuando, 9
decantado ya el resultado, el sol cobró fuerza y disipando
la niebla abrió el día, entonces, limpia ya la atmósfera,
los montes y los llanos mostraron el desastre y el triste
hundimiento del ejército romano. Por eso, no fueran a avis- 10
tarlos desde lejos y lanzaran en pos de ellos a la caballería,
cogieron precipitadamente las enseñas y apresurando la mar-
cha todo lo que podían se escabulleron. Al día siguiente, 11

cuando aparte de todo lo demás les acuciaba también un
hambre extremada, cuando Maharbal, que les había dado
alcance después de perseguirlos de noche con todas las tro-
pas de a caballo, les dio su palabra de que les dejaría mar-
12 char con lo puesto si entregaban las armas, ellos se rindie-
ron; esta palabra la cumplió Aníbal con lealtad púnica:
todos fueron hechos prisioneros.

Secuelas de la batalla. Quinto Fabio Máximo elegido dictador por sufragio del pueblo

7 Así fue la famosa batalla del Trasime-
no y una de las más renombradas derro-
2 tas del pueblo romano. Quince mil ro-
manos resultaron muertos en el campo de
batalla; diez mil huyeron en desbandada
por toda Etruria y se dirigieron a Roma
3 por caminos extraviados; dos mil quinien-
tos enemigos murieron en el campo de batalla y otros mu-
chos después a consecuencia de las heridas. Otros elevan
bastante el número de bajas sufridas por una y otra parte;
4 yo, aparte de que no quisiera incurrir en ninguna exagera-
ción falta de base, cosa a la que suelen ser demasiado pro-
clives los escritores, he seguido sobre todo al historiador
5 Fabio, contemporáneo de esta guerra. Aníbal dejó mar-
char sin rescate a los prisioneros latinos, mandó prender
a los romanos, ordenó sacar de entre el montón de cadáve-
res enemigos apilados los cuerpos de los suyos y enterrar-
los; también buscó con gran detenimiento el cadáver de
Flaminio para tributarle honras fúnebres, pero no lo
encontró.

6 En Roma, ante las primeras noticias de esta derrota,
se produjo una aglomeración popular corriendo hacia el
7 foro presa de pánico y confusión. Las matronas, vagando
por las calles, preguntaban a todo el que se encontraban
a qué inesperada derrota se referían las noticias y cuál era
la suerte del ejército, y como la multitud, numerosa como

si se tratara de una asamblea, se dirigía hacia el comicio
y la curia y llamaba a los magistrados, por fin, poco antes 8
de la puesta del sol, el pretor [136] Marco Pomponio mani-
festó: «Hemos sido vencidos en una importante batalla».
Y aunque no se oyó de sus labios nada más concreto, se
llenaron, sin embargo, de rumores unos y otros y contaron
en sus casas que el cónsul había muerto con gran parte 9
de sus tropas, y que los escasos supervivientes se habían
dispersado huyendo en desbandada por Etruria o habían
sido capturados por el enemigo. Los motivos de preocupa- 10
ción de aquellos que tenían algún allegado militando a las
órdenes del cónsul Gayo Flaminio eran tantos como las
incidencias que habían ocurrido al ejército vencido, igno-
rando cuál había sido la suerte de cada uno de los suyos,
y sin que nadie supiera a ciencia cierta qué esperanza
o qué temores abrigar. A lo largo del día siguiente y de 11
algunos más se concentró ante las puertas de la ciudad una
multitud en la que predominaban casi las mujeres sobre
los hombres a la espera de algunos de los suyos o de al-
guien que les diera noticias acerca de ellos; rodeaban a
los que llegaban haciéndoles preguntas y, sobre todo si era
alguien conocido, no se los podía apartar de su lado hasta
que se enteraban de todo de cabo a rabo. Luego, según 12
fueran alegres o tristes las noticias que recibían, se podía
apreciar el distinto semblante con que se alejaban de los
informadores, y se podía ver en torno a ellos a quienes
los acompañaban en su vuelta a casa felicitándolos o con-
solándolos. Especialmente dejaban traslucir su alegría o su
dolor las mujeres. Cuentan que una de ellas, que se encon- 13
tró de sopetón en la puerta misma de la ciudad con su

[136] Peregrino. El pretor urbano era Marco Emilio Regilo.

hijo a salvo murió al abrazarlo; a otra, a la que por error se le había comunicado la muerte de su hijo y que estaba sentada en casa sumida en el abatimiento, así que vio al
14 hijo que regresaba, el exceso de alegría la mató. Los pretores retienen en la curia al senado durante varios días desde la salida hasta la puesta del sol, debatiendo el nombramiento de un general y las características de unos efectivos militares con los que poder resistir a los cartagineses victoriosos.

8 Aún no se había llegado a resoluciones en firme cuando se anuncia de pronto otro revés: cuatro mil jinetes a las órdenes del propretor Gayo Centenio enviados por el cónsul Servilio a su colega habían sido rodeados por Aníbal en Umbría, dirección que habían tomado al enterarse
2 de la derrota del Trasimeno. La noticia de esta acción afectó a la gente de modo desigual. A unos les pareció poco importante la reciente pérdida de jinetes en comparación con la anterior, sumidos como estaban los ánimos en una pre-
3 ocupación más honda; otros no valoraban lo ocurrido en sí mismo, sino que, como ocurre con un cuerpo enfermo, que se siente más el peso de una dolencia aunque sea ligera
4 que en uno sano otra más grave, así cualquier contratiempo que le sobreviniera entonces a la ciudad, abatida y sin fuerzas como estaba, había que valorarlo no por su magnitud en sí misma, sino por referencia al estado de debilidad, que no soportaba ya nada que significase un agravamiento.
5 Por ello, la ciudad recurrió a un remedio que no se había echado en falta ni se había aplicado desde hacía tiempo [137]: el nombramiento de un dictador. Y como además estaba ausente el cónsul, el único que al parecer podía efectuar

[137] Descontando los dictadores nombrados sólo *comitiorum hab. causa,* el último había sido Aulo Atilio Colatino, el año 249.

el nombramiento, y debido a la ocupación de Italia por las armas cartaginesas no resultaba fácil enviar un mensajero o una carta, el pueblo eligió dictador —cosa que nunca 6
hasta la fecha se había hecho— a Quinto Fabio Máximo [138], y jefe de la caballería a Marco Minucio Rufo. El senado 7
les encomendó la tarea de reforzar las murallas y las torres y situar retenes en los puntos que les pareciese, y de cortar los puentes de los ríos: había que luchar por Roma y los penates, puesto que no habían podido defender Italia.

Nuevos avances de Aníbal. Medidas de carácter religioso en Roma

Aníbal llegó a través de Umbría en lí- 9
nea recta hasta Espoleto [139]. Luego, al in- 2
tentar asaltar la ciudad después de devastar el campo, fue rechazado sufriendo gran cantidad de bajas, y deduciendo a partir de las fuerzas de una sola colonia cuyo ataque había intentado con escaso éxito cuál sería el potencial de la ciudad de Roma, dirigió su rumbo hacia 3
el territorio piceno [140], abundante en cantidad de frutos de todas clases y repleto además de botín a cuyo pillaje se entregaban a rienda suelta con la avidez del indigente. Allí estuvieron acampados durante varios días y la tropa 4
se repuso de las marchas invernales y del avance a través del pantano, y de la batalla, favorable si se mira al resultado pero no menos reñida y difícil, que habían hecho mella en ellos. Cuando descansaron lo suficiente, teniendo en 5
cuenta que disfrutaban más con el pillaje y los saqueos que con el ocio y la inactividad se puso en marcha y devas-

---

[138] Verrucoso, y a partir de esta dictadura, Cunctátor.

[139] Colonia latina desde el 240, fue uno de los puntos fortificados de la Vía Flaminia. Hoy Spoleto. Polibio no menciona este ataque.

[140] Ocupado por ciudadanos romanos.

tó el territorio de Pretucia [141] y Adria [142] y después el de los marsos, marrucinos y pelignos y los alrededores de Ar-
6 pos y Luceria, la región de Apulia más cercana. El cónsul Gneo Servilio, después de librar ligeros combates con los galos y tomarles al asalto una plaza poco conocida, cuando se enteró de la muerte de su colega y el desastre de su ejército, temiendo ya por las murallas de la patria, para no estar ausente en un trance decisivo dirigió su marcha hacia Roma.

7 Quinto Fabio Máximo, dictador por segunda vez [143], el mismo día que tomó posesión del cargo convocó al senado; comenzó por lo que se refería a los dioses, puso de manifiesto ante los senadores que el cónsul Gayo Flaminio había incurrido en falta más por negligencia en el ceremonial que por temeridad o falta de conocimientos, y que había que consultar a los propios dioses sobre qué
8 expiaciones aplacarían la cólera divina, y logró que se ordenase a los decénviros consultar los libros sibilinos, cosa que no suele decretarse a no ser cuando se tiene noticia
9 de prodigios tenebrosos. Los decénviros, consultados los libros del destino, informaron a los senadores que el voto que se había hecho a Marte con motivo de aquella guerra no había sido realizado en debida forma y había que hacerlo de nuevo desde el principio y con mayor solemnidad;
10 además, había que prometerle con voto a Júpiter unos grandes juegos, y a Venus Ericina [144] y a la Inteligencia, un

[141] Dentro del territorio piceno, a continuación del *ager publicus* por el sur.

[142] Situada al este del territorio de Pretucia. Colonia romana fundada el 290.

[143] La primera, *comitiorum hab. causa*, el 221.

[144] Advocación derivada del monte Érice, de Sicilia, donde tenía un santuario desde el que pasó a Roma.

templo, y celebrar una rogativa y un banquete sagrado, y
prometer con voto una primavera sagrada si el resultado de
la guerra era favorable y la república se mantenía tal como
antes de la guerra. Como Fabio iba a estar absorbido por 11
la atención a la guerra, el senado dispone que el pretor
Marco Emilio, de acuerdo con el criterio del colegio de
los pontífices, se ocupe de que todo esto se lleve a cabo
rápidamente.

Promulgados estos decretos del senado, el pontífice má- 10
ximo Lucio Cornelio Léntulo, ante una consulta del pretor
al colegio, dictamina que antes de nada hay que consultar
al pueblo acerca de la primavera sagrada: sin un mandato
del pueblo no se puede hacer esa promesa con voto.
Se le pidió al pueblo que se pronunciase en estos términos: 2
«¿Queréis y mandáis que se haga así lo que sigue? Si la
república del pueblo romano de los Quirites, durante el
quinquenio próximo, según yo deseo y por lo que hago
votos, sale sana y salva de las guerras siguientes: la guerra
que hay entre el pueblo romano y el cartaginés, y las gue-
rras en que está con los galos de este lado de los Alpes,
que entonces el pueblo romano de los Quirites done en 3
ofrenda todo lo que en primavera nazca de los rebaños
de cerdos, ovejas, cabras y bueyes, y que no haya sido
consagrado, y sea inmolado a Júpiter, a partir del día que
el senado y el pueblo romano dispongan. El que lo haga, 4
hágalo cuando quiera y con el rito que quiera; de cualquier
modo que lo hiciere, bien hecho esté. Si muere lo que tenía 5
que ser inmolado, pierda el carácter de sagrado y no haya
sacrificio. Si alguien lo daña o mata inadvertidamente, no
se considere falta. Si alguien lo robare, no se considere
delito ni del pueblo ni del propietario. Si lo inmolare en 6

día nefasto [145] sin saberlo, bien inmolado esté. Si lo inmolare de noche o de día, un esclavo o un hombre libre, bien inmolado esté. Si inmolare antes de que el senado y el pueblo dispongan que se haga, quede el pueblo libre y exento
7 de responsabilidad por ello». Con la misma finalidad se prometieron con voto unos grandes juegos de trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres ases y un tercio, y además trescientos bueyes a Júpiter, y a muchos otros
8 dioses, bueyes blancos y demás víctimas. Hechas estas promesas votivas [146] en la debida forma, se decretó una rogativa, y participaron en ella con sus mujeres e hijos los hombres de la ciudad y también los del campo, afectados en alguna medida en sus intereses privados por la inquietud
9 pública. Se celebró luego un banquete sagrado durante tres días, encargándose de su organización los decénviros de los sacrificios; a la vista de todos había seis lechos sagrados, dedicados uno a Júpiter y Juno, otro a Neptuno y Minerva, un tercero a Marte y Venus, el cuarto a Apolo y Diana, a Vulcano y Vesta el quinto, el sexto a Mercurio
10 y Ceres. A continuación se prometieron con voto los templos. La promesa del templo a Venus Ericina la hizo el dictador Quinto Fabio Máximo, pues de acuerdo con los libros del destino se había dictaminado que hiciese el voto quien detentase la máxima autoridad en la ciudad; la promesa votiva del templo a la Inteligencia la hizo el pretor Tito Otacilio.

---

145 En latín *atro die*. Era *dies ater* el siguiente a las Calendas, Nonas o Idus.

146 La primavera votiva se cumplió el año 195. Cf. XXIII 44, 1.

Medidas de carácter militar. Marcha del dictador Fabio hasta Arpos

Cumplido así lo referente a la religión, 11 el dictador presentó un informe acerca de la guerra y el estado de la república, para que los senadores se pronunciaran sobre el volumen y las características de las tropas con que se debía salir al paso del enemigo victorioso. Se decretó que se hiciera cargo del ejército del cónsul Gneo 2 Servilio, que alistase además entre ciudadanos y aliados el contingente de caballería e infantería que estimase oportuno, y que tomase todas las medidas restantes, y las cumplimentase de la forma que considerase mejor para la república. Fabio dijo que pensaba añadirle dos legiones al 3 ejército de Servilio. Alistadas éstas por el jefe de la caballería, les fijó una fecha para concentrarse en Tíbur. Publi- 4 có un edicto disponiendo que aquellos cuyas ciudades o poblados estuviesen sin defensa emigrasen a sitios seguros, y que emigraran también de los campos todos los de la zona por donde iba a pasar Aníbal, prendiendo antes fuego a sus casas y destruyendo las cosechas de forma que faltase de todo; él emprendió la marcha por la Vía Flami- 5 nia para encontrarse con el cónsul y su ejército, y al avistar la columna junto al Tíber en las proximidades de Ocrículo, y al cónsul que avanzaba hacia él con la caballería, envió a un ayudante [147] a comunicarle al cónsul que se presentase ante el dictador sin lictores [148]. Obedeció aquél la or- 6 den, y el encuentro de ambos ofreció a los ojos de los ciudadanos y aliados la impresionante vistosidad de la dictadura, forma de autoridad de la que casi se habían olvidado con el paso del tiempo. Entonces, por carta remitida desde Roma, llegaron noticias de que las naves de carga

[147] Según el texto *uiatorem misit* de la ed. Rom. de 1469.

[148] Porque el dictador era superior en rango.

que transportaban víveres para el ejército desde Ostia a
Hispania habían sido capturadas por la flota cartaginesa
7 cerca del puerto de Cosa [149]. En consecuencia, el cónsul
recibió orden de partir inmediatamente para Ostia, y, con
las naves que hubiese cerca de la ciudad de Roma o en
Ostia, equipadas con soldados y marinería, perseguir a la
8 flota enemiga y proteger las costas de Italia. En Roma se
habían alistado gran cantidad de hombres; incluso los li-
bertos que tuviesen hijos y estuviesen en edad militar ha-
9 bían prestado juramento. De este ejército urbano, los que
tenían menos de treinta y cinco años fueron destinados a
las naves, los demás quedaron para defender la ciudad.

12 Recibido el ejército del cónsul de manos del legado Ful-
vio Flaco, el dictador, atravesando el territorio sabino, se
dirigió a Tíbur, donde había fijado a los nuevos soldados
2 una fecha de presentación. De allí salió a Preneste y, por
caminos transversales, a la Vía Latina, desde donde dirigió
la marcha hacia el enemigo, explorando el itinerario con
el mayor cuidado, dispuesto a no correr el albur en ningún
sitio salvo en la medida en que una necesidad imperiosa
3 lo obligase. El primer día que acampó, no lejos de Arpos,
a la vista del enemigo, no pasó ni un instante sin que el
4 cartaginés formara sus tropas y presentara batalla. Pero
al ver que todo estaba en calma en el lado enemigo sin
que se observara agitación alguna en el campamento, re-
gresó al suyo barbotando que al fin se les habían bajado
a los romanos aquellos humos belicosos, que la guerra es-
taba resuelta y que abiertamente renunciaban al valor y
5 la gloria; sin embargo, caló en su ánimo una inquietud no

[149] Cosa era una colonia latina situada en la costa de Etruria, cerca de la Vía Aurelia, fundada en 273. Donde la moderna Ansedonia. Su puerto se llamaba también puerto de Hércules.

expresada, debido a que iba a tener que vérselas con un general completamente diferente a Flaminio y Sempronio, y al fin los contratiempos les habían enseñado a los romanos a buscar un general a la altura de Aníbal. Y, la ver- 6
dad, sintió de inmediato prevención hacia la prudencia del dictador; no habiendo tenido aún pruebas de su firmeza, comenzó a inquietarlo y tentarlo trasladando cada poco el campamento y saqueando ante sus ojos los campos de los aliados, y tan pronto aceleraba la marcha y desaparecía 7
de su vista como hacía alto escondido en algún recodo del camino, por si podía cazarlo si bajaba al llano. Fabio con- 8
ducía a su ejército por las alturas, a una distancia prudente del enemigo, de forma que ni le perdiera de vista ni se encontrara con él. Se retenía a la tropa en el campamento a no ser en casos de absoluta necesidad; a buscar forraje y leña no salían pocos ni se dispersaban; un retén de jine- 9
tes y tropas ligeras, formados y listos para hacer frente a repentinos ataques, proporcionaba una seguridad completa a sus hombres y constituía un riesgo para los enemigos si se dispersaban para saquear; no arriesgaba en una 10
batalla decisiva el resultado global, y las ligeras escaramuzas, de escasa importancia, iniciadas desde lugar seguro y teniendo muy cerca la retirada, habituaban a los soldados, acoquinados por las derrotas anteriores, a sentirse ya, por fin, menos avergonzados de su valor o de su suerte. Pero 11
con esta estrategia tan sensata estaba en contra suya el jefe de la caballería no menos que Aníbal: lo único que le servía de rémora para no precipitar al Estado en la ruina era el hecho de su subordinación en el mando. Engreído y precipitado en sus planes, sin controlar la lengua, prime- 12
ro en grupos reducidos y después abiertamente ante todo el mundo, achacaba a cobardía lo que era prudencia, a pusilanimidad la cautela, confundiendo las cualidades con

los defectos correspondientes, y a costa de rebajar a su superior se ensalzaba a sí mismo, detestable habilidad que se ha desarrollado en exceso por los buenos resultados que les ha dado a muchos.

Aníbal pasa al Samnio, Campania, Falerno. Minucio se revuelve contra la táctica del dictador

13 Aníbal pasa del territorio de los hirpinos [150] al Samnio, arrasa el territorio de Benevento, toma la ciudad de Telesia [151], provoca incluso con toda intención al general romano por si puede exasperarlo con todos estos atropellos a sus aliados y
2 arrastrarlo a una batalla campal. Entre la multitud de aliados de origen itálico que Aníbal había hecho prisioneros en el Trasimeno y dejado marchar había tres jinetes de la Campania, a los que Aníbal había incitado ya para entonces con numerosos regalos y promesas con el objeto de que se ganaran la volun-
3 tad de sus compatriotas. Éstos le hicieron saber que, si llevaba el ejército a la Campania, cabría la posibilidad de apoderarse de Capua, y aunque Aníbal estaba indeciso, alternándose en él la confianza y la desconfianza por tratarse de una empresa que desbordaba a sus garantes, lo impulsaron sin embargo a dirigirse del Samnio a la Campania.
4 Después de advertirles repetidas veces que confirmaran con hechos sus promesas y regresaran a su lado con muchos compatriotas, algunos de ellos de los más sobresalientes,
5 los despidió. En cuanto a él, ordena al guía que lo conduz-

[150] Era la población más meridional del Samnio, limitada por la Campania al Oeste, Lucania al Sur, Apulia al Este y los caudinos al Norte. Aquilonia y Compsa eran dos de sus ciudades más importantes. Sometidos por Roma cuando las guerras samnitas, se fundó en su territorio la colonia de Benevento en 268 a. C.

[151] Situada cerca de la confluencia de los ríos Calor y Volturno, por la Vía Latina.

ca a territorio de Casino, informado por los conocedores del terreno de que si ocupaba aquel desfiladero cortaría a los romanos la salida por donde llevar ayuda a sus aliados; pero como la lengua púnica es tan negada para la 6
pronunciación de los nombres latinos, fue la causa de que el guía entendiese Casilino en vez de Casino [152], y desviándose de su ruta descendió a la llanura de Estela a través de los territorios de Alifas, Cayacia y Cales. Al observar 7
allí en derredor rodeada de montes y ríos la región, llama al guía y le pregunta en qué parte del mundo se encuentran. Cuando éste replicó que aquel mismo día estaría en Casili- 8
no se descubrió al fin el equívoco, y que Casino estaba en otra parte, lejos de allí. Hizo que azotaran y crucifica- 9
ran al guía para escarmiento de los demás, atrincheró el campamento y envió a Maharbal con la caballería a saquear el territorio de Falerno. Este saqueo llegó hasta las 10
aguas de Sinuesa [153]. Los estragos, importantes, la fuga y la alarma que provocaron los númidas llegaron más lejos. Sin embargo, esta alarma, estando todo como estaba en- 11
vuelto en la conflagración bélica, no apartó a los aliados de su lealtad, y es que la autoridad que se ejercía sobre ellos era justa y comedida, y no se negaban a obedecer a quienes eran superiores, lo cual es el único vínculo de la lealtad.

Pues bien, cuando se estableció el campamento [154] jun- 14
to al río Volturno y era pasto de las llamas el campo más

---

[152] Casino (San Germano) estaba en la Vía Latina y era punto de arranque de otra carretera que llevaba al Samnio.

[153] Aguas termales de las cercanías de Sinuesa, al pie del Másico (que la caballería cartaginesa tuvo que cruzar). Sinuesa era colonia romana desde 296.

[154] De Aníbal, se entiende.

fértil de Italia y humeaban aquí y allá los incendios de los caseríos, mientras Fabio conducía al ejército por las alturas del monte Másico [155], estuvo a punto de estallar un
2 nuevo brote de sedición; habían estado apaciguados [156], efectivamente, durante algunos días porque, al llevar una marcha más rápida de lo habitual, habían creído que las prisas tenían por objeto impedir los saqueos de la Campa-
3 nia. Pero cuando se hubo llegado a las últimas cimas del monte Másico y aparecieron a la vista los enemigos quemando las casas del campo falerno y de los colonos de Sinuesa, y no se hacía la menor alusión a combatir, Minucio
4 dijo: «¿Hemos venido aquí a disfrutar contemplando con nuestros ojos el espectáculo de la quema y muerte de nuestros aliados? ¿Y no sentimos vergüenza, ya que no por nadie más, al menos por nuestros compatriotas, enviados como colonos por nuestros padres [157] a Sinuesa para que estuviera protegida contra los enemigos samnitas esta costa
5 que ahora queman no los samnitas, vecinos nuestros, sino un cartaginés extranjero que desde los últimos confines de la tierra ha llegado ya hasta aquí en su avance por culpa
6 de nuestras dudas y nuestra indolencia? ¿Tanto, ¡ay!, hemos degenerado con respecto a nuestros padres, que esa misma costa que a ellos les pareció deshonroso para su imperio que fuera bordeada por la flota cartaginesa, la vemos ahora plagada de enemigos y en poder de númidas
7 y moros? Los mismos que no hace mucho, llenos de indignación por el asedio de Sagunto, no dejábamos en paz ni

[155] La cordillera del Másico separa el Lacio de la Campania, al norte del Volturno, con dos cimas principales: el llamado monte Másico y monte de la Brecciola, más al Norte, y otra hacia el Sur, la Mondragone.

[156] Seguimos la conjetura de Gronovius, *quieuerant*.

[157] En rigor debería decir «nuestros mayores», pues se había fundado la colonia en 296 (cf. X 21, 8), hacía ochenta años.

a los dioses ni a los hombres ni los tratados, contemplamos tan felices cómo Aníbal escala las murallas de una colonia romana. El humo de los incendios de los caseríos 8
y los campos llega hasta nuestros ojos, hasta nuestro rostro; nos zumban los oídos con los gritos de los aliados que lloran invocando nuestra ayuda más veces que la de los dioses; nosotros, aquí, llevamos al ejército, como si se tratara de ganado, por quebradas de estío y senderos retirados, escondidos entre nubes y bosques. Si Marco Furio 9
hubiera pretendido arrebatarles de nuevo Roma a los galos por este sistema, recorrer cumbres y cañadas, con el que este nuevo Camilo, elegido por nosotros dictador sin igual en una situación crítica, se dispone a recuperar Italia del poder de Aníbal, Roma seguiría en poder de los galos y me temo que, si seguimos con estas vacilaciones, nuestros 10
mayores la hayan salvado tantas veces para Aníbal y sus cartagineses. Pero, guerrero y romano de verdad, el mis- 11
mo día que se le comunicó en Veyos que por decreto del senado y mandato del pueblo había sido nombrado dictador, aun siendo el Janículo suficientemente alto como para avistar al enemigo sin moverse de allí, bajó al llano, y aquel mismo día en el centro de Roma donde están ahora las tumbas de los galos [158], y al día siguiente sin pasar más allá de Gabios, deshizo a las legiones galas. ¿Qué más? 12
Muchos años después, cuando nuestros enemigos samnitas nos hicieron pasar bajo el yugo en las Horcas Caudinas, ¿cómo acabó Lucio Papirio Cúrsor por arrancar el yugo de la cerviz de los romanos e imponérselo a los orgullosos samnitas: recorriendo las cumbres del Samnio, o atacando y sitiando Luceria y hostigando al enemigo victorioso? Recientemente, a Gayo Lutacio ¿qué otra cosa le dio la 13

[158] Cf. V 48, 3.

victoria más que la rapidez, porque al día siguiente de avistar al enemigo cayó sobre su escuadra cargada de provisiones y ya de por sí entorpecida por su equipo y aparejo?
14 Es una necedad creer que se puede resolver una guerra sin moverse o con promesas votivas. Es preciso coger las armas y descender al llano y combatir cuerpo a cuerpo. El poderío de Roma se acrecentó a base de audacia y acción, no con esta táctica abúlica que los pusilánimes llaman pru-
15 dente». Mientras Minucio pronunciaba esta especie de arenga lo rodeaba una multitud de tribunos y jinetes romanos, y sus arrogantes expresiones llegaban incluso hasta los oídos de la tropa, y se comentaba que si dependiese del sufragio militar, habrían dado a Minucio preferencia sobre Fabio como jefe.

Marcha atrás de Aníbal de Falerno a Campania. Treta para eludir el bloqueo de Fabio; acampada en Alifas

15 Fabio, atento a sus hombres tanto como a los enemigos, demuestra primero que aquéllos no doman su carácter. Aun sabiendo perfectamente que se hablaba mal de sus cautelas no sólo en el campamento sino ya también en Roma, se mantuvo sin embargo en sus trece empleando la misma táctica durante el resto del
2 verano, de suerte que Aníbal, perdidas las esperanzas de una confrontación que había intentado por todos los medios, andaba ya buscando por el contorno un lugar donde invernar, porque aquella comarca tenía recursos para el momento, no indefinidos: plantas, viñas, todo
3 sembrado de frutos sabrosos más que imprescindibles. De todo esto informaron a Fabio los exploradores. Como sabía seguro que Aníbal retornaría por el mismo desfiladero por el que había penetrado en territorio de Falerno, ocupó con un destacamento relativamente numeroso el monte Calícu-

la [159] y Casilino, ciudad ésta dividida en dos por el río 4
Volturno, que constituye el límite entre Falerno y el territorio campano; él hace retroceder al ejército por las mismas cumbres, enviando a Lucio Hostilio Mancino con cuatrocientos jinetes aliados a reconocer el terreno. Éste, uno 5
más de los muchos jóvenes que escuchaban a menudo las agresivas arengas del jefe de la caballería, primero avanzó como se hace en los reconocimientos para observar al enemigo manteniéndose a cubierto; pero cuando vio a los númidas diseminados por todas partes saqueando por las aldeas y se le presentó incluso la ocasión de dar muerte a unos cuantos, lo dominó al instante la fiebre de combate 6
y se le olvidaron las órdenes del dictador, que le había mandado avanzar todo lo que pudiera sin correr riesgos y retroceder antes de llegar a ser visto por el enemigo. Los 7
númidas, unos primero y otros después, haciéndole frente y retrocediendo, lo atrajeron casi hasta el campamento con el consiguiente cansancio de caballos y hombres. Inmedia- 8
tamente, Cartalón, que ostentaba el mando de la caballería en su conjunto, lanzándose con los caballos al galope hizo que los enemigos dieran la vuelta antes de llegar a tiro de dardo y los persiguió en su huida galopando ininterrumpidamente durante casi cinco millas. Mancino, cuando vio 9
que el enemigo no cejaba en su persecución y que no había esperanza de escapar, arengó a sus hombres y volvió al combate en absoluta desigualdad de fuerzas, y de esta 10
forma él y los mejores jinetes fueron envueltos y muertos; los demás, corriendo en desbandada de nuevo, llegaron a Cales primero y después junto al dictador por vericuetos casi intransitables.

[159] Uno de los montes de la Campania entre Cales y Cayacia. Algunos lo han identificado con el Pioppitella, pero no es seguro.

11 Precisamente aquel día había regresado Minucio al lado de Fabio, enviado a situar un destacamento que asegurase el desfiladero que por encima de Tarracina se estrecha en una angosta garganta hasta asomar al mar, con el fin de que el cartaginés no pudiera pasar de Sinuesa al territorio
12 de Roma por una desviación de la Vía Apia. Reunidos los ejércitos, el dictador y el jefe de la caballería trasladan el campamento al camino por donde iba a pasar Aníbal; los enemigos estaban a dos millas de distancia de allí.

16 Al día siguiente los cartagineses ocuparon con su ejército el tramo de ruta que separaba ambos campamentos.
2 Aun cuando los romanos se situaron al pie mismo de la empalizada en una posición más favorable sin lugar a dudas, sin embargo el cartaginés se adelantó con las tropas ligeras y la caballería a hostigar al enemigo. Los cartagineses combatían a tirones, avanzando y retrocediendo; el ejér-
3 cito romano se mantuvo firme en su posición. Fue una lucha lenta y más de acuerdo con los propósitos del dictador que con los de Aníbal. Los romanos tuvieron doscientas bajas, los enemigos ochocientas.

4 A partir de ese momento Aníbal se vio bloqueado, cortada la vía hacia Casilino; mientras que a los romanos les podían suministrar provisiones Capua y el Samnio, y tantos aliados opulentos a su retaguardia, los cartagineses iban a pasar el invierno entre las rocas formianas [160] y las arenas y pantanos de Literno [161] y en medio de bosques temi-

---

[160] De Formias (moderna Formia), población del Lacio situada en la costa del Tirreno junto a la Vía Apia. Recibió la ciudadanía *sine suffragio* en 338 y la ciudadanía plena en 188.

[161] En Literno se fundó una colonia romana en 197. Descubiertas ruinas a orillas de Lago di Patria sobre las que escribió A. Maiuri, *Passegiate Campane*, Florencia, 1957, págs. 89 ss.

bles; tampoco le pasó desapercibido a Aníbal que se le ata- 5
caba con su propia táctica. Por lo tanto, como no podía
escaparse a través de Casilino y tendría que dirigirse a las
montañas y salvar la cima del Calícula, para que los roma-
nos no atacasen por ningún punto a su ejército encerrado
entre valles, ideó un ardid que iba a parecer terrible al 6
verlo, para engañar al enemigo, y decidió acercarse al pie
de las montañas, después de anochecer, a escondidas.
La engañosa estratagema estaba concebida de la siguiente 7
manera: recogieron teas en los campos por todas partes,
formadas con haces de varas y sarmientos secos, y las ata-
ron a los cuernos de toros bravos [162] y domados que lleva-
ban en gran cantidad entre el resto del botín cogido en
el campo. Una vez preparados cerca casi de dos mil toros, 8
se le encomendó a Asdrúbal la tarea de conducir hasta los
montes por la noche aquella manada con los cuernos en-
cendidos, y especialmente, si le era posible, por encima
del desfiladero ocupado por el enemigo.

Al oscurecer se levantó el campamento silenciosamen- 17
te; los toros eran conducidos a cierta distancia delante de
las enseñas. Cuando se llegó al arranque de los montes, 2
donde el camino se estrechaba, se dio al instante la señal
para prender fuego a los cuernos y arrear la manada mon-
te arriba, y el propio miedo a las llamas que relucían sobre
su cabeza y el calor que llegaba ya a lo vivo a la raíz de
los cuernos acicateaba a los toros, como aguijoneados por
el furor. Al pronto, con su carrera, como si se hubiera 3
prendido fuego a bosques y montes, estaba en llamas toda
la maleza del contorno, y el vano agitarse de las testuces,
que avivaba la llama, presentaba el aspecto de hombres

[162] *Indomitos,* denominación que da Varrón a los toros de tres a cuatro años.

4 que corrían por todas partes. Los que estaban apostados[163] cubriendo el paso del desfiladero, en cuanto vieron en lo alto de los montes sobre sí algunos fuegos, creyendo que estaban rodeados abandonaron su posición. Por donde el resplandor de las llamas era menos denso se dirigieron a las cimas más altas de los montes como camino más seguro, pero se toparon sin embargo con algunos toros aparta-
5 dos de su manada. Primero los vieron de lejos, y se detuvieron atónitos ante el hecho insólito de una especie de
6 seres que vomitaban llamas; luego, cuando descubrieron que era un ardid humano, pensando entonces que realmente se trataba de una emboscada, se lanzaron a una huida aún más tumultuosa. Se encontraron además con las tropas ligeras del enemigo, pero la noche, repartiendo el miedo a partes iguales, contuvo a unos y otros hasta el alba
7 sin iniciar la pelea. Aníbal entretanto pasó todo su ejército a través del desfiladero, en el que cayó por sorpresa sobre algunos enemigos, y acampó en territorio de Alifas.

Fabio parte para Roma

18 Fabio advirtió el consiguiente tumulto, pero pensando que se trataba de una emboscada y siendo, por otra parte, especialmente refractario a los combates nocturnos, mantuvo a los suyos en el recinto
2 atrincherado. Al despuntar el día hubo un combate cerca de la cima del monte, y los romanos, que eran ligeramente superiores en número, habrían vencido con facilidad a unas tropas ligeras que habían perdido contacto con los suyos de no haber intervenido una cohorte de hispanos
3 enviada por Aníbal con ese fin precisamente. Esta fuerza, más avezada a los montes, y más a propósito para combatir entre piedras y rocas, y también más ligera gracias tan-

[163] Cuatro mil, según Polibio (III 92, 11).

to a su movilidad como al tipo de armamento, se libró
con facilidad de un enemigo de llanura, de armamento pe-
sado, que combatía a pie firme. Así, cuando se separaron 4
tras una lucha completamente desigual, incólumes los his-
panos casi en su totalidad y con algunas bajas los roma-
nos, se dirigieron a sus campamentos.

También Fabio levantó su campamento, atravesó el des- 5
filadero y se situó por encima de Alifas en una posición
elevada y protegida. Aníbal, simulando dirigirse a Roma 6
a través del Samnio, retrocedió hasta territorio peligno, sa-
queándolo; Fabio, a una distancia intermedia entre el ejér-
cito enemigo y la ciudad de Roma, marchaba por las cum-
bres sin alejarse del todo ni ir a su encuentro. Desde terri- 7
torio peligno el cartaginés viró el rumbo y retrocediendo
de nuevo hacia Apulia llegó a Gereonio, ciudad abandona-
da por miedo por sus habitantes debido a que parte de
sus murallas se había derrumbado. El dictador atrincheró 8
su campamento en territorio de Larino[164]. Llamado luego
a Roma con motivo de unos sacrificios, se dirigió al jefe
de la caballería no sólo dándole órdenes, sino incluso ro-
gándole, además de aconsejarle, que confiase más en la 9
sensatez que en la suerte y que como general le imitase
más a él que a Sempronio y Flaminio; que no fuese a creer
que no había servido para nada pasar casi todo el verano
eludiendo al enemigo; que muchas veces también los médi-
cos consiguen más con el reposo que con el movimiento
y la acción; que no es poca cosa haber interrumpido las 10
victorias de un enemigo tantas veces vencedor y haberse
tomado un respiro en la serie ininterrumpida de derrotas.
Hechas, aunque en vano, estas recomendaciones al jefe de
la caballería, partió para Roma.

---

[164] Población sabina situada a la derecha del Biferno.

19 *Operaciones bélicas en Hispania por mar y tierra*

A principios del verano en que tenían lugar estos acontecimientos, también se reanudó en Hispania la guerra por tierra
2 y mar[165]. Asdrúbal añadió otras diez al conjunto de naves que le había dejado
3 su hermano equipadas y listas; entregó a Himilcón la flota de cuarenta navíos y hecho esto salió de Cartagena haciendo avanzar a las naves sin alejarse de tierra y al ejército por la costa, dispuesto para combatir con el tipo de tropas
4 con que se presentase el enemigo. Cuando Gneo Escipión se enteró de que el enemigo había salido de los cuarteles de invierno, tuvo al principio la misma idea; después, menos animado a un combate por tierra por lo mucho que se hablaba de los nuevos refuerzos, embarcó tropas escogidas y con una flota de treinta y cinco naves decidió ir al
5 encuentro del enemigo. Un día después de salir de Tarragona llegó a un fondeadero situado a diez millas de distancia de la desembocadura del río Ebro. Dos naves marsellesas de observación que envió desde allí volvieron con la noticia de que la flota cartaginesa estaba surta en la desembocadura del río, y su campamento emplazado en la
6 ribera. Por consiguiente, para sorprenderlos desprevenidos y descuidados y hacer cundir la alarma en todos al mismo tiempo, leva anclas y se dirige hacia el enemigo.

En Hispania, situadas en enclaves elevados, hay muchas torres que son utilizadas como atalayas y a la vez
7 como defensas contra los bandidos. Avistadas primero desde allí las naves enemigas, se le hizo una señal a Asdrúbal, y la conmoción se originó en tierra, en el campamento, antes que en el mar, en las naves, donde aún no se había oído el batir de los remos y demás ruidos de las embarca-

[165] Se retoma la narración interrumpida en XXI 61, 11.

ciones, y unos promontorios no dejaban ver aún la flota, cuando de pronto un jinete y después otro enviados por 8
Asdrúbal les ordenan, cuando ellos andan vagando por la costa o están tranquilos en sus tiendas esperando cualquier cosa aquel día menos un enemigo o un combate, que embarquen a toda prisa y cojan las armas: la escuadra romana está ya cerca del puerto. Por todas partes transmitían 9
estas órdenes los jinetes enviados por Asdrúbal; al poco se presenta éste en persona con todo el ejército, y el ruido del tumulto en diversas formas lo llena todo al correr hacia las naves al mismo tiempo la tripulación y los soldados, pareciendo más huir de tierra que ir a una batalla. Apenas están todos embarcados cuando unos sueltan 10
las amarras y se lanzan a levar anclas, otros cortan los cables de las mismas para que nada los retenga; como todo lo hacen de forma precipitada y embarullada, los preparativos de los soldados entorpecen los movimientos de la tripulación, y el aturdimiento de los marineros impide a los soldados coger y preparar las armas. Y ya los romanos 11
aparte de estar cerca habían alineado incluso las naves en orden de batalla. Por ello los cartagineses, azorados por su propia confusión tanto como por el enemigo y la lucha, después de intentar, más exactamente que iniciar, la batalla, viran el rumbo de su flota emprendiendo la huida; y como la desembocadura, río arriba, no tenía cabida sufi- 12
ciente para una formación en línea tan ancha en la que tantos avanzaban al mismo tiempo, llevaron las naves hacia la costa desordenadamente, y desembarcando unos en vados y otros en tierra firme escaparon, unos con armas y otros sin ellas, en dirección a su ejército que estaba formado a lo largo de la costa; no obstante, nada más producirse el choque dos naves cartaginesas habían sido capturadas y cuatro hundidas.

20 Los romanos, a pesar de que la tierra estaba en poder
del enemigo y veían su formación armada desplegada por
2 toda la costa, persiguieron sin vacilar a la desorganizada
flota del enemigo y todas las naves que no habían destro-
zado sus proas al chocar contra el litoral o cuyas quillas
no habían encallado en fondos de poco calado las ataron
por popa y las remolcaron a alta mar; capturaron unas
veinticinco, de un total de cuarenta.
3 Y no fue esto lo mejor de aquella victoria, sino el ha-
berse adueñado, en una sola y ligera batalla, del mar de
4 toda aquella costa. Así pues, marcharon a Onusa con la
flota; se efectuó el desembarco a tierra firme, tomaron la
ciudad por asalto, entraron a saco en ella después de to-
5 marla, y de allí se dirigieron a Cartagena, donde después
de asolar todo el territorio circundante acabaron por pren-
der fuego también a los edificios adosados a la muralla
6 y a las puertas de la ciudad. Desde allí, cargada ya de bo-
tín, la flota llegó a Longúntica [166], donde había un gran
contingente de esparto almacenado por Asdrúbal para las
necesidades de la navegación. Retirado el suficiente para
7 su uso, se le prendió fuego a todo el resto. Y no se limita-
ron a costear la Península, sino que hicieron la travesía
hasta la isla de Ibiza [167]. Allí, después de un infructuoso
y muy empeñado ataque de dos días a la ciudad capital
8 de la isla, cuando se dieron cuenta de que perdían inútil-
9 mente el tiempo sin esperanzas consistentes, se dedicaron
a devastar los campos; destruidas e incendiadas unas cuan-

[166] Sólo se conoce esta mención de Livio sobre esta población, que estaría en la costa al sur de Cartagena. La historicidad de estas operaciones es objeto de un rechazo general.

[167] *Ebusus* (Ibiza), la mayor de las islas Pitiusas, colonizada por los cartagineses, no pasaría a poder romano hasta el 121 a. C.

tas aldeas logrando un botín mayor que en la Península, se retiraron a las naves, y entonces se presentaron a Escipión unos embajadores de las islas Baleares pidiendo la paz.
Desde allí la flota dio la vuelta, regresando a la parte este 10
de la provincia, donde se concentraron embajadores de todos los pueblos que habitan a este lado del Ebro y de muchos de los confines más remotos de Hispania; pero los 11
pueblos que realmente se sometieron al dominio del imperio romano con entrega de rehenes fueron más de ciento veinte. Confiando pues lo suficiente también en las tropas 12
de tierra, Escipión avanzó hasta el desfiladero castulonense [168]. Asdrúbal se replegó hacia Lusitania, más próxima al Océano.

Indíbil y Mandonio. Los rehenes de Sagunto

Parecía que el tiempo que restaba del 21
verano a partir de entonces iba a ser tranquilo, y lo hubiera sido por lo que se refiere al enemigo cartaginés; pero, aparte 2
de que los propios hispanos son de natural inquieto y levantisco, Mandonio e Indíbil, el que anteriormente había sido reyezuelo de los ilergetes, así que los 3
romanos se retiraron desde el desfiladero a la orilla del mar, provocaron un levantamiento de sus paisanos y se fueron a saquear el territorio de unos aliados de los romanos que no estaba en guerra. Los tribunos militares envia- 4
dos contra ellos con tropas ligeras de reserva por Escipión los dispersaron en un ligero combate, al tratarse de una tropa de aluvión, causándoles un millar de bajas, haciendo algunos prisioneros y desarmando a la mayoría. No obs- 5
tante, esta escaramuza hizo que Asdrúbal, que se retiraba hacia el Océano, retrocediera hacia el lado de acá del Ebro

[168] En Sierra Morena. Tomó su nombre de la población de *Cástulo* (Linares).

6 para proteger a los aliados. El campamento cartaginés estaba en territorio ilergavonense [169] y el romano junto a Nueva Clase [170] cuando una noticia inesperada llevó la gue-
7 rra en otra dirección. Los celtíberos [171], que habían enviado [172] como embajadores a los principales de su país y habían entregado rehenes a los romanos, instigados por un mensajero enviado por Escipión empuñan las armas e invaden con un fuerte ejército la zona de dominio cartagi-
8 nés. Toman tres plazas al asalto, a continuación libran con éxito dos combates contra el propio Asdrúbal, dando muerte a quince mil enemigos, y capturan cuatro mil, junto con un gran número de enseñas militares.

22 Estando así las cosas en Hispania llega a su provincia Publio Escipión, enviado por el senado con una prórroga en el mando tras su consulado, con treinta naves largas y ocho mil soldados, transportando una gran cantidad de
2 provisiones. Esta flota, de enormes proporciones por la cantidad de naves de carga, y que fue avistada a distancia con gran alegría de compatriotas y aliados, desde alta mar
3 puso proa al puerto de Tarragona. Desembarcadas allí las tropas, Escipión fue a reunirse con su hermano, y a partir de entonces dirigían las operaciones bélicas de común acuer-
4 do. Mientras los cartagineses están absorbidos por la guerra celtibérica, ellos cruzan el Ebro sin vacilar, y no encontrando ningún enemigo siguen su marcha en dirección a

[169] Los ilergavones ocupaban la zona costera mediterránea desde el bajo Ebro hasta los confines de Valencia.

[170] No hay otras referencias de esta población. Entre *Ilerda* y *Tarraco*.

[171] Polibio denomina así al conjunto de pueblos del noroeste y centro de la Península, entre el Ebro y el Júcar, donde a los originarios iberos se habían superpuesto los invasores celtas.

[172] Seguimos la conjetura de Weissenborn.

Sagunto, porque se hablaba de que se encontraban allí los
rehenes de toda Hispania entregados por Aníbal, custodia-
dos en la ciudadela por una guarnición no muy importante.
Esta alianza era lo único que retenía a todos los pueblos 5
de Hispania proclives a una alianza con Roma, por temor
a pagar las culpas de su defección con la sangre de sus
hijos. Un solo hombre liberó a Hispania de esta atadura 6
mediante un plan en el que había más astucia que lealtad.
Había en Sagunto un hispano muy conocido, Abelux, pri-
meramente leal a los cartagineses, pero que después, con
el cambio de fortuna, había cambiado su lealtad, cosa a
la que es dada la manera de ser de los nativos la mayoría
de las veces. Pero, convencido de que un tránsfuga que 7
se pasa al enemigo sin algo importante que entregar no
es más que un cuerpo aislado, de escaso valor y nula con-
sideración, andaba buscando la manera de serles de la ma-
yor utilidad a sus nuevos aliados. Considerando, pues, todo 8
aquello que la fortuna podía poner en sus manos, pensó
sobre todo en entregar los rehenes, convencido de que esta
acción por sí sola les iba a granjear a los romanos más que
ninguna otra la amistad de los jefes de Hispania. Pero co- 9
mo sabía perfectamente que sin una orden del prefecto Bos-
tar no iban a hacer nada los guardianes de los rehenes,
aborda con astucia al propio Bostar.

Bostar tenía su campamento fuera de la ciudad, en el 10
mismo litoral, para cortarles el paso por aquella parte a
los romanos. Allí lo coge aparte y le expone, como si él
no estuviera al corriente, cuál es la situación: el miedo ha 11
contenido hasta esa fecha a los hispanos porque los roma-
nos estaban lejos, pero ahora está a este lado del Ebro
el campamento romano, ciudadela segura donde refugiarse
los proclives a un levantamiento; se impone, por tanto,
atar con favores y beneficios a quienes no retiene ya el

12 miedo. Bostar queda sorprendido y pregunta cuál puede
13 ser ese regalo inesperado de una eficacia tan grande, y él
le dice: «Devuelve los rehenes a las ciudades. Esto será
del agrado de los padres, que gozan de la mayor estima
en sus ciudades, desde el punto de vista particular, y desde
14 el punto de vista oficial, del agrado de los pueblos. Todo
el mundo quiere que se confíe en él, y la lealtad demostra-
da obliga muchas veces a que uno sea leal a su vez. Pido
hacerme cargo personalmente de la devolución de los rehe-
nes a sus casas para colaborar con todos los medios a la
realización de mi proyecto y conseguir el mayor agradeci-
miento que pueda sobreañadido a una acción grata ya de
15 por sí». Cuando persuadió a aquel hombre, que carecía de
la astucia característica de la raza púnica, marchó en secre-
to por la noche en dirección a los puestos de guardia ene-
migos y reuniéndose con algunos soldados auxiliares hispa-
nos fue conducido por ellos a presencia de Escipión, le
16 explicó qué se proponía y, después de comprometer uno
y otro su palabra y fijar lugar y momento para la entrega de
los rehenes, regresó a Sagunto. Pasó el día siguiente con
Bostar recibiendo instrucciones para llevar a cabo la ope-
17 ración. Se despidió después de acordar que iría de noche
para burlar la vigilancia enemiga, despertó a los guardia-
nes de los niños a la hora convenida con ellos y partió,
conduciéndolos como si nada supiera hacia la emboscada
18 preparada por su propia traición. Fueron conducidos al
campamento romano; todo el resto de la operación de de-
volución de los rehenes se llevó a cabo como se había acor-
dado con Bostar, exactamente como si se actuara en nom-
19 bre de los cartagineses. La gratitud hacia los romanos fue
bastante más profunda de lo que hubiera sido hacia los
cartagineses, siendo el hecho el mismo, pues éstos, de cuya

crueldad y soberbia [173] en la prosperidad había pruebas, podía parecer que se habían ablandado por su suerte y miedo, mientras que los romanos, recién llegados, desconoci- 20
dos antes, habían comenzado con un gesto de clemencia y generosidad; y Abelux, hombre prudente, parecía haber cambiado de aliados con razón. Por eso, todos, con rara 21
unanimidad, pensaban en el cambio de bando, y se hubiera producido de inmediato un levantamiento armado de no haber llegado el invierno, que obligó también a retirarse bajo techo a romanos y cartagineses.

La finca del dictador. Movimiento de tropas en torno a Gereonio

Esto fue lo que ocurrió en Hispania du- 23
rante el segundo verano de la guerra púnica, mientras que en Italia la hábil táctica cautelosa de Fabio había supuesto una ligera interrupción de las derrotas romanas; esta táctica, si bien traía sumido a 2
Aníbal en una preocupación bastante acusada, al ver que al fin los romanos habían elegido a un general que dirigía la guerra basándose en la reflexión y no en la suerte, al mismo tiempo era objeto de menosprecio entre sus com- 3
patriotas, tanto militares como civiles, sobre todo a raíz del combate librado en su ausencia por la temeridad del jefe de la caballería, con unos resultados que yo calificaría de afortunados más exactamente que favorables. Dos cir- 4
cunstancias se habían venido a sumar, acentuando la ojeriza contra el dictador; la primera, provocada por una simulación de Aníbal que inducía a engaño, porque, cuando unos desertores le mostraron un terreno del dictador, arrasó todos los que estaban alrededor, dando orden de que sólo aquél se librase del hierro y fuego y de toda señal de violencia, para que pudiese dar la impresión de que era

[173] Mantenemos *superbos*.

5 el precio de algún pacto secreto; la segunda, una acción del propio Fabio, discutible tal vez en principio, porque no esperó en aquel caso la autorización del senado, pero que en definitiva redundó de forma clara en motivo de
6 los mayores elogios para él. En caso de canje de prisioneros, y así se había hecho en la Primera Guerra Púnica, habían convenido los generales romano y cartaginés que la parte que recibiera un mayor número del que entregaba,
7 aportase dos libras y media de plata por soldado. Como el romano recibió doscientos cuarenta y siete más que el cartaginés, y el pago de la plata debida por ellos, a pesar de tratarse el asunto en el senado repetidas veces, se retra-
8 saba por no haber consultado a los senadores, envió a Roma a su hijo Quinto y vendió el terreno que el enemigo había respetado, y a expensas suyas, como particular, dejó a salvo la credibilidad de la república.

9 Aníbal tenía un campamento estable ante las murallas de Gereonio, ciudad que había tomado e incendiado dejando unos pocos edificios para utilizarlos como almacén
10 de granos. Desde allí enviaba las dos terceras partes de su ejército a recoger trigo; con la otra tercera parte él estaba siempre de guardia dispuesto a defender el campamento y al mismo tiempo vigilando en torno, no fuera a producirse por algún punto un ataque contra los que recogían trigo.

24 El ejército romano se encontraba entonces en territorio de Larino; tenía el mando Minucio, el jefe de la caballería, al haberse marchado a Roma el dictador, como ya se ha
2 dicho antes. Por otra parte, el campamento, que había estado situado en lo alto de un monte en sitio seguro, se traslada ahora al llano; de acuerdo con el carácter del general, se barajan planes más temerarios, como desencadenar un ataque o bien contra los que recogían trigo disper-

sos o bien contra el campamento, que había quedado con
una floja guarnición. Y no le pasó desapercibido a Aníbal 3
que con el general había cambiado el planteamiento de la
guerra y que el enemigo actuaría con más impetuosidad
que cabeza. Él, por su lado, envió a una tercera parte 4
de sus hombres a recoger trigo, cosa que nadie hubiera
creído dada la proximidad del enemigo, reteniendo las otras
dos en el campamento; después acercó incluso más al ene- 5
migo el campamento, a unas dos millas de Gereonio, hasta
un montículo a la vista del enemigo, para que éste supiera
que él estaba atento a defender a los que recogían trigo,
si se producía algún ataque. Desde allí apareció ante él 6
otro montículo más cercano que dominaba el propio cam-
pamento romano; como si lo iba a ocupar abiertamente a
la luz del día, el enemigo se le iba a anticipar por un cami-
no más corto con toda seguridad, envió furtivamente a unos
númidas durante la noche y lo tomaron. Al día siguiente, 7
los romanos, no dándoles importancia por su reducido
número, los desalojaron de la posición que ocupaban y
trasladaron allí su propio campamento. Entonces sí [174] que 8
estaban las empalizadas a una distancia realmente corta una
de otra, y este espacio precisamente estaba ocupado casi en
su totalidad por el ejército romano; simultáneamente, salien-
do por la parte de atrás su caballería con la infantería lige-
ra contra los que recogían trigo, causó un gran número de
bajas y puso en fuga a los desperdigados enemigos. Aníbal 9
no se atrevió a combatir en toda regla, porque con unos
efectivos tan escasos —parte del ejército estaba fuera, pues
el hambre ya apremiaba— apenas si podía defender el cam-
pamento en caso de ataque, y recurría ya a la táctica de Fa- 10
bio, contenida y cautelosa, para hacer la guerra, y había

[174] Seguimos la interpretación de Weissenborn.

retirado a los suyos al campamento anterior, el que estaba
11 delante de las murallas de Gereonio. Algunos historiadores
sostienen que además se dio una batalla campal en toda
regla; que al primer choque los cartagineses fueron repeli-
dos hasta su campamento, desde donde hicieron una salida
brusca, pasando el pánico al bando romano; que después,
con la llegada del samnita Numerio Decimio, se reequili-
12 bró el combate; cuando éste, hombre notable por su cuna
y riquezas no sólo en Boviano, de donde era, sino en todo
el Samnio, llevaba hacia el campamento por orden del dic-
tador ocho mil hombres de a pie y cerca de ochocientos
de a caballo y se presentó por la retaguardia de Aníbal,
ambos bandos lo tomaron por un nuevo refuerzo proce-
13 dente de Roma con Quinto Fabio; Aníbal, temiendo ade-
más alguna clase de emboscada, dio a los suyos la señal
de retirada; los romanos en colaboración con el samnita
lo persiguieron, y aquel día tomaron al asalto dos plazas;
14 los enemigos tuvieron seis mil bajas, y los romanos cinco
mil aproximadamente; sin embargo, aun siendo tan similar
el número de bajas, a Roma llegó la noticia infundada de
una brillante victoria con una carta del jefe de la caballería
aún menos ceñida a la realidad.

Equiparación de poderes, por plebiscito, entre dictador y jefe de la caballería

25 De estos acontecimientos se trató repe-
tidas veces tanto en el senado como en
2 las asambleas. En medio de la alegría ge-
neral de la población, el dictador era el
único que no daba el menor crédito ni
a las noticias ni a la carta, y afirmaba
que, aun en caso de ser todo verdad, él tenía más miedo
3 a los resultados favorables que a los adversos; entonces
el tribuno de la plebe Marco Metilio dice que no se puede,
4 de ninguna manera, tolerar aquello; que el dictador no só-
lo ha sido un obstáculo, cuando estaba presente, para la

buena marcha de las operaciones, sino que incluso estando
ausente pone inconvenientes a lo que se ha hecho, y pierde
tiempo a propósito para mantenerse más tiempo en el car-
go y detentar él solo la autoridad suprema de Roma y en
el ejército; en efecto, uno de los cónsules ha caído en el 5
campo de batalla, el otro ha sido relegado lejos de Italia
con el pretexto de la persecución de la flota cartaginesa;
dos pretores están atareados en Sicilia y Cerdeña, cuando 6
ninguna de estas dos provincias tiene falta de pretor en
estos momentos; Marco Minucio, el jefe de la caballería,
es mantenido casi bajo custodia para que no vea al enemi-
go, para que no lleve a cabo ninguna acción bélica; por 7
ello, ¡por Hércules!, no sólo el Samnio, territorio que se
les ha cedido ya a los cartagineses como el del lado de
allá del Ebro, sino incluso el territorio de la Campania,
Cales y Falerno han sido arrasados, mientras el dictador
se estaba quieto en Casilino, defendiendo sus propias tie-
rras con el ejército del pueblo romano. El ejército, deseoso 8
de combatir, y el jefe de la caballería se han visto reteni-
dos, casi encerrados, en el recinto de la empalizada; se les
han quitado las armas como si fueran prisioneros enemigos.
Al fin, una vez que salió de allí el dictador, salieron fuera 9
de la empalizada como liberados de un asedio y dispersa-
ron y pusieron en fuga a los enemigos. Por estas razones, 10
si la plebe romana tuviese su antiguo coraje, él hubiera
tenido la audacia de presentar una propuesta de ley en que
se le retirase el mando supremo a Quinto Fabio; ahora,
en cambio, va a presentar una propuesta moderada acerca
de la equiparación de poderes entre el jefe de la caballe-
ría y el dictador. Sin embargo, ni siquiera en ese caso se 11
debe enviar a Quinto Fabio al ejército antes de elegir un
cónsul que sustituya a Gayo Flaminio.

12 El dictador se abstuvo de participar en las asambleas dada su postura nada popular. Ni siquiera en el senado se le escuchaba demasiado favorablemente cuando tenía palabras de ponderación para el enemigo y enumeraba las derrotas sufridas en dos años por culpa de la temeridad
13 y la falta de conocimientos de los generales, y manifestaba que le iba a pedir cuentas al jefe de la caballería por haber
14 combatido contraviniendo sus órdenes expresas. Si el mando supremo y las decisiones últimas le corresponden a él, bien pronto hará que todo el mundo sepa que, si el general
15 es bueno, la suerte no tiene demasiada importancia, es el talento y la razón lo que se impone, y el haber mantenido a salvo y sin deshonor al ejército en momentos difíciles constituye una gloria mayor que haber dado muerte a mu-
16 chos miles de enemigos. Después de pronunciar infructuosamente discursos por este estilo, y elegido cónsul Marco Atilio Régulo, para no tener que discutir personalmente el derecho a ejercer el mando supremo se marchó al frente por la noche en vísperas de la fecha señalada para someter
17 a votación la propuesta. Al amanecer se reunió la asamblea de la plebe; los ánimos estaban embargados por una sorda animadversión contra el dictador y por la simpatía hacia el jefe de la caballería, pero nadie se decidía a salir a defender lo que la gente quería, y aunque la propuesta ganaba en popularidad, le faltaba, sin embargo, quien se
18 comprometiera en su favor. Sólo apareció un defensor del proyecto de ley, Gayo Terencio Varrón, que había sido pretor el año anterior, hombre de origen no ya humilde,
19 sino incluso bajo. Dicen que su padre fue carnicero, que vendía él mismo la mercancía, y que empleó a este hijo suyo en las tareas de su oficio, propio de esclavos.

26 Cuando el dinero que le dejó su padre acumulado en el ejercicio de aquella profesión creó en el ánimo de este

joven expectativas de una posición más desahogada y sin-
tió la atracción de la toga y el foro, a fuerza de chillar en 2
favor de las causas y los individuos de más baja extracción
y en contra de los bienes y el buen nombre de las personas
honradas, primero llegó a ser conocido por el pueblo y
después acudió a los cargos públicos, y luego de ejercer el 3
cargo de cuestor y el de edil en sus dos formas, plebeya y
curul, y por último el de pretor, tenía ya el consulado como
blanco de sus pretensiones; con no poca astucia buscó en la 4
ojeriza contra el dictador la aureola de la popularidad y
se llevó él solo los laureles del plebiscito.

Menos él, todos, los que estaban en Roma y los que 5
estaban en el frente, los que estaban a favor y los que
estaban en contra del dictador, consideraron la presenta-
ción de aquel proyecto como una humillación para él mis-
mo. Con la misma serenidad con que había soportado a 6
los adversarios que lo acusaban ante la multitud sobrellevó
la afrenta del pueblo que se ensañaba con él. Estando de 7
camino recibió la carta referente a la equiparación de po-
deres, pero plenamente convencido de que no por equipa-
rarse el derecho se igualaba la ciencia de mandar, regresó
al frente con una voluntad no quebrantada ni por los con-
ciudadanos ni por los enemigos.

En cambio Minucio, que ya anteriormente estaba casi 27
insoportable por sus éxitos y el favor popular, entonces 2
de manera especial se vanagloriaba, de forma desmedida
y sin rebozo, de su victoria sobre Quinto Fabio tanto co-
mo de la que había conseguido sobre Aníbal: aquél, elegi- 3
do en una situación comprometida jefe único equiparable
a Aníbal, había sido igualado de mayor a menor, de dicta-
dor a jefe de caballería —cosa de la que no había prece-
dente alguno en los anales—, por mandato del pueblo en
la misma ciudad en la que los jefes de la caballería tenían

por costumbre temblar horrorizados ante las varas y ha-
4 chas del dictador: tan alto habían brillado su buena suerte
y su valentía; por lo tanto, él pensaba seguir su propia
suerte si el dictador se empecinaba en su falta de decisión
y de acción, condenada por el juicio de los dioses y los
5 hombres. Y de esta forma, el mismo día en que se encon-
tró con Quinto Fabio le dijo que antes de nada había que
establecer la manera de ejercer sus poderes equiparados:
6 a él le parecía que lo mejor era que uno de los dos tuviera
el mando supremo en días alternos, o en caso de preferir
períodos más largos, en espacios de tiempo determinados,
7 a fin de estar en igualdad de condiciones con el enemigo
no sólo en ideas, sino también en fuerzas, por si se pre-
8 sentase una ocasión de entrar en acción. A Quinto Fabio
aquello no le gustó ni poco ni mucho: todo iba a correr
la misma suerte que tuviera la temeridad de su colega;
tenía que compartir el mando con otro, pero no quedar-
9 se sin él por completo: por lo tanto, él nunca renuncia-
ría de grado a la parte que le correspondía en la direc-
ción de las operaciones, y no iba a repartir con otro los
plazos o días de mando supremo, sino el ejército, con
la intención de preservar con su prudencia lo que pu-
10 diese, ya que todo no le estaba permitido. Consiguió así
que repartieran las legiones entre los dos, como era habi-
tual entre los cónsules. La primera y la cuarta le tocaron
11 a Minucio, la segunda y la tercera a Fabio. Repartieron
también a partes iguales la caballería y las tropas auxiliares
de aliados y de ciudadanía latina. El jefe de la caballería
quiso que hubiera además un campamento aparte.

Derrota de Minucio evitada por Fabio: reconciliación

Con ello, la satisfacción de Aníbal tenía doble motivo —pues no se le escapaba nada de lo que ocurría en el lado enemigo porque de muchas cosas le informaban los desertores y además él tenía sus propios espías—: esperaba, en efecto, hacer caer en sus redes la incontrolada temeridad de Minucio, y, por otra parte, la habilidad de Fabio había visto reducidas sus fuerzas a la mitad. Había un montículo entre el campamento de Minucio y el de los cartagineses; quien lo ocupase dejaría sin duda al enemigo en posición desventajosa. Lo que Aníbal quería era no tanto tomarlo sin lucha, aunque esto bien valía la pena, sino más bien encontrar un motivo de combate con Minucio, pues sabía perfectamente que éste estaba dispuesto a correr a impedírselo en todo momento.

28 2 3 4

El terreno que había en medio era todo él, a primera vista, inapropiado para una emboscada, porque no tenía ninguna zona no ya de bosque, sino ni siquiera cubierta de matorrales; pero en realidad estaba hecho a propósito para encubrir una emboscada, y con mayor razón porque en un valle pelado no cabía temer ninguna clase de trampa; había, en efecto, en las depresiones del terreno unas concavidades en las rocas que podían dar cabida algunas de ellas a doscientos hombres armados. En estos escondrijos se ocultan cinco mil hombres de infantería y caballería, colocándose en cada uno cuantos podían caber desahogadamente. No obstante, para evitar que los movimientos de alguien que saliese de forma imprudente o los reflejos de las armas descubriesen la trampa en un valle tan despejado, al despuntar el día envió a unos pocos hombres a ocupar el montículo al que nos hemos referido antes y distrajo la atención del enemigo. Nada más verlos, despreciando su reducido número, todos pedían encargarse perso-

5 6 7 8 9

nalmente de desalojar de allí al enemigo y ocupar la posi-
ción. El propio general, uno de los más necios y fanfarro-
nes, llama a las armas e increpa al enemigo con vanas ame-
10 nazas. Primero envía a la infantería ligera, después a la
caballería en formación cerrada; por último, al ver que
también al enemigo se le envían refuerzos, forma las legio-
11 nes y avanza. También Aníbal, ante las dificultades de los
suyos, enviando refuerzos de infantería y caballería en re-
mesas sucesivas a medida que la lucha cobraba mayores
proporciones, había completado ya el frente en toda regla,
y por ambas partes se combate con la totalidad de las fuer-
12 zas. La infantería ligera de los romanos, en su intento de
escalar desde abajo el montículo que había sido ocupado,
fue repelida y batida la primera, sembró el desconcierto en
la caballería que subía detrás y que retrocedió, refugiándose
13 junto a las enseñas. El frente de la infantería era el único
que se mantenía impávido en medio del desbarajuste y da-
ba la impresión de que, si se tratase de una batalla regular
y en línea, estaría a la altura sin lugar a dudas: tanto les
había elevado la moral el éxito de la acción llevada a cabo
14 pocos días antes; pero de pronto surgieron los emboscados
y provocaron tal confusión y pánico al atacar ambos flan-
cos y por la espalda que a nadie le quedó ni moral para
combatir ni esperanzas para huir.

29 Entonces Fabio, que primero oyó los gritos de pánico
y después vio a lo lejos el desorden de la formación, dijo:
«¡Vaya!, no antes de lo que me temía, la suerte atrapa a
2 la temeridad. Igualado a Fabio en mando, ve a un Aníbal
superior en valor y suerte. Pero ya habrá otro momento
para discutir y amonestarlo, ahora sacad las enseñas fuera
de la empalizada, arranquémosles al enemigo la victoria
3 y a los compatriotas el reconocimiento de su error». Cuan-
do ya la mayoría habían caído o buscaban en torno con

la mirada un sitio por donde huir, se les presenta de pronto el ejército de Fabio como caído del cielo para ayudarles. Antes, pues, de que estuviesen a tiro de dardo o llegasen al 4
cuerpo a cuerpo, refrenó la huida en desbandada de los suyos y la desmedida furia con que los enemigos combatían. Los que habían roto las filas y vagaban dispersos, desde 5
todas partes corrieron a incorporarse al renovado frente de batalla; los que habían vuelto la espalda al unísono, más numerosos, se revolvieron contra el enemigo, y formando círculo, unas veces se replegaban poco a poco y otras, apiñados, se mantenían firmes. Y ya casi se había 6
formado un solo frente con el ejército vencido y el de refresco y se disponían a avanzar contra el enemigo cuando el cartaginés mandó tocar a retirada, reconociendo abiertamente Aníbal que él había vencido a Minucio pero Fabio le había vencido a él.

Transcurrida así la mayor parte del día entre alternati- 7
vas de la suerte, regresaron al campamento y Minucio reu- 8
nió a los soldados y dijo: «Yo he oído muchas veces, soldados, que el primer puesto es para el hombre que resuelve por sí mismo lo que procede hacer, y el segundo, para el que obedece a quien manda como es debido; el que no sabe ni resolver por sí mismo ni obedecer a otro, ése ocupa el último lugar en talento. Nosotros, ya que nos ha sido 9
negada la primera cualidad del espíritu y del talento, atengámonos a la segunda o intermedia, y mientras aprendemos a mandar, hagámonos a la idea de obedecer al dotado en prudencia. Unamos nuestro campamento al de Fabio. 10
Cuando llevemos las enseñas hasta su tienda de mando, una vez que yo lo llame padre como corresponde a su buen comportamiento para con nosotros y a su dignidad, voso- 11
tros, soldados, saludaréis con el nombre de patronos a aquellos que con sus armas y sus diestras os acaban de defen-

der, y ya que no otra cosa, que este día nos reporte al menos la gloria de ser agradecidos».

30 Se da la señal y se vocea a continuación la orden de recoger los bagajes. Se ponen en marcha, y al avanzar en formación hacia el campamento del dictador suscitan la
2 sorpresa de éste y de todos los circunstantes. Una vez estacionadas las enseñas ante la tienda de mando, el jefe de la caballería se adelanta, llama padre a Fabio, su ejército en pleno saluda como patronos a los soldados de Fabio
3 que lo rodean, y dice: «A mis padres, dictador, con los que acabo de parangonarte sólo de nombre, la única cosa que puedo hacer de palabra, les debo sólo la vida; a ti,
4 mi salvación y, además, la de todos éstos. Por ello, yo el primero me pronuncio en contra y derogo el plebiscito que para mí ha supuesto una carga más que un honor, y vuelvo a someterme (que ello sea para bien tuyo y mío y de estos tus ejércitos, el salvador y el salvado) a tu mando y tus auspicios, y te devuelvo estas enseñas y legiones.
5 Te ruego que tengas a bien disponer que yo conserve la jefatura de la caballería, y éstos, cada uno su graduación».
6 Se dieron entonces la mano, y los soldados, disuelta la asamblea, eran invitados amistosa y hospitalariamente por conocidos y desconocidos, acabando felizmente aquel día, po-
7 co antes extremadamente funesto y casi execrable. En Roma, cuando llegaron rumores de la acción llevada a cabo, confirmados más tarde por cartas de los propios generales y más aún de los soldados de ambos ejércitos de forma masiva, todo el mundo elogiaba a Máximo poniéndolo por
8 las nubes. Igualmente alto era su prestigio ante Aníbal y los enemigos cartagineses, y entonces por fin se daban cuen-
9 ta de que era contra romanos y en Italia la guerra, pues durante los dos últimos años habían despreciado a los generales y soldados romanos hasta el extremo de costarles

creer que la guerra fuese con la misma gente de la que sus padres les habían contado cosas terribles. Dicen inclu- 10
so que cuando Aníbal volvía del campo de batalla manifestó que por fin aquella nube que solía estacionarse en la cima de las montañas había estallado en lluvia seguida de tempestad.

La acción bélica en el mar. Statu quo en torno a Gereonio

Mientras tenían lugar estos aconteci- 31
mientos en Italia [175], el cónsul Gneo Servilio Gémino con una flota de ciento veinte naves bordeó la costa de Cerdeña y Córcega y después de recibir rehenes en ambas hizo la travesía a África. Antes de hacer salidas 2
al continente devastó la isla de Menige, recibió de los habitantes de Cercina [176] diez talentos de plata a cambio de que su territorio no fuese también quemado y asolado, arribó a la costa de África y desembarcó sus tropas. Llevados desde allí a saquear el territorio, los soldados 3
y la marinería se desperdigaron como si estuvieran haciendo pillaje en islas deshabitadas. Se metieron así incauta- 4
mente en una emboscada y se vieron rodeados, dispersos como estaban y sin conocer el terreno, por quienes eran numerosos y lo conocían bien, siendo rechazados hacia las naves en vergonzosa huida y con muchas bajas. Se per- 5
dieron cerca de mil hombres, entre ellos el cuestor Tiberio Sempronio Bleso. La flota desamarró precipitadamente de la costa plagada de enemigos y puso rumbo a Sicilia; en Lilibeo le fue entregada al pretor Tito Otacilio, a fin 6
de que su legado Publio Cincio la devolviera a Roma. Él, 7
atravesando Sicilia a pie, cruzó a Italia por el estrecho, reclamada su presencia y la de su colega Marco Atilio por

[175] Vuelve la narración a 11, 7.

[176] Las dos islas pertenecen al área de las pequeñas Sirtes.

medio de una carta de Quinto Fabio para entregarles el
ejército, agotados ya casi sus seis meses de mandato.
8 Casi todos los anales cuentan que el dictador Fabio in-
tervino en la acción contra Aníbal; Celio incluso escribe
que fue él el primer dictador nombrado por el pueblo.
9 Pero tanto a Celio como a los demás se les escapa que
sólo el cónsul Gneo Servilio, que entonces se encontraba
lejos, en su provincia de la Galia, tenía atribuciones para
10 nombrar dictador; pero como la ciudad, presa ya de páni-
co a causa de la derrota, no estaba en condiciones de so-
portar la espera, se recurrió al nombramiento por el pue-
11 blo de alguien que tuviese atribuciones de dictador; las ha-
zañas posteriores, la gloria insigne del general, y la acción
de los descendientes magnificando la inscripción del retra-
to familiar, dieron lugar, sin dificultad, a que se creyese
dictador a quien había sido nombrado prodictador.

32 El cónsul Atilio se hizo cargo del ejército de Fabio,
y Gémino Servilio, del de Minucio; fortificaron muy tem-
prano el emplazamiento de los cuarteles de invierno y du-
rante lo que quedaba de otoño hicieron la guerra emplean-
do la táctica de Fabio con el más perfecto entendimiento
2 entre ambos. Cuando Aníbal salía a recoger trigo, se pre-
sentaban en el momento apropiado en diversos puntos, hos-
tigándolos si iban en formación de marcha y atrapándolos
si estaban desperdigados; no entraban en el juego de una
batalla decisiva, que el enemigo buscaba empleando todos
3 los recursos, y hasta tal extremo se vio Aníbal constreñido
por la falta de víveres que, de no haber temido que su
marcha tuviera el aspecto de una huida, habría retrocedido
hacia la Galia, pues no le quedaba esperanza alguna de
alimentar al ejército en aquellos parajes si los cónsules si-
guientes hacían la guerra empleando la misma táctica.

Cuando la guerra se había estacionado en las inmedia- 4
ciones de Gereonio porque el invierno obstaculizaba ya las
operaciones, llegaron a Roma unos embajadores napolita-
nos. Acudieron a la curia llevando cuarenta páteras de oro
de peso considerable y pronunciaron unas palabras que ve-
nían a decir que ellos sabían que el tesoro público del pue- 5
blo romano se estaba agotando con la guerra, y como ésta
se hacía por las ciudades y los campos de los aliados al
mismo tiempo que por la ciudad de Roma, capital y ciuda-
dela de Italia, y por su hegemonía, a los napolitanos les 6
había parecido justo ayudar al pueblo romano con el oro
que sus mayores les habían dejado tanto para la ornamen-
tación de los templos como para tener de qué echar mano
en las eventualidades de la fortuna; si creían que ellos po- 7
dían ser de alguna utilidad, estaban dispuestos a ofrecerse
con idéntico interés; sería de su agrado que el pueblo ro-
mano actuase como si fuera suyo todo lo que pertenecía
a los napolitanos [177] y los considerase dignos de recibir de 8
ellos un presente, apreciando, más que su valor en sí, la
intención y la voluntad con que se lo entregaban de buen
grado. Se les dieron las gracias a los embajadores por su 9
generosidad y su interés; se aceptó la pátera menos pesada.

Incidencias en Roma. Movimiento electoral

Por aquellas mismas fechas fue apre- 33
sado en Roma un espía cartaginés que ha-
bía pasado dos años sin ser descubierto,
y después de amputarle las manos fue ex-
pulsado. Veinticinco esclavos fueron cru- 2
cificados por haber conspirado en el campo de Marte; el
delator recibió la libertad y veinte mil ases librales. Se en- 3

[177] En VIII 26, 6, se hace referencia al tratado con los napolitanos. Entre las obligaciones de éstos no estaba la aportación de fuerzas no navales.

viaron embajadores al rey Filipo de Macedonia para reclamar la entrega de Demetrio Fario [178], que había sido ven-
4 cido en guerra y había huido a su lado, y también se enviaron embajadores a los lígures a exigirles una reparación por haber ayudado al cartaginés con recursos y tropas auxiliares, y al mismo tiempo a observar de cerca lo que estaba
5 ocurriendo con los boyos e ínsubres. Igualmente se enviaron embajadores a Pinnes, rey de los ilirios, a recabar el pago de un tributo [179] cuyo plazo había expirado o recibir rehe-
6 nes si quería una prórroga. Hasta ese punto los romanos, a pesar de pender sobre sus cabezas una guerra de grandes proporciones, no desatendían ninguna cuestión en ninguna
7 parte del mundo, ni aunque estuviera alejada. Por otra parte, surgió un escrúpulo religioso por el hecho de no haber sido adjudicada hasta entonces la construcción del templo de la Concordia, prometido con voto por Lucio Manlio, pretor en la Galia, durante la sedición militar de
8 dos años antes. Por ello Gayo Pupio y Cesón Quincio Flaminino, duúnviros nombrados con ese objeto por el pretor urbano Marco Emilio, adjudicaron la construcción del templo en la ciudadela [180].

9 Este mismo pretor, en cumplimiento de un decreto del senado, envió una carta a los cónsules para que, si les parecía, uno de ellos viniera a Roma para presidir las elecciones consulares; que él convocaría los comicios para la fe-

---

[178] Traicionó a los suyos, los ilirios, colaborando con los romanos. Pero en 219 se rebeló contra éstos, fue vencido por Paulo Emilio y se refugió en la corte de Filipo V.

[179] El que se había comprometido a pagar, desde 228, la reina Teuta, siendo Pinnes menor de edad.

[180] El construido en la vertiente norte del Capitolio, distinto del templo de la Concordia referido en IX 46, 6, y del más famoso erigido por Camilo.

cha que le indicasen. A esto contestaron los cónsules por 10
escrito que no podían alejarse del enemigo sin grave daño
para la república, que por tanto era preferible que los co-
micios se celebrasen bajo la presidencia de un interrey a
que uno de los cónsules se alejara del escenario de la gue-
rra. A los senadores les pareció más conforme a derecho [181] 11
que un cónsul nombrara un dictador para presidir los co-
micios. Nombrado Lucio Veturio Filón, nombró jefe de
la caballería a Marco Pomponio Matón. Al haberse pro- 12
ducido una irregularidad en su nombramiento, se les orde-
nó dejar el cargo a los catorce días y se desembocó de
nuevo en un interregno.

A los cónsules les fue prorrogado por un año el mando 34
militar. Nombrados interreyes por los senadores fueron Ga-
yo Claudio Centón, hijo de Apio, y luego Publio Cornelio
Asina. Cuando éste era interrey se celebraron los comicios,
muy reñidos por parte de patricios y plebeyos. El vulgo 2
estaba empeñado en elevar al consulado a Gayo Terencio
Varrón, hombre de su clase, que además había puesto a
la plebe de su parte por sus invectivas contra los aristócra-
tas y sus procedimientos populistas, y desde que había pues-
to freno a la influencia y el poder dictatorial de Quinto
Fabio le daba notoriedad la animadversión contra el otro;
los patricios se oponían con todas sus fuerzas, para que
no hubiera individuos que se acostumbrasen a igualárseles
a base de atacarles. El tribuno de la plebe Quinto Bebio 3
Herennio, pariente de Gayo Terencio, lanzando acusacio-
nes contra el senado e incluso contra los augures por haber
impedido que el dictador llevara a cabo los comicios, ha-

[181] El nombramiento de un interrey presuponía la muerte de ambos cónsules, que no es el caso.

ciéndolos odiosos a ellos trataba de granjearle popularidad
4 a su candidato, diciendo que Aníbal había sido traído a
Italia por los nobles, que llevaban muchos años buscando
la guerra, ellos que la prolongaban con artimañas cuando
5 podía estar ya decidida; cuando había quedado claro que
se podía luchar con las cuatro legiones reunidas, desde el
momento que Marco Minucio en ausencia de Fabio había
6 luchado con éxito, se le habían puesto delante dos legiones
al enemigo para que las hiciera pedazos, después se las
había salvado en plena masacre para que recibiera el nom-
bre de padre y patrono el mismo que había prohibido no
que los romanos fueran vencidos sino que resultaran ven-
7 cedores. Después los cónsules, empleando la táctica de Fa-
bio, habían prolongado la guerra pudiendo resolverla. Aque-
llo era un pacto suscrito por todos los nobles, y no iban
a ver el final de la guerra en tanto no eligieran un cónsul
8 plebeyo de verdad, es decir, un *hombre nuevo* [182], pues
los plebeyos nobles ya estaban iniciados en los mismos cul-
tos y habían comenzado a despreciar a la plebe desde que
9 habían dejado de ser despreciados por los patricios. ¿A
quién no le resultaba evidente que se había realizado y pre-
tendido el establecimiento de un interregno con el fin de
que los comicios estuvieran bajo el control de los patri-
10 cios? Éste era el objetivo que se habían propuesto ambos
cónsules quedándose en el frente; después, como se había
nombrado en contra de su voluntad un dictador para la
celebración de los comicios, habían forzado una declara-
ción de irregularidad, por parte de los augures, en el nom-
11 bramiento de dictador. Ya tenían, por consiguiente, el in-
terregno; pero uno de los puestos de cónsul correspondía
sin lugar a dudas a la plebe romana, el pueblo dispondría

[182] Un plebeyo cuya familia no hubiera desempeñado el cargo de cónsul.

de él libremente y se lo adjudicaría a quien prefiriese una victoria de verdad a un mando prolongado.

La plebe se inflamaba con estos discursos, y habiendo 35
tres candidatos patricios, Publio Cornelio Merenda, Lucio Manlio Volsón y Marco Emilio Lépido, y dos plebeyos, pe- 2
ro pertenecientes ya a familias nobles, Gayo Atilio Serrano y Quinto Elio Peto, uno de los cuales era pontífice y otro augur, resulta elegido cónsul únicamente Gayo Terencio, para que estuviese en sus manos el control de los comicios para la designación de su colega. La nobleza, en- 3
tonces, al comprobar que sus [183] contrincantes no contaban con mucha fuerza, forzó a presentarse candidato a Lucio Emilio Paulo, que había sido cónsul [184] con Marco Livio y estaba resentido contra la plebe por la condena de su colega, de la que había salido bastante quemado, y que se negaba de forma persistente y obstinada. Al siguiente 4
día de elecciones, después de retirar su candidatura todos los que habían competido con Varrón, es elegido Emilio para que el cónsul tenga, más que un colega, alguien que se le oponga con su misma autoridad. A continuación se 5
celebraron las elecciones de pretor. Resultaron elegidos Marco Pomponio Matón y Publio Furio Filo; a Filo le tocó en suerte administrar justicia en Roma entre ciudadanos, a Pomponio entre ciudadanos romanos y extranjeros. Se nombraron dos pretores más, Marco Claudio Marcelo 6
para Sicilia y Lucio Postumio Albino para la Galia. Todos 7
estaban ausentes cuando fueron elegidos, y a ninguno de ellos salvo al cónsul Terencio se le confirmó un cargo que no hubiera desempeñado ya antes, siendo preteridos algunos hombres valerosos y esforzados porque en aquellas cir-

[183] Los de Gayo Terencio.

[184] En 219.

cunstancias se consideraba que no se le debía conferir a nadie una magistratura en la que no tuviese experiencia.

Reclutamiento. Ofrecimiento de Hierón, respuesta de Roma. Preparativos de marcha

36 Se incrementó también el número de efectivos de los ejércitos; pero hay tales discrepancias entre unos historiadores y otros en lo que se refiere al alcance del aumento de tropas de infantería y caballería, tanto en el número como en la clase de tropas, que apenas me atrevo a afirmar nada con
2 certeza suficiente. Según unos, se efectuó un reclutamiento suplementario de diez mil nuevos soldados; según otros, fueron cuatro las legiones nuevas, para operar con un total
3 de ocho [185] legiones; algunos historiadores sostienen que además en cada legión se incrementaron los efectivos de infantería y caballería en mil hombres de a pie y cien de a caballo, con lo cual eran cinco mil infantes y trescientos jinetes; los aliados aportarían doble cantidad de jinetes y
4 la misma de infantes, y en el campamento romano habría ochenta y siete mil doscientos combatientes cuando se des-
5 arrolló la batalla de Cannas. En una cosa no hay la menor discrepancia: en que se realizó la campaña con mayor empeño y empuje que en los años anteriores, porque el dictador había dado esperanzas de que el enemigo podía ser vencido.

6 Por otra parte, antes de que las nuevas legiones salieran de Roma se ordenó a los decénviros que fueran a consultar los libros sibilinos, debido a que la generalidad de
7 la población estaba asustada por nuevos prodigios. En efecto, había corrido la noticia de que en Roma, en el Aventino, y en Aricia habían llovido piedras de forma simultánea; que en la Sabina unas enseñas habían sudado sangre

[185] Es la cifra que dan Polibio y Apiano.

copiosamente, al igual que las aguas de Cere, fenómeno este 8
último que causaba mayor espanto porque había ocurrido con mayor frecuencia; también en la vía abovedada que daba al campo de Marte, algunas personas habían sido alcanzadas por rayos y perdido la vida. Estos prodigios fue- 9
ron expiados según indicaban los libros. Unos embajadores de Pesto trajeron a Roma páteras de oro. Se les dio las gracias, pero tampoco a éstos, igual que a los napolitanos, se les aceptó el oro.

Por aquellas mismas fechas arribó a Ostia una flota 37
enviada por Hierón con gran cantidad de provisiones. Sus embajadores, presentados ante el senado, comunica- 2
ron que la noticia de la muerte del cónsul Gayo Flaminio y de su ejército había apesadumbrado a Hierón más de lo que lo habría afectado ninguna desgracia personal suya o de su reino. Por eso, aunque sabía perfectamente que la 3
grandeza del pueblo romano era casi más admirable en la adversidad que en la prosperidad, él, con todo, les había 4
hecho envío de todo aquello con lo que suelen ayudar en las guerras los aliados buenos y leales, y con el mayor encarecimiento rogaba a los senadores que no declinasen el aceptarlo. Y ante todo, como señal de buen augurio, traían una 5
Victoria de oro de doscientas veinte libras: que la aceptasen, se quedasen con ella y la tuvieran por suya para siempre. Que también habían traído trescientos mil modios de trigo 6
y doscientos mil de cebada para que no escasearan las provisiones, y que llevarían cualquier otra cosa que hiciera falta a donde se les indicase; él sabía que el pueblo roma- 7
no no empleaba más caballería ni infantería que la romana y latina, pero sí había visto en el campamento romano tropas auxiliares también extranjeras, por eso había enviado 8
mil arqueros y honderos, tropa muy a propósito para hacer frente a baleares y moros y otros pueblos habituados

9 a combatir con armas arrojadizas. A estas dádivas añadían
además una idea: que el pretor al que le hubiese correspondido la provincia de Sicilia cruzase a África con la flota, para que también los enemigos tuviesen la guerra en
su propio suelo y se les diesen menos facilidades para en-
10 viar refuerzos a Aníbal. Por parte del senado se le dio al
rey la respuesta siguiente: Hierón era un hombre de bien, y un aliado extraordinario, y desde que se había hecho amigo del pueblo romano, de forma constante se había mantenido leal y en todo momento y lugar había favorecido generosamente los intereses de Roma; esto, el pueblo
11 romano lo agradecía como correspondía. El oro, enviado
también por algunas ciudades, no lo había aceptado el pue-
12 blo romano, aunque sí agradecía el gesto; la Victoria la
aceptaban como presagio, asignándole y consagrándole como sede a esta diosa el Capitolio, templo de Júpiter Óptimo Máximo: en esta fortaleza de la ciudad de Roma permanecería segura e inconmovible, sagrada, benévola y
13 propicia para el pueblo romano. Les fueron entregados a
los cónsules los honderos y arqueros y el trigo. Se le añadieron veinticinco quinquerremes a la flota de cincuenta naves que estaba en Sicilia con el propretor Tito Otacilio y se dejó a su criterio el pasar a África, si lo creía conveniente para la república.

38 Terminado el reclutamiento, los cónsules se demoraron
unos cuantos días hasta que llegasen los soldados aliados
2 y de ciudadanía latina. Entonces, cosa que nunca se había
hecho antes, el juramento militar a los soldados se lo to-
3 maron los tribunos militares, pues hasta aquella fecha el
único contenido de la fórmula de juramento había sido que acudirían a la orden del cónsul y que no se irían sin ella, y cuando se habían concentrado para ser distribuidos en decurias y centurias, espontáneamente se comprometían

entre sí bajo juramento, los jinetes por decurias y los in- 4
fantes por centurias, a no marchar porque se produjera una
huida o por miedo, ni abandonar su fila salvo para coger
o rescatar un arma, para herir a un enemigo, o para salvar
a un compatriota. Esto, de compromiso voluntario y mu- 5
tuo, pasó a ser una toma de juramento conforme a la ley
por parte de los tribunos.

Antes de que salieran las tropas de la ciudad, el cónsul 6
Varrón pronunció muchas y violentas arengas, proclaman-
do que, el mismo día que él le echase la vista encima al
enemigo, liquidaría la guerra que los nobles habían traído
hasta Italia y que iba a seguir enquistada en las entrañas 7
del Estado si éste tenía muchos generales como Fabio. Su 8
colega Paulo pronunció un solo discurso, antes de salir
de la ciudad, más realista que agradable al pueblo, en el
que no dijo nada duro contra Varrón, salvo únicamente
que estaba sorprendido de que un general, antes de tener 9
conocimiento de su ejército y del enemigo, de la topogra-
fía y la naturaleza del terreno, supiera ya entonces, vestido
de paisano, en la ciudad, qué tendría que hacer de comba-
tiente, y fuese incluso capaz de predecir la fecha en que 10
iba a enfrentarse con el enemigo en batalla campal. Él no 11
iba a adoptar antes de tiempo, sin que hubiesen madura-
do, unas determinaciones en las que el hombre viene con-
dicionado por la realidad, no la realidad por el hombre;
deseaba que llegasen a buen término las operaciones que
se hiciesen con precaución y reflexión; la temeridad, apar- 12
te de ser una necedad, hasta el momento presente había
resultado además desafortunada. Se dejaba traslucir que 13
en lo que de él dependiese iba a anteponer la seguridad
a la rapidez en los planes, y por otra parte, para que se
mantuviera más firme en su propósito, dicen que Quinto
Fabio Máximo le habló así cuando emprendía la marcha:

Fabio Máximo dirige unas palabras a Emilio Paulo

39 «Lucio Emilio, si tuvieras un colega parecido a ti, cosa que yo preferiría, o tú fueras parecido a tu colega, mis palabras
2 estarían de más, pues siendo buenos los dos cónsules, aun sin que yo dijera nada actuaríais en todo, con vuestra lealtad, de acuerdo con los intereses de la república, y siendo malos, no prestaríais ni
3 oídos a mis palabras ni voluntad a mis consejos. Pero ahora, al fijarme en tu colega y en la clase de hombre que eres, todas mis palabras se dirigen a ti, pues veo que de nada va a servir que seas un hombre de bien y un buen ciudadano si, en caso de cojear la república por la otra parte, tienen la misma autoridad y poder los malos proyec-
4 tos y los buenos. Te equivocas, Lucio Paulo, en efecto, si crees que vas a tener menos lucha con Gayo Terencio que con Aníbal; no sé si será mayor la hostilidad de aquél
5 como rival que la de éste como enemigo; con éste te vas a enfrentar solamente en el campo de batalla, con aquél en todas partes y en todo momento; contra Aníbal y sus legiones combatirás con tu caballería e infantería, Varrón
6 te atacará como general con tus propios soldados. Para evitar un mal presagio, olvidémonos de Gayo Flaminio. Sin embargo, él, al fin, comenzó a no regir bien ya de cónsul, en su provincia, al frente del ejército; éste desvariaba antes de ser candidato al consulado, y después de presentar su candidatura, y desvaría también ahora, de cón-
7 sul, antes de ver el campamento o al enemigo. Y quien desencadena ya ahora tales tempestades, llenándosele la boca de batallas y frentes, entre gentes de paz, ¿qué crees que va a hacer entre la juventud combatiente y allí donde
8 la acción sigue de inmediato a las palabras? Ahora bien, si éste entra en combate inmediatamente, cosa que piensa hacer según proclama, o bien yo desconozco el arte mili-

tar, o las características de esta guerra, o a este enemigo,
o bien una derrota nuestra dará a algún otro lugar mayor
renombre que al Trasimeno. Y no es momento de hacer 9
alardes delante de una sola persona, y tal vez yo me pase
de la raya desdeñando, no apeteciendo la gloria, pero ésta
es la situación: la única táctica para hacerle la guerra a
Aníbal es la que yo utilicé. Y esto no lo demuestra sólo 10
el resultado —ése es el maestro de los necios—, sino el
mismo planteamiento, que fue y será invariable mientras
la situación siga siendo la misma. La guerra la hacemos 11
en Italia, en el suelo donde estamos asentados; en torno
a nosotros todo está lleno de conciudadanos y aliados; nos
ayudan y ayudarán con armas, hombres, caballos y provi-
siones —esa prueba de lealtad ya nos la dieron cuando nos 12
iban mal las cosas—; de un día para otro el tiempo nos
vuelve mejores, más reflexivos, más tenaces. Aníbal, por 13
el contrario, está en tierra ajena y enemiga, donde todo
le es hostil y está en su contra, lejos de su casa, de su
patria; no tiene paz ni por tierra ni por mar; ninguna ciu-
dad, ninguna muralla lo acoge; no ve nada suyo por nin-
guna parte, vive al día con el fruto de la rapiña; apenas 14
cuenta con una tercera parte [186] de aquel ejército con que
cruzó el Ebro; le causó más bajas el hambre que el hierro;
ni siquiera para estos pocos le alcanzan ya los alimentos.
¿Pones en duda, por consiguiente, que manteniéndonos 15
quietos vayamos a vencer a quien envejece por momentos
y no tiene provisiones, ni reservas, ni dinero? ¿Cuánto tiem- 16
po lleva estacionado frente a Gereonio, una aldea de Apu-
lia carente de recursos, como si se tratara de las murallas
de Cartago? Ciertamente no voy a hacer alardes persona- 17
les delante de ti: mira cómo jugaron con él los cónsules

---

[186] Cf. XXI 40, 7.

anteriores, Servilio y Atilio. Éste es el único camino de
salvación, Lucio Paulo, y tus compatriotas te lo volverán
18 difícil y hostil en mayor medida que tus enemigos, pues
tus soldados querrán lo mismo que los del enemigo; Va-
rrón, el cónsul romano, deseará lo mismo que Aníbal, el
general cartaginés. Es preciso que resistas tú solo frente
a dos generales. Pero resistirás si te mantienes lo bastante
firme frente a lo que diga o rumoree la gente, si no te
inmutas ante la gloria vana de tu colega ni ante el hecho
19 de que se hable mal de ti sin razón. Dicen que con dema-
siada frecuencia la verdad pasa por dificultades, pero ja-
20 más desaparece del todo. Quien menosprecie la gloria, la
tendrá de verdad. Deja que califiquen de pusilánime al pre-
cavido, de lento al reflexivo, de inexperto al que entiende
de guerras. Considero preferible que te tema un enemigo
sabio a que te elogien unos ciudadanos necios. Si eres todo
osadía, Aníbal te despreciará; si nunca actúas temeraria-
21 mente, te temerá. Yo no te exhorto a que no hagas nada,
sino que te guíe en tu acción la razón y no el azar; que
siempre tengas tú el control sobre ti mismo y sobre todo
lo que te afecte; manténte armado y en guardia; no dejes es-
22 capar tu oportunidad, ni se la des al enemigo. Si no te
precipitas, todo estará claro y seguro; el apresuramiento
es imprevisión y falta de visión».

Se reorganiza el frente. Escaramuzas, trampa de Aníbal fallida

40 Las palabras con que el cónsul respon-
dió a todo esto no fueron ciertamente
muy entusiásticas, reconociendo que lo
que decía tenía más de cierto que de rea-
2 lizable; el dictador no había podido
aguantar al jefe de la caballería, ¿qué fuerza y qué autori-
dad iba a tener un cónsul frente a un colega sedicioso y
3 temerario? Él había escapado medio chamuscado de la que-
ma popular durante su anterior consulado; su deseo era

que todo saliera bien, pero si sobrevenía algún contratiem-
po, expondría antes su cabeza a los disparos del enemigo
que a los votos de sus airados conciudadanos.

Cuentan que, nada más pronunciar estas palabras, Paulo 4
emprendió la marcha seguido de los patricios principales;
al cónsul plebeyo lo seguía la plebe, una masa más notable
en número, a falta de personalidades. Así que llegaron 5
al campamento, reunieron el ejército nuevo y el antiguo,
emplazaron el campamento en dos sitios de forma que el
nuevo, más pequeño, quedaba más próximo a Aníbal, y
en el antiguo estaba la parte mayor y más escogida
de las fuerzas. Enviaron a Roma a uno de los cónsules 6
del año anterior, a Marco Atilio, que alegaba el eximente
de la edad, y a Gémino Servilio lo pusieron, en el campa-
mento más pequeño, al frente de una legión romana y de
dos mil aliados entre los de infantería y caballería. Aníbal, 7
aunque veía que los efectivos enemigos se habían duplica-
do, estaba, sin embargo, extraordinariamente contento por
la llegada de los cónsules. No le quedaba, en efecto, nada 8
de las provisiones que robaba para el día, ni tampoco le
quedaba tan siquiera de donde robar cosa alguna, pues
desde todas partes se había trasladado todo el trigo a las
ciudades fortificadas a medida que el campo ofrecía poca
seguridad, de suerte que apenas le quedaba trigo para diez 9
días, cosa que se supo más tarde, y a causa de la escasez
habría estado a punto una deserción de los hispanos si se
hubiera esperado a que la situación madurase.

Por otra parte, a la temeridad del cónsul [187] y a su 41
manera de ser precipitada le dio además pábulo la suerte,
porque hubo una escaramuza al tratar de alejar a los que
se dedicaban al pillaje, originada más por la impetuosidad

[187] Varrón.

de los soldados que por un plan preconcebido o por orden de los generales, y la confrontación no les resultó en abso-
2 luto ventajosa a los cartagineses. Tuvieron cerca de mil setecientas bajas, y entre los romanos y aliados no más de cien. Pero cuando los vencedores se lanzaron a una persecución a rienda suelta, los contuvo por miedo a una emboscada el cónsul Paulo, que aquel día ostentaba el mando
3 supremo —pues lo tenían un día cada uno—, mientras Varrón, lleno de indignación, gritaba que se había dejado escapar de las manos al enemigo y se había podido dar la
4 batalla definitiva si se hubiera seguido adelante. Aníbal sobrellevó aquel revés sin disgustarse demasiado; es más, suponía que había servido de cebo a la temeridad del cónsul más fogoso y de los soldados, sobre todo los bisoños.
5 Conocía además todo lo referente al enemigo tan bien como lo suyo: que ejercían el mando dos generales de carácter desigual y desavenidos, que en el ejército había casi
6 dos terceras partes de soldados novatos. Por eso, convencido de que tenía el lugar y el momento apropiado para una emboscada, la noche siguiente dejó el campamento con todos los enseres comunes y particulares, llevando con-
7 sigo los soldados únicamente las armas, y una vez rebasados unos montes cercanos, ocultó formada a la izquierda a la infantería, y a la derecha la caballería, hizo avanzar
8 la impedimenta por el valle del centro para caer sobre el enemigo enfrascado y embarazado en el saqueo de un campamento que parecía abandonado por sus dueños al huir.
9 Dejó numerosas fogatas en el campamento para hacer creer que mientras él ganaba terreno alejándose en su huida, dando la falsa imagen de campamento, había querido retener a los cónsules en sus posiciones, de la misma forma que el año anterior había engañado a Fabio.

Cuando amaneció, fue motivo de sorpresa primero el 42
que se hubieran retirado los puestos de vigilancia y después,
al acercarse más, el insólito silencio. Luego, una vez com- 2
probado de forma fehaciente que el campamento estaba
desierto, se produce la aglomeración en dirección a la tienda de mando de los cónsules llevando la noticia de que el enemigo ha huido de forma tan precipitada que ha abandonado el campamento sin desmontar las tiendas y que además han dejado muchas hogueras con el objeto de camuflar más la fuga. Inmediatamente estalla un griterío pi- 3
diendo que se dé la orden de avanzar y marchar a perseguir al enemigo y a saquear de inmediato el campamento.
También uno de los cónsules parecía uno más en el alboro- 4
to de la tropa; Paulo decía una y otra vez que había que tener prudencia y tomar precauciones; finalmente, como de otra forma no era capaz de contener el tumulto ni al cabecilla del mismo, envía al prefecto Mario Estatilio con un escuadrón de lucanos a hacer un reconocimiento. Cuan- 5
do éste llegó cabalgando hasta la puerta del campamento, ordenó a los demás quedarse fuera de las fortificaciones y él con dos jinetes traspasó la empalizada, y después de observarlo todo con detenimiento volvió a informar de que
sin lugar a dudas se trataba de una trampa: habían dejado 6
las fogatas en la parte del campamento que miraba al enemigo, las tiendas estaban abiertas y todas las cosas de valor habían sido dejadas al alcance de la mano, en algunos lugares había visto plata por las calles de cualquier manera
como ofrecidas para el pillaje. Todo esto, de lo que se 7
informó para desviar los ánimos de la codicia, la encendió, y cuando estalló el griterío de los soldados diciendo que si no se daba la señal irían sin jefes, por supuesto que no faltó jefe, pues inmediatamente Varrón dio la señal de
ponerse en marcha. Paulo, que ya de por sí estaba indeci- 8

so, como además tampoco los polluelos dieron un auspicio favorable [188], mandó informar de ello a su colega, que ya hacía salir las enseñas por la puerta del campamento.
9 Aunque a Varrón esto le sentó muy mal, sin embargo, la muerte reciente de Flaminio y la memorable derrota naval [189] del cónsul Claudio durante la Primera Guerra Púni-
10 ca infundieron en su ánimo escrúpulos religiosos. Aquel día posiblemente los propios dioses aplazaron, más que impidieron, el desastre que se cernía sobre los romanos, pues casualmente ocurrió que cuando los soldados se negaban a obedecer la orden del cónsul de que volvieran al campa-
11 mento las enseñas, dos escuderos, uno de un jinete formiano y el otro de uno sidícino, que durante el consulado de Servilio y Atilio habían sido capturados por los númidas entre los que recogían forraje, se pasaron aquel día al lado de sus amos, y llevados a presencia de los cónsules informaron de que el ejército de Aníbal se encontraba todo él
12 emboscado al otro lado de los montes cercanos. Su oportuna llegada devolvió a los cónsules el control del mando, pues la ambición y la torcida condescendencia de uno de ellos había deteriorado su autoridad entre los soldados anteriormente.

Se aproximan a Cannas

43 Aníbal, cuando vio que los romanos se habían puesto en movimiento de forma irreflexiva, pero no se habían dejado llevar temerariamente hasta el final, al descubrir y hacer inútil la trampa, regresó
2 al campamento. No pudo permanecer muchos días en él debido a la escasez de trigo, y cada día se les ocurría un

[188] Rehusando la comida. Cf. X 40, 4.

[189] La que sufrió el cónsul Publio Claudio Pulcro en 249 en el puerto de Drépano por no haber tenido en cuenta los auspicios, según la *Per.* 19.

nuevo plan no sólo a los soldados, mezcla de un conglomerado de todas las razas, sino al propio general. En efec- 3
to, lo que al principio fue un murmullo se convirtió después en una reclamación abierta y a gritos de las pagas atrasadas, quejándose primero de la escasez y después del hambre, y se hablaba de que los soldados mercenarios, sobre todo los de origen hispano, habían tomado la decisión de desertar, y dicen que incluso el propio Aníbal a veces 4
le daba vueltas a la idea de huir a la Galia, dejando allí a toda la infantería y escapando con la caballería. Éstas eran las ideas y éste el estado de los ánimos en el 5
campamento cuando decidió salir de allí hacia las comarcas de Apulia, más cálidas y por ello con las mieses más maduras, con el fin, al mismo tiempo, de que cuanto más lejos se encontrase del enemigo más difícil les fuera desertar a los de carácter poco firme. Partió por la noche, de- 6
jando igualmente hogueras encendidas y unas cuantas tiendas para despistar, con el objeto de que el miedo a una emboscada, igual que la vez anterior, contuviera a los romanos. Pero el mismo Estatilio Lucano lo inspeccionó to- 7
do más allá del campamento y al otro lado de los montes y volvió informando de que había visto a lo lejos la columna de los enemigos, e inmediatamente se comenzaron a barajar planes para perseguirlos. Como el criterio de uno 8
y otro cónsul era el mismo que había sido siempre anteriormente y, por otra parte, casi todos estaban conformes con Varrón, y con Paulo nada más que Servilio, cónsul del año anterior, de acuerdo con el parecer de la mayoría 9
emprendieron la marcha, impulsados por el destino, yendo a darle renombre a Cannas [190] con una derrota romana.

[190] Esta localidad de Apulia (Monte di Canne), situada en la margen derecha del Ofanto, pasó a la historia únicamente por la batalla de su nombre.

10 Cerca de dicho poblado había situado Aníbal su campa-
mento de espaldas al viento volturno [191], que arrastraba
nubes de polvo de los campos abrasados por la sequía.
11 Este detalle resultó muy práctico para el propio campa-
mento y además iba a ser especialmente útil cuando alinea-
sen su ejército en orden de batalla: ellos iban a pelear dán-
doles el viento sólo de espalda contra un enemigo cegado
por la polvareda que levantaba.

44 Los cónsules seguían al cartaginés después de un reco-
nocimiento suficiente de la ruta, y al llegar a Cannas y
tener a Aníbal a la vista fortificaron dos campamentos más
o menos a la misma distancia que en Gereonio, repartien-
2 do las tropas como entonces. Al río Ofanto [192], que discu-
rría junto a ambos campamentos, tenían acceso los que
iban a por agua, no sin luchas, según se le presentaba a
3 cada uno su oportunidad; sin embargo, los romanos cogían
el agua con mayor libertad desde el campamento más pe-
queño, que estaba situado al otro lado del Ofanto, porque
en el margen de allá no había ninguna guarnición del ene-
4 migo. Aníbal, abrigando esperanzas de que le iban a pro-
porcionar los cónsules la posibilidad de luchar en un terre-
no hecho para la lucha a caballo, clase de fuerzas en la
que era invencible, organiza el frente de combate y
5 hostiga al enemigo con galopadas de los númidas. A raíz
de esto, el campamento romano sufría de nuevo la conmo-
ción del alboroto de la tropa y la falta de entendimiento
entre los cónsules, achacando Paulo a Varrón la temeridad
de Sempronio y Flaminio, y poniendo Varrón a Fabio co-
mo ejemplo brillante de general pusilánime e irresoluto,

[191] El siroco, procedente del sur-este.

[192] Discurre por el Samnio y Apulia, pasa junto a Canusio, desemboca en el Adriático.

y a la vez poniendo por testigos a los dioses y los hombres 6
de que él no tenía culpa ninguna de que Aníbal en la prác-
tica fuera como si ya hubiera conquistado Italia; él se en-
contraba constreñido por su colega; a sus soldados, furio-
sos y ansiosos de pelea, se les quitaba el hierro, las armas;
Paulo decía que si algo les ocurría a las legiones, expuestas 7
y entregadas a un combate de forma irreflexiva y temera-
ria, sin tener culpa alguna iba a ser responsable de cual-
quier resultado; que mirase la forma de que fuesen igual-
mente fuertes en el combate las manos de los que tenían
la lengua suelta y osada.

Las formaciones antes de la batalla

Mientras se pierde el tiempo en discu- 45
siones más que en deliberaciones, Aníbal
retira del frente que había tenido forma-
do hasta bien entrado el día al resto de
sus tropas al campamento, y envía a los 2
númidas al otro lado del río a atacar a los del campamento
romano más pequeño que iban a por agua. Después de 3
poner en fuga con sus gritos y alboroto a este grupo desor-
ganizado, no bien salieron a la orilla, se llegaron incluso
hasta el puesto de guardia situado ante la empalizada y
casi hasta las puertas mismas del campamento. Pues bien, 4
pareció tan vergonzoso el que incluso una tropa auxiliar
no organizada amedrentase a un campamento romano, que
lo único que contuvo a los romanos para no cruzar el río
de inmediato y formar en orden de combate fue que aquel
día tenía Paulo el mando supremo. Por eso, al día siguiente, 5
Varrón, al que tocaba el turno de mando del día, sin con-
sultar para nada con su colega puso a la vista la señal
de combate y cruzó el río con las tropas formadas, seguido
por Paulo, que podía no estar de acuerdo con la táctica,
pero era incapaz de negar su colaboración. Pasado el río, 6
incorporan también las tropas que habían tenido en el cam-

pamento menor y forman así el frente de batalla: en el
ala derecha, la más cercana al río, sitúan a la caballería
7 romana, y a continuación la infantería; el ala izquierda
la ocupan los jinetes aliados en el extremo, siguiendo hacia
dentro los de infantería, estableciendo contacto en el cen-
tro con las legiones romanas; con los arqueros del resto
de las tropas auxiliares ligeras se formó la primera línea.
8 Los cónsules tomaron el mando de las alas: Terencio, el
de la izquierda, y el de la derecha, Emilio; el centro del
ataque lo dirigía Gémino Servilio.

46 Aníbal, al despuntar el día, después de enviar por de-
lante a los baleares y demás tropas ligeras cruzó el río con
las restantes y según iban pasando las iba situando en el
2 frente de batalla: la caballería gala e hispana en el ala iz-
quierda, cerca de la orilla, frente a la caballería romana;
3 el ala derecha les fue asignada a los jinetes númidas; la
parte central del frente lo ocupaba la infantería, con los
africanos a los lados y los galos e hispanos en el medio.
4 A los africanos se los podía tomar por una formación ro-
mana por las armas que llevaban, tomadas también en el
5 Trebia, pero sobre todo en el Trasimeno. Los galos y los
hispanos tenían escudos casi de idéntica forma, mientras
que las espadas se diferenciaban en forma y tamaño: las
de los galos, muy largas y sin punta; las de los hispanos,
manejables por lo cortas y con punta, pues estaban acos-
tumbrados a atacar al enemigo clavando más que dando
tajos. El aspecto de estos hombres era más terrible que
6 el del resto, debido a su corpulencia y apariencia: los
galos iban desnudos de ombligo para arriba, los hispanos
se hacían notar por sus túnicas de lino entretejidas de púr-
pura, resplandecientes de maravillosa blancura. La cifra
total de los efectivos de infantería que se formaron en línea
de combate fue de cuarenta mil, y diez mil los de caballería.

Los generales mandaban las alas, Asdrúbal la izquierda 7
y Maharbal la derecha; el centro lo mandaba el propio Aníbal con su hermano Magón. El sol, muy oportunamen- 8
te, caía oblicuo sobre ambas partes, sea porque se habían colocado así adrede o bien porque coincidió así, mirando los romanos hacia el sur y los cartagineses hacia el norte; un viento que los habitantes de la región llaman volturno 9
empezó a soplar de cara a los romanos, quitándoles la visibilidad al lanzarles al rostro gran cantidad de polvo.

La batalla de Cannas

Lanzado el grito de guerra, se adelanta- 47
ron a la carrera las tropas auxiliares e iniciaron la lucha primero los de armamento ligero; después se produjo el choque entre el ala izquierda de los jinetes galos e hispanos y el ala derecha romana, sin atenerse en absoluto al estilo de lucha de la caballería, pues tenían que cho- 2
car de frente porque no había quedado alrededor ningún espacio para evolucionar y por un lado los cerraba el río y por el otro las líneas de infantería. Todos sus esfuerzos 3
se dirigían al frente, sin dar un paso y apelotonados por último los caballos en tropel, y agarrándose hombre a hombre trataban de derribarse de los caballos. El combate se había vuelto ya en gran medida una lucha a pie; fue, sin embargo, una pelea más denodada que prolongada, y los jinetes romanos, rechazados, volvieron grupas. Nada más 4
finalizar el combate de los de a caballo se inició la lucha de los de a pie, equilibrada al principio en fuerzas y coraje mientras no se rompieron las filas de galos e hispanos; al fin, los romanos, después de intentarlo de forma pro- 5
longada y repetida, yendo de frente en formación cerrada arrollaron la cuña de los enemigos, demasiado delgada y por ello poco sólida, que sobresalía del resto de su formación. Luego, cuando, rechazados, retrocedían atropellada- 6

mente, los siguieron de cerca y continuando del mismo mo-
do por entre la columna de los que huían con la precipita-
ción del pánico, primero avanzaron hasta el centro de sus
líneas y finalmente, sin que nadie los contuviese, llegaron
7 hasta las tropas auxiliares de los africanos, que se habían
alineado, reduciendo ambas alas, en la formación central
en la que estaban situados los galos y los hispanos hacién-
8 dolas sobresalir bastante. Esta cuña, al ser presionada, igua-
ló primero el frente, y después, al retroceder, formó inclu-
so un entrante en el centro; los africanos se habían exten-
dido ya hacia ambos lados, y cuando los romanos se preci-
pitaron incautamente sobre el centro, los rodearon por las
alas; al poco, prolongando sus laterales, cerraron también
9 por la espalda al enemigo. A partir de ese momento, los
romanos, que no habían sacado ningún provecho de haber
librado la primera batalla, desentendiéndose de galos e his-
panos, a los que habían perseguido en su huida, comenza-
10 ron de nuevo el combate contra los africanos, combate des-
igual no sólo porque peleaban encerrados contra quienes
los rodeaban, sino porque ellos estaban cansados y los otros
frescos y llenos de vigor.

48 También en el ala izquierda de los romanos, donde se
habían situado los jinetes aliados de cara a los númidas,
se había entablado ya la lucha, iniciada con poco brío al
2 principio y a partir de un ardid cartaginés. Unos quinien-
tos númidas, llevando espadas ocultas bajo sus corazas ade-
más de las habituales armas de defensa y de ataque, se
alejaron de los suyos a caballo como si desertaran, portan-
3 do los escudos a la espalda, y de pronto descabalgaron
de un salto, arrojando escudos y dardos a los pies del
enemigo; fueron acogidos en el centro de las líneas y lleva-
dos a retaguardia, recibiendo órdenes de no moverse de la
zaga. Y mientras desde todas partes acudían a la lucha,

permanecieron quietos, pero cuando el combate fue el 4
centro de la atención y las miradas de todos, entonces, cogiendo los escudos que había tirados por todas partes entre los montones de cadáveres, atacan por detrás a las líneas romanas e hiriéndolos por la espalda y cortándoles las corvas provocan una enorme carnicería y un pánico
y una confusión aún mayores. Cuando en una parte había 5
terror y fuga y en otra una pelea empecinada, con malas perspectivas ya, Asdrúbal, que tenía el mando en aquella parte [193], sacó a los númidas del centro de la formación, porque su lucha con sus contrincantes tenía poca fuerza, y los mandó en persecución de los que huían en todas di-
recciones, y a los jinetes hispanos y galos los juntó con 6
los africanos, cansados ya casi más de matar que de pelear.

En la otra zona de combate, Paulo, a pesar de que 49
nada más comenzar la batalla había sido herido de grave-
dad por una honda, acudió sin embargo en repetidas oca- 2
siones a hacerle frente a Aníbal con un nutrido contingente de soldados y restableció el combate en varios puntos
protegido por la caballería romana, que al fin prescindió 3
de los caballos porque al cónsul le faltaban fuerzas para dominar al suyo. Dicen que entonces, cuando alguien informó a Aníbal de que el cónsul había ordenado a sus jinetes poner pie a tierra, aquél comentó: «¡Cuánto más val-
dría que me los entregara atados!» [194]. Los jinetes comba- 4
tían a pie como cuando no ofrece dudas la victoria del enemigo: los vencidos preferían morir en su puesto antes

---

[193] Esta última frase no encaja con la descripción de la disposición de tropas y mandos. Por eso unos críticos sustituyen Asdrúbal por Maharbal, otros introducen una frase partiendo del texto de Polibio, y otros proponen explicaciones diversas.

[194] Como si dijera: «me ahorraba el trabajo de tener que atarlos, porque, sin caballo, no va a poder escapar ninguno».

que huir, y los vencedores, furiosos porque les retrasaban
5 la victoria, mataban a los que no podían rechazar. Hicie-
ron retroceder, sin embargo, a un ya reducido número de
supervivientes extenuados por el cansancio y las heridas;
a continuación se dispersaron todos, y los que podían vol-
vían a buscar sus caballos para huir.

6 El tribuno militar Gneo Léntulo cuando pasaba monta-
do a caballo vio al cónsul sentado en una roca y cubierto
7 de sangre, y le dijo: «Lucio Emilio, el único a quien los
dioses deben ver libre de culpa por el desastre de este
8 día, toma este caballo mientras te quedan algunas fuerzas
y mientras yo pueda acompañarte, llevarte y protegerte.
No hagas más funesta esta batalla con la muerte de un
cónsul. Incluso sin esto son ya bastantes las lágrimas y
9 dolor». El cónsul replicó: «Bravo por tu valor, Gneo Cor-
nelio; pero procura no perder en compadecerme inútilmen-
te el escaso tiempo que tienes para escapar de manos del
10 enemigo. Vete, encarga oficialmente a los senadores que
fortifiquen la ciudad de Roma y antes de que llegue el ene-
migo victorioso la aseguren con defensas; a Quinto Fabio
privadamente comunícale que Lucio Emilio vivió hasta es-
11 te momento y muere teniendo presentes sus consejos. En
cuanto a mí, deja que muera entre los cadáveres de mis
hombres para no ser acusado una vez más al dejar el con-
sulado ni convertirme en acusador de mi colega, a fin de
12 defender mi inocencia culpando a otro». Mientras se ha-
blaban así, se les echaron encima primero sus compatrio-
tas que huían en tropel y después los enemigos; al cónsul lo
cubrieron de dardos sin saber de quién se trataba, a Léntu-
13 lo se lo llevó el caballo en medio del tumulto. En esos
momentos, por todas partes huían en desbandada.

Al campamento menor huyeron siete mil hombres, diez
mil al mayor y unos dos mil al propio poblado de Cannas;

éstos fueron rodeados inmediatamente por Cartalón y sus jinetes, pues la aldea carecía de defensas por completo. El otro cónsul, que o bien por casualidad o bien delibera- 14
damente no se había incorporado a ninguna de las columnas de fugitivos, huyó a Venusia [195] con cerca de cincuenta jinetes. Según cuentan, fueron muertos cuarenta y cinco 15
mil quinientos [196] soldados de a pie y dos mil setecientos de a caballo, en una proporción similar entre ciudadanos y aliados; entre ellos, los dos cuestores de los cónsules, Lucio Atilio y Lucio Furio Bibáculo, y veintinueve tribu- 16
nos militares, algunos excónsules, expretores y exediles —entre los cuales incluyen a Gneo Servilio Gémino y Marco Minucio, que había sido jefe de la caballería el año anterior y cónsul unos años antes—, además de ochenta se- 17
nadores o que habían desempeñado cargos que los hacían elegibles para el senado y que se habían enrolado en las legiones como voluntarios. Según dicen, fueron captura- 18
dos en aquella batalla tres mil hombres de a pie y mil quinientos de a caballo.

Peripecias de los supervivientes; algunos se rinden a Aníbal

Ésta es la batalla de Cannas, tan fa- 50
mosa como el desastre del Alia [197]; pero 2
si bien su trascendencia fue menor por lo ocurrido después de la batalla, puesto que el enemigo no siguió adelante, sí fue más grave e ignominiosa por el hundimiento del ejército. Y es que la fuga del Alia si por una 3
parte entregó la ciudad, por otra dejó el ejército a salvo,

[195] Venusia (Venosa), población de Apulia próxima al Samnio y a Lucania, fue colonia latina fundada en 291.

[196] Polibio da la cifra de setenta mil; Quintiliano, de sesenta mil; Apiano, de cincuenta mil.

[197] La derrota frente a los galos descrita en V 37-38.

pero en Cannas al cónsul fugitivo lo siguieron apenas cincuenta, casi todo el ejército quedó con el otro, que murió.
4 Cuando se encontraba en los dos campamentos una multitud medio desarmada y sin jefes, los que estaban en el mayor enviaron un emisario a decirles a los otros que pasaran al suyo mientras estaban entregados al descanso nocturno los enemigos, agotados por el combate y después por las comilonas de celebración; que saldrían para Canu-
5 sio marchando todos juntos. Unos rechazaron por completo esta propuesta; en efecto, ¿por qué no venían quienes los llamaban, puesto que podían reunírseles de la misma manera? Evidentemente, porque el espacio que los separaba estaba lleno de enemigos y preferían exponer a semejante peligro la vida de los demás antes que la suya.
6 A otros, más que desagradarles la idea les faltaban arrestos. Publio Sempronio Tuditano, tribuno militar, dijo: «¿Preferís entonces ser capturados por el más cicatero y cruel de los enemigos, y que se ponga un precio a vuestras cabezas y pregunten si eres romano o aliado latino exigiendo un pago, para que a costa de tu afrenta y tu desgracia
7 otro recabe honores? Tú no lo preferirás, si de verdad eres compatriota del cónsul Lucio Emilio, que prefirió morir con dignidad a vivir con vergüenza, y de tantos guerreros tan esforzados, caídos y amontonados en torno a él.
8 Pero antes de que nos sorprenda el día y aceche la ruta mayor cantidad de enemigos, salgamos bruscamente por entre quienes están metiendo ruido a las puertas del cam-
9 pamento desorganizados y desprevenidos. A fuerza de hierro y audacia se abre paso incluso por entre enemigos en formación cerrada. Con una formación en cuña podemos romper sin duda esa formación floja y discontinua como si no se nos pusiera nada por delante. Venid conmigo, por tanto, los que queréis salvaros a vosotros y salvar a la re-

pública». Dicho esto, desenvaina la espada, y formada la 10
cuña avanza por entre los enemigos; y como los númidas 11
disparaban sobre el flanco derecho, que estaba desprotegido, cambian los escudos a la mano derecha y escapan al campamento mayor cerca de seiscientos, y desde allí, sin parar, incorporándose a otro gran grupo, llegan a Canusio sanos y salvos. Éste era el comportamiento de los venci- 12
dos, causado más por la impulsividad de los ánimos que a cada uno le daba su carácter o el azar, que por un plan trazado por ellos o por las órdenes de nadie.

Los demás rodeaban a Aníbal felicitándolo por la vic- 51
toria y le aconsejaban que después de dar término a una guerra de tal calibre se tomase él y les concediese a los soldados, agotados, lo que quedaba de día y la noche siguiente para descansar; entonces Maharbal, prefecto de la 2
caballería, convencido de que no se debía perder ni un instante, dijo: «Al contrario; para que sepas lo que se ha jugado en esta batalla, dentro de cinco días celebrarás la victoria con un banquete en el Capitolio. Sígueme; yo iré delante con la caballería para que antes se enteren de que hemos llegado que de que vamos a llegar». A Aníbal le pareció 3
una idea demasiado optimista y de más alcance de lo que podía asimilar así de pronto. Por tanto, dijo que alababa la voluntad de Maharbal, pero que para sopesar la propuesta se requería tiempo. Maharbal replicó: «La verdad 4
es que los dioses no se lo conceden todo a una misma persona. Sabes vencer, Aníbal; no sabes aprovechar la victoria». Hay bastantes razones para creer que aquel día de retraso fue la salvación de Roma y de su imperio.

Al día siguiente, tan pronto amaneció, se dedicaron de 5
nuevo a recoger los despojos y a contemplar la masacre, horrible espectáculo incluso para un enemigo. Yacían tan- 6
tos miles de romanos, de infantería y caballería indistinta-

mente, tal como los lances de la lucha o la huida los había agrupado; algunos que se incorporaban ensangrentados en medio de la carnicería, a los que había espabilado el relente de la mañana al recrudecer sus heridas, fueron remata-
7 dos por el enemigo; también encontraron a algunos tendidos, con vida, con los muslos y las corvas cortadas, que descubrían la cerviz y el cuello pidiendo que les vaciasen
8 la sangre que les quedaba; algunos fueron hallados con la cabeza metida en agujeros excavados en tierra que se veía que habían hecho ellos mismos, y se habían asfixiado tapándose la boca con tierra que se echaron por encima.
9 De manera especial llamó la atención de todos cuando se sacó a un númida vivo, con la nariz y las orejas destrozadas, de debajo de un romano muerto, que había expirado destrozando a su enemigo con los dientes, convertida en rabia su ira al no poder servirse de las manos para empuñar un arma.

52 Recogieron despojos hasta bien entrado el día y Aníbal los lleva después a atacar el campamento más pequeño; como primera medida, los aísla del río levantando en me-
2 dio un terraplén; como, por otra parte, estaban todos agotados por el esfuerzo, la falta de sueño y las heridas, se produjo la rendición más pronto de lo que él mismo esperaba. Las condiciones acordadas fueron: entrega de armas y caballos, pago de trescientos denarios [198] por cada romano, doscientos por aliado y cien por esclavo, y
3 posibilidad de marcharse con lo puesto una vez abonada esta cantidad. Recibieron a los enemigos en el campamento y los pusieron a todos bajo vigilancia, por separado
4 ciudadanos y aliados. Mientras se emplea allí el tiempo

[198] *Nummis quadrigatis,* dice el texto. Llevaban la efigie de Júpiter montado en una cuádriga, y su valor era de setenta libras. Fue moneda de uso entre los confederados con Roma.

en esto, desde el campamento mayor los que tenían fuer-
zas y coraje suficiente, cerca de cuatro mil hombres de
a pie y doscientos de a caballo, marcharon a Canusio, unos
en columna y otros dispersos campo a través, lo cual no
era menos seguro, y el propio campamento le fue entrega-
do al enemigo por los heridos y los cobardes en las mismas
condiciones que el otro. Se consiguió un botín muy cuan- 5
tioso, y salvo caballos y hombres y plata, si alguna había
—la había más bien en los collares de los caballos, pues
como es lógico, al estar en campaña, apenas la usaban la-
brada para comer—, todo el resto del botín fue entregado
al pillaje. Ordenó a continuación reunir los cadáveres de 6
los suyos para darles sepultura; se habla de que eran cerca
de ocho mil [199], y de los más esforzados de sus hombres.
Según algunos autores, también se buscó al cónsul romano
y se le dio sepultura.

A los que habían huido a Canusio, una mujer apulia 7
llamada Busa, ilustre por su cuna y sus riquezas, mientras
que los canusinos se habían limitado a darles acogida den-
tro de sus murallas y de sus casas, los socorrió con trigo,
ropas e incluso provisiones para el camino, generosidad
por la que después de finalizada la guerra le fueron rendi-
dos honores por el senado.

Concentración de fugitivos en Canusio y Venusia. Balance de urgencia

Habiendo allí, por otra parte, cuatro 53
tribunos militares, Fabio Máximo, de la
primera legión, cuyo padre había sido dic-
tador el año anterior, Lucio Publicio Bí- 2
bulo y Publio Cornelio Escipión de la le-
gión segunda, y de la legión tercera, Apio
Claudio Pulcro, que había sido edil últimamente, por 3

---

[199] Según Polibio, en el bando cartaginés cayeron cuatro mil galos, mil quinientos entre hispanos y africanos, y doscientos jinetes.

acuerdo unánime se les confirió el mando supremo a Publio
4 Escipión, muy joven aún [200], y a Apio Claudio. Cuando
éstos celebraron una reunión consultiva con un reducido
grupo sobre la situación en su conjunto, Publio Furio Fi-
lo, hijo de excónsul, manifiesta que están creando para
nada expectativas sin fundamento, que la república no tie-
ne salida y ya se han hecho las lamentaciones por ella,
5 que algunos jóvenes de la nobleza, el principal de los
cuales es Lucio Cecilio Metelo, ponen sus miras en el
mar y en las naves, para abandonar Italia y buscar refu-
6 gio al lado de algún rey. Esta mala noticia, que aparte
de terrible venía a sumarse a tantos desastres, dejó a todos
los presentes paralizados de estupor y sorpresa y conside-
raron que se debía convocar consejo para debatirla; enton-
ces un joven, Escipión [201], cuyo destino era ser el caudillo
7 de esta guerra, dice que no es tema de consejo; es preciso
tener decisión y actuar, dice, no deliberar, dada la grave-
dad de la situación; que empuñen al instante las armas
8 y le sigan los que quieran que la república se salve, que
donde se piensan cosas como ésas es donde más de verdad
9 hay un campamento enemigo. Emprende la marcha segui-
do de unos cuantos hombres hasta el alojamiento de Mete-
lo y encontrando allí reunidos a los jóvenes de los que
le habían hablado, desenvainando la espada por encima
10 de las cabezas de los asistentes dice: «Juro por mi concien-
cia que lo mismo que yo no abandonaré la república del
pueblo romano, tampoco consentiré que la abandone nin-
11 gún otro ciudadano; si conscientemente falto al juramen-
to, entonces, Júpiter Óptimo Máximo, haz que la peor de
las ruinas alcance a mi persona, mi casa, mi familia y mi

[200] Posiblemente, 19 años.

[201] Mantenemos *Scipio*.

hacienda. Exijo que con estas mismas palabras jures tú, 12
Lucio Cecilio, y el resto de los presentes. El que no jure, que sepa que esta espada está desenvainada contra él».
Aterrados igual que si estuvieran viendo a Aníbal vence- 13
dor, juran todos y se entregan a sí mismos a Escipión para ser puestos bajo vigilancia.

Al mismo tiempo que ocurría esto en Canusio, llegaron 54
a Venusia junto al cónsul unos cuatro mil quinientos soldados de infantería y caballería que en la huida habían andado dispersos por los campos. Los venusinos los dis- 2
tribuyeron a todos ellos por familias para acogerlos cordialmente y atenderlos, le dieron a cada jinete una toga, una túnica y veinticinco denarios, y a cada infante diez denarios, y armas a quienes no las tenían, y se cumplió 3
con el resto de los deberes de la hospitalidad pública y privada, compitiendo para que al pueblo venusino no le ganara en atenciones una mujer de Canusio. Pero lo eleva- 4
do del número hacía más gravosa la carga para Busa, pues eran ya cerca de diez mil hombres; y Apio y Esci- 5
pión, enterados de que uno de los cónsules estaba a salvo, envían inmediatamente un mensajero a informarle de cuántas tropas de infantería y caballería tienen consigo y al mismo tiempo a preguntar cuáles eran sus órdenes, que el ejército fuera llevado a Venusia o que permaneciera en Canusio. El propio Varrón condujo las tropas a Canusio 6
y ya tenían algunos atisbos de un ejército consular y parecían dispuestos a defenderse del enemigo detrás de unas murallas, si es que no con las armas.

A Roma ni siquiera habían llegado noticias de la super- 7
vivencia de este contingente de ciudadanos y aliados, sino del exterminio del ejército con sus generales [202] y la des-

---

[202] Seguimos la conjetura *ducibus exercitum.*

8 trucción de la totalidad de las tropas. Jamás fue tan acusado el pánico y la confusión dentro de las murallas de Roma sin haber sido tomada la ciudad. Por eso me rendiré a la dificultad y no intentaré contar lo que empequeñecería
9 al exponerlo. Tras la pérdida de un cónsul y un ejército el año anterior en el Trasimeno, se habían multiplicado no las heridas sino las catástrofes, pues se anunciaba que se habían perdido dos cónsules y dos ejércitos consulares y que no quedaba campamento romano alguno, ni jefe,
10 ni soldado; Apulia, el Samnio, y casi toda Italia ya, habían pasado a poder de Aníbal. Sin lugar a dudas, cualquier otro pueblo habría sucumbido aplastado por tamaño
11 desastre. Establézcase un parangón con la derrota sufrida por los cartagineses en batalla naval junto a las islas Egates, por la que se retiraron quebrantados de Sicilia y Cerdeña y a partir de entonces consintieron en convertirse en tributarios y estipendiarios; o con la batalla adversa en África, en la que más tarde sucumbió este mismo Aníbal: en nada se las puede comparar, salvo en que fueron sobrellevadas con menos coraje.

Conmoción en Roma. Cartas. Estupro de dos vestales. Consulta al oráculo de Delfos

55 Los pretores Publio Furio Filo y Marco Pomponio convocaron al senado en la curia Hostilia para someter a debate la cuestión de la defensa de la ciu-
2 dad, pues no dudaban que, una vez destruidos los ejércitos, el enemigo vendría a atacar Roma, única operación bélica que
3 faltaba. Como en medio de aquellas desgracias tan grandes como desconocidas ni siquiera perfilaban un plan suficientemente y era ensordecedor el clamor de las mujeres que se lamentaban, pues al no haberse aún hecho público quiénes estaban vivos y quiénes muertos se los lloraba a todos indistintamente

en casi todas las casas, por fin Quinto Fabio Máximo 4
propuso que se enviasen jinetes ligeros por la Vía Apia
y también por la Latina para que preguntaran a los que
encontrasen —sin duda habría algunos a los que la huida
habría dispersado por todas partes— e informaran de
cuál era la suerte de los cónsules y los ejércitos, y si
los dioses inmortales, compadecidos del imperio, habían 5
hecho que quedase algo del poderío romano, dónde estaban esas tropas, a dónde se había trasladado Aníbal después de la batalla, qué preparaba, qué hacía, qué pensaba hacer. Todo esto debía ser investigado y averiguado 6
por medio de jóvenes activos; lo que debían hacer los propios senadores, puesto que magistrados había pocos, era acabar con el tumulto y la confusión de la ciudad, mantener a las matronas alejadas de los lugares públicos y obligarlas a estarse cada una en su casa, reprimir las lamenta- 7
ciones de las familias, imponer el silencio en la ciudad, cuidar de que todos los que trajeran noticias fueran llevados a presencia de los pretores y que cada uno esperase en su casa a que se le haga saber cuál es su suerte, situar 8
además centinelas en las puertas de la ciudad para impedir que nadie la abandone y obligar a las gentes a que no esperen salvación ninguna que no sea la incolumidad de la ciudad y sus murallas. Cuando se acallase el tumulto, que se volviese a convocar a los senadores a la curia y se deliberase acerca de la defensa de la ciudad.

Se pronunciaron todos a favor de esta propuesta, y una 56
vez desalojada del foro la turba por los magistrados, los senadores salieron en distintas direcciones a apaciguar los alborotos. Llegó entonces, por fin, carta del cónsul Gayo Terencio informando de la muerte del cónsul Lucio Emi- 2
lio y del ejército, de que él estaba en Canusio reuniendo, como de un naufragio, los restos de la catástrofe;

que eran unos diez mil soldados aproximadamente, desor-
3 ganizados y sin formar cuerpo; que el cartaginés estaba asentado en Cannas traficando con el precio de los prisioneros y del resto del botín, sin la moral de un vencedor
4 ni el comportamiento de un gran general. Entonces también en las casas particulares se tuvo conocimiento de las pérdidas de cada una, y el duelo llenó por completo la ciudad, hasta el extremo de quedar suspendida la fiesta anual de Ceres [203], porque no está permitido que la celebren los que están de luto y en aquellos momentos no había ninguna matrona que no estuviese afectada por el mis-
5 mo. Por consiguiente, para que no se vieran igualmente interrumpidos otros cultos públicos o privados por el mismo motivo, un decreto del senado fijó al luto un límite
6 de treinta días. Pero cuando, calmado el tumulto de la ciudad, los senadores habían convocado de nuevo a la curia, llegó otra carta más, de Sicilia, remitida por el propretor Tito Otacilio, diciendo que el reino de Hierón estaba
7 siendo devastado por la flota cartaginesa; que cuando él había enviado a unos prefectos a llevarle la ayuda que solicitaba, éstos fueron informados de que había otra flota
8 fondeada en las islas Egates equipada y a punto para atacar Lilibeo y el resto de la provincia romana, en cuanto los cartagineses se dieran cuenta de que él se había dirigido al litoral de Siracusa para protegerlo; que, por lo tanto, si querían defender al rey aliado y a Sicilia, hacía falta otra flota.

57 Leídas las cartas del cónsul y del pretor, los senadores acordaron enviar a Canusio, para ponerse al frente del ejér-

[203] La más solemne, llamada Cerealia, se celebraba el 19 de abril. No puede tratarse aquí de esta fiesta, pues la derrota de Cannas ocurrió el 2 de agosto según el calendario oficial, sino de otra que se celebraría en agosto.

cito, a Marco Claudio, que mandaba la flota estacionada frente a Ostia, y comunicar por escrito al cónsul que entregase el ejército al pretor y viniese a Roma lo antes posible [204], en la medida en que se lo permitiera el interés del Estado.

Aparte de tan graves desastres, también cundió el miedo, 2
especialmente porque aquel año, entre otros hechos fuera de lo común, dos vestales, Opimia y Floronia, fueron convictas de estupro; una de ellas fue enterrada viva, como era costumbre, junto a la puerta Colina, y la otra se quitó ella misma la vida; Lucio Cantilio, escriba pontificio, de 3
los que ahora llaman pontífices menores, que había cometido estupro con Floronia, fue azotado con varas en el comicio por el pontífice máximo [205] hasta que murió bajo los golpes. Como este delito fue considerado un hecho de 4
mal agüero, cosa que suele ocurrir en una sucesión semejante de desastres, los decénviros recibieron orden de ir 5
a consultar los libros sibilinos y Quinto Fabio Píctor fue enviado a Delfos a consultar al oráculo con qué preces y sacrificios podían aplacar a los dioses y cuál iba a ser el final de tales catástrofes [206]. Entretanto, de acuerdo con 6
los libros del destino, se hicieron algunos sacrificios extraordinarios; entre ellos, un galo y una gala, un griego y una griega fueron enterrados vivos en la plaza de los bueyes en un recinto cercado de piedras, empapado ya anteriormente con la sangre de víctimas humanas, con un rito que no era romano bajo ningún concepto.

Cuando les pareció que se había aplacado bastante 7
a los dioses, Marco Claudio Marcelo envió desde Ostia a Roma, destinados a la defensa de la ciudad, mil quinientos

[204] Para proceder al nombramiento de un dictador.

[205] Que era Lucio Cornelio Léntulo Caudino.

[206] Presentará su informe en XXIII 11, 1.

8 soldados que tenía alistados para la armada; envió por delante a Teano Sidícino [207] la legión naval —era ésta la legión tercera— con tribunos militares, entregó la flota a su colega Publio Furio Filo, y él, a los pocos días, se diri-
9 gió a Canusio a marchas forzadas. A continuación, nombrado dictador Marco Junio por acuerdo del senado, y jefe de la caballería Tiberio Sempronio, decretaron éstos un llamamiento a filas y alistaron a los jóvenes de diecisiete años en adelante y a algunos que llevaban aún la pretexta [208]; de ellos salieron cuatro legiones y un millar de jine-
10 tes. Envían asimismo a recabar tropas de los aliados y latinos de acuerdo con lo convenido; mandan preparar armas ofensivas y defensivas y demás pertrechos, y retiran de los templos y pórticos los antiguos despojos de los enemigos.
11 Además, la necesidad y la escasez de ciudadanos libres motivó una nueva forma de reclutamiento sin precedentes: compraron con dinero del Estado y armaron a ocho mil jóvenes vigorosos de entre los esclavos, preguntándoles pre-
12 viamente uno por uno si querían ser soldados. Aun dándose la posibilidad de rescatar a los prisioneros con un coste menor, se encontró preferible esta clase de soldados.

El rescate de los prisioneros romanos. Su portavoz habla ante el senado

58 En efecto, Aníbal, después de la batalla de Cannas, tan afortunada, más pendiente de las preocupaciones del vencedor que
2 de las del beligerante, mandó traer a los prisioneros y los separó, y a los aliados les dirigió unas palabras amables y los dejó libres sin rescate, como anteriormente en el Trebia

[207] Sidícino, para distinguirlo del Teano de Apulia (cf. IX 20, 4). Éste estaba en Campania, en los confines del Lacio y del Samnio, en el paso de la Vía Latina.

[208] Que no habían cumplido aún los 17 años.

y en el lago de Trasimeno. Llamó también a los romanos, cosa que nunca había hecho hasta entonces, y les habló en unos términos bastante suaves: su guerra con los roma- 3
nos no era hasta el exterminio, lo que estaba en lid era la dignidad y la hegemonía; así como sus padres se habían rendido al valor romano, así también él estaba empeñado en que, en justa correspondencia, se rindieran a su buena suerte a la vez que a su valor; por eso ofrecía la posibili- 4
dad de un rescate a los prisioneros; el precio sería de quinientos denarios por cada soldado de caballería, trescientos por cada uno de infantería, y cien por cada esclavo. Aunque en el caso de los jinetes se incrementaba un poco 5
la cantidad que habían estipulado al rendirse, aceptaron sin embargo con alegría cualquier condición de paz. Se acor- 6
dó que votaran ellos mismos y eligieran a diez para dirigirse a Roma al senado, y no se les exigió en prenda más garantía que el juramento de que regresarían. Con ellos 7
fue enviado Cartalón, noble cartaginés, para exponer las condiciones en el caso de que se diera la opción a favor de la paz. Cuando ya habían salido del campamento, uno de 8
ellos, cuyo carácter nada tenía de romano, como si se hubiera olvidado de algo retornó al campamento para cumplir el juramento de volver, y antes del anochecer alcanzó a sus compañeros. Cuando llegó a Roma la noticia de la llegada 9
de éstos se envió un lictor al encuentro de Cartalón para comunicarle formalmente en nombre del dictador que antes de la noche saliera del territorio romano.

A los delegados de los prisioneros, el dictador les dio 59
audiencia en el senado; su portavoz dijo: «Marco Junio, y vosotros, padres conscriptos, ninguno de nosotros ignora que jamás para ciudad alguna fueron los prisioneros más despreciables que para la nuestra; pero, o nuestro propio 2
interés nos hace más parciales de lo debido, o nunca caye-

ron en poder del enemigo otros que merecieran vuestra aten-
3 ción tanto como nosotros. En efecto, no entregamos por
miedo las armas en el frente de batalla, sino que después
de prolongar el combate casi hasta la noche, manteniéndo-
nos en pie sobre montones de cadáveres, nos retiramos al
4 campamento; durante lo que quedaba de día y durante la
noche siguiente, aun estando agotados por el esfuerzo y
5 las heridas, defendimos la empalizada; al día siguiente, co-
mo el ejército vencedor nos tenía rodeados y se nos cortó
el acceso al agua y ya no había ninguna posibilidad de
salir abriéndose paso por entre las cerradas filas enemigas
y nos pareció que no era ningún crimen que sobreviviese
algún soldado romano a la batalla de Cannas después de
haber muerto cincuenta mil hombres de nuestro ejército,
6 entonces, finalmente, pactamos el precio del rescate que
nos permitiría marchar y entregamos al enemigo unas ar-
7 mas que ya no podían servirnos de ninguna ayuda. Sabía-
mos que también nuestros antepasados habían pagado en
oro su rescate de los galos [209], y que nuestros padres, tan
duros ellos para las condiciones de paz, habían enviado
embajadores a Tarento, sin embargo, para rescatar a los
8 prisioneros. Pues bien, tanto en el Alia contra los galos
como en Heraclea contra Pirro, las dos batallas fueron ver-
gonzosas no tanto por la derrota como por la huida ate-
rrorizada. Montones de cadáveres de romanos cubren los
campos de Cannas y sólo sobrevivimos a la batalla aque-
llos que el enemigo no degolló porque se le acabaron el
9 hierro y las fuerzas. Hay también entre nosotros algunos
que ni siquiera estuvieron en el campo de batalla, sino que
habían quedado de retén en el campamento y, al entregar-
10 se éste, pasaron a poder del enemigo. No siento resque-

---

[209] Cf. V 48, 8.

mor, de verdad, por la suerte o la situación de ningún conciudadano o camarada, ni quisiera ensalzarme a costa de rebajar a otros; pero que tampoco se pongan por encima de nosotros en mérito —a no ser que se trate de un premio a la ligereza de pies en la carrera— los que huyeron del frente de batalla, desarmados la mayor parte, y no pararon hasta que estuvieron en Venusia o Canusio, ni alardeen de defender ellos la república mejor que nosotros. Pero echad mano de ellos, soldados buenos y valien- 11
tes, y también de nosotros, a quienes hará aún más prontos en el servicio a la patria el haber sido rescatados, con un gesto favorable por vuestra parte, y devueltos a la patria.

Estáis movilizando a gentes de toda edad y condición; 12
me dicen que están siendo armados ocho mil esclavos. No es inferior nuestro número, ni puede suponer un precio más alto rescatarnos a nosotros que comprarlos a ellos, y si establezco un parangón entre ellos y nosotros haré una afrenta al nombre de romanos. Hay además una conside- 13
ración que debe ser tenida en cuenta, en mi opinión, padres conscriptos, en una decisión semejante, en caso de que queráis mostraros duros —cosa que haríais sin nosotros merecerlo en absoluto—, y es la clase de enemigo al que nos vais a entregar. ¿A un Pirro, tal vez, que trató 14
como huéspedes a los prisioneros? ¿O a un bárbaro, y cartaginés encima, en el que es difícil decidir si predomina la codicia o la crueldad? Si vierais las cadenas, la sordidez, 15
la desfiguración de vuestros compatriotas, con toda seguridad os impresionaría su aspecto tanto como si vierais, por otra parte, a vuestras legiones caídas en las llanuras de Cannas. Podéis ver la angustia y las lágrimas de nuestros 16
parientes, de pie en el vestíbulo de la curia, esperando vuestra respuesta. Si ellos están tan en vilo, tan preocupados

por nosotros y por los que no están aquí, ¿cuál os parece que será el estado de ánimo de aquellos cuya vida y liber-
17 tad están en juego? Y, válgame Hércules, aunque el propio Aníbal, en contra de su manera de ser, quiera mostrarse benigno con nosotros, creeremos que de nada nos sirve la vida si os parecemos indignos de que nos rescatéis.
18 En otra ocasión regresaron a Roma los prisioneros que Pirro dejó marchar sin rescate; pero regresaron en compañía de los embajadores, lo más escogido de la ciudadanía, enviados para rescatarlos. ¿Voy a retornar yo a mi patria siendo un ciudadano al que no se ha valorado en trescientos denarios? Cada uno piensa a su manera, padres cons-
19 criptos. Yo sé que mi vida y mi persona están en grave peligro; pero me preocupa más el riesgo que corre nuestro buen nombre, el marchar condenados y rechazados por vosotros, pues nadie va a creer que os echó para atrás el precio del rescate».

Discurso de T. Manlio Torcuato oponiéndose al rescate

60 Cuando éste terminó, de la multitud que estaba en el comicio se alzó al instante un clamor lastimero; extendían las manos hacia la curia suplicando que les devolvieran a sus hijos, hermanos y parien-
2 tes. El miedo y la necesidad había empujado también a las mujeres a mezclarse en el foro con la masa masculina. Retirados los no senadores, comenzó el senado la delibera-
3 ción. Había disparidad de pareceres, y unos proponían rescatarlos con dinero público, y otros opinaban que no se debía hacer ningún gasto público, pero tampoco impedir
4 que se efectuase el rescate por los particulares; si alguien en esos momentos andaba falto de dinero, que se le diera un préstamo del erario quedando como garantía pública
5 fiadores y fincas. Entonces Tito Manlio Torcuato, hombre de una rigidez a la antigua y en opinión de muchos dema-

siado rigurosa, invitado a exponer su parecer dicen que se pronunció en estos términos:

«Si los comisionados se hubiesen limitado a pedir, en 6
nombre de los que se encuentran en poder del enemigo, que se efectuase el rescate, yo habría expuesto de forma sucinta mi parecer sin acusaciones para ninguno de ellos, pues ¿qué otra cosa cabría aconsejaros sino que os atuvie- 7
rais a la costumbre legada por nuestros mayores, sentando un precedente imprescindible para la disciplina militar? Ahora bien, como casi han alardeado de haberse entregado al enemigo, y les ha parecido justo ponerse por encima no ya de los que fueron hechos prisioneros por el enemigo en el campo de batalla, sino incluso de los que llegaron a Venusia y Canusio y del propio cónsul Gayo Terencio, no voy a consentir, padres conscriptos, que vosotros desconozcáis nada de lo que allí ocurrió. Y ojalá esto que 8
voy a exponer ante vosotros lo pudiera exponer en Canusio ante el propio ejército, testigo inmejorable de la cobardía y el valor de cada cual, o al menos estuviera aquí aunque fuera sólo Publio Sempronio, que de haberlo seguido éstos como guía, hoy estarían como soldados en el campamento romano y no como prisioneros en poder del enemigo. Pero cuando los enemigos estaban agotados de pelear 9
y además eufóricos por la victoria, y ellos habían regresado al campamento en su mayoría, teniendo una noche por delante para hacer una salida, pudiendo siete mil hombres armados abrirse paso incluso a través de unas líneas enemigas compactas, ni intentaron hacerlo por propia iniciativa ni quisieron seguir a otro. Durante casi toda la noche, Pu- 10
blio Sempronio Tuditano les aconsejó, los exhortó incesantemente a que, mientras había pocos enemigos en torno al campamento, mientras reinaba el silencio y el descanso, mientras la noche podía encubrir su propósito, siguieran

sus pasos: los conduciría y podrían llegar antes del amane-
11 cer a lugar seguro, a ciudades aliadas. En tiempo de nuestros abuelos [210], Publio Decio [211], tribuno militar, en el Samnio, y cuando nosotros éramos jóvenes [212], en la guerra púnica anterior, Calpurnio Flamma dijo a trescientos voluntarios cuando los llevaba a tomar un montículo situado en campo enemigo [213]: «Muramos, soldados, y con nuestra muerte liberemos del cerco a nuestras legiones, que
12 están copadas»; si de la misma forma Publio Sempronio hubiera pronunciado estas palabras, no os habría considerado romanos, ni hombres siquiera, si no hubiese surgido nadie para acompañarlo en un heroísmo semejante.
13 Os muestra un camino que conduce a la salvación tanto como a la gloria; os lleva de vuelta a la patria, al lado
14 de padres, esposas e hijos. Para salvaros, os falta coraje; ¿qué habríais hecho si hubiese sido preciso morir por la patria? Cincuenta mil compatriotas y aliados, muertos aquel mismo día, yacen en torno a vosotros. Si tantos ejemplos de valor no os impresionan, nada os impresionará jamás; si una matanza semejante no os hizo despreciar la vida, ninguna lo hará.

15 Mientras tenéis la libertad y todos los derechos, echad de menos la patria; eso sí, echadla de menos mientras existe una patria, mientras sois sus ciudadanos. Tarde la echáis de menos ahora, cuando habéis perdido vuestros derechos civiles y os habéis convertido en esclavos de los cartagine-
16 ses. ¿Pensáis recuperar con dinero la posición que perdisteis por cobardía y maldad? A Publio Sempronio, com-

---

[210] En el año 343 a. C.

[211] Cf. VII 34, 3.

[212] En 258 a. C.

[213] En Sicilia, cerca de Camarina.

patriota vuestro, no lo escuchasteis cuando os mandaba
empuñar las armas y seguirle; a Aníbal sí lo escuchas-
teis poco después, cuando os mandó rendir el campa-
mento y entregar las armas. Y eso que ¿por qué acusar 17
de cobardía a esos hombres, cuando puedo acusarlos de
un delito? En efecto, no sólo se negaron a seguir a quien
les aconsejaba bien, sino que intentaron incluso ponérsele
delante y retenerlo; menos mal que los hombres más ague-
rridos desenvainaron la espada y apartaron a los débiles.
Publio Sempronio, digo, tuvo que abrirse paso por entre
las filas de sus compatriotas antes que por las de los ene-
migos. ¿Va a echar de menos la patria a unos ciudadanos 18
como éstos? Si los demás hubieran sido como ellos, hoy
no contaría con ninguno de los ciudadanos que combatie-
ron en Cannas. De un total de siete mil hombres armados, 19
surgieron seiscientos capaces de atreverse a salir abriéndo-
se paso, a retornar a su patria libres y con sus armas, y a
estos seiscientos no se les resistieron los enemigos: ¿qué 20
seguridad no habría tenido, a vuestro parecer, una colum-
na de casi dos legiones en marcha? Hoy tendríais en Canu-
sio veinte mil hombres armados, valientes y leales, padres
conscriptos. Pero ahora, ¿cómo pueden éstos ser ciudada-
nos buenos y leales, pues valientes ni siquiera ellos
lo dirían? A no ser que alguien pueda pensar que ayuda- 21
ron a los que hacían la salida quienes intentaron ponérse-
les delante para que no salieran, o que no envidian la inco-
lumidad ni la gloria de los otros, ganada a base de valor,
sabiendo que su miedo y su cobardía son la causa de su
ignominiosa esclavitud. Prefirieron esperar, escondidos en 22
las tiendas, a que llegaran a un mismo tiempo el amanecer
y el enemigo, cuando había ocasión de salir en el silencio
de la noche.

Pero si para salir del campamento les faltó coraje, sí lo tuvieron para defender valientemente el campamento;
23 durante varios días con sus noches, bloqueados, defendieron la empalizada con sus armas, y se defendieron a sí mismos con la empalizada; al fin, después de intentarlo y soportarlo todo, como no tenían lo imprescindible para vivir y, agotadas por el hambre las fuerzas, ya no podían sostener las armas, los vencieron las necesidades vitales más
24 que las armas. A la salida del sol los enemigos se acercaron a la empalizada; antes de pasar una hora, sin haber probado suerte en absoluto en un combate, se entregaron
25 y entregaron sus armas. Ahí tenéis la acción armada desarrollada por ésos a lo largo de los dos días. Cuando lo que había que hacer era mantenerse firmes en el campo de batalla y pelear, huyeron al campamento; cuando había que pelear delante de la empalizada, entregaron el campamento, tan inútiles en el mismo como en el campo de bata-
26 lla. ¿Y a vosotros os voy a rescatar? Cuando procede salir del campamento, andáis con dudas y os quedáis; cuando es necesario quedarse y defender con las armas el campamento, entregáis al enemigo campamento y armas, y os
27 entregáis vosotros mismos. A mi entender, padres conscriptos, no hay más razones para rescatar a ésos que para entregarle a Aníbal a los que salieron del campamento abriéndose paso por entre los enemigos y se reintegraron a su patria a fuerza de heroísmo».

El senado vota en contra del rescate. Pueblos que se pasan a Aníbal

61 Cuando Manlio terminó de hablar, aunque la mayoría de los senadores también tenían relaciones de parentesco con los prisioneros, aparte de la tradición de la ciudad, que ya desde muy antiguo no tenía la menor consideración con los prisioneros, hizo también su efecto en aquellos hombres la

suma de dinero, porque no querían ni que se agotara el 2
erario, cuando ya se había gastado una suma considerable
en comprar y armar a los esclavos, ni enriquecer a Aníbal,
especialmente necesitado de dinero, según se comentaba.
Cuando se dio la triste noticia de que no se rescataba a 3
los prisioneros y al antiguo dolor vino a sumarse este otro
de la pérdida de tantos ciudadanos, con grandes lamentos
y quejas se acompañó a los emisarios hasta la puerta de
la ciudad. Uno de ellos se fue para su casa interpretando 4
que con su ambiguo regreso al campamento se había desligado del juramento. Cuando se descubrió esto y se dio
cuenta de ello al senado, por unanimidad se acordó que
fuese detenido y devuelto a Aníbal con una escolta oficial.

Hay también otra versión, con relación a los prisione- 5
ros, según la cual primero vinieron diez, y como el senado
no tenía claro si dejarles entrar en la ciudad o no, se les
admitió con la condición de no darles audiencia en el senado; después, como se demoraban más de lo que todos 6
esperaban, vinieron también otros tres comisionados, Lucio Escribonio, Gayo Calpurnio y Lucio Manlio; entonces, 7
por fin, un tribuno de la plebe pariente de Escribonio presentó una moción sobre el rescate de los prisioneros, y el
senado se pronunció en contra del mismo, y los tres delegados nuevos regresaron al lado de Aníbal y los diez anteriores se quedaron, porque al haber vuelto junto a Aní- 8
bal desde el camino con la disculpa de verificar los nombres de los prisioneros se consideraban desligados del juramento. Hubo en el senado un debate muy tenso sobre su
entrega, y perdieron por escaso margen de votos los partidarios de entregarlos. Pero durante el mandato de los cen- 9
sores siguientes se vieron abrumados hasta tal extremo de
notas infamantes, que algunos de ellos se suicidaron de
inmediato, y los demás se automarginaron no sólo del foro

10 sino casi de la luz pública para el resto de su vida. Es mayor la sorpresa que producen unas discrepancias tan profundas entre los historiadores que la posibilidad de discernir qué hay de verdad en ellos.

Por otra parte, hay un hecho significativo de cuánto superó aquel desastre a los anteriores, y es que la lealtad de los aliados, que se había mantenido firme hasta aquella fecha, comenzó entonces a flaquear, y la única razón fue sin duda que habían perdido la confianza en el imperio.
11 Se pasaron, pues, a los cartagineses los pueblos siguientes: atelanos, calatinos, hirpinos, parte de los ápulos, sam-
12 nitas —excepto los pentros—, brucios en su totalidad, lucanos, y además de éstos, los uzentinos [214] y casi todos los griegos de la costa, los tarentinos, metapontinos, cro-
13 tonienses y locros [215], y todos los galos cisalpinos. Y, sin embargo, estos desastres y defecciones de los aliados no indujeron a los romanos a hacer en ningún momento mención de paz, ni antes de la llegada del cónsul a Roma ni después que éste regresó y reavivó el recuerdo de la derrota
14 sufrida; precisamente en esas circunstancias tuvo la población tal grandeza de espíritu que, cuando el cónsul regresaba después de tamaño desastre, del que él era el principal responsable, una gran afluencia de todos los estamentos sociales salió a recibirle y además se le dieron las gracias
15 por no haber perdido las esperanzas en la república; si él hubiera sido un general de los cartagineses, no se le habría ahorrado ningún suplicio.

---

[214] De *Uzentum* (Uggento), en las costas de Calabria cerca del golfo de Tarento.

[215] De Locrios, población del Brucio situada en la costa este al sur de Italia a unos tres Kms. de la moderna Locri.

LIBRO XXIII

SINOPSIS

Caps. 1-11, 6: CAPUA.

Aníbal en marcha hacia Capua, donde Pacuvio Calavio controla el poder (1-4).

Capua envía una embajada al cónsul y otra a Aníbal, con el que pacta (5-7).

Incidente del hijo de Pacuvio Calavio. Deportación de Decio Magio (8-11, 6).

Caps. 11, 6 - 20: CARTAGO. NOLA. ACERRA Y CASILINO.

En Cartago, el senado debate el envío de ayuda a Aníbal (11, 6-13).

La acción bélica en Nola, donde Marcelo acaba venciendo a Aníbal (14-16).

Aníbal toma Acerra, no consigue tomar Casilino y se dirige a Capua (17-18).

Casilino, asediada por Aníbal, se rinde. Embajada de los petelinos a Roma (19-20).

Caps. 21-25: ROMA.

Roma: cartas de Sicilia y Cerdeña. Problemas para cubrir las vacantes del senado (21-24, 5).

Desastre militar en la Galia; pero Roma decide dar prioridad a la guerra con Aníbal (24, 6 - 25).

Caps. 26-29: HISPANIA.

La guerra en Hispania. Asdrúbal contra los tartesios (26-27).

Asdrúbal prepara la marcha a Italia y sufre una derrota cerca del Ebro (28-29).

Caps. 30-39: ITALIA. EMBAJADA DE ANÍBAL A FILIPO.

Movimientos de tropas (30-32).

Pasos para un pacto entre Aníbal y Filipo de Macedonia (33-34).

Fracasan los intentos de tomar Cumas, defendida por Graco (35-37).

Roma toma medidas a la vista de la embajada de Aníbal a Filipo (38-39).

Caps. 40-49: CERDEÑA. NOLA. HISPANIA.

La guerra en Cerdeña: victoria romana. Embajada de los hirpinos y samnitas a Aníbal (40-42).

Nola, campo de operaciones bélicas. Arengas de Marcelo y Aníbal (43-45).

Derrota de Aníbal. Combate singular a caballo (46-47).

La acción bélica en Hispania. Doble victoria romana (48-49).

Aníbal en marcha hacia Capua, donde Pacuvio Calavio controla el poder

Aníbal, después de la batalla de Cannas 1
y la toma y saqueo de los campamentos, marchó rápidamente de Apulia al Samnio, llamado al país de los hirpinos por Estacio Trebio con la promesa de que entregaría Compsa [216]. Trebio era un comp- 2
sano distinguido entre los suyos, pero estaba dominado por la facción de los Mopsios, familia poderosa gracias al favor de los romanos. Difundida la noticia de la batalla de 3
Cannas y divulgado por Trebio en sus conversaciones el rumor de la llegada de Aníbal, los Mopsios habían abandonado la ciudad, y ésta se entregó al cartaginés sin resistencia, y recibió una guarnición. Dejando allí la totalidad 4
del botín y la impedimenta, divide en dos el ejército y manda a Magón que reciba a las ciudades de aquella zona que abandonen la causa de los romanos o las obligue a abandonarla si se muestran remisas. Él, atravesando el 5
territorio de la Campania, se dirige al mar Tirreno con la idea de atacar Nápoles, para tener una ciudad de la costa. Nada más adentrarse en territorio napolitano emboscó 6
a parte de los númidas en todos aquellos puntos en que podía hacerlo convenientemente —y la mayor parte de los caminos tienen hondonadas y pliegues ocultos—; a los demás les ordenó cabalgar ante las puertas llevando por de-

[216] Población situada cerca de las fuentes del Ofanto. Hoy Conza.

lante de forma ostensible el botín sacado de los campos.
7 Como parecían pocos y desordenados, salió contra ellos bruscamente un escuadrón de jinetes, y retrocediendo adrede
8 lo atrajeron a la emboscada y lo envolvieron; y no habría escapado ni uno solo de no ser porque estaba el mar cerca y les sirvieron de refugio a los que sabían nadar unas embarcaciones, de pesca en su mayor parte, que avistaron
9 cerca de la orilla. Con todo, fueron capturados o muertos en aquel combate algunos jóvenes de la nobleza, entre los cuales cayó también Hegeas, prefecto de la caballería, que persiguió de forma demasiado fogosa a los que retrocedían.
10 La vista de las murallas, nada propicias para un asalto, hizo desistir al cartaginés de la idea de atacar la ciudad.

2 Desde allí dirige su marcha hacia Capua, ciudad que, debido a un largo período de prosperidad y de tener la fortuna de su parte, se había entregado al vicio, pero debido sobre todo al desenfreno de la plebe, que gozaba de una libertad sin cortapisas, aunque la corrupción era gene-
2 ral. Pacuvio Calavio, hombre de la nobleza a la vez que popular, pero que había conseguido influencia a base de malas artes, había sometido al senado a su control y al
3 de la plebe. Coincidió que ocupaba él la más alta magistratura [217] el año del revés del Trasimeno [218], y, convencido de que la plebe, malquista con el senado desde hacía ya largo tiempo, si se presentaba la oportunidad de un vuelco en la situación se iba a atrever a una acción de envergadura, como era entregarles Capua a los cartagineses después de matar al senado, en caso de que Aníbal se presentase
4 por aquellos contornos con su ejército victorioso, él, que era una persona mala, pero no corrompida por completo,

[217] La de *Medix tuticus*, con poder similar al del dictador romano.

[218] El año anterior, por tanto, o sea, el 217.

puesto que prefería tener el poder absoluto estando la república a salvo en vez de destruida y creía firmemente que ninguna república carente de consejo público está a salvo, ideó un sistema para conservar al senado y al mismo tiempo someterlo a su voluntad y a la de la plebe. Convocado 5
el senado, comenzó declarando que el proyecto de separarse de los romanos no iba a contar en modo alguno con su aprobación a no ser que fuese absolutamente necesario, y es que tenía hijos de una hija de Apio Claudio [219], y 6
había casado en Roma a su hija con Marco Livio [220], pero que se cernía sobre ellos una amenaza de mucho mayor trascendencia y más de temer; en efecto, las miras de la 7
plebe no estaban puestas en expulsar de la ciudad, rebelándose, al senado, sino que pretendía entregarles a Aníbal y a los cartagineses una república vacía de poder por la muerte de los senadores; que él podía librarlos de aquel 8
peligro si dejaban la cosa en sus manos y confiaban en él olvidándose de todo enfrentamiento político. Dominados por el miedo, todos estuvieron de acuerdo, y dijo: «Os 9
encerraré en la curia y, como si yo también tomara parte en la conspiración planeada dando mi aprobación a unos planes a los que sería inútil oponerme, encontraré un medio de salvaros. Sobre este punto recibiréis las garantías 10
que queráis». Empeñada su palabra, sale, ordena que se cierre la curia y deja una guardia en el vestíbulo para que nadie pueda entrar ni salir sin orden suya.

Reunido a continuación el pueblo en asamblea, dice: 3
«Campanos, lo que tantas veces deseasteis, la oportunidad de castigar a un senado corrompido y odioso, ahí la tenéis 2
sin necesidad de amotinaros ni de asaltar las casas de cada

[219] Probablemente, Apio Claudio Pulcro, el cónsul del año 212.

[220] ¿Salinátor?

uno de ellos corriendo graves riesgos por estar defendidas
con guardias de clientes y esclavos, sino segura y sin obs-
3 táculos. Podéis cogerlos a todos solos y desarmados, en-
cerrados en la curia. Y no hagáis nada de forma precipita-
da, al azar o irreflexivamente: os daré el derecho a juzgar
sobre la vida de cada uno de ellos, para que cada uno
4 pague el castigo que se merece. Pero sobre todo debéis
controlar vuestra cólera, de forma que la pospongáis a vues-
tra salvación y a vuestro interés. Según tengo entendido,
odiáis, en efecto, a estos senadores, pero no pretenderéis
5 quedaros sin senado definitivamente, porque es preciso que
haya o un rey, lo cual es abominable por completo, o un
senado, único consejo digno de una ciudad libre. Tenéis
que hacer, por tanto, dos cosas al mismo tiempo: eliminar
6 al antiguo senado y además elegir uno nuevo. Haré que
comparezcan los senadores uno a uno y os preguntaré acerca
de su vida; lo que decidáis sobre cada uno de ellos, se
hará. Pero antes de aplicar el castigo a un culpable elegi-
réis para ocupar su puesto como nuevo senador a un hom-
7 bre valeroso y esforzado». A continuación tomó asiento
y, después de meter los nombres en una urna, mandó
leer en voz alta el primer nombre que salió al azar y sacar
8 de la curia al interesado. Nada más oír el nombre, todos
de forma espontánea gritaban que era un malvado, un mi-
9 serable merecedor de castigo. Pacuvio entonces dijo: «Ya
veo cuál es vuestra decisión con respecto a éste; proponed,
pues, un senador bueno y justo en lugar de ese malvado
10 y miserable». Al principio, a falta de otro mejor que
proponer, se produjo el silencio; después, cuando alguien
11 vencía el respeto humano y daba algún nombre, se alzaba
al instante un griterío mucho más fuerte, diciendo unos
que no lo conocían y objetando otros acciones vergonzo-
sas, o baja extracción social, o pobreza vergonzante, o pro-

fesión humillante, o el origen de sus rentas. Esto mismo 12
se reprodujo en mucho mayor medida con los senadores
citados en segundo y en tercer lugar, de forma que queda-
ba patente que la gente estaba descontenta de cada uno
de ellos, pero no había quien los sustituyera, porque no 13
tenía sentido seguir dando los mismos nombres, pues nom-
brarlos sólo servía para que se escucharan injurias, y los
siguientes eran de mucho más baja condición y más oscu-
ros que los primeros que se les habían ocurrido. La gente 14
se iba así dispersando, diciendo que cuanto más conocido
más soportable es lo malo y pidiendo que se dejase en li-
bertad al senado.

De esta manera consiguió Pacuvio que el senado, al 4
deberle la vida, quedara obligado a él mucho más que a
la plebe, y ejercía un dominio absoluto sin armas, con el
consentimiento de todos. A partir de entonces los senado- 2
res, dejando a un lado el recuerdo de la dignidad y la inde-
pendencia, adulaban a la plebe, la saludaban, la invitaban
amablemente, le ofrecían banquetes espléndidamente pre-
parados. La causa de la que se encargaban, la parte a la 3
que siempre defendían, la parte litigante en cuyo favor dic-
taban sentencia como jueces, era la más popular, la más
a propósito para granjearse el favor de la masa; en reali- 4
dad, en el senado todo recibía ya el mismo tratamiento
que si allí se celebrara una asamblea de la plebe. La ciudad
era proclive, de siempre, al desenfreno, no ya por una per-
versión de la naturaleza sino por la copiosa afluencia de
placeres y el atractivo de toda clase de distracciones de
mar y tierra, pero entonces, por la condescendencia de los 5
notables y la licencia de la plebe, era tal el grado de permi-
sividad, que no se ponía límite al desenfreno ni al despilfa-
rro. Al desprecio de las leyes, magistraturas y senado, vino 6
a sumarse entonces, a raíz de la derrota de Cannas, el des-

precio también de la supremacía de Roma, la única cosa
7 por la que sentían algún respeto. Sólo los retenía de romper la alianza con Roma de forma inmediata la circunstancia de que el derecho de matrimonio, que databa de muy antiguo, había generado uniones de familias ilus-
8 tres y poderosas con romanos, y por otra parte, lo que constituía la mayor traba era que trescientos jinetes, lo más notable de la Campania, en una ocasión en que estaban sirviendo a las armas con los romanos, habían sido escogidos para formar parte de las guarniciones de las ciudades sicilianas y enviados allí por los romanos [221].

Capua envía una embajada al cónsul y otra a Aníbal, con el que pacta

5 Sus padres y parientes, aunque a duras penas, consiguieron que se enviasen embajadores al cónsul romano.

Lo encontraron éstos antes de que saliera para Canusio, en Venusia, con pocos hombres y medio desarmados, digno de la mayor lástima que podían sentir unos buenos aliados,
2 pero digno del mayor de los desprecios para unos aliados soberbios y desleales como eran los campanos. Además, el propio cónsul hizo más profundo el desprecio hacia él y su situación poniendo en evidencia y demasiado al desnu-
3 do la derrota. En efecto, cuando los embajadores le manifestaron que el senado y el pueblo campano sentían pesar por cualquier contratiempo que les hubiera ocurrido a los romanos y le ofrecieron todo lo que necesitase para la gue-
4 rra, dijo: «Al invitarnos, campanos, a pedir lo necesario para la guerra, habéis empleado los términos con que uno se dirige a unos aliados, más que hablar en consonancia
5 con las circunstancias de nuestra actual situación. ¿Qué se nos ha dejado en Cannas, en efecto, para que pretenda-

[221] Como «rehenes» para asegurar la lealtad de Capua.

mos que los aliados completen aquello que nos falta, como si tuviéramos algo? ¿Os pediremos infantería, como si tu-
viéramos caballería? ¿Diremos que nos falta dinero, como 6
si eso fuera lo único que nos falta? Nada nos ha dejado la fortuna, ni siquiera algo que pudiéramos completar. Infantería, caballería, armas, enseñas, caballos y hombres, dinero, provisiones, perecieron en el frente de batalla o al día siguiente cuando se perdieron los dos campamentos.
Por tanto, campanos, lo que se precisa no es que nos 7
prestéis ayuda en la guerra, sino, casi, que os hagáis cargo
de ella en lugar nuestro. Recordad cómo en otro tiempo 8
a vuestros antepasados, rechazados en pleno desconcierto al interior de las murallas, que temblaban de miedo ante sus enemigos los samnitas e incluso los sidícinos, los acogimos bajo nuestra protección y los defendimos en Satícula, y la guerra emprendida por vuestra causa contra los samnitas la mantuvimos casi a lo largo de cien años [222] con resultados diversos a medida que se mudaba la fortuna.
Añadid a esto que, cuando os rendisteis, os concedimos 9
una alianza en igualdad, os concedimos que tuvierais vuestras leyes, y por último lo más grande que había, sin lugar a dudas, antes de la derrota de Cannas, la ciudadanía romana, se la concedimos a buena parte de los vuestros y
la compartimos con vosotros. Por ello, campanos, es pre- 10
ciso que consideréis común esta derrota que se ha sufrido, que penséis que hay que defender una patria común.
No nos las vemos con los samnitas o los etruscos, de for- 11
ma que, si el dominio nos fuera quitado a nosotros, quedase sin embargo en Italia: el cartaginés, nuestro enemigo, trae en pos de sí soldados procedentes del último confín

[222] En realidad, desde 343 a 272 (cf. VII 28, 10 ss., y *Per.* XIV).

de la tierra, del estrecho del Atlántico [223] y las columnas de Hércules, ni siquiera oriundos de África, que no conocen en absoluto ni el derecho, ni la condición, ni casi el
12 habla humana. A éstos, rudos y salvajes por naturaleza y por costumbres, les dio mayor ferocidad aún su propio jefe haciendo puentes y diques a base de amontonar cadáveres humanos y enseñándoles a alimentarse, siente uno
13 vergüenza hasta de decirlo, con carne humana. ¿A quién, simplemente que haya nacido en Italia, no le resultaría odioso ver y tener de amos a quienes se han alimentado con esos horribles manjares que es un sacrilegio hasta tocarlos, y recabar leyes de Cartago, desde África, y consentir que Italia sea una provincia de los númidas y los moros?
14 Va a ser hermoso, campanos, que el imperio romano, que se tambalea por el desastre, se mantenga en pie y se recupere gracias a vuestra lealtad y a vuestras fuerzas.
15 Creo que se pueden reclutar en la Campania treinta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería; dinero y trigo tenéis ya suficiente; si tenéis una fidelidad a la altura de vuestra fortuna, ni Aníbal tendrá conciencia de haber vencido ni los romanos de haber sido vencidos».

6 Después de este discurso del cónsul se despidió a los embajadores y durante el regreso a su patria uno de ellos, Vibio Virrio, dijo que había llegado el momento de que los campanos no sólo recuperasen el territorio que los romanos les habían arrebatado injustamente en otro tiempo [224] sino que incluso se hiciesen con la hegemonía de
2 Italia; que iban a hacer un pacto con Aníbal, en efecto, en las condiciones que quisieran, y no iba a haber inconveniente en que, cuando el propio Aníbal se retirase vic-

[223] De Gibraltar.

[224] Cf. VIII 11, 13.

torioso a África, una vez acabada la guerra, y se llevase a su ejército, se les dejase a los campanos la hegemonía de Italia. Se muestran todos de acuerdo con estas palabras 3
de Virrio y a su vuelta informan de la embajada en términos tales que a todos les dio la impresión de que había sido borrado el nombre de Roma. Inmediatamente, la 4
plebe y la mayor parte del senado pensaban en cambiar de bando; sin embargo, por consejo de los de mayor 5
edad, se aplazó la cuestión por algunos días. Al fin se impuso el criterio de la mayoría, consistente en enviar a Aníbal como embajadores a los mismos que habían ido a ver al cónsul romano. Encuentro en algunos anales que, antes 6
de que salieran en esa dirección y de que fuese firme la decisión de pasarse al enemigo, los campanos enviaron a Roma embajadores con la petición de que uno de los cónsules elegidos fuese campano si querían que Roma recibiese ayuda; que hubo un estallido de indignación y se les 7
mandó salir de la curia, y se envió a un lictor a sacarlos de la ciudad y hacer que aquel mismo día abandonaran el territorio romano. Por tratarse de una petición demasiado 8
parecida a la que hicieron en otro tiempo los latinos, y dado que Celio y otros historiadores no lo mencionan, no sin alguna razón, no me decidí a darlo como cierto.

Los embajadores se presentaron ante Aníbal e hicieron 7
la paz con él en las condiciones siguientes: ningún general o magistrado cartaginés tendría derecho alguno sobre un ciudadano campano, ningún ciudadano campano haría el servicio militar en contra de su voluntad ni recaerían obligaciones sobre él; Capua tendría sus propias leyes y 2
magistrados; el cartaginés entregaría trescientos prisioneros romanos a los campanos, los que éstos eligieran, para canjearlos por los jinetes campanos que servían a las armas en Sicilia. Esto fue lo pactado; pero aparte de lo 3

pactado, los campanos cometieron otras fechorías, pues la plebe echó mano de pronto de los prefectos de los aliados y demás ciudadanos romanos, encargados unos de tareas militares y ocupados otros en negocios privados, y con el pretexto de vigilarlos hizo que los encerraran a todos en los baños, donde murieron de forma vergonzosa asfixiados por el vapor sofocante.

4 Decio Magio, un hombre al que sólo le faltó, para ejercer la más alta autoridad, que sus conciudadanos tuvieran sentido común, se había resistido con todas sus fuerzas a que se llevara a efecto todo esto, y a que se enviara
5 la embajada a Aníbal. Pero cuando se enteró de que Aníbal enviaba una guarnición, recordando los ejemplos del dominio despótico de Pirro y la lastimosa servidumbre de los tarentinos [225], primero se opuso a gritos pública-
6 mente a que se admitiese la guarnición; después, una vez admitida, pidió a gritos que fuese expulsada o que, si se quería reparar con una acción valerosa y memorable lo mal que se habían portado abandonando a unos aliados antiquísimos con los que les unían lazos de sangre, se diera muerte a la guarnición cartaginesa y se volviera al lado
7 de los romanos de nuevo. Cuando se informó a Aníbal de todo esto —pues no se hacía a escondidas—, primeramente mandó llamar a Magio a su campamento; después, cuando éste dijo con altivez que no iría, pues Aníbal no tenía ningún derecho sobre un ciudadano campano, montando en cólera el cartaginés mandó que prendieran a aquel
8 hombre y que se lo trajeran encadenado. Luego, temiendo que mientras usaba la fuerza se originara algún disturbio o alguna refriega imprevista con el acaloramiento de los

[225] Habían llamado en su ayuda a Pirro, contra los romanos, en 280 a. C., y acabaron tiranizados por él.

ánimos, él mismo, después de mandar recado a Mario Blo-
sio, pretor campano, de que al día siguiente estaría él en
Capua, emprendió la marcha desde el campamento con un
destacamento no muy numeroso. Mario convocó la asam- 9
blea del pueblo y pidió por medio de un edicto que salie-
ran en masa con sus mujeres e hijos a recibir a Aníbal.
Así lo hicieron todos, obedientes e incluso entusiasmados,
con el aplauso, además, del vulgo, en su afán de ver a
un general famoso por tantas victorias. Decio Magio ni 10
salió a recibirlo ni se quedó en casa, pues con esto podía
dar a entender que era consciente de que tenía algo que
temer: anduvo paseando por el foro tranquilamente con
su hijo y algunos clientes, mientras toda la ciudad andaba
agitada para recibir y contemplar al cartaginés. Aníbal 11
entró en la ciudad y pidió que se convocase en seguida
al senado, pero luego, al pedirle los campanos más impor-
tantes que aquel día no se ocupase de ningún asunto tras-
cendente y que celebrase también él gustosamente y con
alegría aquel día de fiesta por su llegada, aunque por 12
naturaleza era propenso a la cólera, con todo, para no em-
pezar diciendo que no a algo, dedicó gran parte del día
a visitar la ciudad.

Incidente del hijo de Pacuvio Calavio. Deportación de Decio Magio

Se alojó en casa de los Ninios Céleres, 8
Estenio y Pacuvio, ilustres por su renom-
bre y sus riquezas. Allí llevó Pacuvio 2
Calavio, del que se ha hablado antes, je-
fe[226] de la facción que había arrastrado
a los campanos hacia los cartagineses, a un joven hijo 3
suyo, arrancándolo del lado de Decio Magio, junto al cual
se había alineado con gran apasionamiento a favor de la
alianza con Roma en contra del pacto con los cartagineses;

[226] Según XXVI 13, 2, el instigador fue Vibio Virrio.

y no le había hecho desistir de su actitud ni el pronuncia-
miento de la población en sentido contrario, ni la autori-
4 dad paterna. Su padre, más a fuerza de ruegos que de
disculpas, aplacó el ánimo de Aníbal con relación al joven,
y vencido por los ruegos y las lágrimas hizo que se le invi-
5 tase también a él a la cena junto con su padre; a aquel
banquete no se pensaba invitar a ningún campano aparte
de los anfitriones y Vibelio Taurea, distinguido guerrero.
6 Comenzaron a comer siendo aún de día, y el banquete
no se correspondía con la manera de comportarse de los
cartagineses ni con la disciplina militar sino que estaba ade-
rezado con todos los atractivos del placer, como era pro-
pio de una ciudad y también de una casa rica y lujosa.
7 El único que no pudo ser inducido a beber vino, ni por
invitación de los anfitriones ni del propio Aníbal en repeti-
das ocasiones, fue Calavio hijo, aduciendo él razones de
salud y añadiendo su padre que no era de extrañar su tur-
8 bación. Hacia la puesta del sol, Calavio padre se ausentó
del banquete y su hijo salió detrás, y en cuanto llegaron
a un rincón apartado —era un jardín de la parte de atrás
9 de la casa—, dijo: «Te propongo un plan, padre, con el
cual no sólo vamos a conseguir que los romanos nos per-
donen la falta de pasarnos a Aníbal, sino que vamos a
estar los campanos en una posición de mayor estima y dig-
10 nidad de lo que nunca estuvimos anteriormente». Su padre,
sorprendido, quiso saber de qué plan se trataba, se echó
la toga hacia atrás desde el hombro dejando al descubierto
11 su costado ceñido con una espada. «Ahora mismo —dijo—
voy a sancionar la alianza con los romanos con la sangre
de Aníbal. He querido que tú lo supieras antes, por si pre-
ferías estar ausente mientras se lleva a cabo la acción».

9 Cuando el anciano vio y oyó esto, como si ya estu-
viera asistiendo a la ejecución de lo que estaba escuchan-

do, exclamó fuera de sí por el pánico: «Hijo, yo te suplico 2
y te ruego, por todos los vínculos jurídicos que unen a los hijos con sus padres, que no pretendas hacer y sufrir todo lo que no tiene nombre, ante los ojos de tu padre.
Pocas horas han transcurrido desde que, jurando por 3
todos los dioses, unimos nuestra diestra a la suya empeñando nuestra palabra; ¿fue para armar contra él, nada más salir de hablarle, las manos consagradas por el juramento? ¿Te levantas de la mesa que te da hospitalidad, 4
a la que Aníbal te admitió a ti y a otros dos campanos, para manchar esa misma mesa con la sangre de quien te da hospitalidad? Pude reconciliar a Aníbal con mi hijo, ¿y no soy capaz de reconciliar a mi hijo con Aníbal?
Pero pase que no haya nada inviolable: ni fidelidad a la 5
palabra dada, ni religión, ni amor filial; que se intenten acciones nefandas, siempre y cuando no nos acarreen la ruina junto con el delito. ¿Piensas atacar a Aníbal tú 6
solo? ¿Qué me dices de esa multitud de esclavos y de hombres libres? ¿Y de todas las miradas, atentas sólo a él?
¿Y de tantas manos? ¿Quedarán paralizadas ante semejante 7
dislate? ¿Le resistirás la mirada a ese mismo Aníbal al que no pueden resistir ejércitos armados, ante el cual se le ponen los pelos de punta al pueblo romano? Suponiendo que le faltasen otras ayudas, ¿serás capaz de herirme incluso a mí, cuando cubra con mi cuerpo el cuerpo de Aníbal?
Porque, eso sí, para llegar hasta él tendrás que atacar y 8
traspasar antes mi propio pecho. Déjate disuadir aquí en vez de fracasar allí. Que mis ruegos tengan ante ti la eficacia que tuvieron hoy en tu favor». A continuación, viendo 9
al joven derramar lágrimas lo abraza por la cintura y besándolo largamente no ceja en sus súplicas hasta conseguir que renuncie a la espada y le dé su palabra de que no
va a hacer nada semejante. Entonces el joven dice: «Pues 10

bien, sacrificaré a mi padre el amor que debo a mi patria.
Te compadezco, pues tendrás que cargar con la acusación
11 de haber traicionado por tres veces a tu patria: la primera,
cuando promoviste la sublevación contra los romanos; la
segunda, cuando te mostraste partidario de la paz con Aní-
bal; la tercera, hoy mismo, cuando eres una rémora y un
obstáculo para la devolución de Capua a los romanos.
12 Tú, patria, hazte cargo del hierro con el que, armado
para defenderte, entré en esta ciudadela del enemigo, ya
13 que mi padre me lo arranca de las manos». Pronunciadas
estas palabras arrojó la espada a la vía pública por encima
de la tapia del jardín, y para no infundir sospechas se rein-
corporó al banquete.

10 Al día siguiente fue recibido Aníbal en el senado,
muy concurrido, donde pronunció un discurso cuya prime-
ra parte fue muy suave y conciliadora; dio las gracias a
los campanos porque habían antepuesto la amistad con él
2 a la alianza con Roma, y entre otras espléndidas promesas
hizo la de que Capua iba a ser en breve la capital de toda
Italia, y que el pueblo romano, como todos los demás,
3 recibiría de ella sus leyes; de la amistad cartaginesa y del
pacto hecho con él quedaba excluida una sola persona, que
ni era campana ni debía recibir ese nombre: Decio Magio;
pedía que le fuera entregado, y que el senado, en su pre-
4 sencia, deliberase y tomase una decisión sobre él. Se pro-
nunciaron todos a favor de aquella propuesta, a pesar de
que a una gran parte le parecía que aquel hombre no me-
recía un trato semejante y, por otra parte, que el derecho
de la libertad comenzaba a sufrir limitaciones importantes.
5 Salió de la curia y tomó asiento en el tribunal de los
magistrados, y mandó que Decio fuera apresado y que se
6 defendiera, sin ayuda de nadie, a sus pies. Como Decio,
conservando su natural arrogancia, afirmó que no se le

podía obligar a una cosa así de acuerdo con el tratado, fue encadenado y se dio orden de que fuera conducido al campamento delante de los lictores. Mientras lo llevaban 7
con la cabeza descubierta, avanzaba arengando a la multitud que lo rodeaba por todas partes, gritando: «Campanos, tenéis la libertad que pedisteis: por el medio del foro, a plena luz, ante vuestros ojos, yo, que no le voy a la zaga a ningún campano, soy arrastrado a la muerte encadenado. ¿Qué mayor acto de violencia se produciría si 8
Capua hubiera sido tomada? Salid a recibir a Aníbal, engalanad la ciudad y declarad festivo el día de su llegada, para tener que asistir al espectáculo de este desfile triunfal sobre un conciudadano vuestro». Como parecía que con 9
estos gritos impresionaba a la masa, se le tapó la cabeza y se dio orden de que se le sacara más aprisa de puertas afuera. De esta forma fue conducido al campamento y embarcado inmediatamente y enviado a Cartago, no fuera a 10
ocurrir que ante lo indignante del hecho se originara una revuelta en Capua e incluso el senado se arrepintiera de haber entregado al ciudadano más importante y enviara una embajada a reclamarlo, y si decía que no a lo primero que pedía su nuevo aliado, se indispusiera con él, y si decía que sí, fuera a tener en Capua un promotor de sediciones y disturbios. Una tempestad arrastró la nave a Cire- 11
nas [227], que entonces estaba bajo el dominio de los reyes. Allí Magio se refugió junto a la estatua del rey Tolomeo [228]. Llevado por sus guardianes a Alejandría a presencia de Tolomeo, cuando le explicó que había sido encadenado 12
por Aníbal en contra del derecho de los tratados, fue libe-

[227] Población de la Cirenaica en la costa de África. Colonizada por los griegos, más adelante pasó a ser tributaria de los reyes de Egipto.

[228] Tolomeo VI Filópator, aliado de los romanos de 222 a 205.

rado de sus ataduras y autorizado a regresar a Roma o a
13 Capua, a su elección. Magio dijo que Capua no era lugar seguro para él, y que Roma, en aquellos momentos en que había guerra entre romanos y campanos, sería lugar de residencia más propio de un desertor que de un huésped; que más que en cualquier otra parte, prefería vivir en el reino de quien consideraba valedor y garante de su libertad.

11 Mientras tenían lugar estos acontecimientos, regresó de Delfos a Roma el legado Quinto Fabio Píctor y leyó la respuesta del oráculo, que traía escrita [229]. Allí se decía
2 a qué dioses y diosas suplicar, y de qué modo, y a continuación: «Si así hiciereis, romanos, será mejor y menos complicada vuestra situación, y los asuntos públicos marcharán francamente mejor, y la victoria de la guerra será
3 del pueblo romano. Por la buena conducción de los asuntos de la república y por su salvación, le enviaréis una ofrenda a Apolo Pítico con las ganancias obtenidas; con parte del botín, del producto de su venta, de los despojos, le ofreceréis un presente; os guardaréis de la arrogancia im-
4 pía». Después de leer todo esto traduciéndolo del griego del texto profético, dijo que a continuación había salido al instante del santuario y que había ofrecido un sacrificio
5 con incienso y vino a todas aquellas divinidades; que el sacerdote del templo le había ordenado que de la misma forma que había entrado a consultar al oráculo y había ofrecido el sacrificio coronado con una corona de laurel, así, coronado de la misma manera, subiese a la nave y
6 no se quitase la corona hasta llegar a Roma; que él, una vez cumplimentado con toda escrupulosidad y diligencia todo lo que se le había ordenado, había depositado la corona en el altar de Apolo en Roma. El senado decretó que

[229] Cf. XXII 57, 5.

cuanto antes y de forma escrupulosa se realizasen aquellas rogativas y actos religiosos.

En Cartago, el senado debate el envío de ayuda a Aníbal

Mientras ocurría esto en Roma y en Italia, había llegado Magón, hijo de Amíl- 7
car, con la noticia de la victoria de Cannas; enviado por su hermano, no llegaba directamente desde el frente, sino que se había demorado durante algunos días recibiendo la sumisión de las ciudades brucias que se pasaban al enemigo.
Recibido en el senado, hizo una exposición de las opera- 8
ciones llevadas a cabo por su hermano en Italia: se había enfrentado en el campo de batalla con seis generales, de los cuales, cuatro eran cónsules, uno dictador, y otro jefe
de la caballería, y con seis ejércitos consulares; había 9
dado muerte a más de doscientos mil [230] enemigos, y hecho prisioneros a más de cincuenta mil; de los cuatro cónsules [231], dos habían sido muertos, y de los dos restantes, uno estaba herido y el otro, después de perder todo su
ejército, había huido con cincuenta hombres apenas; al jefe 10
de la caballería, cuyos poderes son similares a los de un cónsul [232], lo había derrotado y puesto en fuga; el dictador era el único general que quedaba, porque nunca se había
presentado en el campo de batalla; los brucios y los ápulos 11
y parte de los samnitas y lucanos se habían pasado a los cartagineses; Capua, que era la capital no ya de la Campania sino de Italia después del descalabro sufrido por Roma en la batalla de Cannas, se había entregado a Aníbal;
por estas victorias tan importantes y numerosas, era justo 12
dar las gracias y guardar gratitud a los dioses inmortales.

---

230 Exageración evidente.

231 Publio Cornelio Escipión (Trebia), Flaminio (Trasimeno), y Emilio Paulo y Varrón (Cannas).

232 Exageración retórica. Equivaldrían, si acaso, a los del *praetor*.

12 Luego, para dar fe de tan felices acontecimientos, man-
dó echar en el vestíbulo de la curia anillos de oro, formán-
dose con ellos un montón tan grande que, según afirman
algunos, se llenaron tres modios y medio al medirlos,
2 aunque la opinión que prevaleció, más verosímil, es que
no se sobrepasó el modio. Tomando de nuevo la palabra
añadió, para poner más de relieve la derrota, que solamen-
te llevaban aquel distintivo los soldados de caballería, e
3 incluso de éstos, sólo los más destacados. El resumen
de su discurso fue que, cuanto más cerca estaba la posibili-
dad de dar término a la guerra, tanto más empeño había
que poner en ayudar a Aníbal, pues las operaciones milita-
res se desarrollaban lejos de la patria, en pleno territorio
4 enemigo; se consumía trigo y dinero en gran cantidad,
y tantas batallas, si bien habían destruido los ejércitos ene-
migos, también habían diezmado de forma considerable las
5 tropas del vencedor; era preciso, por tanto, enviar refuer-
zos, había que enviar dinero para la paga, y trigo, a unos
soldados que tanto habían hecho por el nombre de Cartago.
6 En medio de la general alegría que siguió a estas pa-
labras de Magón, Himilcón, hombre del partido de los Bar-
ca, persuadido de que era el momento de increpar a Han-
nón, dijo: «¿Qué ocurre, Hannón? ¿Todavía lamentas que
7 se emprendiera la guerra contra los romanos? Pide que
te sea entregado Aníbal, opónte a que se les den las gracias
a los dioses inmortales por lo bien que van las cosas, escu-
chemos a un senador romano en la curia de los cartagi-
8 neses». Hannón, entonces, dijo: «Hoy habría guardado
silencio, padres conscriptos [233], para evitar decir, en medio
de la satisfacción compartida por todos, cosas que os re-

[233] Extensión, por analogía, de la terminología romana a institucio-
nes no romanas.

sultasen menos gratas; pero ahora que un senador me 9
pregunta si todavía siento pesar por la guerra emprendida
contra los romanos, si me quedo callado voy a parecer
o despectivo o servil, lo cual es propio del hombre que
se olvida de la libertad, de los demás en el primer caso,
y de la suya en el segundo. A Himilcón —prosiguió— 10
le contestaré que no he dejado de lamentar la guerra, ni
dejaré de acusar a vuestro invicto general hasta que no
la vea finalizada en unas condiciones aceptables, y nada
que no sea una nueva paz pondrá fin a mi añoranza por
la antigua paz. Por eso, todo lo que acaba de poner de 11
relieve Magón, para Himilcón y demás satélites de Aníbal
es ya satisfactorio, para mí puede serlo por cuanto los éxi-
tos bélicos, si queremos aprovechar la suerte, nos darán
una paz más ventajosa; pues si dejamos pasar este mo- 12
mento en el que puede parecer que concedemos más que
aceptamos la paz, temo incluso que esta satisfacción nos
vuelva arrogantes y se quede en nada. Pues incluso ahora 13
¿en qué consiste? «He destruido los ejércitos enemigos, en-
viadme soldados»: ¿qué otra cosa pedirías si hubieras sido
vencido? «He tomado dos campamentos enemigos, llenos, 14
sin duda, de botín y de víveres; dadme trigo y dinero»:
¿qué otra cosa pedirías si te hubieran despojado, si te hu-
bieran quitado el campamento? Y para no ser yo solo el 15
que me sorprendo de todo esto —pues también yo, puesto
que he respondido a Himilcón, tengo pleno derecho a
preguntar—, quisiera que me conteste Himilcón, o bien
Magón, puesto que en Cannas se ha luchado hasta exter-
minar el imperio romano y es un hecho que toda Italia
está sublevada, en primer lugar, si alguno de los pueblos 16
de ciudadanía latina se ha pasado a nuestro bando, y en
segundo lugar, si alguno de los hombres de las treinta y
cinco tribus se ha pasado a Aníbal». Magón contestó que 17

no a ambas cosas, y él continuó: «Son aún, la verdad, demasiado numerosos los enemigos, por consiguiente. Pero quisiera saber qué siente y qué espera toda esa multitud».

13 Magón dijo que no lo sabía, y él prosiguió: «Nada hay más fácil de saber. ¿Enviaron acaso los romanos alguna embajada a Aníbal para tratar de la paz? ¿Habéis tenido al menos noticias de que en Roma se haya hecho
2 mención a la paz?». Como también a esto dijo que no, él siguió: «Pues entonces tenemos la guerra tan por hacer
3 como el día que Aníbal pasó a Italia. Quedamos aún muchos que recordamos lo cambiante que fue la victoria durante la primera guerra púnica [234]. Nunca nuestra situación presentó mejores perspectivas, tanto por tierra como por mar, que antes del consulado de Gayo Lutacio y Aulo
4 Postumio; durante el consulado de Lutacio y Postumio fuimos derrotados en las islas Egates. Y si también ahora —¡que los dioses no me tomen por la palabra!— la suerte experimenta algún cambio, ¿esperáis para entonces, cuando seamos vencidos, una paz que ahora, cuando estamos
5 venciendo, nadie nos concede? Yo, ante una posible consulta sobre si proponer la paz al enemigo o aceptársela, ya tengo la respuesta; si sometéis a debate las peticiones de Magón, pienso que no procede hacer el envío si están venciendo, y mucho menos creo que haya que hacerlo si nos están engañando con falsas o vanas esperanzas».

6 El discurso de Hannón no convenció a muchos, pues le restaba credibilidad su enfrentamiento con la familia de los Barca y, por otra parte, estaban los ánimos entregados por completo al entusiasmo del momento y no querían oír nada que pudiera atenuar su alegría, y estaban convenci-

[234] Mantenemos *Punico.*

dos de que la guerra iba a terminar pronto si se tenía voluntad de hacer un pequeño esfuerzo. Decretó pues el 7
senado, por abrumadora mayoría, que se le enviase a Aníbal un refuerzo de cuatro mil númidas, así como cuarenta elefantes y... talentos de plata. Se envió también a Hispania 8
un dictador, acompañado por Magón, para reclutar veinte mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería para complementar los ejércitos que se hallaban en Italia y en Hispania.

La acción bélica en Nola, donde Marcelo acaba venciendo a Aníbal

Pero estas medidas fueron puestas en 14
práctica de forma remisa y despreocupada, como suele ocurrir cuando las cosas marchan bien, mientras que a los romanos, aparte de ser activos por naturaleza, tampoco su situación les permitía andarse con vacilaciones. Efectivamente, el cónsul no descuidó ninguna de las cues- 2
tiones que requirieran su intervención para ser ejecutadas, y por su parte el dictador Marco Junio Pera, después de cumplir con las prescripciones de carácter religioso y proponer al pueblo, como es habitual, que se le permitiese montar a caballo, además de las dos legiones urbanas alistadas por los cónsules al comenzar el año, y de la movilización de esclavos, y de las cohortes reclutadas en territorio piceno y galo, recurrió a una medida extrema, como 3
suele hacerse cuando una república se encuentra en una situación casi desesperada en que lo decoroso cede su puesto a lo práctico, y publicó un edicto haciendo saber que los reos de delito capital y los condenados por deudas que estuviesen encarcelados, si querían alistarse bajo su mando, quedarían por orden suya libres de la pena y de la deuda.
De estos prisioneros armó a seis mil con los despojos de 4
los galos que se habían traído cuando el triunfo de Gayo

Flaminio [235], y de esta forma, salió de la ciudad con veinticinco mil hombres armados.
5 Aníbal, después de hacerse dueño de Capua y de tantear una vez más a los napolitanos en parte con incentivos y en parte con amenazas sin obtener resultado, llevó su ejér-
6 cito a territorio de Nola [236], si bien de momento no como enemigo, porque no descartaba que se entregaran voluntariamente, pero también dispuesto a no ahorrarles ningún sufrimiento o temor si daban largas a sus esperanzas.
7 El senado, y especialmente sus miembros más destacados, persistía en mantenerse fiel a la alianza con Roma; la plebe, dada a los cambios como de costumbre, estaba enteramente con Aníbal y la asaltaba el miedo a la devastación de los campos y las muchas y graves humillaciones que tendría que soportar en caso de asedio, y no faltaban tam-
8 poco los partidarios de la defección. Por eso, cuando al senado le entró miedo de no poder contener a la multitud soliviantada si le llevaba la contraria abiertamente, a fuerza de simular que se plegaba encontró la manera de retrasar el
9 peligro. Fingen, en efecto, los senadores, que están de acuerdo con pasarse a Aníbal, pero que no tienen muy claras las condiciones en que dar el paso al nuevo tratado y la
10 nueva amistad. Ganando tiempo de esta forma, se apresuran a mandar embajadores al pretor romano Marcelo Claudio, que se encontraba en Casilino con su ejército, y le explican lo crítico de la situación en que se encuentra Nola: el campo es de Aníbal y sus cartagineses, la ciudad lo va a ser
11 muy pronto si no se recibe ayuda; el senado, prometiéndole a la plebe que se producirá la defección cuando ella quie-

[235] Tras su victoria, en 223, sobre los ínsubres en el valle del Po.

[236] Ciudad de Campania, al sudeste de Capua, conquistada por Roma en 313 durante las guerras samnitas (cf. IX 28, 3-6).

ra, ha conseguido que no se precipitara a pasarse al otro bando. Marcelo felicitó a los nolanos y les pidió que 12
siguieran con el doble juego aplazando el asunto hasta que él llegase, que entre tanto no se desvelase lo que habían tratado con él ni la menor expectativa de una ayuda de Roma. Él, desde Casilino, se dirige a Cayacia, y desde 13
allí, cruzando el río Volturno, atravesando el territorio de Satícula y Trebia [237] por encima de Suésula, cruzando los montes llega hasta Nola.

A la llegada del pretor romano, el cartaginés salió del 15
territorio de Nola y bajó hacia el mar acercándose a Nápoles, deseoso de apoderarse de una ciudad de la costa para asegurar la travesía naval desde África. Pero cuando se 2
enteró de que Nápoles estaba gobernada por un prefecto romano —se trataba de Marco Junio Silano, al que habían hecho venir los propios napolitanos—, dejó también Nápoles a un lado, lo mismo que Nola, y se dirigió a Nuceria. Le puso cerco durante algún tiempo, unas veces em- 3
pleando la fuerza y otras tratando inútilmente de atraerse bien a la plebe o bien a los nobles; al fin se le rindió por hambre, previo pacto de que salieran sin armas y con lo puesto. Después, como desde un principio había querido 4
dar impresión de benevolencia a todos los itálicos a excepción de los romanos, hizo público un ofrecimiento de recompensas y honores para los que se quedaran y quisieran militar a su lado. Pero no retuvo a nadie con esta oferta: 5
todos se dispersaron, cada uno hacia donde lo llevaron sus relaciones de hospitalidad o una corazonada, por las ciudades de la Campania, sobre todo Nola y Nápoles. Unos 6

[237] Debe de tratarse de una localidad situada entre Satícula y Suésula, pero presenta dificultades su localización y su grafía, opinando algunos que debe leerse *Trebula*.

treinta senadores, y posiblemente los más importantes, se
dirigieron a Capua; allí no se les admitió por haberle ce-
rrado sus puertas a Aníbal, y se trasladaron a Cumas. Se
les dio a los soldados el botín de Nuceria, y la ciudad fue
saqueada e incendiada.

7 Nola la ocupaba Marcelo, tanto por la confianza que
inspiraba su guarnición como por voluntad de los ciudada-
nos principales. Se temía a la plebe, y especialmente a Lu-
cio Bancio: a éste, la conciencia de su intento de rebelión
y el miedo al pretor romano lo incitaban a traicionar a
la patria o bien, si le faltaba ocasión propicia para ello,
8 a pasarse al enemigo. Se trataba de un joven aguerrido
y por aquel entonces tal vez el caballero más distinguido
de entre los aliados. Lo había encontrado Aníbal en Can-
nas medio muerto entre un montón de cadáveres, lo había
curado amablemente y además lo había enviado con rega-
9 los a su patria. En agradecimiento por este buen comporta-
miento hubiera querido poner Nola bajo el absoluto domi-
nio del cartaginés, y el pretor lo veía desasosegado e in-
quieto por la comezón de un cambio en la situación.
10 Pero como había dos posibilidades, reprimirlo con cas-
tigos o ganárselo con favores, prefirió atraérselo más que
quitarle al enemigo un aliado valeroso y esforzado, le hizo
11 venir y se dirigió a él en tono amable, diciéndole que
tenía entre sus paisanos muchos que no lo podían ver, con
lo cual se podía explicar fácilmente el que ningún ciudada-
no de Nola le hubiera señalado lo numerosas y sobresa-
12 lientes que eran sus proezas militares; pero que el valor
de quien hubiera militado en un campamento romano no
podía pasar desapercibido; muchos que habían sido com-
pañeros suyos de armas le habían contado qué clase de
hombre era, y qué peligros había afrontado, y cuántas ve-
ces, por la salvación y el prestigio del pueblo romano,

y cómo en la batalla de Cannas no había dejado de pelear 13
hasta que, casi desangrado, había quedado aplastado bajo
una avalancha de hombres, caballos y armas que se le ha-
bía venido encima. «Enhorabuena, pues, por tu valor» 14
—añadió—. «A mi lado tendrás toda clase de recompensas
y honores, y cuanto más a menudo estés conmigo, experi-
mentarás que ello redunda en dignidad e interés tuyo».
Y obsequia al joven, lleno de alegría por aquellas pro- 15
mesas, con un hermoso caballo, y le manda al cuestor que
le entregue quinientos denarios; a los lictores les da orden
de que le dejen pasar a verlo siempre que quiera.

Con esta afabilidad de Marcelo se ablandó de tal for- 16
ma la actitud orgullosa del joven, que a partir de entonces
no hubo aliado que colaborara con Roma con más deci-
sión y fidelidad.

Aníbal estaba a las puertas —pues había trasladado 2
de nuevo el campamento, de Nuceria a Nola— y la plebe
de Nola pensaba nuevamente en la rebelión; entonces 3
Marcelo, nada más llegar el enemigo, se retiró murallas
adentro, no por temor a acampar, sino para no darles la
oportunidad de entregar la ciudad a los que eran proclives
a hacerlo, enormemente numerosos. Comenzó luego a for- 4
marse el frente de batalla por ambos bandos, los romanos
delante de las murallas de Nola y los cartagineses delante
de su campamento. Desde allí se producían entre la ciudad
y el campamento ligeros combates, con resultado diverso,
porque los generales no querían ni impedir unas escaramu-
zas al azar ni dar la señal para un combate con todos los
efectivos. Mientras los dos ejércitos permanecían así a 5
pie firme un día tras otro, los nobles de Nola informan
a Marcelo de que están teniendo lugar durante la noche
conversaciones entre la plebe y los cartagineses y se ha lle- 6
gado al acuerdo de que, cuando el ejército romano salga

de la ciudad, entrarán a saco en su impedimenta y bagajes individuales, cerrarán luego las puertas y ocuparán las murallas para a continuación, dueños de la situación y de la ciudad, recibir a los cartagineses en lugar de los romanos.
7 Cuando Marcelo recibió estas noticias felicitó a los senadores de Nola y, antes de que estallara alguna revuelta en
8 la ciudad, decidió probar suerte en el combate. Formó en tres cuerpos a su ejército junto a las tres puertas de la ciudad que daban al enemigo; ordenó que inmediatamente detrás fuera la impedimenta, y que los esclavos y vivanderos y los soldados incapacitados llevaran las estacas de la empalizada. En la puerta del centro situó al grueso de la infantería y a los jinetes romanos, y en las dos puertas de los lados a los reclutas, a los de armamento ligero y
9 los jinetes aliados. A los nolanos les prohibió acercarse a las murallas y puertas de la ciudad y asignó tropas auxiliares a la custodia de la impedimenta, no fuera a producirse un golpe de mano contra ella cuando las legiones estuvieran enfrascadas en el combate. Formados de esta guisa permanecían inmóviles detrás de las puertas.

10 Aníbal, que lo mismo que había hecho durante unos cuantos días mantenía la formación de combate hasta bien entrado el día, al principio encontró extraño que el ejército romano no saliera de puertas afuera ni hubiera soldado
11 alguno en las murallas. Después pensó que habían sido descubiertas sus conversaciones y que el miedo los había paralizado, y envió parte de sus hombres al campamento con la orden de traer a primera línea sin perder un instante todo el material de asalto de una ciudad, confiando plenamente en que, si presionaba cuando andaban sin saber qué hacer, la plebe promovería algún tumulto en la población.
12 Mientras se apresuran corriendo cada uno a su cometido al darse las primeras señales y el frente se acerca a las

murallas, de pronto se abre una puerta y Marcelo ordena que suene el toque de trompeta y se dé el grito de combate, y que cargue contra el enemigo primero la infantería y después la caballería con todo el ímpetu de que sean capaces. Habían provocado ya bastante pánico y confusión 13
por el centro de la formación enemiga, cuando por las dos puertas de los lados salieron bruscamente los legados Publio Valerio Flaco y Gayo Aurelio hacia las alas enemigas. También dieron el grito de guerra los esclavos y vivan- 14
deros y el resto de la tropa apostada para vigilar la impedimenta, de forma que a los cartagineses, que los despreciaban sobre todo por su reducido número, les produjo la impresión de un ejército inopinadamente enorme. La verdad 15
es que no me atrevo a asegurar, como hacen algunos historiadores, que los enemigos tuvieran dos mil ochocientas bajas y no más de quinientas los romanos; pero, fuese 16
así de abultada o fuese menor la victoria, la acción bélica llevada a cabo aquel día fue muy importante, y no sé si la más importante de aquella guerra, pues costó más trabajo no ser vencidos por Aníbal que más adelante vencerlo.

Aníbal toma Acerra, no consigue tomar Casilino, y se dirige a Capua

Perdidas las esperanzas de apoderarse 17
de Nola, retrocedió hacia Acerra [238]. Marcelo mandó cerrar inmediatamente las puertas y colocó centinelas para que nadie saliera, y llevó a cabo en el foro una investigación sobre quiénes habían participado en las conversaciones clandestinas con el enemigo. A más de setenta condenados por traición los hizo decapi- 2
tar y ordenó la confiscación de sus bienes en favor del

[238] En Campania, al sur de Capua, a orillas del río *Clanis.* Se le concedió la ciudadanía *sine suffragio* durante las guerras samnitas (cf. VIII 17, 12).

3 pueblo romano, entregó al senado el gobierno de la ciudad, emprendió la marcha con todo el ejército e hizo alto acam-
4 pando por encima de Suésula. El cartaginés intentó primero animar a Acerra a capitular voluntariamente, pero luego, al ver que se mantenían en sus trece, se dispuso a bloquearlos y atacarlos. Los acerranos, por otra parte,
5 tenían más voluntad que fuerzas, por lo cual, perdida toda esperanza de defender la ciudad, cuando vieron que en torno a las murallas se levantaba una empalizada, antes de que las trincheras enemigas formasen una línea ininterrumpida atravesaron los huecos que quedaban entre las obras de fortificación y los puestos de guardia, mal atendi-
6 dos, desapareciendo en el silencio de la noche, y por donde había camino y por donde no, llevados por un propósito o por el azar, se refugiaron en las ciudades de la Campania de las que se tenía seguridad suficiente de que no habían cambiado de bando.

7 Aníbal saqueó e incendió Acerra, y al llegarle noticias desde Casilino de que se había llamado al dictador romano y sus legiones, temiendo que también en Capua se produjese alguna novedad al encontrarse tan cerca el campamen-
8 to enemigo, llevó su ejército hacia Casilino. Esta ciudad estaba entonces ocupada por quinientos prenestinos y unos pocos romanos y latinos, que se habían concentrado allí
9 al tener noticia de la derrota de Cannas. Los prenestinos, como hasta esa fecha no se había dado por concluido el reclutamiento en Preneste, salieron de sus casas demasiado tarde, llegando a Casilino antes que la noticia de la derrota; y juntándose con otros romanos y aliados salieron de Casilino formando una columna bastante numerosa, pero les hizo volverse de nuevo a Casilino la noticia de la bata-
10 lla de Cannas. Permanecieron allí algunos días, levantando las sospechas de los campanos y recelando de ellos, ten-

diéndose trampas y cuidándose de ellas recíprocamente, y cuando estuvieron bien seguros de que se tramaba la defección de Capua y la entrada de Aníbal, dieron muerte durante la noche a los habitantes de la ciudad y ocuparon la parte de ésta que está al lado de acá del Volturno —pues la atraviesa este río—, y ésta era la guarnición con que contaban los romanos en Casilino. Hay que añadir 11
una cohorte de perusinos, cuatrocientos sesenta hombres empujados hacia Casilino por la misma noticia que los prenestinos pocos días antes. Había número más que suficiente 12
de hombres armados para defender unas murallas tan reducidas, con la protección, por otra parte, del río que rodeaba una de sus mitades; la escasez de trigo hacía que los hombres parecieran incluso demasiados.

Cuando Aníbal se encontraba ya a corta distancia de 18
la ciudad envió por delante a los getulos con un prefecto llamado Isalca ordenándoles que en un principio, si se les da la posibilidad de parlamentar, los inviten con buenas palabras a abrir las puertas y aceptar una guarnición; si se empecinaban en su postura, que recurrieran a la fuerza y probaran a ver si se podía penetrar en la ciudad por algún punto. Cuando se aproximaron a las murallas de 2
la ciudad, como reinaba el silencio, pensaron que estaba desierta; y el bárbaro, convencido de que habían huido por miedo, se dispuso a cargar sobre las puertas y hacer saltar los cerrojos; entonces se abrieron de pronto las 3
puertas y dos cohortes, preparadas en el interior precisamente con ese objetivo, salieron bruscamente en medio de un gran tumulto causando estragos entre los enemigos. Rechazados así los primeros, fue enviado Maharbal con 4
mayores fuerzas, pero tampoco él aguantó la salida de las cohortes. Por último, Aníbal, situando el campamento 5
delante mismo de las murallas, se dispone a atacar la pe-

queña ciudad, la pequeña guarnición, con la mayor violencia, con la totalidad de sus tropas. Se entrega a un acoso insistente, rodeando por completo las murallas con un cordón de soldados y pierde algunos hombres, los más decidi-
6 dos, alcanzados desde muros y torres. A los que tomaron la ofensiva haciendo una salida prácticamente les cerró el paso poniéndoles delante una hilera de elefantes [239] y los rechazó en pleno desconcierto al interior de la ciudad causándoles un número de bajas muy elevado para los pocos que eran; y habrían sido más los caídos si la noche no
7 hubiera interrumpido el combate. Al día siguiente les entró a todos la fiebre del asalto, especialmente cuando se les prometió una corona mural de oro y el propio general les echó en cara que ellos, los que habían tomado Sagunto al asalto, se mostraran tan remisos en asaltar un poblado situado en pleno llano, recordándoles Cannas, Trasimeno y Trebia a todos en conjunto y a cada uno en par-
8 ticular. Inmediatamente comenzó también a acercar manteletes y construir galerías. Pero frente a los diversos intentos del enemigo, no les faltaba la fuerza o la habilidad, en ninguna de sus formas, a los aliados de los romanos:
9 levantaban bastiones contra los manteletes, cortaban las galerías enemigas con contragalerías, se enfrentaban a toda tentativa abierta o camuflada, hasta que incluso la vergüenza disuadió a Aníbal de su propósito y marchó a Capua a sus cuarteles de invierno después de atrincherar un campamento y dejar una mediana guarnición para no dar la impresión de que había desistido de la empresa.

10 Allí, durante la mayor parte del invierno, tuvo a sus tropas alojadas en casas, unas tropas endurecidas por

[239] Como en XXII 2, 10 dice Livio que le quedaba sólo uno, habrá que suponer que le había llegado el envío mencionado en 13, 7.

la larga y repetida experiencia de todas las calamidades
humanas, no hechas ni habituadas a lo bueno. Y de esta 11
forma, las demasiadas cosas buenas y los placeres sin medida echaron a perder a quienes no habían sido vencidos por el azote de ninguna penalidad, y esto ocurrió en tanto mayor medida cuanto mayor fue la avidez con que, debido a la falta de costumbre, se sumergieron en ellos.
En efecto, el sueño, el vino, los festines, las prostitutas, 12
los baños y el no hacer nada, más agradable a medida que iban pasando los días, los enervaron de tal forma, física y mentalmente, que a partir de entonces les sirvieron de salvaguardia en mayor medida sus victorias del pasado que
sus fuerzas del presente, y este error de su general fue con- 13
siderado por los expertos en temas militares más grave que el hecho de no marchar sobre la ciudad de Roma inmediatamente después de la batalla de Cannas; su vacilación de entonces pudo parecer, en efecto, que simplemente aplazaba la victoria, mientras que esta equivocación los dejaba
sin fuerzas para vencer. Por eso, por Hércules que cuando 14
salió de Capua, como si se tratara de un ejército distinto, en ningún momento conservó ni rastros de su antigua dis-
ciplina. Salieron, en efecto, liados con prostitutas en su 15
mayoría, y en cuanto comenzaron a vivir en las tiendas y tuvieron que soportar las marchas y demás trabajos de la vida militar, les fallaban las fuerzas, tanto físicas como
morales, como si fueran reclutas, y después, a lo largo 16
de toda la estación estival, abandonaban sin permiso las enseñas de forma furtiva, y era Capua el único lugar de refugio para los desertores.

Casilino, asediada por Aníbal, se rinde. Embajada de los petelinos a Roma

19 No obstante, cuando el invierno se iba ya suavizando, Aníbal sacó a sus tropas de los cuarteles de invierno y regresó
2 a Casilino; allí, si bien los ataques se habían interrumpido, la continuidad del bloqueo, sin embargo, había reducido a la población y a la guarnición a una situación de extrema
3 necesidad. En el campamento romano tenía el mando Tiberio Sempronio, al haber marchado a Roma el dictador
4 para repetir los auspicios. Marcelo deseaba llevar también él ayuda a los sitiados, pero le retenían la crecida del río Volturno y los ruegos de los nolanos y acerranos, que temían a los campanos si la guarnición romana se retiraba.
5 Graco se limitaba a permanecer estacionado cerca de Casilino y no realizaba ningún movimiento porque tenía orden del dictador de no emprender ninguna acción durante su ausencia, y eso que llegaban de Casilino noticias como
6 para agotar la paciencia de cualquiera, pues se sabía a ciencia cierta que algunos, no pudiendo soportar el hambre, se habían lanzado al vacío, o permanecían inermes sobre las murallas, ofreciendo a los disparos de las armas
7 arrojadizas sus cuerpos sin protección. Graco, que se contenía a duras penas ante esto, como no se atrevía a entablar combate sin orden del dictador —y veía que, si les hacía llegar trigo abiertamente, iba a ser necesario combatir, y no había posibilidad de hacérselo llegar de
8 forma clandestina—, hizo acopio de trigo trayéndolo de todos los campos del contorno y llenó un buen número de toneles, y envió recado al magistrado a Casilino para
9 que recogiesen los toneles que transportara el río. A la noche siguiente estuvieron todos atentos al río por las expectativas creadas por el emisario romano, y por el centro de la corriente bajaron flotando los toneles que les ha-

bían enviado; el trigo fue repartido entre todos por igual.
Esto se repitió al día siguiente y al otro: los toneles eran 10
enviados y llegaban a su destino durante la noche, con lo
cual burlaban la vigilancia de los enemigos. Después llovió 11
sin parar y la corriente del río, más fuerte que de costum-
bre, formando remolinos de través arrastró los toneles ha-
cia la orilla que ocupaba el enemigo. Allí son avistados
varados entre los sauces nacidos en la orilla, se informa
de ello a Aníbal, y a partir de entonces se toman precau-
ciones, con una vigilancia más intensa, para que no pase
desapercibido nada que se envíe a la ciudad por el Voltur-
no. Con todo, desde el campamento romano se echaron 12
al río nueces que bajaban flotando hacia Casilino por el
centro de la corriente y eran recogidas con entramados de
zarzas.

Finalmente se llegó a tal grado de escasez que trataban 13
de alimentarse con las correas y las pieles arrancadas de
los escudos, previamente ablandadas con agua hirviendo,
y no desechaban los ratones ni cualquier otro animal, y
arrancaban de la tierra amontonada junto a los muros hier-
bas y raíces de todo tipo. Y como el enemigo había arado 14
la más pequeña porción de tierra cubierta de hierba que
hubiera en la parte de fuera de las murallas, echaron semi-
lla de nabos, de suerte que Aníbal exclamó: «¿Es que ten-
dré que permanecer en Casilino hasta que nazcan?». Y él, 15
que hasta entonces no había querido oír hablar de negocia-
ción, se avino entonces, por fin, a tratar del rescate de los
hombres libres. El precio convenido fue de siete onzas 16
de oro por cabeza. Después de recibir garantías, se rindie-
ron, quedando prisioneros hasta que se hizo efectivo el pa-
go del oro en su totalidad, entonces fueron liberados con
toda fidelidad. Esta versión es más veraz que la de que 17
se envió contra ellos a unos jinetes que les dieron muerte

cuando se marchaban. En su mayoría eran prenestinos. De los quinientos setenta de que constaba la guarnición, menos de la mitad perecieron bajo el hierro o por hambre, los demás regresaron sanos y salvos a Preneste con su pre-
18 tor Marco Anicio, que antes había sido escriba. De ello daba testimonio una estatua suya, erigida en el foro de Preneste, con loriga, revestida con la toga, con la cabeza velada, con una inscripción grabada en una placa de bronce en la que se decía que Marco Anicio cumplía así una promesa votiva hecha por los soldados que habían estado de guarnición en Casilino. Idéntica inscripción estuvo colocada bajo las tres estatuas situadas en el templo de la Fortuna.

20 La ciudad de Casilino les fue devuelta a los campanos, reforzada con una guarnición de setecientos soldados del ejército de Aníbal por temor a que fuese atacada por los
2 romanos en cuanto el cartaginés se retirase de ella. Un decreto del senado romano les concedió a los soldados prenestinos paga doble y exención por cinco años del servicio militar; se les hubiera concedido el derecho de ciudadanía en recompensa por su valor, pero no quisieron cambiar.
3 Más difusas son las noticias sobre la suerte de los perusinos, porque no quedó ningún testimonio de estos mismos ni decreto alguno de los romanos que la esclareciera.

4 Por aquellas mismas fechas, los petelinos [240], los únicos de entre los brucios que habían seguido siendo amigos de Roma, eran atacados no sólo por los cartagineses que ocupaban la zona, sino también por los demás brucios, por
5 haber tomado un partido distinto del suyo. Como no podían hacer frente a estos problemas, los petelinos enviaron a

[240] De Petelia, localidad de la costa oriental del Brucio (mod. Strongoli).

Roma embajadores a pedir una guarnición. Sus súplicas y lágrimas, pues cuando se les indicó que se las arreglaran por su cuenta se deshicieron en lamentos y llanto en el vestíbulo de la curia, movieron a profunda compasión a senadores y pueblo. Los senadores, cuando el pretor Marco 6
Emilio les pidió que se pronunciaran de nuevo, después de pasar revista a todas las fuerzas del imperio se vieron forzados a reconocer que ellos ya no significaban protección alguna para aliados tan lejanos y les mandaron volver a su patria y cuidar de sí mismos en adelante a tenor de las circunstancias del momento, después de haber cumplido hasta el final con el deber de la fidelidad. Cuando a 7
la vuelta se informó a los petelinos de esta embajada, su senado fue al instante presa de un abatimiento y un pánico tan profundos que se mostraban partidarios unos de huir a donde cada uno pudiera y abandonar la ciudad, y otros 8
de unirse a los demás brucios y por su mediación entregarse a Aníbal, en vista de que sus antiguos aliados los habían dejado solos. Ganaron, sin embargo, los que se pronuncia- 9
ron a favor de que no se hiciese nada de forma precipitada o irreflexiva y se sometiera la cuestión a un nuevo debate. Abierto éste al día siguiente con mayor tranquilidad, los 10
nobles consiguieron que se trasladase todo lo que había en el campo y se asegurasen las murallas de la ciudad.

Roma: cartas de Sicilia y Cerdeña. Problemas para cubrir las vacantes del senado

Más o menos por las mismas fechas 21
llegaron a Roma cartas de Sicilia y Cerdeña. Fue leída primero en el senado la que remitía desde Sicilia el propretor Tito Otacilio; decía que el pretor Publio 2
Furio había llegado a Lilibeo con su flota procedente de África; que éste, herido de gravedad, estaba entre la vida y la muerte; a los soldados y la marinería no se les daban en la fecha que corres—

pondía ni la paga ni el trigo, y tampoco había de dónde
3 sacarlos; pedía encarecidamente que cuanto antes se efectuase el envío de ambas cosas, y que, si les parecía, le mandaran a uno de los nuevos pretores para sucederle.
4 Casi lo mismo, en lo que se refiere a la paga militar y al trigo, escribía desde Cerdeña el propretor Aulo Cornelio Mámula. Se les respondió a ambos que no había de dónde sacar el envío y se les recomendó que vieran la manera de atender por sí mismos a las necesidades de sus flotas
5 y sus ejércitos. Tito Otacilio envió embajadores a Hierón, colaborador inestimable del pueblo romano [241], y recibió la plata que precisaba para la paga, así como trigo para seis meses; Cornelio recibió en Cerdeña las aportaciones
6 generosas de las ciudades aliadas. Debido a la escasez de dinero que había también en Roma, a propuesta del tribuno de la plebe Marco Minucio fueron nombrados triúnviros mensarios [242] Lucio Emilio Papo, que había sido cónsul y censor [243], Marco Atilio Régulo, que había sido cónsul por dos veces [244], y Lucio Escribonio Libón, que
7 entonces era tribuno de la plebe. Nombrados también duúnviros, Marco y Gayo Atilio dedicaron el templo de la Concordia, prometido con voto [245] por el pretor Lucio Manlio; se nombraron también tres pontífices, Quinto Cecilio Metelo, Quinto Fabio Máximo y Quinto Fulvio Flaco, para ocupar las plazas de Publio Escantinio, que había fallecido, del cónsul Lucio Emilio Paulo y de Quinto Elio Peto, caídos en la batalla de Cannas.

---

[241] Cf. XXII 37.

[242] Se nombraban en momentos de grave crisis económica. Cf. VII 21, 5.

[243] Cónsul en 225, y censor en 220.

[244] En 227 y 217.

[245] Cf. XXII 33, 7.

Los senadores, después de paliar, en la medida en que 22
la prudencia humana podía hacerlo, todo el deterioro que la mala suerte había producido con su racha de desastres, finalmente volvieron también la vista hacia sí mismos, 2
hacia la falta de miembros de la curia y el escaso número de asistentes a la asamblea pública. En efecto, desde la 3
censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio no se habían elegido senadores, siendo así que las batallas adversas y además los avatares de cada cual a lo largo de cinco años se habían llevado a tan elevado número de miembros del senado. El pretor Marco Emilio, pues el dictador había 4
partido ya para el frente después de la pérdida de Casilino, sometió dicho tema a deliberación a petición de todos, y entonces Espurio Carvilio, después de lamentarse en un largo discurso de la falta de senadores y de la escasez incluso de ciudadanos entre los que elegir para senadores, dijo que para completar el senado y estrechar más los 5
lazos entre los pueblos latinos y el pueblo romano, aconsejaba con todo énfasis que se les concediera la ciudadanía romana a dos senadores —los que acordase el senado romano— de cada uno de los pueblos latinos, y a continuación, que se los eligiera para ocupar en el senado la plaza de los fallecidos. La reacción de los senadores al 6
oír esta propuesta fue tan negativa como ante la petición de los propios latinos hecha tiempo atrás [246]; una oleada 7
de indignación recorrió toda la curia; especialmente Tito Manlio decía que aún quedaba un hombre de la misma raza del cónsul [247] que en otros tiempos había amenazado en el Capitolio con que él, con sus propias manos, latino que viese en la curia, latino que mataría; Quinto Fabio 8

[246] En el año 340.

[247] Tito Manlio Torcuato. Episodio referido en VIII 5, 7.

Máximo dijo que jamás en el senado se había tocado un
tema en un momento menos oportuno: cuando los ánimos
de los aliados estaban en suspenso y su lealtad era tan po-
co firme, se lanzaba aquella propuesta que podía solivian-
9 tarlos más aún; aquella temeraria voz de un solo hombre
había que ahogarla en el silencio de todos, y si en alguna
ocasión había habido en la curia algo que por arcano y
sagrado debía ser callado, aquella propuesta más que nin-
guna otra cosa había que ocultarla, esconderla, olvidarla,
darla por no pronunciada. Se eliminó así cualquier alusión
a aquel punto.

10 Se acordó que se nombraría dictador a alguien que
antes hubiera sido censor, y que fuese el excensor más an-
ciano de los que aún vivían, para escoger senadores, y se
hizo venir al cónsul Gayo Terencio a fin de nombrar dicta-
11 dor. Regresó éste a Roma desde Apulia a marchas forza-
das, dejando allí una guarnición, y la noche siguiente, co-
mo era costumbre, por decreto del senado nombró dicta-
dor por seis meses a Marco Fabio Buteón, sin jefe de la
caballería.

23 Cuando el dictador subió a la tribuna rostral acompa-
ñado de los lictores dijo que no estaba de acuerdo con
2 que hubiera dos dictadores al mismo tiempo, cosa que
nunca había ocurrido anteriormente, ni con que hubiera
un dictador sin jefe de la caballería, ni con que se le conce-
diera la potestad censoria a una sola persona, y a la misma
por segunda vez, ni con que se le confiriera la autoridad
suprema por seis meses a un dictador salvo en caso de ser
3 nombrado para dirigir la guerra. Él pondría límite a unas
medidas que el azar o el imperativo de las circunstancias
había desmesurado; no pensaba, en efecto, remover del
senado a ninguno de los elegidos para senadores por los
4 censores Gayo Flaminio y Lucio Emilio; ordenaría que

se transcribieran y se leyeran únicamente los nombres de
éstos, para que no dependiera de una sola persona el juicio
definitivo acerca del buen nombre y las costumbres de un
senador; iba a cubrir las vacantes de los fallecidos de for-
ma que se viera que tenía preferencia un estamento social
sobre otro, no una persona sobre otra. Se leyeron los 5
nombres de los antiguos senadores y a continuación esco-
gió para ocupar el puesto de los fallecidos primero a los
que habían desempeñado una magistratura curul con pos-
terioridad a la censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio
y que aún no habían sido promovidos a senadores de acuer-
do con la antigüedad de su nombramiento; luego seleccionó 6
a los que habían sido ediles, tribunos de la plebe o cuesto-
res; después, de entre quienes hubieran ocupado magistra-
turas menores [248], a los que tuvieran colgados en sus casas
despojos enemigos o hubieran recibido una corona cívica.
Elegidos, así, ciento setenta y siete senadores con general 7
aprobación, dimitió al instante de su cargo y bajó de la
tribuna rostral como simple particular después de despedir
a los lictores y se confundió entre la multitud de los que 8
se dedicaban a sus asuntos privados, haciendo así tiempo
a propósito, para no sacar del foro a la población si quería
acompañarlo hasta su casa. A pesar de aquella demora,
sin embargo, no decayó el interés de la gente, y lo acom-
pañaron en masa a su domicilio. El cónsul regresó al 9
frente aquella misma noche sin ponerlo en conocimiento
del senado, para que no le obligaran a quedarse en Roma
para los comicios.

Al día siguiente, el senado, consultado por el pretor 24
Marco Pomponio, decidió que se le escribiera al dictador [249]

---

[248] Seguimos la propuesta textual *qui minores* (Stroth).

[249] Marco Junio Pera.

para que viniera, si lo consideraba conforme con los intereses de la república, para la elección de cónsules sustitutos, y que lo acompañara el jefe de la caballería y el pretor
2 Marco Marcelo, con el objeto de que los senadores pudieran conocer, con ellos delante, cuál era la situación de la república y tomaran las medidas requeridas por las circunstancias. Todos estos cuya presencia se había reclamado se presentaron, dejando legados al mando de las legiones.
3 El dictador habló de sí mismo en términos comedidos y sin extenderse mucho, atribuyó en gran medida la gloria al jefe de la caballería, Tiberio Sempronio Graco, y fijó la fecha de los comicios, en los que resultaron elegidos cónsules [250] Lucio Postumio por tercera vez [251], ausente, que entonces tenía el mando de la provincia de la Galia, y Tiberio Sempronio Graco, que era entonces jefe de la caba-
4 llería y edil curul. Inmediatamente después fueron nombrados pretores Marco Valerio Levino por segunda vez, Apio Claudio Pulcro, Quinto Fulvio Flaco y Quinto Mu-
5 cio Escévola. Después de la elección de los magistrados, el dictador regresó al frente a Teano [252], a los cuarteles de invierno, dejando en Roma al jefe de la caballería a fin de que pudiera consultar al senado sobre reclutamiento y preparación de ejércitos para el año siguiente, puesto que de allí a pocos días iba a entrar en funciones.

---

[250] Para el año 215.

[251] Las anteriores, en 234 y 229.

[252] Teano Sidícino (Teano). Cf. nota 207.

Desastre militar en la Galia; pero Roma decide dar prioridad a la guerra con Aníbal

Precisamente mientras se daban estos 6
pasos llegaron noticias de un nuevo desastre, pues aquel año la mala suerte los acumulaba uno sobre otro: Lucio Postumio, el cónsul electo, y su ejército habían sido aniquilados en la Galia. Había 7
una extensa selva, que los galos llamaban Lítana [253], por donde iba a cruzar con su ejército. A izquierda y derecha en torno al camino los galos cortaron los árboles de esta selva de tal forma que si no se los tocaba se mantenían de pie, pero si se les daba un ligero impulso se venían abajo. Postumio tenía dos legiones romanas 8
y había alistado en la vertiente del mar Adriático tantos aliados que metió en los campos enemigos veinticinco mil hombres armados. Los galos se habían apostado alrededor 9
de la entrada del bosque y, cuando la columna se internó en la selva, empujaron los árboles cortados que estaban más hacia fuera; al desplomarse éstos, unos sobre otros, no pudiendo resistir el impulso por estar mal asegurados, cayeron a ambos lados y sepultaron armas, hombres y caballos, hasta el punto que apenas si se salvaron diez hombres, pues la mayoría sucumbieron asfixiados bajo los tron- 10
cos de los árboles y las ramas rotas, y el grupo restante, en pleno desconcierto ante aquella inesperada circunstancia, fue liquidado por los galos armados que rodeaban todo el contorno de la selva, y de tantos como eran solamente fueron hechos prisioneros unos pocos que se dirigieron al puente de un río y fueron interceptados por los enemigos que previamente habían bloqueado dicho puente. Allí su- 11
cumbió Postumio, batiéndose con todas sus fuerzas para no caer prisionero. Los boyos, entre ovaciones, llevaron

[253] En el Apenino, al sudeste de Mútina (Modena), en el territorio de los galos boyos.

los despojos del cadáver y la cabeza cortada del general
al templo que entre ellos era objeto de mayor veneración.
12 Luego, vaciando la cabeza según su costumbre, cincelaron
en oro el cráneo y lo utilizaban como vaso sagrado para
hacer libaciones en las solemnidades y servía al mismo tiem-
po de copa al sacerdote y los rectores de los templos.
13 Los galos obtuvieron también un botín tan importante
como la victoria, pues aunque gran parte de los animales
habían sido aplastados al desplomarse los árboles, sin em-
bargo los demás objetos de valor, como no se produjo dis-
persión ninguna por huir, fueron hallados esparcidos por
el suelo todo a lo largo de la columna abatida.

25 Al recibirse la noticia de este desastre cundió el pánico
en la ciudad durante muchos días, hasta tal punto que se
cerraron las tiendas, la ciudad quedó desierta como si fue-
2 ra de noche y el senado encargó a los ediles recorrer la
ciudad y ordenar que se abriesen las tiendas y eliminar de
las calles las manifestaciones de abatimiento público. Des-
pués, Tiberio Sempronio reunió al senado [254], confortó a
3 los senadores y los animó a que no se desalentaran ante
contratiempos menos importantes, ellos que no se habían
dejado abatir por el desastre de Cannas; que, por lo que
se refería al enemigo cartaginés y a Aníbal, sólo con que
4 las cosas salieran tan bien como esperaba, se podía obviar
sin peligro la guerra de la Galia y dejarla para más adelan-
te; que ya tendrían los dioses y el pueblo romano ocasión
de vengarse de aquella mala pasada; era la cuestión del
enemigo cartaginés y de los ejércitos con que afrontar esta
5 guerra la que debían debatir y discutir. Primero hizo él
una exposición detallando cuántos soldados de infantería

[254] El *magister equitum* podía convocar al senado. Cf. Cic., *De Leg.* III 4.

y cuántos de caballería, cuántos ciudadanos y cuántos aliados había en el ejército del dictador; después, hizo Marcelo una exposición de conjunto sobre sus tropas. Se pidió 6
a los entendidos que explicaran qué efectivos había en Apulia con el cónsul Gayo Terencio, y no se encontraba la forma de sacar dos ejércitos consulares lo bastante fuertes para una guerra de semejante calibre. En vista de ello se acordó dejar de lado la Galia por aquel año, a pesar del aguijón de una legítima cólera. Se le asignó por decreto al cónsul el ejército del dictador. En cuanto al ejército 7
de Marcelo, se acordó trasladar a Sicilia a los que hubieran huido en Cannas, y que militasen allí mientras durase la guerra en Italia. Asimismo se acordó que fueran también 8
allí confinados los soldados más débiles de las legiones del dictador, sin fijar más plazo para su servicio de armas que el establecido por las leyes. Un decreto asignó dos legiones 9
urbanas al otro cónsul, al que resultara elegido para reemplazar a Lucio Postumio, y se acordó nombrarlo en cuanto fuera posible respetando los auspicios; se haría venir 10
de Sicilia, además, cuanto antes, a las dos legiones, y el cónsul al que hubiesen correspondido las legiones urbanas tomaría de aquéllas los soldados que fuera preciso; al cón- 11
sul Gayo Terencio se le prorrogaría el mando por un año y no se le reducirían los efectivos que tenía para defender la Apulia.

La guerra en Hispania: Asdrúbal contra los tartesios

Mientras en Italia ocurrían estos hechos 26
y se hacían estos preparativos, la guerra en Hispania [255] no decaía en absoluto, si bien hasta entonces los resultados eran mejores para los romanos. Publio y Gneo 2
Escipión se habían repartido las tropas de forma que Gneo

[255] Continuación de XXII 22, 21.

llevaba la dirección de las operaciones de tierra y Publio de las navales. Asdrúbal, el general de los cartagineses, no confiaba demasiado en sus fuerzas de tierra ni de mar, se mantenía lejos del enemigo, protegido por la distancia y la posición, hasta que después de protestar de forma insistente y durante largo tiempo, le fue enviado desde África un refuerzo de cuatro mil hombres de a pie y quinientos
3 de a caballo. Entonces, recobrada al fin la confianza, traslada su campamento más cerca del enemigo y ordena a su vez que se equipe y prepare la flota para defender
4 las islas y la costa. Precisamente cuando impulsaba la reactivación de las operaciones, se vio muy afectado por la defección de los prefectos de las naves; éstos, a raíz de su abandono de la flota en el Ebro a causa del pánico, habían sido recriminados con dureza, y a partir de entonces nunca habían sido muy de fiar ni para el general ni
5 para los intereses de Cartago. Estos sublevados habían suscitado una insurrección entre los tartesios [256], y por instigación suya se habían rebelado unas cuantas ciudades, incluso una de ellas la habían tomado por la fuerza.

6 Se dirigió la guerra contra el pueblo tartesio en vez de los romanos, y Asdrúbal penetró en territorio enemigo con su ejército en son de guerra y decidió atacar a Calbo, famoso jefe de los tartesios, que estaba acampado con un fuerte ejército delante de las murallas de la ciudad, toma-
7 da pocos días antes. Consiguientemente, envió por delante a la infantería ligera para atraer al enemigo a combate, y una parte de la caballería la mandó a saquear los campos en todas direcciones y a echar mano a los enemigos des-
8 perdigados. A un mismo tiempo había conmoción en el campamento y fuga y muertes a través de los campos; más

[256] Habitantes del bajo valle del Guadalquivir.

tarde fueron todos a refugiarse al campamento por dife-
rentes rutas desde todas partes, y de pronto desapareció
el pánico que los embargaba, de forma tal que tuvieron
coraje suficiente no ya para defender las fortificaciones,
sino incluso para combatir hostigando al enemigo. Salen, 9
pues, bruscamente del campamento en columna, danzando
según su costumbre, y su inesperado golpe de audacia in-
funde pánico a un enemigo que poco antes era el que lle-
vaba la iniciativa del ataque. La consecuencia fue que por 10
una parte el propio Asdrúbal llevó sus tropas hacia lo alto
de una colina bastante pendiente, protegida además por
un río que cruzaba por delante, y por otra parte fue tam-
bién aquél el punto de retirada de la infantería ligera y
la caballería que andaba dispersa, y como incluso la colina
y el río le ofrecían pocas garantías, fortificó el campamen-
to con una empalizada. En estas alternativas del pánico 11
se entablaron algunos combates, y no estuvo el jinete nú-
mida a la altura del hispano ni el tirador moro a la del
soldado armado de *caetra,* igual en rapidez pero bastante
superior en fortaleza moral y física.

Como no eran capaces de atraer al combate a los 27
cartagineses a pesar de permanecer plantados delante de
su campamento ni era cosa fácil el asalto del campamento,
tomaron al asalto la ciudad de Ascua [257], donde Asdrúbal 2
había concentrado el trigo y demás provisiones al internar-
se en territorio enemigo, y se apoderaron de todo el terri-
torio de los alrededores. Pero ya no había autoridad algu-
na capaz de contenerlos ni durante la marcha ni en el
campamento. Cuando Asdrúbal se enteró de que los éxitos, 3
como suele ocurrir, habían desencadenado esta indiscipli-

[257] No se ha podido precisar la localización de esta ciudad, que sólo aparece nombrada aquí.

na, exhortó a sus hombres a que atacasen a los que anda-
ban dispersos sin guardar la formación, y bajando de la
colina se dirigió directamente al campamento en forma-
4 ción de combate. Los que ocupaban puestos de observa-
ción y de guardia llegaron corriendo atropelladamente anun-
5 ciando su presencia, y se gritó «¡a las armas!». A medida
que cada uno iba empuñando sus armas, sin mando, sin
atender a una señal, sin formación, sin orden, corrían a
la lucha. Se habían enzarzado ya en la pelea los primeros
cuando otros corrían en tropel y otros aún no habían sali-
6 do del campamento. A pesar de todo, al principio su
misma audacia asustó al enemigo; después, al atacar aisla-
dos a los que estaban en formación cerrada, como la esca-
sez numérica les ofrecía poca seguridad, se buscaban unos
a otros con la mirada y, presionados por todas partes, for-
7 maban el círculo; juntando espalda contra espalda y arma
con arma, forzados a apretarse más, como apenas si te-
nían espacio para mover las armas, envueltos en cordón
por el enemigo fueron cayendo hasta bien entrado el día;
8 una pequeña parte se abrió paso y se dirigió a los bos-
ques y las montañas. En un movimiento de pánico similar
quedó abandonado el campamento y al día siguiente se
rindió todo aquel pueblo.

9 Pero no se atuvo por mucho tiempo a lo acordado,
pues inmediatamente después llegó de Cartago la orden de
que Asdrúbal llevara su ejército a Italia cuanto antes, y
la difusión de esta noticia por Hispania hizo que práctica-
10 mente todos se inclinaran hacia los romanos. En vista de
ello, Asdrúbal envió a Cartago inmediatamente una carta
señalando el grave daño que había ocasionado la noticia de
su partida, y que si de verdad se marchaba de allí, antes de
que cruzara el Ebro, Hispania pertenecería a los romanos,
11 pues aparte del hecho de que no tenía ni guarnición ni

jefe que dejar en su lugar, los generales romanos eran de tal categoría que apenas si se les podía resistir en igualdad de fuerzas; que, por consiguiente, si en algo les preocupa- 12
ba Hispania, enviasen a alguien para sucederle con un poderoso ejército; aun en caso de que a éste le saliera todo bien, no le iba a resultar falto de actividad su cometido.

Asdrúbal prepara la marcha a Italia y sufre una derrota cerca del Ebro

Aunque al principio esta carta causó 28
una viva impresión en el senado, sin embargo, puesto que era primero y más importante el prestar atención a Italia, no se produjo ninguna modificación en lo concerniente a Aníbal y sus tropas; se 2
envió a Himilcón con un ejército regular y una flota reforzada, para conservar y defender Hispania por tierra y mar. Cuando éste hizo la travesía con las 3
tropas de mar y tierra y atrincheró el campamento, y sacó las naves a tierra y las rodeó de una empalizada, él, con unos jinetes escogidos, acelerando la marcha cuanto podía llegó hasta Asdrúbal a través de pueblos poco de fiar o claramente hostiles, sin descuidar la guardia ni por un instante. Informó de los decretos e instrucciones del senado 4
y él a su vez recibió explicaciones sobre cómo conducir la guerra en Hispania; desanduvo el camino de vuelta a su campamento, radicando su seguridad en la rapidez más que en ninguna otra cosa, porque ya se había marchado de todas partes antes de que se pusieran de acuerdo. Asdrúbal, antes de levantar el campamento, pidió dinero 5
a todos los pueblos que le estaban sometidos, pues sabía 6
perfectamente que Aníbal había comprado con dinero el paso por algunos territorios, y que sólo mediante pago había conseguido las tropas auxiliares galas, y que si hubiera emprendido sin recursos una marcha tan larga, difícilmen-

te habría llegado hasta los Alpes. Recogido, pues, el dine-
ro a toda prisa, descendió hacia el Ebro.
7 Cuando los romanos fueron informados de los decretos
de Cartago y la marcha de Asdrúbal, los dos generales [258],
interrumpiendo cualquier otra tarea, reunieron sus tropas
y se dispusieron a atajar sus planes y cerrarle el paso,
8 convencidos de que, si Asdrúbal y el ejército que estaba
en Hispania se unían a Aníbal, al que apenas si podía Ita-
lia resistir por sí solo como enemigo, aquél iba a ser el
9 final del imperio romano. Con la inquietud de estas pre-
ocupaciones reúnen sus tropas junto al Ebro y, una vez
cruzado el río, después de deliberar largamente si acampa-
rían frente al campamento de Asdrúbal o si les bastaría
con atacar a los aliados de los cartagineses para que el
10 enemigo demorara la marcha que tenía prevista, se disponen
a atacar la ciudad más opulenta entonces de aquella co-
marca, ciudad llamada Hibera [259] por el río que tenía
11 cerca. Cuando Asdrúbal lo supo, en vez de llevar ayuda
a sus aliados marchó a atacar a su vez una ciudad que
12 se había entregado a los romanos recientemente. De esta
forma, los romanos interrumpieron el asedio que había co-
menzado ya y la guerra se dirigió contra el propio Asdrúbal.
29 Durante unos pocos días mantuvieron los campamentos
a una distancia de cinco millas, sin que faltaran las escara-
2 muzas pero sin salir al campo de batalla. Por fin, pre-
cisamente el mismo día, como si se hubieran puesto de
acuerdo, se dio por ambas partes la señal de combate y
3 descendieron a la llanura con todas sus tropas. El frente
romano se formó con tres líneas. Parte de los vélites fue
situada entre los que combatían delante de las enseñas, y

---

[258] Los Escipiones.

[259] Referencia al Ebro. Aunque se han hecho diversas propuestas, no hay certeza sobre su emplazamiento.

a los otros se les hizo sitio detrás de las enseñas; la caballe-
ría cubrió las alas. Asdrúbal dio solidez con los hispanos 4
al centro del ejército; en las alas situó a los cartagineses
en la derecha y a los africanos y tropas mercenarias auxi-
liares en la izquierda; los jinetes los colocó delante de las
alas, los númidas al lado de los cartagineses de infantería
y los demás al lado de los africanos. Pero no situó en 5
el ala derecha a todos los númidas, sino a los que, como
los acróbatas, llevaban dos caballos y tenían por costum-
bre saltar armados del caballo cansado al fresco, muchas
veces en lo más encarnizado de la pelea: tal era su agilidad
y tal la docilidad de los caballos de aquella raza. Mientras 6
estaban formados de este modo, no eran muy dispares las
esperanzas de los generales de uno y otro lado, pues la
verdad es que ni unos ni otros llevaban ventaja en cuanto
al número o la calidad de sus soldados, pero la disposición
de ánimo de éstos era muy diferente. En efecto, aunque 7
combatían lejos de su patria, a los romanos los habían
convencido sin dificultad sus jefes de que ellos luchaban
por Italia y por la ciudad de Roma; por eso, como si el
regreso a la patria se decidiera en aquella batalla, estaban
firmemente decididos a vencer o morir. Menos resueltos 8
estaban los combatientes con que contaba el otro ejército,
pues en su inmensa mayoría eran hispanos, que preferían
ser vencidos en Hispania a vencer y ser arrastrados a Italia.
Así pues, al primer choque, cuando apenas se habían lan- 9
zado las jabalinas, el centro de su ejército retrocedió, y
al echárseles encima los romanos con gran empuje, volvie-
ron la espalda. No fue menos enconada la batalla en las
alas. Por un lado aprietan los cartagineses, por otro los 10
africanos, y como si los tuvieran envueltos combaten pre-
sentando un frente por cada lado; pero como el ejército 11
romano estaba ya agrupado en el centro, tuvo fuerzas sufi-

12 cientes para mantener apartadas las alas enemigas. Había así dos frentes de combate en puntos diferentes. En uno y otro se impusieron con claridad los romanos, que eran superiores en número y fuerza puesto que anteriormente
13 habían rechazado el centro enemigo. Hubo allí mismo un número muy elevado de bajas, y si los hispanos no se hubieran desbandado huyendo de aquella forma nada más iniciarse el combate, habrían sobrevivido muy pocos de
14 todo aquel ejército. Lucha a caballo no hubo en absoluto porque los moros y los númidas, en cuanto vieron que el centro de la formación cedía, emprendieron inmediatamente una fuga precipitada y dejaron las alas desguarnecidas, lle-
15 vándose incluso por delante a los elefantes. Asdrúbal, por su parte, esperó hasta que el resultado de la batalla se decantó de forma definitiva y huyó con unos pocos hombres en medio de la carnicería. Los romanos tomaron el
16 campamento y lo saquearon. Esta batalla indujo a pasarse a los romanos a los que dudaban aún en Hispania, si es que alguno quedaba, y dejó [260] a Asdrúbal sin esperanzas no ya de trasladar a Italia sus ejércitos, sino incluso de
17 permanecer en Hispania con garantías suficientes. Cuando estos acontecimientos se hicieron de dominio público en Roma por una carta de los Escipiones, más que la victoria era motivo de alegría el hecho de haber impedido el paso de Asdrúbal a Italia.

Movimientos de tropas

30 Mientras ocurrían estos hechos en Hispania, en el Brucio un lugarteniente de Aníbal, Himilcón, tomó Petelia al asalto algunos meses después de haberse inicia-
2 do el asedio. Aquella victoria les costó a los cartagineses mucha sangre y heridas y a los sitiados

[260] Seguimos la lectura *spem reliquerat*.

los rindió el hambre en mayor medida que la fuerza. Una vez agotadas, en efecto, las provisiones de productos 3 de la tierra y de carne de todo tipo de animales, de la que se suele consumir y de la que no, al final vivieron de cueros y hierbas y raíces y cortezas tiernas y hojas recién arrancadas, y no se llevó a cabo el asalto hasta que 4 les faltaron las fuerzas para mantenerse erguidos sobre los muros y sostener el peso de las armas. Tomada Petelia, 5 el cartaginés trasladó sus tropas a Consencia [261], que se defendió con menos tenacidad y en cosa de unos pocos días se le rindió. También, casi por las mismas fechas, 6 un ejército de los brucios puso cerco a Crotona [262], ciudad griega muy rica en hombres y armas en otros tiempos, pero tan afectada entonces por numerosos y graves desastres, que le quedaban menos de dos mil ciudadanos, contando a los de todas las edades. Por eso los enemigos se apodera- 7 ron con facilidad de la ciudad desprovista de defensores; sólo quedó en su poder la ciudadela, a donde fueron a refugiarse unos pocos huyendo en plena matanza en medio de la confusión de la toma de la ciudad. También se 8 pasaron a los brucios y cartagineses los locrenses, traicionando al pueblo los ciudadanos principales. Los de Re- 9 gio [263] fueron los únicos de aquella comarca que se mantuvieron fieles a los romanos e independientes hasta el final. Esta misma tendencia llegó también a Sicilia y ni siquiera 10

[261] Consencia (hoy Consenza) fue la ciudad principal de los brucios desde 356 a. C. Estaba a orillas del río Crati.

[262] Situada en la costa oriental del Brucio, en la Italia meridional. Había destruido a su vecina *Sybaris* en el s. VI, pero decayó a partir del s. IV tras ser derrotada por Locros. Sobre su relación con el pitagorismo, cf. I 18, 2.

[263] Regio (hoy Reggio di Calabria) había estado bajo protección romana desde 280 a. C.

la casa de Hierón se vio libre del todo de la rebelión.
11 Efectivamente, Gelón, el primogénito, no respetando ni la ancianidad de su padre ni la alianza con Roma posterior a la batalla de Cannas, se pasó a los cartagineses, y habría
12 revolucionado Sicilia si, cuando estaba armando a las masas e instigando a los aliados, no se lo hubiera llevado una muerte tan oportuna que hasta su padre se vio salpicado
13 por las sospechas. Éstos fueron los hechos ocurridos aquel año[264], con suerte diversa, en Italia, África, Sicilia e Hispania.

Al finalizar el año, Quinto Fabio Máximo pidió al senado autorización para dedicar el templo de Venus Ericina
14 que había prometido con voto siendo dictador. El senado decretó que Tiberio Sempronio, cónsul electo, en cuanto entrase en funciones de su cargo propusiese al pueblo que Quinto Fabio fuese uno de los duúnviros para la dedica-
15 ción del templo. También, en honor de Marco Lépido, que había sido dos veces cónsul y augur, tres hijos suyos, Lucio, Marco y Quinto, ofrecieron tres días de juegos fúne-
16 bres en el foro y veintidós parejas de gladiadores. Los ediles curules Gayo Letorio y Tiberio Sempronio Graco, el cónsul electo, que durante su mandato de edil había sido jefe de la caballería, hicieron unos Juegos Romanos, que
17 se renovaron durante tres días. Los Juegos Plebeyos de los ediles Marco Aurelio Cotta y Marco Claudio Marcelo fueron reiniciados por tres veces.

18 Transcurrido el tercer año de la guerra púnica, el cónsul Tiberio Sempronio tomó posesión de su cargo el quince de marzo. En cuanto a los pretores, a Quinto Fulvio Flaco, que antes había sido cónsul[265] y censor, le co-

[264] En 216.

[265] En 237 y 224.

rrespondió en suerte la jurisdicción urbana y a Marco Valerio Levino la de los extranjeros; Sicilia le tocó en suerte a Apio Claudio Pulcro, y Cerdeña a Quinto Mucio Escévola. El pueblo confirió a Marco Marcelo autoridad con- 19
sular, porque desde la derrota de Cannas era el único general romano que había operado con éxito en Italia.

El senado, el primer día que celebró sesión, acordó 31
que aquel año se impusiese tributo doble y que se recaudase la mitad de forma inmediata, para abonar en el acto 2
su paga a todos los soldados, exceptuados los que habían combatido en Cannas. Por lo que se refiere a los ejércitos, 3
se dispuso que el cónsul Tiberio Sempronio señalase una fecha a las dos legiones urbanas para que se concentrasen en Cales; de allí serían conducidas dichas legiones al campamento de Claudio más allá de Suésula [266]; que las legiones 4
que había allí, y que pertenecían casi en su totalidad al ejército de Cannas, las trasladase a Sicilia el pretor Apio Claudio Pulcro, y que fuesen trasladadas a Roma las que estaban en Sicilia. Se envió a Marco Claudio Marcelo a 5
hacerse cargo del ejército al que se había señalado fecha para concentrarse en Cales, y también recibió instrucciones de llevar las legiones urbanas hasta el campamento de Claudio. Para hacerse cargo del ejército veterano y llevarlo de 6
allí a Sicilia, Apio Claudio envió al legado Tito Mecilio Crotón. Los senadores en un principio se mantuvieron, 7
sin intervenir, a la espera de que el cónsul convocase los comicios para la elección de un colega; después, cuando vieron que se mantenía alejado a Marco Marcelo, parecía que a propósito, siendo así que ellos querían por encima de todo que fuese nombrado cónsul para aquel año por su sobresaliente actuación durante su mandato de pretor,

[266] Cf. 17, 3.

8 estallaron los murmullos en la curia. El cónsul, al percatarse de ello, dijo: «Los intereses del Estado exigían, padres conscriptos, dos cosas: que Marco Claudio se fuera a la Campania para efectuar el cambio de ejércitos, y que no se convocasen los comicios hasta que él regresase de allí después de cumplimentar la misión que se le ha encomendado, con el objeto de que vosotros tuvierais el cónsul que las circunstancias de la república requieren, el que
9 vosotros queréis por encima de todo». De esta forma, hasta que Marcelo regresó no se habló de comicios. Entre tanto, Quinto Fabio Máximo y Tito Otacilio Craso fueron nombrados duúnviros para la dedicación de los templos: Otacilio el de la Razón, y Fabio el de Venus Ericina. Se encuentran ambos en el Capitolio, separados únicamente
10 por un canal. También se presentó al pueblo la propuesta de dar la ciudadanía romana a los trescientos jinetes campanos que habían llegado a Roma después de cumplir fielmente el servicio militar en Sicilia, considerándolos asimismo ciudadanos de Cumas [267] desde la víspera del día en que el pueblo campano se había separado del pueblo
11 romano. Lo que más había influido en la presentación de esta propuesta era la circunstancia de que ellos mismos confesaban ignorar a qué clase de ciudadanos pertenecían, al haber dejado su antigua patria [268] y no haber sido reconocidos aún en aquella a la que habían llegado de vuelta [269].

---

[267] En el año 340 se les había concedido la ciudadanía romana a los integrantes de la caballería campana (cf. VIII 11, 16). Al ser borrada Capua de la lista de *municipia* por haberse sublevado, los trescientos caballeros campanos fueron inscritos en un *municipium* vecino, el de Cumas, para que no perdiesen la ciudadanía, fechando la inscripción el día anterior a la sublevación.

[268] Capua.

[269] Roma.

Al regresar Marcelo del frente, se convocan los comicios 12
para la elección de un único cónsul que reemplace a Lucio Postumio. Por abrumadora mayoría resulta elegido Mar- 13
celo, para ocupar el cargo de forma inmediata. Como sonó un trueno cuando estaba tomando posesión como cónsul, se convocó a los augures y declararon que en su opinión se había producido una irregularidad en el nombramiento, y los senadores andaban propalando el rumor de que los dioses no veían con buenos ojos el hecho de que se hubiese elegido cónsules a dos plebeyos, cosa que ocurría entonces por primera vez. Cuando Marcelo renunció 14
al cargo, en su lugar fue elegido, por tercera vez, Quinto Fabio Máximo.

Aquel año el mar despidió llamas; en Sinuesa una 15
vaca parió un potro; en Lanuvio, en el templo de Juno Salvadora, manó sangre de unas estatuas, y llovieron piedras en los alrededores de dicho templo: por esta lluvia se celebró un novenario sacro como de costumbre; los demás portentos fueron expiados debidamente.

Los cónsules se repartieron los ejércitos. A Fabio le 32
tocó el de Teano, mandado anteriormente por el dictador Marco Junio; a Sempronio le fueron asignados por decreto los esclavos voluntarios que había en Teano y veinticinco mil aliados, y al pretor Marco Valerio las legiones que 2
habían retornado de Sicilia; Marco Claudio fue enviado con atribuciones de cónsul al ejército que defendía Nola, por encima de Suésula. Los pretores marcharon a Sicilia y Cerdeña. Los cónsules publicaron una disposición en el 3
sentido de que siempre que convocasen al senado, los senadores y los que tenían derecho a exponer su parecer ante el senado se reunieran en la puerta Capena. Los pretores 4
a cuyo cargo estaba la administración de la justicia situaron sus tribunales junto al estanque público, disponiendo

que se efectuaran allí las comparecencias, y allí se administró justicia durante aquel año.

5 Entre tanto, en Cartago, desde donde Magón, el hermano de Aníbal, se disponía a cruzar Italia con doce mil hombres de infantería y mil quinientos de caballería, veinte elefantes y mil talentos de plata, con una escolta de sesenta
6 naves de guerra, se recibió la noticia de la derrota de Hispania y de que casi todos los pueblos de dicha provin-
7 cia se habían pasado a los romanos. Algunos se mostraban partidarios de dirigir hacia Hispania a Magón con las tropas y la flota mencionada, dejando Italia de lado, cuando de repente brilló un rayo de esperanza de recupe-
8 rar Cerdeña: el ejército romano que había allí era reducido; el antiguo pretor, Aulo Cornelio, buen conocedor de la provincia, la abandonaba y era esperado otro nuevo;
9 los sardos, por otra parte, estaban ya cansados de la larga duración de su sometimiento a Roma [270], y el año anterior se había ejercido sobre ellos una dominación cruel y codiciosa, abrumándolos con gravosos impuestos y con una desmedida contribución de trigo; lo único que les faltaba
10 era un jefe al que pasarse. Esta información confidencial había sido transmitida por intermedio de los ciudadanos más importantes, siendo el principal instigador de la operación Hampsícora, la persona de mayor influencia y
11 poder por aquel entonces. Alarmados y al mismo tiempo entusiasmados con estas noticias, envían a Hispania a Ma-
12 gón con su flota y sus tropas; para dirigir las operaciones en Cerdeña eligen a Asdrúbal y le asignan un volumen de efectivos casi como el de Magón.

13 En Roma los cónsules habían hecho todo lo que había que hacer en la ciudad y se ocupaban ya de la guerra.

[270] Duraba ya 23 años.

Tiberio Sempronio fijó la fecha en que los movilizados 14 debían concentrarse en Sinuesa, y Quinto Fabio, previa consulta al senado, mandó que trasladasen todos el trigo desde los campos a las plazas fuertes antes del próximo primero de junio: que si alguien no lo hacía, arrasaría sus 15 tierras de labor, vendería en subasta sus esclavos y prendería fuego a sus caseríos. Ni siquiera los pretores, nombrados para administrar justicia, quedaron al margen de la gestión de la guerra. Se acordó que el pretor Valerio 16 fuera a la Apulia a hacerse cargo del ejército de Terencio, que cuando llegasen las legiones procedentes de Sicilia se las emplease preferentemente en la defensa de aquella zona, y que el ejército de Terencio fuera enviado a Tarento con alguno de los legados, asignándole además veinticinco 17 naves para la protección de las costas entre Brundisio[271] y Tarento. Igual número de naves se le asignó al pretor 18 urbano Quinto Fulvio para la defensa de las costas cercanas a Roma. Al procónsul Gayo Terencio se le confió la 19 tarea de reclutar tropas en el Piceno y proteger dicha zona. Y Tito Otacilio Craso, después de dedicar el templo de la 20 Razón en el Capitolio, fue enviado a Sicilia con plenos poderes para tomar el mando de la flota.

Pasos para un pacto entre Aníbal y Filipo de Macedonia

Esta confrontación entre los dos pue- 33 blos más poderosos de la tierra centraba la atención de todos los reyes y todas las naciones, entre ellos Filipo, rey de Ma- 2 cedonia, de forma especial por su mayor proximidad a Italia, de la que únicamente lo separaba el mar Jónico. Éste, nada más tener noticias de que Aníbal 3

[271] Brundisio (Brindisi) pasó a poder romano en 245, quedando después unida a Roma por la Vía Apia. Fue el puerto habitual de embarque para Oriente.

había cruzado los Alpes, por una parte se alegró de que hubiera estallado la guerra entre romanos y cartagineses, pero por otra había tenido dudas sobre cuál de los dos pueblos prefería que venciera, dada la incertidumbre sobre
4 las fuerzas con que contaban. Pero cuando hubo tres batallas y tres victorias de los cartagineses, se puso del lado de la fortuna y envió embajadores a Aníbal; éstos, evitando los puertos de Brundisio y Tarento porque estaban sometidos a la vigilancia de las naves romanas, desembarca-
5 ron cerca del templo de Juno Lacinia [272]. Cuando se dirigían de allí a Capua atravesando la Apulia, se metieron de lleno en una guarnición romana y fueron conducidos a presencia del pretor Valerio Levino, acampado en las
6 cercanías de Luceria. Entonces Jenófanes, portavoz de la embajada, sin perder la serenidad, dijo que lo enviaba el rey Filipo para establecer una alianza de amistad con el pueblo romano, y que traía un comunicado para los cón-
7 sules, el senado y el pueblo romano. El pretor, muy contento con la perspectiva de la nueva alianza con un rey tan famoso en plena defección de los aliados antiguos, dispensó a los enemigos una grata acogida, como si fueran
8 huéspedes. Les asigna una escolta, les explica cuidadosamente el itinerario, y les indica qué localidades y qué pasos
9 están en poder de los romanos o de los enemigos. Jenófanes llegó hasta la Campania cruzando las posiciones romanas, y desde allí, por el camino más corto, hasta el campamento de Aníbal, ajustando con él un tratado de
10 amistad en los siguientes términos: el rey Filipo con la flota más grande que le fuera posible —y parecía estar en

[272] En un punto situado a seis millas de Crotona, en el *promonturium Lacinium* (Capo delle Colonne), en el extremo sudoeste del Golfo de Tarento.

condiciones de reunir doscientas naves— pasaría a Italia, devastaría la costa y haría por su propia cuenta la guerra por tierra y por mar; finalizada la guerra, Italia entera, 11
incluida la propia ciudad de Roma, pasaría a poder de Aníbal y los cartagineses, y el botín le sería cedido a Aníbal en su totalidad; sometida Italia por completo, los cartagi- 12
neses zarparían para Grecia y harían la guerra contra quienes quisiera el rey; las ciudades del continente y las islas del contorno de Macedonia serían para Filipo y su reino.

Tales fueron, aproximadamente, los términos del acuer- 34
do suscrito entre el general cartaginés y los diputados de los macedonios; éstos, acompañados de Gisgón, Bostar y 2
Magón, enviados como comisionados para recibir del propio rey la confirmación del compromiso, llegaron hasta las inmediaciones del santuario de Juno Lacinia, al sitio donde se encontraba la nave oculta en un fondeadero. Partieron de allí, y cuando iban rumbo a alta mar, fueron 3
avistados por la flota romana que patrullaba las costas de Calabria, y Valerio Flaco envió unas embarcaciones 4
ligeras a dar caza a la nave y traerla de vuelta. Al principio, los enviados del rey intentaron huir; luego, cuando se dieron cuenta de que les ganaban en velocidad, se entregaron a los romanos; llevados a presencia del comandante de la flota, cuando éste les preguntó quiénes eran, de dónde 5
venían y a dónde se dirigían, Jenófanes repitió la mentira que tan buen resultado le había dado ya la primera vez y dijo que Filipo le había enviado a Roma, que el único hasta el que había podido llegar sin riesgo era Marco Valerio, que la Campania, bloqueada por las tropas enemigas, no había podido cruzarla. Después, la indumentaria y la 6
pinta que tenían de cartagineses levantó sospechas sobre los emisarios de Aníbal y, una vez interrogados, los delató el acento; tomando entonces aparte a sus acompañantes 7

y amenazándolos, aparecieron también las cartas de Aníbal a Filipo con los acuerdos entre el rey de Macedonia
8 y el general cartaginés. Después de un detenido examen se estimó que lo mejor era trasladar cuanto antes a los embajadores y sus acompañantes a Roma a presencia del senado o a presencia de los cónsules, dondequiera que se
9 encontrasen. Con este propósito se eligieron las cinco naves más rápidas y se envió a Lucio Valerio Anciate al mando de las mismas dándole instrucciones de que repartiera a los embajadores entre las distintas naves para su custodia por separado y que tuviese cuidado de que no hablasen entre ellos ni se pusieran de acuerdo.

10 Por aquellas mismas fechas, en Roma, Aulo Cornelio Mámula, a su regreso de la provincia de Cerdeña, presentó un informe sobre la situación en la isla: todos estaban es-
11 perando la sublevación y la guerra; Quinto Mucio, su sucesor, atacado desde su llegada por los rigores del clima y la humedad, afectado por una enfermedad no grave pero sí latosa, iba a estar largo tiempo incapacitado para sopor-
12 tar la actividad de la guerra, y el ejército que había allí, lo bastante fuerte para controlar una provincia en tiempos de paz, parecía poco para la guerra que se iba a desenca-
13 denar. El senado dispuso que Quinto Fulvio Flaco alistase cinco mil soldados de a pie y cuatrocientos de a caballo y que se encargase de que esta legión se trasladase cuanto
14 antes a Cerdeña y enviase, con plenos poderes, a quien le pareciese, para dirigir las operaciones hasta el restableci-
15 miento de Mucio. Con este propósito fue enviado Tito Manlio Torcuato, que había sido dos veces cónsul [273] y censor y había sometido a los sardos durante su primer
16 consulado. Casi por esas mismas fechas también desde

[273] En 235 y 224.

Cartago se envió a Cerdeña una flota capitaneada por un Asdrúbal cuyo sobrenombre era Calvo; sacudida por una violenta tempestad, se vio empujada hacia las islas Baleares; allí sacaron las naves a tierra, dado el grado de deterioro 17
no sólo de los aparejos sino incluso de los cascos de las embarcaciones, y perdieron bastante tiempo en repararlas.

Fracasan los intentos de tomar Cumas, defendida por Graco

En Italia, quebrantadas las fuerzas de 35
uno de los bandos a raíz de la batalla de Cannas y enervada la moral en el otro, era menor la actividad bélica. Los cam- 2
panos, por su cuenta, intentaron hacerse con el control de los habitantes de Cumas, empezando por pedirles que se rebelasen contra los romanos; como no adelantaron gran cosa por ese camino, prepararon una trampa para atraparlos. Todos los campanos celebraban regular- 3
mente un sacrificio en Hamas [274]. Hicieron saber a los cumanos que acudiría allí el senado campano y les pidieron que acudiese asimismo el senado de Cumas para deliberar juntos a fin de que ambos pueblos tuviesen aliados y enemigos comunes; ellos tendrían allí una guarnición armada en 4
prevención de cualquier amenaza por parte de los romanos o los cartagineses. Los cumanos, aunque recelaban una trampa, no dijeron que no a nada, pensando que así podrían mantener oculto su propio plan para el engaño.

Entre tanto, el cónsul romano Tiberio Sempronio, des- 5
pués de purificar el ejército en Sinuesa, donde les había fijado fecha para presentarse, cruzó el río Volturno y acampó cerca de Literno. Como sus hombres allí no estaban 6
muy ocupados, los obligaba a realizar ejercicios con fre-

[274] Localidad de la Campania situada cerca de Cumas (a tres millas, dice en 13).

cuencia para que los reclutas, esclavos voluntarios en su mayoría, se habituasen a seguir las enseñas y reconocer
7 sus puestos en la formación de combate. Lo que más preocupaba al general, y en ese sentido había dado instrucciones a los legados y tribunos, era evitar que se sembrase la discordia entre las distintas clases de soldados al echarle en cara a alguno de ellos su antigua condición; que el soldado veterano consintiera en ser tratado igual que el recluta, y el ciudadano libre igual que el esclavo voluntario;
8 que se considerase satisfactoria la condición social y la cuna de todos aquellos a los que el pueblo romano había confiado sus armas y sus enseñas; la fortuna había obligado a actuar de aquella forma, y esa misma fortuna obliga-
9 ba a atenerse a lo hecho. Tanto interés como pusieron los oficiales en dar estas instrucciones lo puso la tropa en cumplirlas, y al poco tiempo estaban unidos por una solidaridad tan honda todos ellos que prácticamente se dio por olvidada la condición social de la que provenía cada soldado.

10 Cuando Graco estaba entregado a estas ocupaciones, unos emisarios de Cumas le informaron de la embajada que les había llegado de parte de los campanos hacía pocos días y de la respuesta que ellos les habían dado; la jornada
11 festiva tendría lugar tres días más tarde, y allí iba a estar no sólo el senado en pleno, sino además el campamento
12 y el ejército campano. Graco les mandó a los cumanos que lo trasladasen todo del campo a la ciudad y permaneciesen en el recinto amurallado, y él, el día antes de que tuviera lugar el tradicional sacrificio de los campanos, mar-
13 chó con su campamento en dirección a Cumas. Hamas está a tres millas de distancia. Allí se habían concentrado ya los campanos en masa según lo previsto, y no muy lejos, en un lugar escondido, Mario Alfio, *medix tuticus* —ésta

era la denominación del magistrado supremo de los cam-
panos—, estaba acampado con catorce mil hombres arma-
dos, mucho más pendiente de preparar entretanto la fiesta 14
y su trampa que de la fortificación del campamento o
cualquier otra tarea militar. La celebración era nocturna, 15
pero de forma que estuviese finalizada antes de la media-
noche. Graco, considerando que ése era el momento a 16
propósito para el acecho, apostó centinelas en las puertas
del campamento para que nadie pudiese filtrar sus planes,
hizo que sus hombres repusieran fuerzas y se entregaran al
sueño desde media tarde, para que pudieran formar al 17
oír el toque tan pronto oscureciera. Durante el primer rele-
vo de la guardia, sobre poco más o menos, dio la orden
de marcha. La columna partió en silencio, llegó a Hamas 18
a media noche y atacó por todas las puertas al mismo
tiempo el campamento campano, mal guardado durante
las largas horas de vela. A unos los acuchilló cuando esta-
ban echados durmiendo, a otros cuando regresaban sin
armas una vez consumado el sacrificio. En aquel breve 19
combate nocturno fueron muertos más de dos mil hom-
bres, incluido el propio general Mario Alfio; se tomaron
treinta y cuatro enseñas militares.

Graco se apoderó del campamento enemigo perdiendo 36
menos de cien hombres y se retiró rápidamente a Cumas
por temor a Aníbal, que estaba acampado en el Tifata
dominando Capua. Y no anduvo descaminado en sus 2
previsiones de lo que iba a ocurrir, pues nada más llegar a
Capua la noticia de aquella carnicería, Aníbal dio por su-
puesto que iba a encontrar a aquel ejército de novatos, escla-
vos en su mayoría, ebrio de euforia a raíz de su éxito, expo-
liando las aldeas y conduciendo sus presas hacia Hamas,
y marchó a toda velocidad más allá de Capua dando orden 3
de conducir a esta ciudad a todos los campanos fugitivos

que se encontrasen, asignándoles una escolta, y de trasladar
4 a los heridos en carros. Él en Hamas encontró vacío el
campamento enemigo, nada más que las huellas de la re-
ciente carnicería y los cuerpos de sus aliados tendidos por
5 todas partes. Algunos lo instaban a marchar inmediatamente
6 de allí a Cumas y atacar la ciudad, y a pesar de que Aníbal
lo deseaba vivamente para contar con una ciudad maríti-
ma al menos, ya que Nápoles no había sido posible, sin
embargo, en vista de que sus hombres, al emprender la
marcha precipitadamente, no habían traído nada más que
las armas, se replegó retirándose al campamento sobre el
7 Tifata. Al día siguiente, asediado por las peticiones de los
campanos, regresó a Cumas con todo el material de asalto
de una ciudad y después de arrasar los campos de Cumas
8 situó el campamento a una milla de la ciudad, donde
Graco se había quedado no tanto por confiar demasiado
en su ejército como por sentir reparos en abandonar en
un aprieto semejante a unos aliados que imploraban su
9 protección y la del pueblo romano. Por otra parte, el otro
cónsul, Fabio, que tenía su campamento cerca de Cales,
no se decidía a cruzar con su ejército el río Volturno,
10 ocupado como estaba primero en renovar los auspicios
y después con los portentos que se le anunciaban en cade-
na, pues cuando trataba de expiarlos los arúspices le ha-
cían saber que no resultaba fácil obtener presagios favora-
bles.

37 Mientras estas circunstancias retenían a Fabio, Sem-
pronio estaba sitiado y el ataque se realizaba ya con ma-
2 quinaria de asalto. Frente a una enorme torre de madera
aproximada a la ciudad el cónsul romano levantó otra des-
de el muro a bastante más altura, porque utilizó como ba-
se unos fuertes maderos metiéndolos debajo en el muro,
3 ya de por sí bastante alto. Desde allí los defensores al

principio protegían las murallas de la ciudad con pedrus-
cos, estacas y demás objetos arrojadizos; luego, cuando 4
vieron que la torre, en sucesivos movimientos de avance,
se adosaba al muro, arrojaron teas encendidas contra ella,
prendiéndole fuego por muchos puntos a la vez. Presa del 5
pánico por las llamas, los combatientes se arrojaron en
masa de la torre, y entonces los sitiados, saliendo brusca-
mente por dos puertas al mismo tiempo, sembraron el des-
concierto en las posiciones enemigas y les hicieron huir hasta
el campamento, de suerte que el cartaginés aquel día más
parecía sitiado que sitiador. Fueron muertos cerca de mil 6
trescientos cartagineses, y cincuenta y nueve capturados
vivos, que se habían visto sorprendidos de improviso, dando
vueltas en torno a las murallas o en sus puestos de forma
descuidada y sin tomar precauciones, dado que lo que me-
nos se temían era una salida repentina. Graco dio la señal 7
de retirada y replegó a sus hombres muros adentro, antes
de que los enemigos se recuperasen del repentino susto. Al 8
día siguiente, convencido Aníbal de que el cónsul, en la
euforia del éxito, lucharía a campo abierto, formó el fren-
te de batalla entre el campamento y la ciudad. Pero cuando 9
vio que no había ningún movimiento aparte de la rutinaria
defensa de la ciudad y no se confiaba lo más mínimo en
un albur aventurado, regresó a Tifata sin conseguir nada.

Por las mismas fechas en que Cumas quedó libre del 10
asedio, en Lucania, Tiberio Sempronio, de sobrenombre
Longo, luchó con éxito en Grumento [275] con el cartaginés
Hannón. Dio muerte a más de dos mil hombres y per- 11
dió [276] doscientos ochenta, y capturó unas cuarenta y una
enseñas militares. Desalojado de los confines de la Luca-

[275] En la Lucania interior, cerca del río Bora.

[276] Mantenemos *amisit*.

12 nia, Hannón retrocedió, dirigiéndose al Brucio. También el pretor Marco Valerio, empleando la fuerza, recuperó tres plazas de los hirpinos, Vercelio, Vescelio y Sicilino [277], que se habían rebelado contra el pueblo romano, y los respon-
13 sables de la sublevación fueron ejecutados. Más de quince mil prisioneros fueron vendidos en subasta, el resto del botín se les cedió a los soldados, y el ejército fue conducido de nuevo a Luceria.

38

Roma toma medidas en vista de la embajada de Aníbal a Filipo

Mientras ocurrían estos hechos en territorio lucano e hirpino, las cinco naves que trasladaban a Roma a los embajadores macedonios y cartagineses apresados dieron la vuelta bordeando casi toda la costa de Italia, desde el mar Adriático al
2 Tirreno, pasando frente a Cumas a velas desplegadas, y como no se sabía con seguridad si eran enemigos o aliados, Graco envió a su encuentro unas naves de su propia
3 flota. Cuando, en el interrogatorio mutuo, se enteraron de que el cónsul estaba en Cumas, dirigieron allí sus naves, llevaron los prisioneros a presencia del cónsul y le entrega-
4 ron las cartas. El cónsul leyó detenidamente las cartas de Filipo y de Aníbal, les puso el sello y lo envió todo por tierra al senado, dando orden de trasladar en barco
5 a los embajadores. Éstos llegaron a Roma casi el mismo día que las cartas; cuando fueron interrogados y sus declaraciones coincidieron con lo que estaba escrito, al principio los senadores quedaron seriamente preocupados ante la perspectiva de las proporciones de la guerra que se avecinaba contra Macedonia, cuando a duras penas podían
6 soportar la guerra púnica; sin embargo, lejos de hundirse en el abatimiento, empezaron inmediatamente a buscar la

[277] No hay ninguna otra mención de ninguna de las tres localidades.

manera de mantener al enemigo alejado de Italia tomando
la iniciativa bélica. Se ordenó el encarcelamiento de los 7
prisioneros, se vendió en subasta a sus acompañantes, y
se añadieron por decreto otras veinticinco naves a las veinticinco que estaban al mando del prefecto Publio Valerio
Flaco. Una vez alistadas y botadas estas naves y añadidas 8
las cinco que habían traído a los embajadores apresados,
las treinta embarcaciones zarparon de Ostia en dirección
a Tarento. Publio Valerio recibió orden de embarcar a 9
los soldados que había mandado Varrón y que estaban en
Tarento a las órdenes del legado Lucio Apustio, y con la
flota de cincuenta y cinco navíos defender la costa de Italia y además hacer averiguaciones acerca de la guerra de
Macedonia; si los planes de Filipo estaban en consonancia 10
con las cartas y las declaraciones de los embajadores,
que se lo hiciese saber por carta al pretor Marco Valerio
y que éste, dejando el mando del ejército al legado Lucio 11
Apustio, se dirigiese a Tarento a incorporarse a la flota
y pasase a Macedonia cuanto antes, e hiciese lo posible
por contener a Filipo dentro de sus dominios. Para el 12
mantenimiento de la flota y para la guerra con Macedonia
le fue asignado el dinero que se le había enviado a Apio
Claudio a Sicilia para su devolución al rey Hierón, dinero
que fue remitido a Tarento por mediación del legado Lucio Antistio, al tiempo que Hierón enviaba doscientos 13
mil modios de trigo y cien mil de cebada.

Mientras los romanos preparaban y ponían en marcha 39
estas medidas, la única nave de las enviadas a Roma que
había sido capturada se escapó durante la travesía y regresó a Filipo; por eso se supo que los embajadores habían
sido apresados junto con las cartas. El rey, por consi- 2
guiente, ignorante de los acuerdos a que habían llegado
sus embajadores con Aníbal y de las propuestas que los

embajadores de éste le iban a traer, envió otra embajada
3 con las mismas instrucciones. Los integrantes de la misma
enviados a Aníbal fueron Heráclito [278], Critón Beocio y
4 Sosíteo Magnesio. Éstos llevaron a cabo su misión con éxi-
to tanto a la ida como a la vuelta, pero transcurrió todo
el verano antes de que el rey pudiera preparar y realizar
movimiento alguno. Tan importante fue la captura de una
sola nave en orden al aplazamiento de una guerra que se
les venía encima a los romanos.

5 En los alrededores de Capua operaban ambos cónsules,
después de haber cruzado Fabio el Volturno una vez expia-
6 dos al fin los portentos. Fabio tomó al asalto las ciudades
de Combulteria, Trébula y Austícula [279], que se habían pa-
sado a los cartagineses, y las guarniciones de Aníbal, y un
número muy elevado de campanos fue hecho prisionero en
7 ellas. En Nola, lo mismo que el año anterior, el senado
era prorromano y la plebe estaba con Aníbal, y se conspi-
raba para dar muerte a los principales y entregar la ciudad.
8 En prevención de que tales propósitos salieran adelante,
Fabio pasó con su ejército entre Capua y el campamento
de Aníbal, que estaba en Tifata, y se situó en el campa-
mento de Claudio por encima de Suésula; desde allí envió
a Nola al propretor Marco Marcelo como guarnición con
las tropas que mandaba.

---

[278] Manteniendo *cui Scotino cognomen erat,* se añadiría «que tenía el sobrenombre de Escotino».

[279] Desconocida la ubicación de estas tres poblaciones, no muy distantes de Capua en todo caso.

La guerra en Cerdeña: victoria romana. Embajada de los hirpinos y samnitas a Aníbal

También en Cerdeña habían comenza- 40
do a ponerse en marcha, por obra de Ti-
to Manlio, las operaciones que habían
quedado interrumpidas al caer enfermo
de gravedad el pretor Quinto Mucio.
Manlio, que había atracado en Cara- 2
les [280] con sus naves de guerra y armado
a la tripulación para operar en tierra, se hizo cargo del
ejército del pretor, reuniendo en total veintidós mil hom-
bres de a pie y mil doscientos de a caballo. Con estas 3
tropas de infantería y caballería marchó sobre el territorio
enemigo y situó su campamento no lejos del de Hampsíco-
ra. Casualmente en esos momentos éste había salido en
dirección a donde estaban los sardos pelitos para armar
a la juventud con el fin de incrementar sus tropas; un hijo 4
suyo llamado Hosto tenía el mando del campamento. És-
te, presuntuoso por su juventud, entró en combate de for-
ma temeraria, siendo derrotado y puesto en fuga. Murie-
ron en aquella batalla cerca de tres mil sardos, y unos ocho-
cientos fueron apresados vivos; el resto del ejército pri- 5
meramente se dispersó en su desbandada por campos y bos-
ques, y después confluyó en su huida en una ciudad llamada
Corno [281], a donde según rumores había huido su general.
Aquella batalla habría supuesto el final de la guerra en 6
Cerdeña si no se hubiera presentado en un momento
oportuno para reiniciarla con posibilidades la flota cartagi-
nesa capitaneada por Asdrúbal, que una tempestad había
arrastrado hacia las Baleares. Manlio, al enterarse de la 7
arribada de la flota cartaginesa, se retiró a Carales, brin-
dándosele así a Hampsícora la oportunidad de unirse a los

[280] Cagliari.

[281] ¿La Corneto actual, en la costa occidental de Cerdeña?

8 cartagineses. Asdrúbal desembarcó las tropas, reenvió la
flota a Cartago y marchó, guiado por Hampsícora, a arra-
sar el territorio de los aliados del pueblo romano; y su
propósito era llegar hasta Carales, pero Manlio le salió al
paso con su ejército, poniendo coto a la devastación indis-
9 criminada. Al principio se situaron los campamentos uno
enfrente del otro a corta distancia; después, a base de co-
rrerías, se libraron escaramuzas con resultados diversos;
por último, se formaron en orden de batalla. Producido
el choque, se combatió en batalla campal por espacio de
10 cuatro horas. Habituados los sardos a ser vencidos con
facilidad, los cartagineses mantuvieron indeciso el combate
durante largo tiempo; al fin, cuando ya había sardos muer-
tos o fugitivos por todas partes, también ellos fueron de-
11 rrotados; y cuando emprendieron la huida, los romanos
los coparon en una maniobra envolvente del ala que había
aplastado a los sardos. Lo que vino a continuación fue
12 más una carnicería que una batalla. Resultaron muertos
doce mil enemigos, entre sardos y cartagineses, y captura-
dos cerca de tres mil setecientos, así como veintisiete ense-
ñas militares.

41 Lo que hizo más brillante y memorable la batalla fue
la captura del general Asdrúbal, de Hannón y de Magón,
2 nobles cartagineses; Magón perteneciente a la familia de
los Barca, unido a Aníbal por estrechos lazos de parentes-
co, y Hannón responsable de la sublevación de los sardos
3 e instigador indudable de aquella guerra. No fue menor
el relieve que dieron con su muerte a aquella batalla los
jefes sardos, pues en el frente cayó Hosto, el hijo de
4 Hampsícora, y el propio Hampsícora, que huyó con unos
pocos jinetes, cuando se enteró de que a la ruinosa derrota
había que añadir la muerte de su hijo, por la noche, para
que no pudiese impedir su propósito la intervención de

nadie, se suicidó. Los demás huyeron a refugiarse a la 5
ciudad de Corno, igual que anteriormente; Manlio la atacó con su victorioso ejército y la tomó pocos días más tarde.
A continuación se rindieron también, entregando rehenes, 6
otras ciudades que se habían pasado a Hampsícora y los cartagineses; les impuso un tributo y una contribución de trigo a tenor de las posibilidades y la responsabilidad de cada una de ellas, y volvió con el ejército a Carales.
Allí botó las naves de guerra, embarcó a los soldados 7
que había traído consigo, navegó hacia Roma, informó al senado de que Cerdeña estaba sometida y entregó el tributo a los cuestores, el trigo a los ediles y los prisioneros al pretor Quinto Fulvio.

Por las mismas fechas el pretor Tito Otacilio cruzó 8
con su flota desde Lilibeo a África y arrasó el territorio cartaginés; cuando a continuación se dirigió a Cerdeña,
adonde según rumores había cruzado recientemente As- 9
drúbal desde las Baleares, y se encontró con su flota de vuelta hacia África, libraron un ligero combate en alta mar y capturó siete de sus naves con su tripulación. A las demás las dispersó por doquier el miedo como si fuera una tempestad.

Casualmente por aquellos mismos días también se acer- 10
có Bomílcar a Locros con las tropas enviadas desde Cartago como refuerzo, los elefantes y los víveres. Apio Claudio, 11
para caer sobre él cuando no se lo esperaba, simulando una vuelta en torno a la provincia llevó a toda prisa el ejército a Mesina y con viento y marea a favor cruzó a
Locros. Pero Bomílcar había salido ya hacia el Brucio 12
a reunirse con Hannón, y los locrenses cerraron sus puertas a los romanos; Apio regresó de vacío a Mesina a pesar de sus grandes esfuerzos.

13 Aquel mismo verano, Marcelo, desde Nola, que seguía ocupando con una guarnición, hizo frecuentes incursiones a territorio de los hirpinos y de los samnitas de
14 Caudio y lo arrasó todo a hierro y fuego de tal forma, que reavivó en el Samnio el recuerdo de los antiguos horrores.

42 Por eso ambos pueblos simultáneamente enviaron de inmediato embajadores a Aníbal, los cuales hablaron de
2 esta forma al cartaginés: «Aníbal, al principio llevamos nosotros solos las hostilidades contra el pueblo romano mientras nuestras armas y nuestras fuerzas bastaban para defendernos; cuando no confiábamos ya demasiado en ellas,
3 nos unimos al rey Pirro; abandonados por éste, aceptamos una paz obligada y en ella nos mantuvimos por espacio de cuarenta años, hasta el momento de tu llegada a Italia.
4 Con tu valor y tu suerte, y más aún con tu bondad sin par y tu generosidad para con nuestros compatriotas, que nos devolviste después de hacerlos prisioneros, nos ganaste de tal forma, que estando tú, nuestro amigo, sano y salvo, no teníamos que temer ni al pueblo romano ni siquiera, si no es una impiedad hablar así, la ira de los dioses.
5 Pero, ¡por Hércules!, contigo a salvo, y victorioso, e incluso presente, tanto que casi podías oír el llanto de nuestras mujeres e hijos y ver nuestras casas en llamas, hemos sido repetidamente arrasados de tal forma este verano que parece que en Cannas venció Marco Marcelo y no Aníbal, y los romanos se jactan de que tienes fuerzas para golpear tan sólo una vez y después te enervas, como si te hubieras
6 quedado sin aguijón. Durante cien años hicimos la guerra contra el pueblo romano sin la ayuda de ningún general ni ejército extranjero si exceptuamos a Pirro, que durante dos años más que defendernos con sus fuerzas las incre-
7 mentó con nuestros soldados. No voy yo a presumir de

que, cuando nos iban bien las cosas, nosotros hicimos pasar bajo el yugo a dos cónsules y dos ejércitos consulares, ni de cualquier otro acontecimiento feliz o glorioso por nuestra parte. Las circunstancias duras y adversas que 8
entonces sobrevinieron las podemos referir con menos indignación que las que hoy concurren. Grandes dictadores 9
con sus jefes de caballería, los dos cónsules con los dos ejércitos consulares invadían nuestras fronteras, pero marchaban al saqueo en orden de batalla, reconociendo el terreno previamente, apostando antes tropas de reserva; ahora somos presa de un solo propretor y de una pequeña 10
guarnición encargada de la defensa de Nola; ahora ni siquiera se forman en manípulos, sino que a modo de salteadores hacen correrías por nuestro territorio de punta a punta, de forma más despreocupada que si pasearan por territorio romano. Pues bien, la causa de todo esto radica en 11
que tú no nos defiendes y, por otra parte, nuestra juventud, que nos defendería si estuviera en casa, milita toda ella bajo tus enseñas. Demostraría no conocerte ni a ti 12
ni a tu ejército si no manifestara que es cosa sencilla para quien sé que dispersó y abatió a tantos ejércitos romanos aplastar a quienes nos saquean, vagando dispersos y sin formación por donde a cada uno le lleva la expectativa, aunque sea infundada, del botín. Ellos serán presa sin 13
duda de unos cuantos númidas, y nos quitarás de delante esa guarnición a nosotros, desdichados, al mismo tiempo que a Nola, sólo con que no consideres indignos de protección cuando se han puesto bajo tu tutela a quienes consideraste dignos de tenerlos por aliados».

Nola, campo de operaciones bélicas. Arengas de Marcelo y de Aníbal

43 A esto respondió Aníbal que los hirpinos y los samnitas lo hacían todo al mismo tiempo: denunciar sus calamidades, pedir protección y quejarse de su inde-
2 fensión y abandono, siendo así que primero debían haber hecho la denuncia, después haber pedido protección, y por último, si no la conseguían, haberse quejado entonces de
3 haber pedido ayuda sin resultado; él tenía pensado conducir su ejército no a territorio hirpino o samnita, para no constituir una carga a su vez, sino a la zona cercana, perteneciente a los aliados del pueblo romano: saqueándola saciaría a sus hombres y al mismo tiempo haría que los enemigos por miedo se mantuvieran alejados de allí;
4 en cuanto a la guerra con Roma, del mismo modo que la batalla del Trasimeno era más famosa que la del Trebia, y la de Cannas más que la del Trasimeno, así también iba a dejar él pálido el recuerdo de Cannas con una victoria
5 aún más importante y más rotunda. Con esta respuesta acompañada de generosos obsequios despidió a los embajadores, y él, dejando un pequeño destacamento en Tifata, emprendió la marcha con el resto del ejército dirigiéndose
6 a Nola, a donde acudió también Hannón desde el Brucio con el refuerzo traído desde Cartago y con los elefantes. Situado el campamento no muy lejos de la ciudad, hizo averiguaciones y se encontró con que era todo muy diferente a como se lo habían expuesto los embajadores de
7 sus aliados. Marcelo, en efecto, no había realizado ningún movimiento de forma que pudiera decirse que se echaba en brazos del azar o del enemigo sin más ni más. Había salido a saquear después de reconocer el terreno, con destacamentos fuertes, teniendo asegurada la retirada; había tomado todas las precauciones y lo había previsto todo

tal como si tuviera enfrente a Aníbal en persona. Ahora, 8
en cuanto notó que el enemigo se acercaba, mantuvo a
sus tropas en el recinto amurallado y ordenó a los senado-
res de Nola que se pasearan por las murallas y observaran
en torno todo lo que ocurría en el campo enemigo. Hannón 9
se acercó a la muralla y llamó a dos de ellos, Herenio Baso
y Herio Petio, para mantener una entrevista, y cuando,
con permiso de Marcelo, salieron, les habló utilizando un
intérprete. Puso por las nubes el valor y la suerte de 10
Aníbal, rebajó la majestad del pueblo romano, la cual iba
envejeciendo a la vez que sus fuerzas; y aun cuando estu- 11
vieran a la altura de otros tiempos, con todo, cualquiera
que conociera por experiencia lo gravoso que había sido
para sus aliados el imperio romano y la grandeza de la
condescendencia de Aníbal incluso para con todos los pri-
sioneros de guerra itálicos, tendría que dar preferencia a
la alianza y amistad cartaginesa sobre la romana. Aun en 12
el caso de que estuviesen en Nola los dos cónsules con sus
ejércitos, no podrían, sin embargo, estar a la altura de Aní-
bal en mayor medida que en Cannas; mucho menos podría
defender Nola un solo pretor con unos pocos soldados y
además bisoños. Debía importarles más a ellos que a 13
Aníbal el que la toma de Nola se hiciese por la fuerza
o por capitulación, pues de todos modos la iba a tomar
como había hecho con Capua y con Nuceria, pero los pro-
pios nolanos, situados casi a medio camino entre ambas,
sabían qué distinta era la suerte que habían corrido Capua
y Nuceria; no quería vaticinar lo que iba a ocurrir si la 14
ciudad era tomada por la fuerza y prefería garantizar que,
si entregaban a Marcelo y su guarnición y entregaban No-
la, nadie más que ellos iba a estipular las condiciones en
que accederían a la alianza y amistad con Aníbal.

44 A esto respondió Herenio Baso que eran ya muchos años [282] de amistad entre el pueblo romano y el de Nola, amistad de la que ni unos ni otros tenían por qué sentirse pesarosos hasta la fecha; que si ellos tenían que haber cambiado de alianza al cambiar la suerte, era ya demasiado
2 tarde para ese cambio; si pensaban entregarse a Aníbal, ¿qué sentido tenía haber requerido la presencia de una guarnición romana? Todo lo compartían y lo compartirían hasta el final con quienes habían venido a defenderlos.
3 Tras esta entrevista, Aníbal perdió las esperanzas de que Nola se le entregara. En vista de ello rodeó la ciudad con un cordón de soldados para efectuar el ataque a las
4 murallas desde todos los puntos al mismo tiempo. Cuando Marcelo vio que se había acercado a los muros, formó a sus hombres en orden de combate puertas adentro y salió bruscamente en medio de un gran tumulto. Al iniciarse la carga fueron sorprendidos y muertos unos cuantos; después acudieron más corriendo al lugar de la pelea, se equilibraron las fuerzas y se inició una batalla encarnizada, que habría sido una de las más memorables de no haber separado a los combatientes la caída de un aguacero acom-
5 pañado de fortísimas ráfagas de viento. El combate librado aquel día fue poco importante, sirviendo para inflamar su coraje, y se retiraron los romanos a la ciudad y los cartagineses al campamento; con todo, cayeron no más de treinta cartagineses sorprendidos al producirse la salida, y roma-
6 nos cayeron cincuenta. La lluvia persistió de forma ininterrumpida durante toda la noche y hasta la tercera hora del día siguiente. Por eso, a pesar de sus ansias de combate, durante ese día ambos bandos se mantuvieron dentro de sus fortificaciones.

[282] Nola había sido ocupada por los romanos en 313 (cf. IX 28).

Al otro día Aníbal envió parte de sus tropas a saquear
el territorio de Nola. Nada más advertirlo, Marcelo sacó 7
al instante sus tropas, formándolas en orden de batalla,
y Aníbal no rehuyó el combate. Había aproximadamente
una milla de distancia entre la ciudad y el campamento; en
ese espacio —pues en torno a Nola todo es terreno llano—
se produjo el choque. El grito de combate que se alzó 8
desde uno y otro campo hizo que regresaran a la pelea
cuando acababa de iniciarse los integrantes menos alejados
de las cohortes que habían salido a saquear los cam-
pos. También se incorporaron los nolanos incrementando 9
los efectivos romanos; Marcelo los felicitó y les ordenó
que permanecieran entre las tropas de reserva, que retira-
ran del campo de batalla a los heridos y que no tomaran
parte en la lucha a no ser que él les diera la señal.

La batalla estaba equilibrada; los jefes arengaban y 45
los soldados combatían con todas sus fuerzas. Marcelo insta
a los suyos a lanzarse sobre unos enemigos a los que han
vencido hace menos de dos días, a los que obligaron a
huir de Cumas pocos días antes, a los que el año anterior
rechazó de Nola otro ejército mandado por él mismo;
añade que no están todos en el campo de batalla, que 2
los saqueadores vagan por los campos, e incluso los que
combaten han perdido las fuerzas con los vicios de la Cam-
pania, acabados por el vino, las prostitutas y los excesos
de todo tipo a lo largo de todo un invierno; se esfumó 3
aquella fuerza, aquellas energías, se evaporó aquella resis-
tencia física y moral con que salvaron las cumbres del Piri-
neo y de los Alpes; los que pelean son los despojos de
aquellos guerreros, a los que cuesta trabajo sostener las
armas y sostenerse ellos mismos; Capua ha sido la Cannas 4
de Aníbal, allí se extinguió la disciplina militar, el valor
guerrero, la fama del pasado, las esperanzas del futuro.

5 Mientras Marcelo levantaba la moral de sus hombres lan-
zando estos improperios contra el enemigo, Aníbal increpa-
6 ba a los suyos con invectivas mucho más graves: él recono-
cía las mismas armas y enseñas que había visto y tenido
en el Trebia y el Trasimeno y por último en Cannas, pero
era indudable que los soldados que había llevado a inver-
nar a Capua no eran los mismos que había sacado de allí.
7 «¿Os cuesta trabajo, a pesar de vuestros grandes esfuer-
zos, resistir a un legado romano, aguantar la carga de una
sola legión con sus fuerzas auxiliares, a vosotros, a los que
nunca pudieron resistir dos ejércitos consulares juntos?
8 Es ya la segunda vez que Marcelo nos ataca impunemente,
con unos reclutas y tropas auxiliares nolanas. ¿Dónde
está aquel soldado mío que derribó del caballo al cónsul
Gayo Flaminio y le cortó la cabeza? ¿Y aquel que mató
9 a Lucio Paulo en Cannas? ¿Está ahora embotada la espa-
da, o tienen parálisis las manos, o se trata de algún otro
hecho extraordinario? Vosotros aun siendo pocos solíais
vencer a muchos, y ahora que sois muchos, a duras penas
aguantáis ante unos pocos. Valientes de boquilla, alardea-
bais de que si alguien os capitaneaba asaltaríais Roma.
10 Pues bien, ahora la empresa es más sencilla, aquí quiero
yo ver vuestra fuerza y valor. Asaltad las murallas de No-
la, ciudad situada en el llano, sin la defensa de un río ni
del mar. Desde aquí, cargados con el botín y los despojos
de esta ciudad tan opulenta, os guiaré a donde queráis o
bien os seguiré».

Derrota de Aníbal. Combate singular a caballo

46 Ni los elogios ni las reconvenciones
2 sirvieron para fortalecer su moral. Como
eran rechazados en todas partes, mien-
tras que la moral de lucha de los roma-
nos iba a más gracias a las palabras de
aliento de su general y su combatividad se enardecía ade-

más con los gritos de los nolanos que evidenciaban sus
simpatías, los cartagineses volvieron la espalda y fueron
repelidos hasta el campamento. Los soldados romanos 3
querían asaltarlo, pero Marcelo les hizo regresar a Nola,
en medio del entusiasmo y las felicitaciones incluso de la
plebe, que antes se había mostrado más proclive a los car-
tagineses. Fueron muertos en aquella jornada más de cin- 4
co mil enemigos y capturados vivos seiscientos, y aprehen-
didas diecinueve enseñas militares y dos elefantes —cuatro
fueron muertos en el campo de batalla—; romanos fueron
muertos menos de un millar. El día siguiente, en una 5
tregua tácita, lo emplearon ambos bandos en dar sepultura
a los caídos en el frente de combate. Marcelo quemó los
despojos del enemigo como ofrenda a Vulcano. Tres días 6
después, por resentimiento, supongo, o porque habían es-
perado una disciplina menos rígida, se pasaron a Marcelo
doscientos setenta y dos jinetes entre númidas e hispanos.
Los romanos contaron frecuentemente con su valerosa y
leal cooperación durante aquella guerra; una vez finalizada, 7
en recompensa por su valor se les concedieron tierras en
Hispania a los hispanos, y a los númidas en África.

Aníbal envió otra vez a Hannón al Brucio desde Nola 8
con las tropas que había traído consigo, y él se dirigió a
los cuarteles de invierno de Apulia, haciendo alto en las
cercanías de Arpos. Quinto Fabio, al oír que Aníbal había 9
partido para Apulia, después de transportar trigo desde
Nola y Nápoles al campamento que estaba por encima de
Suésula y de reforzar sus defensas, dejó una guarnición
suficiente para defender la posición durante el invierno y
él fue a acampar más cerca de Capua y arrasó a hierro
y fuego el territorio campano, hasta que los campanos, 10
aunque no confiaban en absoluto en sus propias fuerzas,
se vieron obligados a salir puertas afuera y fortificar un

11 campamento en campo abierto delante de la ciudad. Tenían
seis mil hombres armados, una infantería poco experimen-
tada y una caballería más eficaz, razón por la cual hostiga-
ban al enemigo por medio de escaramuzas ecuestres.

12 Entre los muchos jinetes campanos sobresalientes estaba
Cerrino Vibelio, de sobrenombre Táurea. Era de allí y ciu-
dadano romano, con gran diferencia el más valiente de los
jinetes campanos, hasta el extremo de que, cuando servía
en el ejército romano, el único que lo igualaba en celebri-
13 dad como jinete era el romano Claudio Aselo. En esta
ocasión, Táurea cabalgó ante los escuadrones enemigos,
recorriéndolos detenidamente con la vista; cuando al fin
se hizo el silencio, preguntó dónde estaba Claudio Aselo, y
14 ya que anteriormente solía discutir con él sobre quién era
más valiente, por qué no dirimía la cuestión con las armas
y dejaba o tomaba los opimos despojos según que resulta-
se vencido o vencedor.

47 Aselo, que estaba en el campamento, nada más ser
informado de esto se demoró lo justo para preguntarle al
cónsul si podía combatir fuera de las filas con un enemigo
que lo estaba provocando; conseguido el permiso, tomó
2 inmediatamente las armas, cabalgó ante los puestos de guar-
dia y llamó por el nombre a Táurea invitándolo a medirse
3 con él donde quisiera. En seguida salieron en masa los
romanos para contemplar la pelea, y por parte de los cam-
panos se llenaron de espectadores incluso las murallas de
la ciudad, además de la empalizada del campamento.
4 Después de dar realce al combate con expresiones llenas
de fiereza, espolearon los caballos lanza en ristre; a conti-
nuación, eludiendo el uno los golpes del otro en el espacio
5 libre, prolongaban el combate sin herirse. Entonces el cam-
pano dijo al romano: «Esto va a ser una competición entre
caballos, no entre jinetes, si no hacemos bajar los caballos

de la explanada a ese camino encajonado donde, al faltar por completo espacio para evolucionar, lucharemos cuerpo a cuerpo». Y en menos que tardó en decirlo, Claudio guió 6
su caballo al camino. Taurea, más fiero de palabra que de obra, dijo: «¡Por favor!, ¿mi caballo en una zanja? ¡De ningún modo!», expresión que desde entonces se convirtió en un proverbio rural. Claudio recorrió largo tiempo el 7
camino aquél a caballo sin encontrarse con ningún enemigo y salió de nuevo al llano, tachando de cobarde a su contrincante, y regresó victorioso al campamento entre júbilo y felicitaciones. A este combate ecuestre añaden algu- 8
nos anales un detalle sin duda alguna notable, cuya veracidad cada uno por sí mismo puede valorar: Claudio, persiguiendo a Taurea que huía hacia la ciudad, se metió por una puerta de la población enemiga que estaba abierta y escapó por la otra sin que lo tocasen los enemigos, pasmados por la sorpresa.

La acción bélica en Hispania. Doble victoria romana

Desde ese momento hubo tranquilidad 48
en los cuarteles e incluso retiró el cónsul su campamento para que los campanos hicieran la siembra, y no pisó territorio campano hasta que las cosechas estuvie-
ron crecidas y podían servir de forraje, que transportó 2
al campamento de Claudio encima de Suésula, donde construyó los cuarteles de invierno. Ordenó al procónsul Marco Claudio que retuviera en Nola la guarnición necesaria para la defensa de la ciudad y enviara a Roma el resto de sus tropas, para que no representaran una carga para los aliados y un gasto para la república. También llevó 3
Tiberio Graco sus legiones de Cumas a Luceria, en Apulia, y desde allí envió a Brundisio al pretor Marco Valerio con el ejército que había tenido en Luceria ordenándole proteger la costa del territorio salentino y tomar las medidas

precautorias pertinentes con respecto a Filipo y la guerra macedónica.

4 A finales del verano en que ocurrieron los hechos que acabamos de describir [283] llegó carta de Publio y Gneo Escipión contando las importantes acciones llevadas a cabo con éxito en Hispania, pero diciendo que les faltaba dinero para la paga militar y ropas y trigo para el ejército y todo
5 lo necesario para las tripulaciones de sus naves; por lo que se refería a la paga militar, si las arcas del Estado carecían de recursos, ellos buscarían alguna forma de sacarles el dinero a los hispanos; lo demás sí que tenía que serles enviado desde Roma, pues de otro modo no había
6 posibilidad de mantener el ejército ni la provincia. Cuando se leyó la carta, todos unánimemente reconocían que era cierto lo que se exponía y razonable lo que se pedía, pero no dejaban de pensar en el volumen de los ejércitos de tierra y mar que había que atender y en las proporciones de la nueva flota que habría que equipar en breve, si esta-
7 llaba la guerra con Macedonia; Sicilia y Cerdeña, que antes de la guerra pagaban tributo en especie, apenas podían hacer frente al mantenimiento de los ejércitos que protegían las provincias; se atendía a los gastos con las contri-
8 buciones, y precisamente el número de los que tributaban había disminuido, debido a las enormes pérdidas de los ejércitos tanto en el lago Trasimeno como en Cannas; si se gravaba a los pocos supervivientes multiplicando los im-
9 puestos, este nuevo azote acabaría con ellos. Por tanto, si la república no se salvaba mediante el crédito, con sus pro-
10 pios recursos no se salvaría. Era necesario que el pretor Fulvio se presentase ante la asamblea, expusiese al pueblo el estado de necesidad pública y urgiese a los que habían

[283] Del año 215.

incrementado sus patrimonios con contratas públicas para
que concediesen una moratoria a la república, gracias a
la cual se habían enriquecido, y se hiciesen cargo del 11
suministro de todo lo necesario para el ejército de Hispa-
nia con la condición de que, cuando hubiese dinero en el
tesoro público, serían los primeros en cobrar. El pretor 12
lo expuso en la asamblea y señaló la fecha en que iba a
efectuar la adjudicación del suministro de ropas y trigo
para el ejército de Hispania, así como de todo lo necesario
para las tripulaciones de sus naves.

Al llegar la fecha señalada concurrieron a la adjudica- 49
ción tres sociedades de diecinueve personas, que pusieron
dos condiciones: la primera, quedar exentos del servicio 2
militar mientras estuviesen en aquella empresa de interés
público; la segunda, que corrieran a cargo de la república
los daños que pudieran causar los enemigos o la tempestad
en lo que embarcasen. Aceptadas ambas condiciones, se 3
les adjudicaron los contratos y se gestionó un servicio pú-
blico con dinero privado. Tan profundos eran los hábitos
y el sentimiento patriótico que se extendían por todos los
estamentos sociales al unísono. Lo mismo que se hicieron 4
cargo de todos los contratos con generosidad, los cumplie-
ron con escrupulosidad, y las tropas fueron atendidas con
la misma largueza que cuando, como en otros tiempos,
se hacía a expensas de un tesoro público bien dotado de
recursos.

Cuando llegaron estos suministros, la plaza de Ilitur- 5
gi [284], que se había pasado a los romanos, era asediada
por Asdrúbal y Magón y el Aníbal hijo de Bomílcar. Por 6
entre estos tres campamentos enemigos llegaron los Esci-
piones hasta la ciudad de sus aliados después de una lucha

[284] En las inmediaciones de Menjíbar (Jaén).

enconada y de causar estragos entre los que se oponían a su paso, y llevaron trigo, que escaseaba por completo,
7 animaron a los habitantes a defender sus murallas con el mismo coraje con que habían visto que el ejército romano combatía en favor suyo, y fueron a atacar el mayor de los campamentos, el que estaba mandado por Asdrúbal.
8 Viendo que allí se jugaba algo de la mayor importancia, acudieron también los dos generales y los dos ejércitos cartagineses, y de esta forma se combatió haciendo una salida
9 brusca del campamento. Participaron aquel día en la batalla sesenta mil enemigos y alrededor de dieciséis mil por parte de los romanos; a pesar de ello, la victoria fue
10 tan clara que los romanos mataron más enemigos de los
11 que ellos eran, capturaron más de tres mil hombres, poco menos de mil caballos, cincuenta y nueve enseñas militares y siete elefantes (cinco los mataron durante el combate), y aquel mismo día se apoderaron de los tres campamentos.
12 Una vez liberada Iliturgi del asedio, los ejércitos cartagineses fueron trasladados para atacar Intibili [285], reforzados con tropas procedentes de la provincia, la más apasionada por la guerra siempre que hubiera paga o botín, y con una juventud muy abundante por aquel entonces.
13 Se libró nuevamente batalla, y la suerte del combate fue para ambos bandos la misma que la vez anterior. Resultaron muertos más de trece mil enemigos, y apresados más de dos mil, así como cuarenta y dos enseñas y nueve ele-
14 fantes. Entonces, por cierto, casi todos los pueblos de Hispania se pasaron a los romanos, y se llevaron a cabo acciones mucho más importantes en Hispania que en Italia durante aquel verano.

---

[285] En la costa, entre Tortosa y Sagunto.

LIBRO XXIV

SINOPSIS

Operaciones contra Locros y Crotona (1-3).
Sicilia: cambios al suceder Jerónimo a Hierón (4 - 7, 9).

Caps. 7, 10 - 20: ITALIA.
Elecciones en Roma. Discurso electoral de Q. Fabio Máximo (7, 10 - 9).
Reparto de competencias. Prodigios. Preparativos bélicos (10-11).
Aníbal en la Campania (12-13).
Batalla en las cercanías de Benevento (14-16).
Reveses de Aníbal en Nola. Medidas censorias en Roma (17-18).
Ataque a Casilino; otras acciones bélicas en suelo itálico (19-20).

Caps. 21-39: SICILIA.
Sicilia: disturbios, proclamación de la república en Siracusa (21 - 23, 4).
División en Siracusa. Persecución de la familia real (23, 5 - 26).
Elecciones en Siracusa. Enfrentamiento entre partidarios de Roma y de Cartago (27-28).
Ataque a Leontinos. Treta de Hipócrates (29-31).

Operaciones contra Locros y Crotona

1 Después de regresar de la Campania al Brucio, Hannón, ayudado y guiado por los brucios, tanteó las ciudades griegas [286]. Eran éstas más proclives a mantenerse fieles a Roma porque veían que los brucios, a los que odiaban y al mismo tiempo temían, se habían pasado al bando de los cartagineses. Lo intentó en primer 2 lugar con Regio, y allí perdió inútilmente bastantes días. Mientras tanto los locrenses trasladaban precipitadamente de los campos a la ciudad trigo, leña y demás cosas imprescindibles para el consumo, para evitar además dejarle al enemigo nada de valor; una multitud creciente de día 3 en día se desbordaba por todas las puertas de la ciudad, en la que al final quedaban sólo seiscientos, que se veían forzados a reparar los muros y las puertas y almacenar armas arrojadizas en los puntos defensivos. Esta multitud, 4 formada por una mezcolanza de gentes de todas las edades y condición social, vagaba por los campos desarmada en su mayoría; contra ella lanzó Amílcar a los jinetes cartagineses con instrucciones de respetar a todo el mundo, limitándose a ponerles delante los escuadrones para mantenerlos alejados de la ciudad y que huyeran dispersos. El propio general, 5 después de ocupar una elevación del terreno desde la que podía divisar los campos y la ciudad, ordenó a una cohorte de brucios que se acercaran hasta las murallas e invita-

[286] Regio, Locros y Crotona.

ran a los locrenses principales a salir a parlamentar, y que los animaran a entregar la ciudad prometiéndoles la amis-
6 tad de Aníbal. Durante la entrevista, en un primer momento no se les dio el menor crédito a los brucios, pero luego, cuando sobre las colinas aparecieron los cartagineses e iban llegando fugitivos en reducido número con la noticia de que el resto de la población estaba toda en poder del enemigo, dominados al fin por el pánico respondie-
7 ron que consultarían al pueblo. Se convocó la asamblea inmediatamente; como los más irresponsables preferían un cambio en la situación y una alianza nueva, y además aquellos cuyos deudos habían sido atrapados por el enemigo fuera de la ciudad tenían hipotecada su decisión como si hubie-
8 ran entregado rehenes, y como los pocos que estaban a favor del mantenimiento de la alianza guardaban silencio en vez de atreverse a defenderlo abiertamente, se produjo la rendición a los cartagineses aparentemente por unanimidad.
9 Lucio Atilio, el prefecto de la guarnición, y los soldados que estaban a sus órdenes fueron conducidos en secreto al puerto y embarcados para su traslado a Regio, y Amílcar y los cartagineses fueron recibidos en la ciudad con la condición de que firmaría inmediatamente un tratado
10 en condiciones de igualdad; poco faltó para que no se respetara este acuerdo con los que se habían rendido, pues los cartagineses los acusaron de haber dejado marchar a los romanos de forma fraudulenta, mientras que los locrenses se justificaban diciendo que habían escapado por
11 su cuenta. Incluso salieron en su persecución unos jinetes, por si acaso se daba la posibilidad de que la corriente del estrecho detuviera las naves o las obligara a volver a tierra. Por cierto que no dieron alcance a los que perseguían, pero avistaron otras naves que cruzaban el estrecho desde
12 Mesina a Regio. Eran las tropas romanas enviadas por el

pretor Claudio para ocupar la ciudad como guarnición. Por eso se abandonó inmediatamente Regio. Por orden de 13
Aníbal se les concedió la paz a los locrenses en estas condiciones: vivirían libres con sus propias leyes; la ciudad estaría abierta a los cartagineses; el puerto lo controlarían los locrenses; la alianza estaría regulada sobre la base de la ayuda mutua, tanto en la paz como en la guerra, entre locrenses y cartagineses.

De esta forma se retiraron del estrecho los cartagineses, 2
mientras que los brucios manifestaban su disgusto porque habían dejado intactas Regio y Locros, ciudades que ellos se habían hecho a la idea de saquear. Por ello, por su 2
propia cuenta alistaron y armaron a quince mil de sus compañeros y marcharon a atacar Crotona, ciudad ésta griega 3
y costera también, convencidos de que incrementarían de forma muy considerable sus recursos si tenían en su poder, en la costa, una ciudad con puerto y sólidas murallas.
Lo que les inquietaba era el hecho de que no se atrevían 4
del todo a no llamar en su ayuda a los cartagineses por no parecer que en algún momento no actuaban como aliados, mientras que si los cartagineses se presentaban de nuevo como árbitros de paz más que como colaboradores en la guerra, se iba a luchar por la libertad de Crotona, como antes por la de Locros, sin obtener ventaja. Se estimó, por 5
ello, que lo mejor era enviar embajadores a Aníbal y obtener de él garantías de que Crotona sería para los brucios en caso de ser recuperada. Aníbal respondió que esta deci- 6
sión había que tomarla sobre el terreno y los remitió a Hannón; de éste no sacaron nada en claro, pues no quería 7
que fuera saqueada una ciudad famosa y opulenta, y esperaba que cuando los brucios la atacasen y se viera con claridad que los cartagineses no aprobaban dicho ataque ni colaboraban con él, los demás se pasarían más aprisa a

8 su bando. Entre la población de Crotona no había un proyecto ni un sentir común. Era como si la misma enfermedad hubiera contagiado a todas las colectividades de Italia: había disensión entre la plebe y la aristocracia, el senado era proclive a los romanos y la plebe tiraba por los cartagi-
9 neses. Un desertor informa a los brucios de esta división en la ciudad, de que Aristómaco es el líder de la plebe y partidario de entregar la ciudad; que en ésta, escasamente habitada, cuyas murallas tienen puntos muy distantes entre sí, los senadores han puesto guardias y centinelas muy separados, y que está libre la entrada por cada uno de los
10 puntos que vigilan los hombres de la plebe. A propuesta del desertor y guiados por él, los brucios acordonaron la ciudad, fueron admitidos por la plebe y al primer ataque
11 la tomaron entera a excepción de la ciudadela. Ésta estaba ocupada por la aristocracia, que la había preparado de antemano como refugio para una emergencia como aquélla. Se refugió también allí Aristómaco, como si él hubiera aconsejado entregar la ciudad a los cartagineses y no a los brucios.

3 La ciudad de Crotona estaba rodeada de una muralla de doce millas de perímetro antes de la llegada de Pirro
2 a Italia; después de la devastación causada por aquella guerra, apenas estaba habitada la mitad [287]. El río [288], que antes discurría por el centro de la ciudad, pasaba ahora más allá de la zona poblada de edificios, y también la ciu-
3 dadela quedaba alejada de los edificios habitados. A seis millas de distancia estaba el templo de Juno Lacinia, más famoso que la propia ciudad, venerado en todos los pue-
4 blos del contorno. Allí había un claro rodeado de densa

[287] Menos de 2.000 habitantes, según XXIII 30, 6.

[288] El *Aesaurus*, hoy Esaro.

arboleda, especialmente esbeltos abetos, y en el centro ha-
bía ricos pastos donde sin pastor alguno pacían ganados
de todas clases, consagrados a la diosa, y por la noche 5
los distintos rebaños solían regresar por separado a sus es-
tablos sin ser jamás víctimas del acecho de las fieras o de
las trampas de los hombres. Así, de este ganado se sacaron 6
considerables sumas de dinero con el que se hizo y consa-
gró una columna de oro macizo, y el templo se hizo famo-
so por su riqueza tanto como por su santidad, y como 7
suele ocurrir con lugares de tanto renombre, se le atribu-
yen algunas historias de hechos extraordinarios: es voz co-
mún que en el vestíbulo del templo hay un altar donde
ningún viento puede aventar las cenizas. La ciudadela de 8
Crotona, que se asomaba al mar por una de sus vertientes
y daba a la campiña por la otra, protegida primitivamente
sólo por su situación natural, más adelante fue rodeada
además con una muralla en el punto por el que Dioni-
sio [289], el tirano de Sicilia, la tomó a traición a través de
las rocas de la parte de atrás. El estamento dirigente de 9
Crotona se hacía fuerte entonces en dicha ciudadela, que
parecía suficientemente segura a pesar de sitiarlo incluso
su propia plebe además de los brucios. Éstos, al fin, vien- 10
do que la ciudadela resultaba inexpugnable para sus solas
fuerzas, forzados por la necesidad piden la ayuda de Han-
nón. Éste intentó inducir a los crotoniatas a rendirse con la 11
condición de que consintieran en que se estableciera allí una
colonia de brucios para que aquella ciudad desolada y des-
poblada por las guerras recuperara su antigua densidad de
población, pero el único a quien convenció fue a Aristó-
maco; aseguraban que estaban dispuestos a morir antes que 12

[289] Venció a los crotoniatas en 389 y dominó la ciudad durante doce años.

confundirse con los brucios y adoptar unos ritos, unas costumbres, unas leyes y, en breve, incluso una lengua que
13 no eran los suyos. Aristómaco, como no tenía influencia suficiente para aconsejar la rendición ni encontraba la oportunidad de entregar la ciudadela igual que había entregado
14 la ciudad, se pasó a Hannón él solo. Poco después, una delegación locrense autorizada por Hannón entró en la ciudadela y los convenció para que consintieran en trasladarse a Locros y no pretendieran llevar las cosas a sus últimas consecuencias, que ya se había conseguido de Aníbal que pudieran hacerlo, pues se había enviado una embajada con
15 ese preciso propósito. Fue así evacuada Crotona; los crotoniatas, conducidos a la costa, embarcaron, y todos en masa partieron hacia Locros.

16 En Apulia ni siquiera el invierno suponía una tregua entre Aníbal y los romanos. En Luceria invernaba el cón-
17 sul Sempronio, y no lejos de Arpos, Aníbal. Se producían pequeñas escaramuzas entre ellos según a unos u otros se les presentaba una ocasión favorable, y con estas acciones los romanos iban mejorando y volviéndose de día en día más prudentes y cautos frente a las emboscadas.

Sicilia: cambios al suceder Jerónimo a Hierón

4 En Sicilia las cosas habían cambiado por completo para los romanos con la muerte de Hierón y la transferencia de poderes a su nieto Jerónimo, un muchacho que difícilmente habría podido ejercer con moderación un poder de libertades, cuanto menos
2 un poder absoluto. A esa edad y con esas inclinaciones, se hicieron cargo de él sus tutores y amigos para precipitarlo en toda clase de vicios. Previendo que esto iba a ocurrir así, dicen que Hierón al término de su larga vida quiso dejar Siracusa convertida en república para evitar que su reino, forjado y afianzado a fuerza de buenas medidas de

gobierno, se arruinase ignominiosamente bajo el despotismo del muchacho. A este propósito suyo se opusieron con 3
el mayor empeño sus hijas; estaban convencidas de que el chico ostentaría el título de rey, pero todo el poder real lo ejercerían ellas y sus maridos Adranodoro y Zoipo, que quedaban como principales tutores. No resultaba fácil pa- 4
ra una persona entrada ya en los noventa años, asediado día y noche por mimos femeninos, tener libertad de espíritu y dejar de preocuparse por intereses privados para pensar en el interés común. Por eso se limitó a dejarle quince 5
tutores al chico, encareciéndoles en el momento de morir que mantuviesen íntegra para con el pueblo romano la lealtad que él había cultivado durante cincuenta años, y persuadiesen al joven que siguiera fielmente sus huellas y las enseñanzas con que había sido educado. Esta fue su voluntad. Cuando expiró, los tutores hicieron público el testa- 6
mento y presentaron al muchacho —tenía, en efecto, unos quince años por entonces— a la asamblea del pueblo. Unas pocas personas que habían sido distribuidas por en- 7
tre la asamblea para suscitar aclamaciones manifestaron su aprobación al testamento; los demás, con miedo a todo como si estuvieran en una ciudad huérfana tras la pérdida del padre... [290]. Se celebraron los funerales del 8
rey, señalados más por el cariño y el respeto de la ciudadanía que por el duelo de los suyos. Poco tiempo después, 9
Adranodoro desplazó a los demás tutores diciendo una y otra vez que Jerónimo era ya un joven capaz de gobernar; y renunciando él a la tutela que compartía con otros muchos hizo que gravitase sólo sobre él el poder de todos.

[290] «Cumplen con su deber», según la conjetura de Weissenborn *(munus suscipiunt)* para el texto que falta.

5 Era difícil que los siracusanos sintiesen simpatía inclu-
so hacia un rey bueno y moderado, sucesor de un Hierón
2 tan querido; pero la verdad es que Jerónimo, como si qui-
siera con sus defectos hacer sensible la pérdida de su abue-
lo, desde el mismo momento en que apareció en público
3 mostró hasta qué punto había cambiado todo. En efecto,
quienes durante tantos años habían visto que Hierón y su
hijo Gelón no se diferenciaban del resto de los ciudadanos
ni por la manera de vestir ni por ningún otro distintivo,
vieron ahora la púrpura y la diadema y la escolta armada,
4 e incluso lo vieron saliendo a veces del palacio en cuadriga
5 de blancos caballos al estilo de Dionisio el tirano. Este ce-
remonial tan suntuoso, esta apariencia externa, venían se-
guidos del correspondiente trato despectivo para con todo
el mundo, altivez para escuchar, expresiones humillantes,
audiencias escasas no ya para los extraños sino incluso pa-
ra sus tutores, formas inauditas de placer, crueldad inhu-
6 mana. Y de esta forma, cundió el pánico entre todo el
mundo en tal medida que algunos de los tutores se antici-
paron al castigo que temían por medio del suicidio o el
7 exilio voluntario. Tres de ellos, Adranodoro y Zoipo, yer-
nos de Hierón, y un tal Trasón, eran los únicos que tenían
entrada en palacio con relativa familiaridad; en otras cues-
tiones, la verdad es que no tenía demasiado en cuenta su
8 opinión, pero como dos de ellos se inclinaban por los car-
tagineses y Trasón por la alianza con Roma, con su en-
frentamiento y su proclividad atraían a veces la atención del
9 joven; entonces un tal Calón, que tenía la misma edad que
Jerónimo y estaba habituado ya desde la infancia a un tra-
to enteramente familiar con él, denunció una conjura urdi-
10 da para acabar con la vida del rey. El denunciante sólo
pudo dar el nombre de uno de los conjurados, Teódoto,
que se había puesto en contacto con él mismo. Detenido

inmediatamente y entregado a Adranodoro para que lo torturase, admitió sin vacilar su culpa, pero a sus cómplices los encubría; al fin, sometido a todas las torturas 11
que la naturaleza humana es incapaz de soportar, fingiéndose vencido por el castigo, en vez de delatar a sus cómplices delató a inocentes, inventándose que Trasón era el pro- 12
motor del complot y que no se habría atrevido con una acción de aquella envergadura de no haber contado con un cabecilla tan poderoso. Citó además como cómplices 13
a algunos satélites del rey, personas sin relieve ninguno cuyos nombres se le venían a la mente en su falsa acusación entre dolores y gemidos. Lo que dio más credibilidad a la delación en el ánimo del rey fue el hecho de que citara el nombre de Trasón, de modo que inmediatamente fue conducido al suplicio, y los demás, igualmente inocentes, sufrieron el mismo castigo. Ninguno de los cómplices se 14
escondió o huyó a pesar de ser largamente torturado su compañero, tal era su confianza en el valor y la lealtad de Teódoto y tal el aguante del propio Teódoto para mantener oculto lo que no debía ser revelado.

Así, quitado del medio Trasón, que era el único sostén 6
de la alianza con los romanos, la situación se veía inmediatamente abocada a la rebelión de forma evidente. Se envia- 2
ron embajadores a Aníbal y éste a su vez envió a Aníbal, un joven noble, y a Hipócrates y Epicides, nacidos en Cartago pero oriundos de Siracusa por parte de su abuelo, un exiliado, y además cartagineses por línea materna. Éstos hicieron de intermediarios para la negociación de una 3
alianza entre Aníbal y el rey de Siracusa, y se quedaron con éste con el consentimiento de Aníbal. El pretor Apio 4
Claudio, que tenía Sicilia a su cargo, cuando tuvo noticia de estos datos envió al instante embajadores a Jerónimo. Cuando dijeron que habían venido a renovar la alianza

que había existido con su abuelo fueron escuchados entre
burlas, y Jerónimo los despidió preguntándoles con sorna
5 cuál era la suerte que habían corrido en la batalla de Can-
nas, pues los embajadores de Aníbal contaron cosas casi
increíbles, y quería saber qué había de cierto, para decidir
6 a partir de ahí qué partido tomar. Los romanos dijeron
que volverían a verlo cuando comenzase a escuchar en se-
rio a las embajadas, advirtiéndole, más que rogándole, que
no cambiara de alianza de forma irreflexiva, y se marcha-
7 ron. Jerónimo envió embajadores a Cartago para negociar
un tratado de acuerdo con las bases establecidas con Aní-
bal. Se acordó que cuando echasen de Sicilia a los roma-
nos, cosa que iba a ocurrir en breve si enviaban naves y
tropas, el río Hímera [291], que divide la isla más o menos
por la mitad, sería la frontera entre el reino de Siracusa
8 y los dominios cartagineses. Después, ensoberbecido por
las adulaciones de los que le urgían a que se acordase no
ya de Hierón sino incluso del rey Pirro, su abuelo mater-
no, envió Jerónimo una segunda embajada diciendo que
consideraba justo que se le cediese a él toda Sicilia, y
que para el pueblo cartaginés se buscase en Italia el impe-
9 rio que le correspondía. No les sorprendía semejante frivo-
lidad y presunción en un joven alocado, ni se la recrimina-
ban, con tal de mantenerlo distanciado de los romanos.

7 Pero todo contribuyó a precipitarlo en la ruina. Envió
primero a Hipócrates y Epicides, cada uno con dos mil
hombres armados, para tantear las ciudades que estaban
2 ocupadas por guarniciones romanas, y él marchó hacia
Leontinos [292] con todo lo que quedaba de ejército, que eran

[291] El actual Salso, que desemboca en el sur de la isla. Había en Sicilia otro río Hímera: el actual Grande, que desemboca en el Tirreno.

[292] Actual Lentini, cerca de Siracusa.

unos quince mil hombres de a pie y de a caballo. Los con- 3
jurados —todos ellos, casualmente, servían en el ejército— ocuparon una casa deshabitada que daba a una calle estrecha por la que solía el rey bajar al foro. Mientras los de- 4
más esperaban allí, armados y a punto, el paso del rey, a uno de ellos llamado Dinómenes, que pertenecía a la guardia personal, se le asignó la misión de entretener con cualquier pretexto a la escolta en un estrechamiento de la calle cuando el rey se acercara a la puerta. Se hizo tal como 5
habían acordado. Dinómenes levantó un pie como para aflojar un nudo demasiado apretado y detuvo a la comitiva, haciendo que quedara espacio libre suficiente para que se produjera el ataque contra el rey cuando se adelantó sin guardia; recibió varias heridas antes de que fuera posible acudir en su ayuda. Al oír los gritos y el alboroto se 6
lanzaron armas arrojadizas contra Dinómenes, pues ya no cabía duda de que bloqueaba el paso adrede; se escapó, sin embargo, aunque recibió dos heridas. Los miembros 7
de la escolta del rey, cuando lo vieron tendido, emprendieron la huida; en cuanto a los homicidas, unos se dirigieron al foro al encuentro de la multitud que celebraba su libertad y otros a Siracusa para anticiparse a los planes de Adranodoro y demás partidarios del rey. Ante lo incier- 8
to de la situación, Apio Claudio, viendo que la guerra estaba a punto de estallar, informó por carta al senado del acercamiento producido entre Sicilia y el pueblo cartaginés y Aníbal, y él, en prevención de los movimientos de los 9
siracusanos, concentró todas sus tropas en la frontera entre su provincia y el reino de Siracusa.

Elecciones en Roma. Discurso electoral de Quinto Fabio Máximo

10 A finales de aquel año [293], Quinto Fa-
bio, por decisión del senado, fortificó e
impuso una guarnición a Putéolos, que
había comenzado a ser frecuentada como
mercado en el transcurso de la guerra.
11 Cuando volvía de allí a Roma para las elecciones, las con-
vocó para el primer día que la ley permitía celebrarlas,
y al llegar del viaje se dirigió directamente al campo de Mar-
12 te sin entrar en la ciudad. El día de las elecciones la suer-
te señaló a la centuria aniense de jóvenes para votar la
primera; ésta se pronunció por Tito Otacilio y Marco Emi-
lio Regilo para el consulado, y entonces Quinto Fabio im-
puso silencio y habló en estos términos:
8 «Si tuviéramos paz en Italia, o si tuviéramos un ene-
migo y una guerra que permitiera descuidar en alguna me-
dida la vigilancia, cualquiera que pusiese la menor cortapi-
sa a vuestras preferencias, que os traen al campo de Marte
para conferir los cargos a quien queráis, me parece a mí
2 que tendría poco en cuenta vuestra libertad. Pero como
en esta guerra y con este enemigo jamás general alguno
cometió un error sin que ello supusiera un grave desastre
para nosotros, es conveniente que emitáis el voto para la
elección de cónsules tan alerta como cuando salís armados
al campo de batalla, y que cada cual se diga a sí mismo:
«Voto por un cónsul que está a la altura de Aníbal como
3 general». Este año, en Capua, lanzó un reto Vibelio Táu-
rea, el mejor jinete campano, y se le enfrentó Aselo Clau-
4 dio, el mejor jinete romano. Tiempo atrás [294], contra un
galo que lanzaba su desafío en el puente del Anio enviaron
nuestros antepasados a Tito Manlio, que tenía plena con-

[293] El 215.

[294] En 361 a. C. Episodio narrado en VII 10.

fianza en su propio coraje y sus fuerzas. No pongo en du- 5
da que fue esa misma la razón por la que años más tar-
de [295] se confió en Marco Valerio cuando empuñó las ar-
mas para enfrentarse a un galo que también desafiaba a
un combate. Igual que deseamos tener soldados de infan- 6
tería y de caballería tan fuertes al menos como el enemigo,
si no más, también debemos buscar un general del nivel
del general enemigo. Aun cuando elijamos general a la per- 7
sona que más destaca entre la ciudadanía, con todo, nada
más resultar elegido, nombrado por un año, se medirá con
un general experimentado cuyo mando ininterrumpido no
está constreñido por ninguna clase de limitación, ni en tiem-
po ni en atribuciones, en orden a adoptar todo tipo de
medidas y disposiciones según lo requieran las circunstan-
cias de la guerra; a nosotros, en cambio, se nos va el año 8
entero sólo en los preparativos y el inicio de las operacio-
nes.

Puesto que he explicado suficientemente qué clase de 9
personas debéis elegir cónsules, sólo me falta referirme bre-
vemente a los que han sido objeto de las preferencias de
los primeros en votar. Marco Emilio Regilo es el sacerdote 10
de Quirino y no podemos ni alejarlo de sus funciones sa-
gradas ni mantenerlo aquí, si no queremos dejar desaten-
didos a los dioses o la dirección de la guerra. Tito Otacilio 11
tiene por esposa a la hija de una hermana mía, y tiene
hijos de ella; pero son tales las muestras de generosidad
que me habéis dado tanto a mí como a mis antepasados
que no voy a anteponer mis intereses particulares a los de
la patria. Cuando la mar está en calma, cualquier marino, 12
cualquier pasajero, puede manejar el timón; pero cuando
estalla una violenta tempestad y la nave es arrastrada por

[295] En 349 a. C. Relatado en VII 26, 1-5.

el viento en la mar encrespada, entonces se necesita un ti-
13 monel que sea un hombre de verdad. No navegamos en un mar en calma, sino que ha estado a punto de hundirnos más de una borrasca; por consiguiente, poned el mayor cuidado en ser previsores y precavidos para ver quién se va a sentar al timón. Te hemos puesto a prueba en empresas menores, Tito Otacilio, y francamente no nos diste el menor pie para que confiemos en ti con vistas a otras de ma-
14 yor alcance. La flota que tú mandaste este año la habíamos preparado con un triple objetivo: asolar la costa de África, proteger la costa de Italia y sobre todo evitar que desde Cartago se le hiciesen llegar a Aníbal refuerzos, di-
15 nero y provisiones. Si Tito Otacilio prestó al Estado, ya no digo todos estos servicios, sino alguno de ellos, elegidlo cónsul. Pero si, bien al contrario, mientras él mandaba la flota le llegaron a Aníbal sin problemas y en perfectas condiciones cosas incluso que no le hacían falta, como si en
16 el mar no tuviera enemigos, si la costa de Italia durante este año ha sido más peligrosa que la de África, ¿qué razón puedes aducir para que te pongamos precisamente a
17 ti frente a un enemigo como Aníbal? Si tú fueras cónsul, consideraríamos que había que nombrar un dictador, siguiendo el ejemplo de nuestros mayores, y tú no podrías sentirte indignado porque hubiese entre la ciudadanía de Roma alguien considerado mejor soldado que tú. Eres tú, Tito Otacilio, el primer interesado en que no se imponga sobre tus hombros una carga que no puedas sobrellevar.
18 Os lo aconsejo con todo encarecimiento, Quirites: con el mismo ánimo que si estuvierais armados en el campo de batalla y tuvierais que escoger de pronto dos generales pa-
19 ra combatir bajo sus órdenes y auspicios, elegid también hoy los cónsules ante los que vuestros hijos pronunciarán la fórmula del juramento, con su edicto se concentrarán,

bajo su supervisión y protección militarán. El lago Trasi- 20
meno y Cannas son un recuerdo doloroso, pero también un precedente útil para prevenir hechos parecidos. Pregonero, llama de nuevo a votar a la aniense de jóvenes».

Tito Otacilio alborotaba y de forma violenta decía a 9
gritos que Fabio quería continuar en el cargo de cónsul; entonces éste dio orden a los lictores de que se acercasen
a él y le recordó que los *fasces* que le precedían llevaban 2
aún las hachas, puesto que no había entrado en la ciudad al dirigir su marcha directamente al campo de Marte.
Entretanto emitió sufragio la centuria *praerrogativa* y resul- 3
taron votados cónsules por ella Quinto Fabio Máximo, por cuarta vez, y Marco Marcelo, por tercera [296]. Las centurias restantes votaron a estos mismos para el consulado
de forma unánime. Sólo un pretor fue reelegido, Quinto 4
Fulvio Flaco, los otros elegidos eran nuevos: Tito Otacilio Craso, por segunda vez [297], Quinto Fabio, hijo del cónsul, que entonces era edil curul, y Publio Cornelio Léntulo.
Finalizadas las elecciones de pretores, un decreto del sena- 5
do dispuso que como medida extraordinaria asumiera la pretura urbana Quinto Fulvio, y que fuera éste quien tuviera prioridad para gobernar la ciudad cuando los cónsu-
les marcharan al frente. Aquel año hubo lluvias torrencia- 6
les en dos ocasiones y el Tíber inundó los campos, causando grandes estragos en casas y ganados, con grandes pérdidas de vidas humanas.

El quinto año de la segunda guerra púnica tomaron 7
posesión [298] del cargo de cónsules Quinto Fabio Máximo por cuarta vez y Marco Claudio Marcelo por tercera vez,

[296] Las anteriores, en 222 y 215.

[297] La anterior, en 217.

[298] 15 de marzo del año 214.

arrastrando consigo una adhesión de la ciudadanía más allá de lo habitual, y es que en muchos años no había habido
8 una pareja de cónsules como aquélla. Contaban los viejos que algo así había ocurrido con la proclamación de los cónsules Máximo Rulo y Publio Decio [299] para la guerra con los galos, y más tarde con la de Papirio y Carvilio [300] contra samnitas y brucios y el pueblo lucano junto con
9 el tarentino. Marcelo fue elegido cónsul en ausencia, pues se encontraba en el frente; se le prorrogó el consulado a Fabio, que estaba presente y era precisamente él el presi-
10 dente de los comicios. Las circunstancias y exigencias de la guerra y lo crítico de la situación hacían que nadie anduviera buscando precedentes o considerase al cónsul sos-
11 pechoso de ambición de poder; es más, elogiaban incluso su grandeza de espíritu por el hecho de que, al saber que el Estado tenía falta de un general de gran talla y que él lo era sin lugar a dudas, había dado menos importancia a la propia impopularidad que podría derivarse de aquella circunstancia que a los intereses del Estado.

Reparto de competencias. Prodigios. Preparativos bélicos

10 El día en que los cónsules entraron en funciones se reunió el senado en el Capi-
2 tolio y como primera medida decretó que los cónsules echaran a suertes o se pusieran de acuerdo sobre cuál de ellos iba a presidir los comicios para la elección de censores, antes
3 de marcharse al frente. A continuación se les prorrogó el mando a todos los que estaban al frente de los ejércitos y se ordenó que permanecieran en sus campos de operacio-

[299] Quinto Fabio Máximo Rulo o Ruliano y Publio Decio Mus, cónsules en 295 a. C., libraron la batalla de Sentino y finalizaron la tercera guerra samnita.

[300] Lucio Papirio Cúrsor y Espurio Carvilio Máximo fueron cónsules en 272 y sometieron casi toda la Italia meridional.

nes: Tiberio Graco en Luceria, donde se encontraba con un ejército de esclavos voluntarios; Gayo Terencio Varrón en territorio piceno, y Marco Pomponio en territorio galo. Se acordó también que de los pretores del año anterior, 4
en calidad de propretores, Quinto Mucio ocupara Cerdeña y Marco Valerio asumiera el mando en la costa cercana a Brundisio pronto a hacer frente a cualquier movimiento de Filipo, rey de Macedonia. La provincia de Sicilia le fue 5
asignada por decreto al pretor Publio Cornelio Léntulo, y a Tito Otacilio la misma flota que había mandado el año anterior contra los cartagineses.

Aquel año corrieron noticias de numerosos hechos por- 6
tentosos; cuanto más crédito les daban las gentes sencillas y supersticiosas, más se multiplicaban los rumores: en Lanuvio habían anidado unos cuervos en el interior del templo de Juno Sóspita; en Apulia había ardido una palmera 7
verde; en Mantua había aparecido ensangrentada una laguna, consecuencia de un desbordamiento del río Mincio; además había llovido arcilla en Cales, y sangre en Roma en el mercado de ganado, y en el barrio Insteyo había bro- 8
tado bajo tierra un manantial con tanta fuerza en el agua que había arrastrado con el ímpetu de un torrente los cántaros y toneles que allí había; cayeron rayos en un atrio 9
público en el Capitolio, en el templo de Vulcano del campo de Marte, en el de Vacuna en la Sabina, y en una vía pública, un muro y una puerta en Gabios. Circulaban aho- 10
ra rumores de otros hechos extraordinarios: la lanza de Marte en Preneste se había movido sola, en Sicilia había hablado un buey; en el claustro materno un niño exclamó «¡Viva, triunfo!» en el país de los marrucinos; en Espoleto, una mujer se había transformado en hombre; en Adria habían visto un altar en el cielo y figuras humanas en torno a él vestidas de blanco. Es más, incluso en Roma, en la 11

propia ciudad, inmediatamente después de verse un enjambre de abejas en el foro, lo cual es sorprendente por lo inusual, algunos aseguraban estar viendo legiones armadas en el Janículo, con lo cual concitaron a las armas a la
12 población, mientras que los que estaban en el Janículo decían que por allí no había aparecido nadie aparte de los
13 ocupantes habituales de la colina. Estos portentos fueron conjurados, por indicación de los arúspices, con víctimas mayores, y se decretó una rogativa pública a todos los dioses que tenían cojines sagrados en Roma.

11 Cumplidas las ceremonias pertinentes para la reconciliación con los dioses, los cónsules sometieron a la deliberación del senado sus propuestas sobre los asuntos de Estado y sobre la dirección de la guerra, el volumen de los
2 efectivos y su localización y características. Se acordó que hubiera dieciocho legiones en campaña [301], que de cuatro de ellas se hicieran cargo los cónsules, dos cada uno, que dos ocupasen la Galia y otras tantas Sicilia y Cerdeña; dos estarían a las órdenes del pretor Quinto Fabio en Apulia, y dos de esclavos voluntarios a las de Tiberio Graco en
3 Luceria; se le dejó una al procónsul Gayo Terencio en el Piceno, otra a Marco Valerio para su flota de Brundisio, y
4 dos quedarían como guarnición en Roma. Para completar este número había que enrolar seis legiones nuevas. Los cónsules recibieron instrucciones de alistarlas cuanto antes
5 y preparar la flota de forma que, incluyendo las naves situadas ante las costas de Calabria, se completase aquel año
6 una armada de ciento cincuenta naves de guerra. Efectuado el reclutamiento y botadas cien nuevas naves, Quinto Fabio presidió los comicios para la elección de censores; resultaron elegidos Marco Atilio Régulo y Publio Furio Filo.

[301] Sin contar las que operaban en Hispania.

Como se intensificaban los rumores de que había guerra en Sicilia, Tito Otacilio recibió orden de partir hacia allí con su flota. Ante la escasez de marinería, los cónsu- 7
les, por decisión del senado, dispusieron que todo aquel cuya renta o la renta de su padre hubiera sido evaluada, durante la censura de Lucio Emilio y Gayo Flaminio, entre cincuenta mil y cien mil ases, o hubiese alcanzado esa cifra con posterioridad, aportase un marinero con la paga de seis meses; los comprendidos entre cien mil y trescientos mil, tres marineros y un año de paga; los comprendidos 8
entre trescientos mil y un millón, cinco marineros; los que sobrepasasen el millón, siete marineros; los senadores aportarían ocho marineros y un año de paga militar. Los mari- 9
neros suministrados a tenor de este decreto, armados y equipados por sus dueños, subieron a las naves con alimentos preparados para treinta días. Fue ésta la primera vez que la flota romana se formó con una marinería financiada por particulares.

Aníbal en la Campania

Estos preparativos, mayores que de cos- 12
tumbre, alarmaron sobre todo a los campanos, no fueran a iniciar los romanos con el asedio de Capua la campaña de aquel año. Enviaron, pues, embajadores a 2
Aníbal para pedirle que acercara a Capua su ejército, que se estaban reclutando en Roma nuevos ejércitos para atacarla, pues no había ninguna ciudad cuya defección hubiese provocado allí una reacción más hostil. Estaban tan ex- 3
citados cuando daban estas noticias que Aníbal pensó que había que darse prisa para que no se le adelantaran los romanos y salió de Arpos en dirección al Tifata, situándose en su antiguo campamento encima de Capua. Dejó allí a 4
los númidas y los hispanos para proteger tanto el campamento como la ciudad y bajó con el resto del ejército hacia

el lago Averno [302], aparentemente para ofrecer un sacrifi-
cio, pero en realidad para tantear Putéolos y la guarnición
5 que estaba allí. Cuando llegaron noticias de que Aníbal
había salido de Arpos y se dirigía de nuevo a Campania,
Máximo regresó al frente sin interrumpir la marcha ni de
6 día ni de noche y dio orden a Tiberio Graco de que trasla-
dara sus tropas de Luceria a Benevento y al pretor Quinto
Fabio —se trataba del hijo del cónsul— de que sustituyera
a Graco en Luceria.

7 Al mismo tiempo salieron para Sicilia los dos pretores,
Publio Cornelio para el ejército y Tito Otacilio para asu-
8 mir el mando de las operaciones navales en la costa. Tam-
bién salieron los demás hacia sus campos de operaciones,
y aquellos a los que se les había prorrogado el mando con-
servaron los del año anterior.

13 Cuando Aníbal se encontraba en el lago Averno acu-
dieron a verle desde Tarento cinco jóvenes de la nobleza
a los que había hecho prisioneros, unos en el lago Trasi-
meno y otros en Cannas, y les había dejado marchar a
sus casas mostrando la misma afabilidad que con todos
2 los aliados de los romanos. Le informaron que al recordar
el buen trato recibido de él habían llevado a una gran par-
te de la juventud tarentina a preferir la amistad y la alian-
za de Aníbal a la del pueblo romano, y que los suyos los
habían enviado como embajadores para rogar a Aníbal que
3 llevase su ejército más cerca de Tarento, que en cuanto
se avistasen desde allí sus enseñas y su campamento, la
ciudad se le entregaría sin la menor dilación, que los más
jóvenes controlaban la plebe y la plebe controlaba el go-
4 bierno de Tarento. Aníbal los felicita, los abruma con es-

[302] Situado entre Cumas y Putéolos. La creencia popular veía en él la entrada al reino de los muertos.

pléndidas promesas y les indica que vuelvan a casa para
agilizar sus proyectos, que él se presentará en el momento
adecuado. Con estas esperanzas se despidieron los tarenti-
nos. El propio Aníbal estaba vivamente interesado en apo- 5
derarse de Tarento. Veía que se trataba de una ciudad opu-
lenta y famosa, y además marítima y muy bien situada
frente a Macedonia, y que Filipo, en caso de cruzar a
Italia, se dirigiría a su puerto, ya que Brundisio estaba
en poder de los romanos. Celebró luego el acto religioso 6
objeto de su venida, y mientras permanecía allí arrasó el
territorio de Cumas hasta el promontorio de Miseno, y re-
pentinamente dirigió la marcha hacia Putéolos para sor-
prender a la guarnición romana. Había seis mil hombres 7
y aparte de las defensas naturales la posición estaba atrin-
cherada. Tres días estuvo allí el cartaginés tanteando la
guarnición desde todos los ángulos; después, como no ade-
lantaba nada, se fue a devastar el territorio de Nápoles,
más por rabia que por esperar apoderarse de la ciudad.

Su llegada al territorio próximo puso en movimiento 8
a la plebe de Nola, desafecta a los romanos desde hacía
tiempo y hostil a su propio senado. Por eso, llegó una
comisión a reclamar la presencia de Aníbal con la firme
promesa de entregarle la ciudad. El cónsul Marcelo, llama- 9
do por la aristocracia, le tomó la delantera. En un solo
día se trasladó desde Cales a Suésula, a pesar de la demora
que supuso el paso del río Volturno; a continuación intro- 10
dujo en Nola aquella misma noche seis mil hombres de
a pie y trescientos jinetes para proteger al senado. Y así 11
como el cónsul actuó con prontitud en todo para adelan-
tarse en la ocupación de Nola, Aníbal en cambio desapro-
vechaba el tiempo, pues al frustrarse sus dos tentativas an-
teriores se había vuelto bastante refractario a confiar en
los nolanos.

Batalla en las cercanías de Benevento

14 Por aquellas mismas fechas el cónsul Quinto Fabio llegó a Casilino con intención de atacarlo porque estaba ocupado por una guarnición cartaginesa, y como si se hubieran puesto de acuerdo se acercaron a Benevento por un lado Hannón, desde el Brucio, con un gran contingente de infantería y de caballería, y por
2 otro Tiberio Graco desde Luceria. Éste entró primero en la ciudad; después, cuando se enteró de que Hannón había acampado junto al río Calor [303] a unas tres millas de la ciudad y que desde allí asolaba los contornos, salió a su vez murallas afuera y situó su campamento aproximadamente a una milla del enemigo. Allí celebró una asamblea
3 de soldados. Tenía unas legiones compuestas en gran parte por esclavos voluntarios que, por segundo año consecutivo ya, habían preferido ganarse su libertad en silencio a pedirla abiertamente. No obstante, al salir de los cuarteles de invierno se había percatado de que circulaban por la formación murmullos de descontento preguntándose si es
4 que nunca iban a combatir como ciudadanos libres, y había expuesto por escrito al senado no tanto lo que deseaban sino lo que se merecían: hasta la fecha había podido contar con una colaboración leal y valerosa por su parte, y lo único que les faltaba ya para ser un ejemplo de solda-
5 dos cabales era la libertad. El senado le había autorizado a hacer lo que considerara conforme a los intereses del Estado. Así pues, antes de entablar combate con el enemigo les anuncia que ha llegado para ellos el momento de
6 conseguir la libertad tanto tiempo esperada; que al día siguiente piensa librar batalla cuerpo a cuerpo en terreno abierto y llano donde podrá desenvolverse la acción sólo

[303] Afluente del Volturno.

a base de valor, sin ningún temor a una emboscada; por orden suya, se le dará inmediatamente la libertad a 7
todo el que vuelva con la cabeza de un enemigo, pero será castigado como un esclavo [304] el que abandone su puesto; cada uno tiene en sus manos su propia suerte; el garante 8
de su libertad será no sólo él, sino el cónsul Marco Marcelo y el senado en pleno, que respondió a una consulta suya autorizándolo a decidir sobre su libertad. Acto seguido le- 9
yó en voz alta la carta del cónsul y el decreto del senado, que fueron recibidos con un griterío de entusiasmado asentimiento. Pedían combate y le urgían con fiereza que diera inmediatamente la señal. Graco anunció la batalla para el 10
día siguiente y disolvió la asamblea; los soldados, entusiasmados, sobre todo aquellos para los cuales la libertad iba a ser la recompensa de un solo día de esfuerzo, dedicaron el resto del día a preparar las armas.

Al día siguiente, en cuanto comenzaron a sonar las trom- 15
petas acudieron éstos los primeros al pretorio armados y preparados. A la salida del sol, Graco los sacó al campo de batalla y también los enemigos aceptaron la lucha sin dilación. Eran diecisiete mil hombres de infantería, brucios 2
y lucanos en su mayoría, y mil doscientos de caballería, entre los que había un número muy reducido de itálicos; el resto eran casi todos númidas y moros. El combate 3
fue largo y encarnizado; durante cuatro horas no se decantó el resultado a favor de ninguno de los dos bandos, y el mayor inconveniente para los romanos lo constituían las cabezas convertidas en precio de la libertad. En efecto, cuan- 4
do uno daba prontamente muerte a un enemigo, primero perdía tiempo con el engorro de cortarle la cabeza entre

[304] Con la crucifixión, en caso de pena de muerte. Los libres eran decapitados.

la confusión y la aglomeración; después, con la mano derecha ocupada para sostener la cabeza, los más aguerridos quedaban al margen del combate y la lucha quedaba en
5 manos de los cobardes y pusilánimes. Cuando los tribunos militares informaron a Graco de esta circunstancia, de que ningún enemigo que estuviera de pie era atacado, que se estaba degollando a los que estaban tendidos y en las diestras de los soldados había cabezas humanas en vez de espadas, ordenó que se diera en seguida la señal de tirar las
6 cabezas y lanzarse contra el enemigo, que el valor había quedado de manifiesto con claridad suficiente y que unos combatientes tan esforzados tenían asegurada la libertad. Se reinició entonces el combate, e incluso la caballería car-
7 gó contra el enemigo; como le hicieron frente al instante los númidas, y la caballería combatía con tanto denuedo como la infantería, el resultado se tornó incierto de nuevo. El general romano rebajaba con sus palabras a los brucios y los lucanos por haber sido vencidos y sometidos tantas veces por sus antepasados, y el cartaginés, por su parte, a los esclavos romanos por ser soldados salidos del ergás-
8 tulo, hasta que al fin Graco anuncia a los suyos que no hay la más mínima esperanza de libertad si los enemigos no son derrotados y puestos en fuga aquel mismo día.

16 Estas palabras caldean al fin los ánimos de tal forma que, después de repetir el grito de guerra, como si de repente se hubieran convertido en otros diferentes, se lanzaron contra el enemigo con tal empuje que ya no se les
2 pudo resistir por más tiempo. Cundió el desconcierto primero en la vanguardia cartaginesa, y luego en torno a las banderas, y por último fue rechazado su ejército entero; inmediatamente volvieron la espalda de forma decidida, emprendiendo la huida hacia el campamento presa de tal pánico y desconcierto que ni siquiera en las puertas del cam-

pamento o en la empalizada hubo quien opusiera resisten-
cia. Los romanos, pisándoles los talones como si formaran
un solo ejército, reiniciaron el combate dentro del recinto
de la empalizada enemiga. La carnicería fue allí más horri- 3
ble en la medida en que la falta de espacio obstaculizaba
la lucha; colaboraron además los prisioneros, los cuales,
en plena confusión, se hicieron con armas, se agruparon,
y cortaron desde atrás a los cartagineses impidiéndoles la
huida. De modo que de tan numeroso ejército escaparon 4
menos de dos mil hombres, jinetes en su mayoría, junto
con el propio general; los demás fueron todos ellos muer-
tos o hechos prisioneros; también se tomaron treinta y ocho
enseñas militares. Los vencedores tuvieron unas dos mil 5
bajas. Se le cedió a la tropa todo el botín a excepción de
los prisioneros; se exceptuó también el ganado que en el
plazo de treinta días pudieran identificar sus dueños.

Cuando regresaron al campamento cargados con el bo- 6
tín, unos cuatro mil esclavos voluntarios que no habían
puesto demasiado entusiasmo en el combate y no habían
irrumpido junto con los demás en el campamento enemi-
go, temiendo un castigo ocuparon una colina no lejos del
campamento. Al día siguiente fueron sacados de allí por 7
intervención de los tribunos militares y se presentaron en
la asamblea de soldados convocada por Graco. En ésta 8
el procónsul comenzó por conceder recompensas militares
a los soldados veteranos de acuerdo con el valor y el es-
fuerzo de cada cual en aquella batalla; después, en referen- 9
cia a los esclavos voluntarios, dijo que prefería felicitarlos
a todos, lo merecieran o no, antes de castigar a nadie en
un día como aquél; que por orden suya todos eran libres, y
que ello redundase en bien y prosperidad y buena suerte
para el Estado y para ellos mismos. Estas palabras suscita- 10
ron un clamor de entusiasmo desbordado, y tan pronto

se abrazaban unos a otros dándose la enhorabuena como
alzaban los brazos al cielo pidiendo toda clase de bienes pa-
11 ra el pueblo romano y para el propio Graco; éste, enton-
ces, dijo: «Antes de igualaros a todos con los derechos
de la libertad no he querido calificar a ninguno con la nota
12 de valiente o de cobarde; pero ahora, una vez cumplida
la promesa hecha en nombre del Estado, en prevención de
que se pierda por completo la diferencia entre el valor y
la cobardía, daré orden de que se me den los nombres de
los que acaban de provocar una secesión porque se sabían
culpables de falta de combatividad, los citaré uno a uno
13 y les haré jurar que, salvo en caso de enfermedad, mientras
dure su servicio militar comerán y beberán siempre de pie.
Sobrellevaréis esta sanción con más calma si tenéis en cuenta
que se trata de la nota más benévola con que se podía
14 calificar vuestra cobardía». Dio luego la orden de recoger
el equipo, y los soldados, transportando o conduciendo
ante ellos el botín, entre bromas y chanzas regresaron a Be-
15 nevento tan eufóricos que parecían volver de la celebra-
ción de un banquete en un día de fiesta y no del campo
16 de batalla. Todos los beneventanos masiva y desordenada-
mente salieron a su encuentro a las puertas de la ciudad
abrazándolos, felicitándolos y brindándoles su hospitalidad.
17 Se habían preparado banquetes en los patios de las casas;
los invitaban a participar y le rogaban a Graco que permi-
tiese a sus hombres sentarse a la mesa; y Graco concedió
el permiso a condición de que comiesen todos en el exte-
18 rior, cada uno delante de su propia puerta. Lo sacaron
todo afuera. Tocados con gorros de hombres libres o con
la cabeza cubierta con lana blanca [305], comieron los volun-

[305] Los que obtenían la libertad recientemente, después de raparse la cabeza, se tocaban con un gorro blanco o, a falta de éste, se ceñían la cabeza con una cinta blanca.

tarios, unos recostados y otros de pie, sirviendo a la mesa a la vez que comían. A Graco le pareció que la ocasión 19
lo merecía y a su vuelta a Roma mandó pintar una reproducción de la celebración de aquella jornada en el templo de la Libertad que su padre había dedicado en el Aventino después de disponer su construcción con dinero de las multas.

Reveses de Aníbal en Nola. Medidas censorias en Roma

Mientras en Benevento se desarrollaban 17
estos acontecimientos, Aníbal, después de devastar el territorio napolitano, trasladó su campamento a Nola. Cuando el cón- 2
sul se dio cuenta de su llegada, mandó venir al propretor Pomponio con el ejército que se encontraba en el campamento de encima de Suésula y se dispuso para salir al encuentro del enemigo y presentar batalla sin dilación. En el silencio de la noche mandó a Gayo Claudio 3
Nerón salir con el grueso de la caballería por la puerta más alejada del enemigo, ordenándole que, sin dejarse ver, describiera un semicírculo, siguiera a la columna enemiga sin ser notado y le saliera al paso desde retaguardia cuando viera que se había iniciado el combate. No pudo hacer- 4
lo así Nerón, y no está claro si fue porque se equivocó de camino o porque no le dio tiempo. Se inició el combate 5
sin su presencia y los romanos eran a todas luces superiores; pero como no se presentaron los jinetes a su debido tiempo, el plan trazado se fue al traste. Marcelo no se atrevió a acosar al enemigo que retrocedía y dio a los suyos la orden de retirada cuando estaban venciendo. Con todo, 6
dicen que aquel día fueron muertos más de dos mil enemigos, y romanos menos de cuatrocientos. Casi a la puesta del 7
sol regresó Nerón después de cansar inútilmente a hombres y caballos sin haber ni tan siquiera avistado al enemigo. El cónsul lo increpó con gran dureza, llegando a decirle

que él tenía la culpa de que no se le hubiera devuelto al
8 enemigo la derrota sufrida en Cannas. Al día siguiente los
romanos presentaron batalla y el cartaginés permaneció en
su campamento, reconociendo su derrota de forma tácita;
dos días después, renunciando a sus esperanzas de apode-
rarse de Nola, objetivo intentado siempre sin éxito, mar-
chó hacia Tarento, donde las esperanzas de una rendición
eran más fundadas.

18 No se ponía menos energía en la gestión de los asuntos
2 internos de Roma que en las acciones militares. Los censo-
res, como no tenían que ocuparse de la contratación de
obras públicas porque las arcas del Estado estaban vacías,
dedicaron su atención a encauzar los comportamientos cas-
tigando los vicios que habían nacido con aquella guerra
igual que se generan en los cuerpos enfermos con los males
3 crónicos. Como primera medida citaron a aquellos que,
según se decía, después de la derrota de Cannas habían
planeado abandonar Italia [306]. Su jefe, Marco Cecilio Me-
4 telo, casualmente era entonces cuestor. Se les conminó a
defenderse a él y a los demás acusados del mismo delito;
no lograron demostrar su inocencia y los censores los de-
clararon culpables de haber hablado, tanto en público co-
mo en privado, en contra del Estado con el objeto de for-
5 mar una conjura para abandonar Italia. A continuación
de éstos fueron citados los prisioneros que, ya en camino,
habían vuelto al campamento de Aníbal considerando así
cumplido el juramento que habían hecho de que volverían,
dando una interpretación demasiado rebuscada de lo que
6 es cumplir un juramento. A éstos y a los anteriores se les
suprimió el caballo, a los que lo tenían a expensas del Esta-
do, y a todos se les dio de baja en su tribu, convirtiéndolos

[306] Cf. XXII 53, 5.

en erarios. Pero la acción correctora de los censores no 7
se ciñó exclusivamente al senado y al orden ecuestre. Borraron de las listas de jóvenes a todos los que no habían hecho el servicio militar durante cuatro años y no tenían exención regular ni habían alegado enfermedad. Todos 8
éstos, más de dos mil, fueron también convertidos en erarios y dados de baja en su tribu. A esta nota censoria tan dura 9
se añadió un riguroso decreto del senado disponiendo que todos los señalados por los censores hiciesen el servicio como soldados de a pie y fuesen enviados a Sicilia para unirse a los restos del ejército de Cannas, tropas éstas que no terminaban su período de servicio militar hasta que el enemigo fuera expulsado de Italia.

Como la falta de recursos públicos impedía que los cen- 10
sores sacaran a subasta la contrata de conservación de edificios religiosos, el suministro de caballos curules [307] y cosas por el estilo, acudieron a verles muchas personas acos- 11
tumbradas a este tipo de subastas, animándolos a que tomasen todas las medidas e hiciesen las adjudicaciones como si hubiera fondos en el erario, pues nadie iba a exigir el pago hasta que finalizara la guerra. Se presentaron lue- 12
go los amos de los esclavos a los que Tiberio Sempronio había dado la libertad en Benevento y dijeron que les habían mandado venir los triúnviros encargados de las finanzas para entregarles el importe de los esclavos, pero que no lo iban a aceptar hasta acabar la guerra. Mientras se 13
producían estas reacciones en la voluntad popular para paliar la penuria del erario, comenzaron también las aportaciones de dinero por parte de los pupilos primero y de las viudas después, convencidos los que hacían los depósitos 14

[307] Los de las cuadrigas que tiraban de los carros con las estatuas de los dioses en las solemnidades de los juegos.

de que no encontrarían nada más seguro y respetable que la garantía del Estado. A partir de ese momento, si los pupilos o las viudas compraban o se proveían de cualquier
15 cosa, el cuestor lo anotaba en un registro. Esta actitud de generosidad de los particulares se propagó desde la ciudad a los campamentos, de forma que ni los jinetes ni los centuriones cogían su paga, y si alguno lo hacía le llamaban mercenario en tono de insulto.

Ataque a Casilino, y otras acciones bélicas en suelo itálico

19 El cónsul Quinto Fabio tenía su campamento cerca de Casilino, que estaba ocupado por una guarnición de dos mil campanos y setecientos soldados de Aní-
2 bal. Tenía el mando Estacio Mecio, enviado por Gneo Magio de Atela, que era *medix tuticus* aquel año y había armado indiscriminadamente a plebeyos y esclavos para atacar el campamento romano mientras el cónsul estaba ocupado en el asedio de
3 Casilino. Fabio se dio cuenta de todo esto. Por eso envió a decir a su colega en Nola que se precisaba otro ejército para hacer frente a los campanos mientras se producía el
4 asedio de Casilino: o bien dejaba una pequeña guarnición en Nola y venía personalmente, o bien hacía venir de Benevento al procónsul Tiberio Graco, si Nola requería su
5 presencia y Aníbal representaba aún una amenaza. Ante este mensaje, Marcelo dejó dos mil hombres en la guarnición de Nola y se dirigió a Casilino con el resto del ejército; con su llegada se calmaron los campanos, que habían
6 iniciado ya algunos movimientos. De esta forma comenzó el asedio a Casilino por parte de los dos cónsules. Como los soldados romanos, al acercarse a las murallas de forma imprudente, recibían numerosas heridas sin que se adelantara gran cosa, Fabio pensaba que había que desistir de aquella operación de escaso relieve tan dificultosa como

una importante y retirarse de allí, puesto que urgían otras
acciones de mayor trascendencia; pero Marcelo decía que 7
si bien hay muchas cosas que un buen general no debe
intentar, una vez emprendidas no debe dejarlas, porque
la gran influencia de la fama se produce en sentido favora-
ble o desfavorable; e impidió que se llevara a cabo la reti-
rada sin haber conseguido el objetivo. Inmediatamente pu- 8
sieron en marcha los manteletes y demás máquinas de gue-
rra y obras de todas clases; los campanos pidieron a Fabio
que les permitiese marcharse a Capua sin peligro, y cuando 9
habían salido unos pocos, Marcelo ocupó la puerta por don-
de estaban saliendo y comenzó una masacre generalizada
e indiscriminada, primero en torno a la puerta, y después,
irrumpiendo en la ciudad, dentro de ésta. Los aproxima- 10
damente cincuenta campanos que habían salido los prime-
ros buscaron refugio al lado de Fabio y con la protección
de éste llegaron a Capua. Casilino fue tomado a la primera
oportunidad entre las conversaciones y las vacilaciones de
los que pedían un salvoconducto, y los prisioneros, cam- 11
panos o soldados de Aníbal, fueron enviados a Roma y
allí encarcelados; el grueso de la población fue distribuido
por los pueblos vecinos para su custodia.

Por las mismas fechas en que se produjo la retirada 20
de Casilino después de coronar con éxito la empresa, en
Lucania envió Graco a saquear los campos enemigos algu-
nas cohortes reclutadas en aquella comarca, mandadas por
el prefecto de los aliados. Hannón los atacó cuando esta- 2
ban dispersos en desorden y le devolvió al enemigo una
derrota casi tan severa como la que él había sufrido en
Benevento, y se retiró a toda prisa por temor a que Graco
le diera alcance. En cuanto a los cónsules, Marcelo retro- 3
cedió hacia Nola, de donde había venido, y Fabio avanzó
hacia el Samnio para devastar los campos y recuperar por

4 las armas las ciudades que se habían sublevado. El Samnio caudino sufrió más los rigores de la devastación: los campos, en una gran extensión, fueron quemados, capturados
5 hombres y animales, tomadas al asalto Compulteria, Telesia, luego Compsa, Fugífulas y Orbitanio, y atacadas Blan-
6 da, de los lucanos, y Ecas, de los ápulos [308]. En estas ciudades fueron muertos o hechos prisioneros veinticinco mil enemigos, y cogidos trescientos setenta desertores que el cónsul envió a Roma, donde fueron azotados con varas en el comicio y precipitados desde la roca Tarpeya todos
7 ellos. Todo esto lo hizo Fabio en unos pocos días. A Marcelo lo retuvo en Nola una enfermedad impidiéndole en-
8 trar en acción. También el pretor Quinto Fabio, cuyo campo de operaciones eran los alrededores de Luceria, tomó al asalto por aquellas mismas fechas la plaza de Acuca y fortificó un campamento permanente en Ardoneas [309].

9 Mientras los romanos llevaban a cabo estas acciones en distintos sitios, Aníbal había llegado ya a Tarento, cau-
10 sando a su paso en todo los mayores estragos; sólo cuando llegó a territorio tarentino inició su ejército un avance en son de paz. Allí no causó ningún daño ni se salió del camino en ningún momento, y resultaba evidente que esto no se hacía por moderación de los soldados o del general, sino
11 para granjearse las simpatías de los tarentinos. Pero cuando se acercó bastante a las murallas sin que, como él pensaba, se produjera ningún movimiento a la vista de la cabeza de la columna, acampó aproximadamente a una milla

[308] Compulteria, en las inmediaciones de Caiazzo. Telesia, actual Telese. Blanda, al oeste de Lucania. Ecas, en Apulia. Sin referencias para situar Fugífulas y Orbitanio.

[309] No hay menciones de Acuca ni de Ardoneas que permitan determinar su posición.

de la ciudad. Tres días antes de que Aníbal se acercara 12
a las murallas, en Tarento, Marco Livio, enviado por el propretor Marco Valerio, comandante de la flota de Brundisio, reclutó a toda prisa a la juventud y organizó los pues- 13
tos de vigilancia que las circunstancias requerían junto a todas las puertas y en el entorno de las murallas, en guardia día y noche sin dejar la menor oportunidad para una sorpresa ni del enemigo ni de los aliados vacilantes. Aníbal 14
perdió allí inútilmente unos cuantos días, y como nadie de los que habían ido al lago de Averno venía personalmente ni enviaba un mensajero o una carta, comprendiendo que se había fiado a la ligera de promesas vacías, levantó el campamento, y también en esta ocasión respetó el territorio ta- 15
rentino a pesar de que su fingido comedimiento no le había dado ningún resultado positivo, y es que no renunciaba a la esperanza de socavar la lealtad. Cuando llegó a Salapia [310] hizo traer trigo de los campos de Metaponto y Heraclea, porque el verano tocaba ya a su fin y le parecía un buen sitio para el campamento de invierno. Desde allí envió a 16
los númidas y moros a saquear a lo largo del territorio salentino y los cercanos bosques de Apulia, de donde trajeron sobre todo manadas de caballos, de los que se repartieron cerca de cuatro mil entre los jinetes para que los domaran; botín de otro tipo, no gran cosa.

Sicilia: disturbios, proclamación de la república en Siracusa

Los romanos, a la vista del estallido 21
en Sicilia de una guerra que había que tener muy en cuenta, y de que la muerte del tirano no había hecho cambiar de partido o de actitud a los siracusanos y sí les había proporcionado unos jefes activos, le asignan por

[310] Al norte de Cannas, al norte de las fuentes del Ofanto, en la Apulia septentrional.

decreto esta provincia a uno de los cónsules, Marco Mar-
2 celo. A raíz del asesinato de Jerónimo se habían producido
desórdenes entre la tropa en Leontinos y se había dicho
a gritos y con violencia que era preciso ofrecer en sacrifi-
3 cio al rey la sangre de los conjurados. Pronto comenzó
a oírse el dulce nombre de la libertad recuperada, repetido
una y otra vez, y a forjarse esperanzas de repartir el dinero
del rey y servir a las órdenes de mejores generales; se refe-
rían los delitos vergonzosos y los desenfrenos aún más ver-
gonzosos del tirano y se produjo un cambio tal de actitud
que dejaron tirado sin sepultura el cuerpo del rey, poco
4 antes añorado. Los demás conjurados se quedaron para
controlar al ejército, mientras que Teódoto y Sosis se diri-
gieron a Siracusa en caballos del rey todo lo aprisa que
pudieron para sorprender a los partidarios del tirano antes
5 de que se enteraran de nada de lo que pasaba. Pero ade-
más de los rumores, lo más veloz que existe en estos casos,
se les había adelantado también con la noticia uno de los
6 esclavos del rey. En consecuencia, Adranodoro aseguró con
guardias La Isla [311] y la ciudadela y los demás puntos es-
7 tratégicos que le era posible. Teódoto y Sosis entraron por
el Hexápilo [312] después de ponerse el sol, en la penumbra
del crepúsculo; mostrando bien a la vista el manto real
ensangrentado y la diadema, cruzaron por Tica convocan-
do a las armas y a la libertad y llamando a una concentra-
8 ción en Acradina. Parte de la población se precipita a las
calles, otros permanecen de pie en los vestíbulos, otros se
asoman desde las azoteas y las ventanas de las casas y pre-

[311] Los barrios o distritos de Siracusa eran La Isla (Ortigia), Acradina (la parte principal), Tica, Nápoles y Epípolas. Había un muro que separaba Acradina de Tica y Nápoles.

[312] La gran puerta norte de la muralla de Dionisio. En realidad eran seis puertas contiguas, punto difícil de defender.

guntan qué es lo que pasa. Brillan luces por todas partes 9
y ruidos confusos lo llenan todo. Los que tienen armas
se reúnen en espacios abiertos; los que no las tienen arram-
blan con los despojos de galos e ilirios del templo de Júpi-
ter Olímpico [313] donados por el pueblo romano a Hierón
y colgados allí por éste, y ruegan a Júpiter que les preste, 10
benévolo y propicio, aquellas armas sagradas con que se
invisten para defender la patria, los templos de los dioses,
la libertad. Toda esta multitud se une a los puestos de guar- 11
dia distribuidos por los jefes de los distritos de la ciudad.
En La Isla, Adranodoro había protegido con tropas los gra-
neros públicos, además de otros puntos. Se trataba de un 12
lugar rodeado de un muro de sillería, fortificado como una
ciudadela; los jóvenes asignados al mismo como guarni-
ción lo ocuparon y mandaron recado a Acradina de que
los graneros y el trigo estaban a disposición del senado.

Al amanecer, toda la población, con armas o sin ellas, 22
se concentra en Acradina delante de la curia. Ante el altar
de la Concordia que allí se encuentra, uno de los ciudada-
nos principales, llamado Polieno, pronunció un discurso
franco y al mismo tiempo moderado en el tono, diciendo
que la gente que ha sufrido el peso y las humillaciones 2
de la esclavitud se siente indignada contra ese mal fami-
liar, pero las calamidades que comporta una guerra civil
no las han visto los siracusanos con sus propios ojos, las
han escuchado de labios de sus padres; los felicita por ha-
ber empuñado las armas con prontitud, pero más los feli- 3
citará si no hacen uso de ellas a no ser en caso de extrema
necesidad; por el momento, su parecer es que se envíen 4
emisarios a Adranodoro a conminarle a que se ponga a
disposición del senado y el pueblo, que abra las puertas

[313] Erigido por Hierón II; se encontraba en el foro.

5 de La Isla, y que entregue la guarnición; en caso de que Adranodoro quiera pasar de tutor del rey a rey, él mismo propondrá luchar por la libertad contra Adranodoro con
6 mayor ahínco que contra Jerónimo. Al término de este discurso se envió la comisión. A partir de ese momento comenzó a reunirse el senado, porque si bien se había mantenido dicho consejo público mientras mandaba Hierón, después de su muerte no había sido convocado ni consultado
7 hasta aquella fecha sobre ningún asunto. Al llegar ante Adranodoro quedó éste realmente impresionado por el común sentir de la ciudadanía y por la ocupación del resto de la ciudad, pero sobre todo por la entrega a manos aje-
8 nas de la zona mejor fortificada de La Isla. Pero su esposa Damárata, hija de Hierón, ensoberbecida aún con sus aires de realeza y su altivez mujeril, lo llama apartándolo de los comisionados y le recuerda la frase que a menudo utili-
9 zaba Dionisio el tirano en la que expresaba que debe uno abandonar la tiranía arrastrado por los pies, no montado a caballo; que a cualquiera le resulta fácil dejar la posesión de una gran posición en el momento que quiera, pero lo
10 difícil, lo arduo, es adquirirla, hacerse con ella; que les pida a los comisionados un plazo para reflexionar y que lo aproveche para hacer que vengan tropas desde Leontinos, y si les promete el dinero del rey, todo estará en sus
11 manos. Adranodoro no desechó del todo estos consejos de mujer ni los hizo suyos inmediatamente, persuadido de que seguía un camino más seguro para conquistar el poder
12 si de momento se plegaba a las circunstancias. Por consiguiente, encargó a la comisión que llevasen la respuesta de que él se sometería a la autoridad del senado y el pueblo.

Al día siguiente al amanecer abrió las puertas de La
13 Isla, fue al foro de Acradina, allí se subió al altar de la Concordia desde donde Polieno se había dirigido a la asam-

blea el día anterior, y comenzó un discurso en el que ante
todo pidió disculpas por sus vacilaciones, pues él había 14
tenido cerradas las puertas no porque pretendiera desligar
sus intereses de los del Estado, sino porque, una vez desen-
vainadas las espadas, se preguntaba con temor hasta dón-
de llegarían las muertes: si se contentarían con la del tira-
no, lo cual bastaba para ser libres, o si serían degollados,
acusados de delitos ajenos, todos los que habían estado
relacionados con el palacio por alguna clase de parentesco,
afinidad o cargo; una vez que se había dado cuenta de 15
que quienes habían liberado a la patria querían también
mantenerla libre y que todos los pensamientos tenían co-
mo centro el bien común, no había vacilado en devolverle
a la patria su propia persona y todo aquello que estaba
confiado a su lealtad y tutela, puesto que quien se lo había
confiado había perecido víctima de su propio desvarío.
Dirigiéndose luego a los que habían dado muerte al tirano 16
y llamando por su nombre a Teódoto y Sosis, dijo: «Ha-
béis realizado una hazaña memorable; pero, creedme, vues- 17
tra gloria está en sus comienzos, no es completa todavía,
y si no veláis por la paz y la concordia, subsiste el gravísi-
mo riesgo de que desaparezca la libertad de nuestro país».

Con estas palabras puso ante sus pies las llaves de las 23
puertas y el dinero del rey, y al menos aquel día salieron
contentos de la asamblea y elevaron plegarias de acción
de gracias con sus mujeres e hijos en los templos de todos
los dioses. Al día siguiente se celebraron los comicios para
la elección de pretores [314]. En primer lugar fue elegido Adra- 2
nodoro, y el resto, asesinos del tirano en su mayor parte;
eligieron incluso a dos ausentes, Sópatro y Dinómenes;
éstos, al oír lo ocurrido en Siracusa, trasladaron el tesoro 3

[314] Traducción de arcontes.

real que había en Leontinos a Siracusa y se lo entregaron
4 a los cuestores nombrados con ese fin. También el tesoro que había en La Isla fue trasladado a Acradina, y por acuerdo unánime se echó abajo el tramo de muralla que suponía una barrera demasiado fuerte entre La Isla y el resto de la ciudad. Las demás medidas que se tomaron fueron también consecuencia de esta predisposición de los ánimos hacia la libertad.

División en Siracusa. Persecución de la familia real

5 Hipócrates y Epicides, enterados de la muerte del tirano —hecho éste que Hipócrates quiso mantener oculto incluso dando muerte al mensajero—, abandonados por sus tropas, regresaron a Siracusa porque les parecía que era lo más seguro dadas las circunstan-
6 cias. Una vez allí, para evitar el aparecer públicamente como sospechosos de andar buscando el momento propicio para dar un vuelco a la situación, se presentaron primero a los pretores y después, por mediación de éstos, al sena-
7 do. Allí declararon haber sido enviados por Aníbal a Jerónimo como amigo y aliado, y haber obedecido las órdenes de la persona a la que su general quiso que obedecieran;
8 que querían volver al lado de Aníbal, pero como el viaje, con los romanos vagando a sus anchas por toda Sicilia, tenía sus riesgos, pedían que se les proporcionase alguna clase de escolta que los condujera a Italia, a Locros; que Aníbal les quedaría muy agradecido por aquel pequeño ser-
9 vicio. Consiguieron sin dificultad lo que pedían, pues se deseaba perder de vista a unos generales del ejército real, militares experimentados y además osados, dado lo apurado de su situación, pero que no daban con la prisa debida
10 los pasos requeridos para lo que se pretendía. Entretanto, los jóvenes, soldados ellos y avezados al trato con los soldados, dejaban caer unas veces entre la propia tropa, otras

entre los desertores, que en su mayoría procedían de las
tripulaciones romanas, y otras incluso entre los miembros
de la plebe de más baja extracción, acusaciones contra el
senado y la nobleza, diciendo que éstos andaban tramando 11
un plan secreto encaminado a que Siracusa pasase a poder
de los romanos con el pretexto de una renovación de la
alianza, para después ejercer la tiranía una facción: los po-
cos instigadores de la renovación del tratado.

Cada día era más numerosa la multitud que afluía a 24
Siracusa dispuesta a dar oído y crédito a esta clase de acu-
saciones, dando pie para que concibieran esperanzas de un
golpe de Estado Epicides e incluso Adranodoro. Éste aca- 2
bó por cansarse de escuchar a su esposa advirtiéndole que
aquél era el momento de hacerse con la situación, mientras
todo era confusión y las nuevas libertades estaban sin or-
ganizar, mientras tenía ante sí una tropa bien alimentada
con el dinero del rey, mientras podían ayudarle en sus pla-
nes generales con experiencia militar enviados por Aníbal;
concertó un plan con Temisto, que estaba casado con una
hija de Gelón, y pocos días después cometió la impruden-
cia de revelárselo a un tal Aristón, actor de tragedias al
que de forma habitual le había confiado también otros se-
cretos. Era éste un hombre de buena familia y posición 3
social no afectada negativamente por su profesión, pues
entre los griegos no supone desdoro el ejercicio de ese arte;
por eso, consideró más importante la lealtad que debía a
su patria y lo denunció a los pretores. Cuando éstos com- 4
probaron por indicios seguros que la denuncia no carecía
de fundamento, consultaron con los senadores de más edad
y con su autorización apostaron guardias en las puertas,
y cuando Temisto y Adranodoro entraron en la curia los
mataron; como nadie más conocía los motivos de una ac- 5
ción a primera vista tan atroz, se originó un tumulto, y

cuando al fin se restableció el silencio hicieron entrar en
6 la curia al denunciante. Éste lo explicó todo paso a paso:
el origen de la conjuración, a partir del enlace matrimonial
7 entre Harmonía, la hija de Gelón, y Temisto; cómo los
auxiliares africanos e hispanos tenían instrucciones para dar
muerte a los pretores y otros ciudadanos de primera fila,
con la declaración de que sus bienes constituirían el botín
8 de sus asesinos; ahora una pandilla de mercenarios que
acostumbraban a obedecer a Adranodoro estaban prepara-
dos para ocupar La Isla otra vez. A continuación expuso
ante sus ojos toda la conspiración con su dotación de hom-
bres y armas, detallando qué se pensaba hacer y quién lo
iba a hacer. El senado, la verdad, encontró tan justificadas
9 aquellas muertes como la de Jerónimo, pero delante de la
curia la multitud era un clamor, con división de opiniones
y sin saber muy bien lo que ocurría; rugía amenazadora,
pero a la vista de los cadáveres de los conjurados se enco-
gió de miedo, de tal forma que marchó en silencio a una
asamblea detrás del resto de la plebe que no se había alte-
10 rado. Sópatro fue encargado por el senado y por sus cole-
gas de tomar la palabra.

25 Como si llevase una acción judicial contra unos acusa-
dos, Sópatro comenzó hablando de su vida pasada e impu-
tó a Adranodoro y Temisto la responsabilidad de todos
los crímenes y sacrilegios posteriores a la muerte de Hie-
2 rón, pues ¿qué podía haber hecho por propia iniciativa
Jerónimo, un muchacho apenas entrado en la pubertad?;
el poder real lo habían ejercido sus tutores y maestros,
recayendo en otro los odios; por eso debían haber muerto
antes que Jerónimo, o, cuando menos, al mismo tiempo que
3 él, pero ellos, cuyo destino obligado era ya la muerte, ha-
bían planeado otros nuevos crímenes después de la muer-
te del tirano; primero abiertamente, cuando Adranodoro

había cerrado las puertas de La Isla y se había hecho cargo
de la herencia del trono, ejerciendo un señorío de dueño
sobre lo que le había correspondido como administrador;
después, traicionado por los de La Isla, sitiado por toda 4
la población que ocupaba Acradina, había intentado su-
brepticiamente y por medio de engaños hacerse con el po-
der que había pretendido en vano abierta y públicamente;
ni siquiera con beneficios y cargos públicos se había con- 5
seguido aplacarlo, a pesar de elegirlo pretor junto con los
libertadores de la patria, a él, que era un enemigo de
la libertad; pero les habían imbuido ínfulas de realeza 6
sus reales esposas, casadas la hija de Hierón con uno de
ellos y la de Gelón con el otro. Al hacer esta alusión esta- 7
lla un clamor por toda la asamblea gritando que no debe
vivir ninguna de las dos ni sobrevivir nadie de la estirpe
de los tiranos. Así es el natural de la masa: o se humilla 8
servilmente, o tiraniza despóticamente; la libertad, que se
encuentra entre ambos extremos, no sabe alcanzarla con
moderación ni conservarla; y ordinariamente no le faltan 9
indulgentes servidores de sus iras que incitan a la sangre
y a la muerte sus ánimos desenfrenadamente ávidos de tor-
turas. Como ocurrió entonces: los pretores presentaron in- 10
mediatamente una proposición de ley —que fue aprobada
casi antes de ser presentada— disponiendo que todos los
miembros de la familia real fuesen ajusticiados, y hombres 11
enviados por los pretores dieron muerte a Damárata, hija
de Hierón, y a Harmonía, hija de Gelón, esposas de Adra-
nodoro y Temisto.

Había una hija de Hierón, Heraclia, casada con Zoipo; 26
enviado éste por Jerónimo como embajador ante el rey
Tolomeo [315], se había exiliado voluntariamente. Ella, ente- 2

[315] Tolomeo IV Filópator.

rada de que también iban en su busca, se refugió en la ca-
pilla de los penates, junto con sus dos hijas doncellas, con el
cabello suelto y otras formas exteriores que mueven a com-
3 pasión; a esto añadió las súplicas: que, por los dioses, por
el recuerdo de su padre Hierón y de su hermano Gelón,
no dejaran que se consumiera en las llamas ella, que no
4 tenía culpa, por odio a Jerónimo, de cuyo reinado única-
mente le quedaba el exilio de su marido; que ni su suerte
había sido como la de su hermana en vida de Jerónimo,
5 ni, muerto éste, era la misma su causa; ¿qué importaba que
su hermana fuese a reinar con su marido en caso de que
a Adranodoro le hubiesen salido bien sus planes, si ella
habría tenido que servir como esclava igual que los demás?;
6 ¿quién ponía en duda que Zoipo embarcaría inmediata-
mente y regresaría a su patria si alguien le comunicaba
7 la muerte de Jerónimo y la liberación de Siracusa?; ¡en qué
medida se frustran las esperanzas de los hombres! En una
patria en libertad corrían peligro las vidas de su esposa
y de sus hijos: ¿en qué estorbaban a la libertad o las leyes?;
8 ¿qué peligro representaban para nadie una mujer sola y
prácticamente viuda y unas niñas que vivían en la orfan-
dad?, y si ella personalmente no suscitaba ningún temor
9 pero el odio iba dirigido contra la familia real, que en ese
caso la enviaran lejos de Siracusa, y de Sicilia, y ordenasen
su deportación a Alejandría, la esposa al lado de su mari-
10 do y de su padre las hijas. No la escucharon ni la compa-
decieron... [316], vio que para no perder tiempo alguno des-
11 envainaban la espada. Entonces dejó de suplicar por sí
misma e insistió en pedir que al menos perdonaran a las
niñas, cuya edad merecía respeto hasta a los enemigos aira-

[316] Parece haber una pequeña laguna en el texto, para la que se han presentado propuestas diversas.

dos; que su afán de venganza contra los tiranos no incurriera en las mismas atrocidades que odiaban. Cuando aún 12
estaba hablando la arrastraron fuera de la capilla y le cortaron el cuello. Después se abalanzaron sobre las muchachas, a las que había salpicado la sangre de su madre; ellas, fuera de sí por el dolor y el pánico a un tiempo, como si fueran presa de un frenesí salieron de la capilla corriendo de tal forma que, de haber tenido vía libre hacia el exterior, habrían conmocionado a la ciudad entera. Aun así, 13
a pesar de lo reducido del espacio de la casa y de interponérseles tantos hombres armados, escaparon ilesas varias veces y se zafaron de los que las sujetaban, a pesar de tener que eludir manos tan numerosas y fuertes. Al fin, acribi- 14
lladas de heridas, después de llenarlo todo con su sangre, se desplomaron sin vida. Una circunstancia casual hizo más digna de lástima su muerte, ya de por sí digna de lástima: poco después llegó un mensajero diciendo que no se les diese muerte, pues los ánimos se habían movido a compasión súbitamente. Después, la compasión se transformó en 15
cólera por semejantes prisas en castigarlas sin dejar tiempo para una reconsideración de la medida o un apaciguamiento de las iras. Por eso la multitud daba muestras de des- 16
contento y reclamaba unas elecciones para sustituir a Adranodoro y Temisto —pues ambos eran pretores—, elecciones que no responderían en absoluto a lo que los pretores pensaban.

Elecciones en Siracusa. Enfrentamiento entre partidarios de Roma y de Cartago

Se fijó la fecha de la jornada electoral; 27
ese día alguien de las últimas filas de la multitud sorprendió a todos dando el nombre de Epicides e inmediatamente otro dio el de Hipócrates. Después se repitieron estos nombres cada vez con mayor frecuencia, entre evidentes muestras de asentimiento

2 de la masa. Era una asamblea realmente confusa, con una masa popular, pero también de soldados, entre los que se mezclaban incluso una buena proporción de desertores que
3 deseaban un cambio total en la situación. Los pretores al principio se hacían los desentendidos tratando de ganar tiempo, pero finalmente, forzados por el sentir general y temerosos de una revuelta, proclamaron pretores a los men-
4 cionados. Éstos no desvelaron sus intenciones inmediatamente después de su elección, aunque estaban molestos porque se había dirigido a Apio Claudio una embajada para negociar una tregua de diez días y además porque después de conseguirla se había enviado otra embajada para nego-
5 ciar la renovación del antiguo tratado de alianza. Tenían los romanos por entonces una flota de cien naves en Murgancia [317], y estaban a la expectativa de la evolución de los acontecimientos surgidos en Siracusa a raíz de la muerte de los tiranos y del rumbo que tomaba la nueva y desacostumbrada libertad.

6 Apio le envió los embajadores siracusanos a Marcelo, que llegaba a Sicilia por aquellos días; cuando escuchó las condiciones de paz, Marcelo pensó que era posible llegar a un acuerdo y envió a su vez embajadores a Siracusa para que negociasen directamente con los pretores la renovación
7 de la alianza. Pero allí ya no había la misma paz y tranquilidad. Cuando llegaron noticias de que había arribado a Paquino [318] una flota cartaginesa, Hipócrates y Epicides perdieron el miedo y lanzaban unas veces entre los soldados mercenarios y otras entre los desertores la acusación de que se estaba entregando Siracusa a los romanos.
8 Pues bien, cuando Apio comenzó a fondear sus naves jun-

[317] ¿En el interior de la isla, a la derecha del Simeto?

[318] Extremo sureste de la isla.

to a la bocana del puerto con el objeto de dar ánimos
a los que estaban de su parte [319], las acusaciones infunda-
das cobraron una credibilidad que parecía muy consisten-
te, y en los primeros momentos incluso bajó una multitud 9
corriendo atropelladamente para rechazarlos si saltaban a
tierra.

Dada la confusión reinante, se acordó convocar asam- 28
blea; en ella había tendencias contrapuestas y la situación
no andaba lejos de una revuelta; entonces, una de las per-
sonalidades, Apolónides, pronunció un discurso vistas las
circunstancias muy provechoso. Dijo que jamás ciudad al- 2
guna había estado más al borde de la posibilidad de salvar-
se y de la ruina; si todos, en efecto, se inclinaban unánime- 3
mente o bien a favor de los romanos o bien a favor de
los cartagineses, la ciudad estaría en una situación más afor-
tunada y dichosa que ninguna otra; pero si unos tiraban 4
en una dirección y otros en otra, entre los propios siracu-
sanos iba a estallar una guerra tan horrible como la de los
romanos y los cartagineses, pues los dos bandos iban a
tener dentro de unas mismas murallas su ejército, sus ar-
mas, sus generales; era preciso, por consiguiente, esforzar- 5
se con todo empeño por que hubiese entre todos un sentir
común; el debate acerca de las ventajas de una u otra alian-
za era mucho menos relevante, menos trascendente; pero, 6
con todo, a la hora de elegir aliados, había que seguir la
autoridad de Hierón antes que la de Jerónimo, o sea, pre-
ferir una amistad vivida felizmente durante cincuenta años
a otra en aquellos momentos desconocida, anteriormente
desleal; había además un aspecto importante en la deci- 7
sión: se les podía negar la paz a los cartagineses sin tener
que entrar necesariamente en guerra con ellos de inmedia-

[319] Seguimos la lectura *quo amicae* (Madvig).

to, mientras que con los romanos o había paz o había gue-
8 rra inmediatamente. El discurso fue tanto más efectivo por cuanto no parecía que hubiese en él ambición personal o partidismo. A los pretores y un comité de senadores se unió también un consejo militar, y se pidió asimismo a los que mandaban unidades y a los prefectos de las tropas
9 auxiliares que tomaran parte en las deliberaciones. Después de un reiterativo y violento debate, al fin, como no se veía en absoluto forma de hacer la guerra contra los romanos, se acordó hacer con ellos la paz y enviar una delegación para dar cuerpo al tratado.

Ataque a Leontinos. Treta de Hipócrates

29 No habían transcurrido muchos días cuando llegó de Leontinos una embajada a pedir protección militar para su territorio. Esta petición parecía muy a propósito para librarse del peso de una multitud indisciplinada y turbulenta y para alejar a sus cabecillas.
2 El pretor Hipócrates recibió orden de llevar allí a los desertores; les siguieron muchos de los mercenarios auxiliares, alcanzándose la cifra de cuatro mil hombres armados.
3 Fue aquélla una expedición satisfactoria tanto para quienes la enviaban como para los enviados, pues a éstos se les brindó la oportunidad de hacer una revolución, cosa que ansiaban desde hacía ya tiempo, y los primeros se sentían felices de que se hubiera limpiado a fondo aquella especie de sentina de la ciudad. Pero fue como si aliviaran sólo de momento un cuerpo enfermo para que al poco tiem-
4 po recayera en una enfermedad más grave. En efecto, Hipócrates comenzó por devastar la zona limítrofe con la provincia romana, primero mediante incursiones furtivas, y después, cuando Apio envió un destacamento para proteger las tierras de los aliados, atacando con la totalidad de sus tropas contra la unidad de vigilancia que tenía enfren-

te, causando numerosas bajas. Informado de ello Marcelo, 5
inmediatamente envió a Siracusa una embajada para poner
de manifiesto que se había roto el compromiso de paz y
en ningún momento iban a faltar motivos de guerra mien-
tras Hipócrates y Epicides no fueran enviados lejos no ya
de Siracusa sino de Sicilia entera. Epicides no quiso que- 6
darse y hacer frente a las acusaciones dirigidas contra su
hermano ausente, ni dejar de aportar su parte para provo-
car la guerra, y marchó también él a Leontinos, y como
veía a sus habitantes bastante soliviantados ya en contra
del pueblo romano, comenzó a distanciarlos también de los
siracusanos. Les dijo que éstos habían pactado la paz con 7
los romanos estipulando que todos los pueblos que habían
sido súbditos de los tiranos quedarían sometidos a los sira-
cusanos, los cuales ya no se conformaban con ser libres,
sino que querían reinar y dominar a otros; que era preciso, 8
por tanto, hacerles saber que también los leontinos conside-
raban justo ser libres a su vez, porque el tirano había caído
en su ciudad, porque allí se habían dado los primeros gri-
tos por la libertad, y se había abandonado a los generales del
rey para correr a Siracusa; por lo tanto, o se eliminaba 9
del tratado aquella cláusula, o el tratado en aquellas con-
diciones era inaceptable. Fue fácil convencer a la multitud, 10
y se respondió con arrogancia a los embajadores de los
siracusanos cuando presentaron quejas por la matanza de
la unidad romana de vigilancia y exigieron que Hipócrates
y Epicides se marcharan a Locros o a cualquier otro sitio
que quisieran con tal que salieran de Sicilia: se les dijo 11
que los leontinos no habían facultado a los siracusanos
para que hicieran en su nombre la paz con los romanos
ni se sentían obligados por tratados ajenos. Los siracusa- 12
nos informaron de esto a los romanos y les dijeron que
los leontinos no estaban bajo su control, que podían, por

tanto, los romanos hacerles la guerra sin violar el tratado de paz con ellos, y les ayudarían en dicha guerra con la condición de que, una vez sometidos, los leontinos pasaran de nuevo a depender de ellos tal como establecía el tratado de paz.

30 Marcelo marchó sobre Leontinos con todo su ejército,
llamando también a Apio para que atacase por el otro lado,
y los hombres con que contaba estaban tan encorajinados
de rabia por la matanza del cuerpo de vigilancia en plenas
negociaciones de paz, que tomaron la ciudad al primer
2 asalto. Hipócrates y Epicides, cuando vieron que las mura-
llas eran tomadas por el enemigo y las puertas derribadas,
se refugiaron en la ciudadela con unos pocos hombres y
después por la noche huyeron a Herbeso [320] furtivamen-
3 te. Una columna de ocho mil siracusanos armados que
habían salido de su país se encontró junto al río Mi-
las [321] con un hombre que les dio la noticia de la toma
de la ciudad, añadiendo los demás detalles en una mezcla
4 de verdades y mentiras: se había producido una masacre
indiscriminada de militares y civiles, y creía que no había
quedado ningún adulto con vida; la ciudad había sido sa-
5 queada, y los bienes de los ricos, repartidos. Ante las noti-
cias de tales atrocidades, la columna hizo alto; cundió la
alarma, mientras los jefes —que eran Sosis y Dinómenes—
6 deliberaban sobre los pasos a dar. Aquellas falsedades es-
peluznantes se vieron aparentemente confirmadas por el he-
cho de que habrían sido azotados y decapitados cerca de
7 dos mil desertores; en realidad, ningún leontino, ningún otro
soldado, había sido objeto de violencias después del asalto
a la ciudad, y a no ser lo que se perdió en la confusión

[320] Al norte de Heraclea Minoa.

[321] Actual S. Giuliano, con desembocadura en el Golfo Megárico.

inicial del asalto, todo les fue devuelto a sus dueños.
No hubo forma de convencer a la columna para que si- 8
guieran hacia Leontinos, indignados como estaban porque
se hubiese entregado a la muerte a sus camaradas, ni para
que esperasen allí mismo noticias más seguras. Los preto- 9
res, viendo que los ánimos estaban al borde de un amoti-
namiento pero que aquella reacción no sería duradera si
se quitaba de en medio a los promotores del desvarío, lle-
van el ejército a Mégara[322] y ellos con unos cuantos jine- 10
tes se dirigen a Herbeso con la esperanza de hacerse con
la ciudad a traición, dado el pánico general. Como este pro- 11
pósito les salió fallido, decidieron actuar por la fuerza, y
al día siguiente levantaron el campamento de Mégara para
atacar Herbeso con todos los efectivos.

Hipócrates y Epicides salen al encuentro de la colum- 12
na, pues estaban convencidos de que, a falta de cualquier
otra, su única alternativa, aunque arriesgada a primera vista,
era confiarse a los soldados, acostumbrados a ellos la ma-
yoría, pero enfurecidos en aquellos momentos por lo que
se contaba acerca de la muerte de sus camaradas. Casual- 13
mente las primeras banderas eran las de seiscientos creten-
ses que habían militado bajo su mando en el ejército de
Jerónimo y le debían obligación a Aníbal por haberles de-
jado marchar después de hacerlos prisioneros en el Trasi-
meno entre las tropas auxiliares de los romanos. Cuando 14
los reconocieron por las enseñas y el tipo de armamento,
Hipócrates y Epicides agitaron ramos de olivo y también
cintas propias de los suplicantes y les pidieron que les die-
ran acogida, que después de acogerles les dieran protec-
ción y que no los entregaran a los siracusanos, que éstos

[322] Al norte de Siracusa.

a su vez los entregarían al pueblo romano para que fueran ejecutados.

31 Y, efectivamente, contestan a gritos que estén tran-
2 quilos, que ellos correrán su misma suerte en todo. Durante este diálogo la columna había hecho alto, interrumpiéndose la marcha sin que los jefes se hubieran enterado aún del porqué de la parada. Cuando se corrió la voz de que estaban [323] allí Hipócrates y Epicides y se extendió por toda la columna un murmullo de satisfacción manifiesta por su llegada, los pretores espolearon al instante sus caballos y
3 se adelantaron hasta la cabeza de la columna. Preguntan qué moda es aquélla, cómo se permiten los cretenses entrar en conversaciones con un enemigo y hacerle sitio entre las
4 filas sin que lo ordenen los pretores, y mandan apresar y encadenar a Hipócrates. Ante esta orden se suscitó al instante un griterío tan fuerte, primero entre los cretenses y después entre los demás, que no era difícil comprender que
5 si insistían peligraba su propia seguridad. Preocupados y sin saber muy bien qué hacer, dieron orden de volver al punto de partida, Mégara, y enviaron mensajeros a Siracusa a informar de cómo estaban las cosas.

6 Estaban los ánimos propensos a recelar de todo, e Hipócrates añadió un engaño: envió a unos cretenses a apostarse por los caminos, y después leyó en alta voz una carta que él mismo había redactado, dando a entender que había sido interceptada: «Los pretores de Siracusa al cónsul
7 Marcelo». El escrito le decía, después del habitual saludo, que había actuado con toda propiedad al no perdonar a
8 nadie en Leontinos, pero que estaban en el mismo caso todos los soldados mercenarios, y nunca habría tranquilidad en Siracusa mientras hubiera un solo soldado ex-

[323] Con la lectura *adesse* de la *ed. Rom.* 1469.

tranjero tanto en la ciudad como en su ejército; que pusiera, por tanto, los medios para echarles la mano encima a los que estaban acampados con los pretores en Mégara, y con su muerte liberase de una vez a Siracusa. Cuando escucharon esto corrieron a las armas en medio de un griterío tal, que los pretores, aterrados, aprovecharon el tumulto para marcharse al galope a Siracusa. Pero ni siquiera con su huida se apaciguó el motín y se producían agresiones contra los soldados siracusanos; no se hubiera librado ni uno de no haber acudido Epicides e Hipócrates a calmar la cólera de la masa, no por compasión ni por razones humanitarias, sino para mantener viva la esperanza de su propia vuelta y tener a los propios soldados de su parte y al mismo tiempo como rehenes para ganarse también a sus parientes y amigos en primera instancia por el gran servicio que les prestaban y en segunda por lo obligados que les quedaban. Y como sabían por experiencia lo tornadiza que es la masa ante un ligero e inconsistente soplo de aire, echaron mano de uno de los soldados que habían estado sitiados en Leontinos y lo sobornaron para que fuese a Siracusa a contar una historia que encajase con las mentiras contadas junto al Milas y encendiese la cólera de la población saliendo él fiador y narrando como visto lo que no estaba claro.

9 (line 1) · 10 (line 4) · 11 (line 7) · 12 (line 11) · 13 (line 14) · 14 (line 17) · 15 (line 22)

Preparativos ante el asalto a Siracusa. Las «máquinas» de Arquímedes

No sólo le dio crédito el vulgo, sino que 32
fue introducido en la curia e impresionó también al senado. Algunas personas de peso decían públicamente que en Leontinos había quedado perfectamente desvelada la codicia y la crueldad de los romanos, que de haber entrado en Siracusa habrían cometido las mismas atrocidades o incluso mayores, dado que allí había más con que satisfacer su avaricia. Así pues, acordaron unánimemente 2

que se cerrarían las puertas y se protegería la ciudad. Sin
embargo, el objeto del temor y del odio no era el mismo
para todos. El estamento militar en su totalidad y la plebe
3 en buena parte sentían ojeriza hacia lo romano; los pretores
y una minoría del estamento dirigente, aunque estaban so-
liviantados por las falsas noticias, tenían, sin embargo, ma-
yores prevenciones con respecto a un peligro más próximo
4 y amenazador, y es que se encontraban ya delante del He-
xápilo Hipócrates y Epicides, y los miembros del ejército
que tenían parientes entre la población entraban en con-
versaciones con ellos para que abrieran las puertas y les
permitieran defender la patria común contra el ataque de
5 los romanos. Se había abierto ya una de las puertas del
Hexápilo y habían comenzado a dejarles entrar cuando in-
tervinieron los pretores. Trataban de disuadirlos a fuerza
de órdenes y amenazas primero, con su influencia personal
después, y por último, como todo era en vano, olvidándo-
se de su dignidad les suplicaban que no entregasen la pa-
tria a quienes primero fueron secuaces del tirano y después
6 corruptores del ejército. Pero la multitud soliviantada ce-
rraba sus oídos a todo y se trataba de echar abajo las puer-
tas con tanto empeño desde dentro como desde fuera; for-
zadas todas ellas, se dio entrada a la columna por todo
7 el Hexápilo. Los pretores huyeron a Acradina junto con
la juventud de la ciudad. Los soldados mercenarios y los
desertores y lo que quedaba del ejército real en Siracusa
8 engrosaron el ejército enemigo. De esta forma cae Acradi-
na también al primer asalto, y se da muerte a todos los
pretores, salvo los que escaparon en el tumulto. La noche
9 puso fin a la masacre. Al día siguiente se dio la libertad
a los esclavos y se excarceló a los presos, y toda esta masa
promiscua eligió pretores a Hipócrates y Epicides. Y Sira-

cusa, después de un efímero resplandor de libertad, cayó de nuevo en su antigua esclavitud.

Cuando los romanos se enteraron de estos hechos tras- 33
ladaron inmediatamente su campamento de Leontinos a Siracusa. Además, una embajada que había enviado Apio 2
por mar se encontraba casualmente en una quinquerreme; una cuadrirreme que les precedía fue capturada nada más cruzar la entrada del puerto; los embajadores escaparon por los pelos. No sólo no se respetaban ya los derechos de 3
la guerra, ni siquiera los de la paz; y entonces el ejército romano estableció su campamento junto al Olimpio [324] —se trata de un templo de Júpiter—, a mil quinientos pasos de la ciudad. Se decidió enviar también desde allí una 4
delegación, y para que ésta no entrase en la ciudad salieron a su encuentro de puertas afuera Hipócrates y Epicides y los suyos. El portavoz de los romanos dice que no viene 5
a traer la guerra a los siracusanos, sino ayuda y apoyo tanto para los que han buscado refugio a su lado después de escapar en plena masacre como para los que padecen, atenazados por el miedo, una esclavitud más horrible que el exilio e incluso que la muerte; que los romanos no van a consentir que quede impune la infame muerte de los aliados; por lo tanto, si los que se han refugiado a su lado 6
pueden volver sin peligro a su patria, y son entregados los responsables de la matanza, y se les restituye a los siracusanos la libertad y la legalidad, no habrá necesidad ninguna de recurrir a las armas; si estas condiciones no se cumplen, se recurrirá a la fuerza contra todo el que ofrezca resistencia. A esto respondió Epicides que si tuvieran algún 7
encargo para él y los suyos, les darían una respuesta; que volviesen cuando en Siracusa estuviese el poder en manos

[324] Situado al sudoeste de la ciudad y del río Anapo.

8 de aquellos a quienes se habían dirigido; si rompían las hostilidades, los propios hechos les harían comprender que no era lo mismo en absoluto atacar Siracusa que atacar Leontinos. Dicho esto, dejó a los embajadores y cerró las puertas.

9 Desde ese momento se inició el ataque a Siracusa simultáneamente por tierra y por mar; por tierra desde el Hexápilo y por mar desde Acradina, cuyas murallas bañan las olas. Y como habían tomado Leontinos con el susto del primer asalto, confiaban en penetrar por un sitio o por otro en aquella ciudad extensa y dispersa, y acercaron a las murallas maquinaria de asalto de todo tipo.

34 La operación puesta en marcha con tanto ahínco habría tenido éxito de no haber sido por la presencia de un hombre singular en Siracusa en aquellos momentos.
2 Era éste Arquímedes, un observador sin par del cielo y de los astros, pero más extraordinario aún como inventor y constructor de máquinas de guerra con las que sin esforzarse mucho burlaba las más laboriosas operaciones del
3 enemigo. La muralla se extendía a lo largo de un terreno desigual, elevado y de acceso difícil en muchos puntos, pero con tramos en depresión a los que se podía llegar por vaguadas horizontales, y en cada sitio emplazó los artefac-
4 tos de todo tipo que resultaban más apropiados. Marcelo atacaba la muralla de Acradina, bañada por el mar como
5 ya se ha dicho, con sesenta quinquerremes. Desde algunas de las naves, arqueros y honderos, e incluso vélites, cuyo venablo son incapaces de devolver los que no son expertos, alcanzaban a casi todo aquel que permaneciera sobre la
6 muralla; éstos mantenían sus naves a distancia del muro porque el lanzamiento de proyectiles requiere espacio. Otras quinquerremes, emparejadas de dos en dos después de eliminar los remos interiores para adosar costado con costado,

propulsadas por la bancada exterior de remos como si fue- 7
ra una sola nave, transportaban torres de varios pisos y
otros artefactos para batir los muros. Frente a este disposi- 8
tivo naval emplazó Arquímedes en los muros máquinas de
diversos tamaños. Contra las naves que estaban a distancia
lanzaba piedras de gran tamaño; las más cercanas las ata-
caba con proyectiles más ligeros, y por eso mismo más
frecuentes. Finalmente, con objeto de que los suyos lanza- 9
ran sus proyectiles sobre el enemigo sin ser alcanzados,
abrió en el muro de arriba abajo numerosas troneras apro-
ximadamente de un codo, y a través de éstas, y sin descu-
brirse, atacaban al enemigo, unos con flechas y otros con
escorpiones [325] de tamaño medio. Algunas naves se acerca- 10
ban más para quedar, por dentro, lejos del alcance de los
proyectiles; sobre la proa de estas naves se lanzaba, por
medio de una especie de grúa [326] que sobresalía por enci-
ma de la muralla, una mano de hierro sujeta con una sóli-
da cadena; un pesado contrapeso de plomo hacía retroce-
der la mano hacia tierra e izando la nave por la proa la
situaba en vertical sobre la popa; luego, al soltarla de re- 11
pente como si cayera desde el muro, con gran pánico de
la tripulación, sufría la nave tal embate contra las olas
que le entraba bastante agua aunque cayese horizontal.
De este modo se frustró el ataque por mar, y todas las espe- 12
ranzas se cifraban en un ataque por tierra con todos los
efectivos. Pero también aquí cada sector estaba igualmente 13
equipado con un dispositivo de artefactos de todas clases,
después de largos años de previsión por parte de Hierón

[325] Máquinas bélicas de lanzamiento.

[326] El vocablo latino, *toleno*, lo explica Vitruvio (IV 21) como un artilugio compuesto por un poste vertical bien hincado en el suelo y otro horizontal articulado con el primero por el centro.

y a sus expensas, y gracias al ingenio singular de Arquí-
14 medes. Ayudaba también la naturaleza del terreno, porque la roca sobre la que se asentaban los cimientos de la muralla era en gran parte tan pendiente que caían pesadamente sobre el enemigo no sólo los proyectiles lanzados a máquina sino incluso los que rodaban por su propio peso.
15 Por la misma razón era difícil el acceso subiendo por ella,
16 pues se afirmaba el pie de forma poco estable. De modo, pues, que se celebró un consejo, y en vista de que todos los intentos resultaban fallidos se decidió desistir del asalto y bloquear al enemigo por tierra y mar.

Operaciones en Sicilia por tierra y por mar

35 Entretanto Marcelo marchó aproximadamente con la tercera parte de sus tropas a recuperar las ciudades que durante la revolución se habían pasado a los cartagineses. Se le rindieron espontáneamente
2 Heloro [327] y Herbeso; Mégara la tomó por la fuerza, la saqueó y la destruyó como escarmiento para los demás, pe-
3 ro sobre todo de los siracusanos. Más o menos por las mismas fechas, también Himilcón, que había tenido anclada largo tiempo su flota junto al cabo Paquino, desembarcó en Heraclea, llamada Minoa [328], con veinticinco mil soldados de a pie y tres mil de a caballo y doce elefantes;
4 eran unos efectivos mucho más numerosos que los que había tenido la flota junto al Paquino, pero después de la ocupación de Siracusa por parte de Hipócrates se fue a Cartago, donde contó con la ayuda de unos embajadores de Hipócrates y de una carta de Aníbal en la que decía que había llegado el momento de reconquistar gloriosa-

[327] En la costa este de Sicilia, entre Siracusa y el Paquino.

[328] Esta población de Sicilia, situada al oeste de Agrigento, era una antigua colonia fenicia cuyo nombre pasó a ser Minoa, y al ser colonizada por los espartanos recibió el de Heraclea.

mente Sicilia, y también gracias a la influencia decisiva de 5
su presencia personal consiguió sin dificultad que se enviara a Sicilia el mayor volumen posible de efectivos de infantería y caballería. Llegó a Heraclea y de allí a Agri- 6
gento [329] en cosa de pocos días y las recuperó; las demás ciudades partidarias de los cartagineses se esperanzaron de tal forma con echar a los romanos de Sicilia que hasta los que sufrían asedio en Siracusa acabaron animándose; considerando que bastaba una parte de las tropas para de- 7
fender la ciudad se repartieron los campos de acción de la guerra: Epicides se encargaría de la defensa de la ciudad, e Hipócrates se uniría a Himilcón en la dirección de la guerra frente al cónsul romano. Con diez mil hombres 8
de a pie y quinientos de a caballo salió de noche por los espacios libres que quedaban entre los puestos de vigilancia y fue a situar su campamento cerca de la ciudad de Acrilas [330]. Cuando estaba atrincherándolo se presentó Mar- 9
celo de regreso de Agrigento, que estaba ya ocupado cuando él se dirigió allí a toda prisa en un vano intento de adelantarse al enemigo; lo último con que contaba era con encontrarse con un ejército siracusano en aquel momento y en aquel lugar; con todo, por temor a Himilcón y los 10
cartagineses, con los que de ningún modo podía medirse con las fuerzas con que contaba, avanzaba con las mayores precauciones, con su columna dispuesta a hacer frente a cualquier emergencia.

Por suerte, estas precauciones tomadas con vistas a los 36
cartagineses le resultaron útiles contra los sicilianos. Los

[329] Situada hacia el centro de la costa suroeste de Sicilia. Conquistada por Roma en 262, pasó alternativamente a poder romano y cartaginés durante la Segunda Guerra Púnica.

[330] Al oeste de Siracusa, no lejos de Acras.

encontró desorganizados y dispersos, ocupados en asentar el campamento, desarmados buena parte de ellos, y envolvió a la totalidad de la infantería; la caballería, después de ofrecer alguna resistencia, huyó con Hipócrates a Acras [331].

2 Esta acción sirvió de freno a los sicilianos, que estaban en trance de abandonar a los romanos, y Marcelo regresó a Siracusa. A su vez Himilcón, pocos días después, se unió con Hipócrates y acampó junto al río Anapo, a unas ocho
3 millas de allí. Casi al mismo tiempo cincuenta y cinco naves de guerra cartaginesas al mando de Bomílcar se dirigieron
4 desde alta mar al puerto grande de Siracusa, y asimismo una flota romana de treinta quinquerremes desembarcó a la primera legión en Panormo [332]. Podía pensarse que la guerra se había desplazado de Italia, dedicados como estaban a
5 Sicilia los dos pueblos. Pensó Himilcón que la legión romana que había desembarcado en Panormo iba a ser presa segura para él cuando se dirigiera a Siracusa, pero se equi-
6 vocó de camino. En efecto, el cartaginés avanzó por el interior mientras que la legión, escoltada por la flota, fue por la costa hasta donde estaba Apio Claudio, que había salido a su encuentro hasta Paquino con parte de sus tro-
7 pas. Los cartagineses no se quedaron más tiempo en Siracusa. Por un lado, Bomílcar, en parte porque no confiaba mucho en su flota, pues la de los romanos tenía bien a gusto doble número de naves, y en parte porque veía que con una espera inútil lo único que hacían los suyos era agravar la escasez de recursos de sus aliados, se dio a la vela

---

[331] Al oeste de Siracusa, cerca de la ribera derecha del Anapo.

[332] En la costa norte de Sicilia, en su tercio occidental. Fue una de las poblaciones *liberae et immunes,* aunque careciendo de tratado con Roma.

e hizo la travesía hasta África. Por otro lado, Himilcón, 8
después de seguir inútilmente a Marcelo hasta Siracusa por si se presentaba una oportunidad de entrar en combate antes de que tomara contacto con tropas más numerosas, en vista de que no se presentó semejante oportunidad en ningún momento y de que el enemigo en Siracusa tenía
la seguridad de las fortificaciones y los efectivos, para no 9
malgastar inútilmente el tiempo sentándose a contemplar el asedio de sus aliados levantó de allí el campamento con la intención de acudir con su ejército a dondequiera que reclamase su presencia la posibilidad de una sublevación contra los romanos, dando moral con su presencia a los
partidarios de su causa. En primer lugar recuperó Murgan- 10
cia, después que sus propios habitantes le entregaron la guarnición romana; allí habían almacenado los romanos gran cantidad de trigo y toda clase de provisiones.

La defección de Henna

A la vista de esta rebelión se animaron 37
también otras ciudades, y las guarniciones romanas eran desalojadas de las ciudadelas o entregadas a traición y aplastadas. Henna [333], emplazada en una altura 2
escarpada en todo su contorno, resultaba inexpugnable por su emplazamiento y además porque tenía una fuerte guarnición en su ciudadela y un prefecto de guarnición al que
francamente no era nada fácil sorprender a traición. Era 3
éste Lucio Pinario, un tipo duro que daba más importancia a que no pudiesen engañarle que a la lealtad de los sicilianos; además, las noticias de las traiciones y defecciones de tantas ciudades y el desastroso final de sus guarniciones lo habían alertado haciéndole tomar toda clase de
precauciones. Por eso, día y noche estaba todo preparado 4

[333] En pleno corazón de la isla.

y alerta con guardias y centinelas, y los soldados no se
5 alejaban de sus armas ni de su puesto. Cuando los ciudadanos principales de Henna, que previamente se habían puesto de acuerdo con Himilcón para la entrega de la guarnición, comprendieron que el romano no dejaba la menor oportunidad para un ataque por sorpresa, se conven-
6 cieron [334] de que era preciso actuar abiertamente y dijeron que la ciudad y la fortaleza debían estar bajo su control, si es que habían entrado en la alianza con los romanos como ciudadanos libres, y no entregados a ellos como es-
7 clavos a vigilar. Que consideran justo, por consiguiente, que se les devuelvan las llaves de las puertas de la ciudad: el vínculo más fuerte entre unos buenos aliados es la lealtad, y ellos tendrán el reconocimiento del senado y el pueblo romano si se mantienen en su amistad voluntariamente
8 y no por la fuerza. A esto replica el romano que a él lo ha puesto al frente de la guarnición su general, y es éste quien le ha confiado las llaves de las puertas y la custodia de la ciudadela, y que esto no dependía de su voluntad ni de la voluntad de los hennenses sino de la voluntad de
9 quien se lo había confiado; que entre los romanos era un delito capital el abandono de una guarnición, delito que incluso habían castigado algunos padres con la muerte a sus propios hijos [335]; el cónsul Marcelo no estaba lejos: que le enviasen embajadores, pues era él quien tenía facultad para
10 decidir sobre la cuestión. Ellos dicen, sin embargo, que no piensan enviar a nadie, y aseguran que si de palabra no consiguen nada, buscarán alguna forma de recuperar su li-
11 bertad. Responde Pinario que si les disgusta la idea de acudir al cónsul, al menos le permitan reunir la asamblea del

[334] Seguimos la lectura *rentur* (entre *palam* y *agendum)* (Drak).

[335] Por ejemplo, el episodio narrado en VIII 7.

pueblo a fin de saber si se trata de la opinión de unos
cuantos o de la población entera. Se concedió una asam-
blea para el día siguiente.

Cuando regresó a la ciudadela después de esta entrevis- 38
ta reunió a los soldados y les dijo: «Supongo que habéis
oído, soldados, que las guarniciones romanas han sido ro-
deadas y aplastadas por los sicilianos a lo largo de estos
días. Vosotros evitasteis una sorpresa similar gracias, en 2
primer lugar, a la benevolencia de los dioses, y gracias des-
pués a vuestro propio valor permaneciendo sobre las ar-
mas firmes y alertas día y noche. Ojalá sea posible pasar
el resto del tiempo sin cometer ni ser víctimas de ninguna
acción execrable. Frente a una traición por sorpresa, las 3
precauciones son las que hemos tomado, y como por ese
camino no obtenían muchos resultados, exigen abierta y
públicamente las llaves de las puertas; no bien las entre-
guemos, Henna pasará inmediatamente a manos de los car-
tagineses y nosotros seremos degollados aquí con una muerte
más vil aún que la de la guarnición de Murgancia. A duras 4
penas he conseguido tan sólo una noche para deliberar,
con el propósito de informaros del peligro que nos amena-
za. Al amanecer celebrarán una asamblea para acusarme
a mí e incitar al pueblo en contra vuestra. Mañana, pues, 5
o vuestra sangre o la de los hennenses inundará Henna.
Si os toman la delantera no tendréis la menor esperanza,
si vosotros os adelantáis no correréis ningún peligro; la
victoria será para el que primero desenvaine la espada.
Atentos todos, por tanto, y armados, esperaréis la señal. 6
Yo participaré en la asamblea y hasta que todo esté a pun-
to ganaré tiempo hablando y discutiendo. Cuando os haga 7
una señal con la toga dad el grito de guerra, lanzaos sobre
la multitud desde todas partes, arrasadlo todo con vuestra
espada y cuidaos de que no sobreviva nadie de quien se

8 pueda temer un ataque o una traición. A vosotros, Ceres madre y Prosérpina, y demás dioses de las alturas y de las profundidades que moráis en esta ciudad, en estos lagos y bosques sagrados, os suplico que nos seáis propicios y benévolos si tomamos esta decisión para evitar una trai-
9 ción, no para cometerla. Mi arenga sería más larga, soldados, si tuvierais que combatir con hombres armados; inermes y desprevenidos, los mataréis hasta saciaros. Además, el campamento del cónsul está cerca, de suerte que no hay nada que temer de Himilcón y los cartagineses».

39 Después de esta arenga se les manda marchar y reponer fuerzas. Al día siguiente se sitúan en distintos puntos para bloquear las calles y cerrar las salidas; la mayor parte toman posiciones dominando el teatro y sus alrededores,
2 donde era ya habitual verles en las asambleas. El prefecto romano, presentado al pueblo por los magistrados, dijo que era el cónsul y no él quien tenía poder de decisión sobre aquella cuestión, y repitió casi lo mismo del día an-
3 terior. Primero sin que casi se note, después en mayor número, y finalmente todos al unísono, le piden que devuelva las llaves; como él andaba con vueltas y daba largas, lo amenazaban de forma violenta y parecía que de un momento a otro iban a emplear la fuerza como último recurso; entonces el prefecto hizo con la toga la señal convenida,
4 y los soldados, alertas y preparados desde hacía rato, dan el grito de guerra y unos se precipitan desde arriba y por la espalda sobre la asamblea, mientras que otros se agru-
5 pan cerrando el paso hacia las salidas del teatro. Encerrados en el recinto teatral mueren los hennenses, amontonándose por efecto de la carnicería y también de la huida y rodando unos cuerpos sobre otros en montón al caer los heridos sobre los ilesos, los vivos sobre los muertos.
6 De allí salen a la carrera en todas direcciones y se generali-

za la huida y la masacre como si la ciudad fuera tomada al asalto sin que la rabia de los soldados remita por el hecho de masacrar a una multitud desarmada, como si los excitase el peligro y el ardor de un combate de igual a igual. Así, con esta acción, culpable o inevitable, se conser- 7
vó Henna.

Marcelo no desaprobó la acción y además les entregó a los soldados el botín de la población, convencido de que el miedo disuadiría a los sicilianos de traicionar a las guar-
niciones. La noticia de este desastre, al serlo de una ciudad 8
situada en el centro de Sicilia y célebre tanto por las defensas naturales de su privilegiado emplazamiento como por el hecho de que en ella todo era sagrado por los vestigios del antiguo rapto de Prosérpina, se propagó por toda Sici-
lia casi en un solo día; y como se creía que con aquella 9
execrable carnicería se había profanado la morada tanto de los dioses como de los hombres, entonces sí que se pasaron a los cartagineses incluso los que antes tenían dudas.
Hipócrates se retiró de allí a Murgancia e Himilcón a Agri- 10
gento, pues habían acudido con sus ejércitos a Henna inú-
tilmente llamados por los traidores. Marcelo regresó a Leon- 11
tinos, hizo llevar al campamento trigo y demás provisiones, dejó allí una pequeña guarnición y marchó a sitiar
Siracusa. A continuación dejó que Apio Claudio se fuera 12
a Roma a presentar su candidatura al consulado, y en su lugar puso a Tito Quincio Crispino al frente de la flota
y del antiguo campamento. Él construyó y fortificó cuarte- 13
les de invierno a cinco millas del Hexápilo, en un lugar llamado León [336]. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos en Sicilia hasta el principio del invierno.

[336] ¿Donde Magnisi? TUCÍDIDES (6, 97, 1) lo sitúa más lejos.

40 Aquel mismo verano se desencadenó también contra el rey Filipo una guerra
2 que se veía venir hacía tiempo. Embajadores de Orico [337] se presentaron al pretor Marco Valerio, que vigilaba con su flota Brundisio y las costas de los alrededores de Calabria, y le comunicaron que Filipo había comenzado por atacar Apolonia [338], desplazándose río [339] arriba con ciento vein-
3 te pequeñas embarcaciones de dos hileras de remos; después, como aquellas operaciones llevaban más tiempo de lo que esperaba, había trasladado de noche subrepticiamente sus tropas a Orico, y esta ciudad, situada en el llano, sin la fuerza de murallas ni hombres ni armas, había sido to-
4 mada al primer asalto. Al mismo tiempo que le daban estas noticias le rogaban que les prestase ayuda y que a aquel enemigo declarado de los romanos lo alejasen, por tierra y mar, de las ciudades de la costa, que no eran atacadas por más razón que la de su situación, que dominaba Italia.
5 Marco Valerio dejó una guarnición de dos mil hombres al mando del legado Publio Valerio, y con la flota preparada y a punto, embarcando en naves de carga a los soldados que no cabían en las naves de guerra, llegó al día si-
6 guiente a Orico, ciudad ésta ocupada por una pequeña guarnición que había dejado el rey al retirarse de allí, y la recu-
7 peró tras un ligero combate. Hasta allí llegaron desde Apolonia unos emisarios con la noticia de que estaban siendo sitiados por negarse a abandonar la causa de Roma, y que no podrían resistir por más tiempo el ataque de los mace-
8 donios si no se les enviaban refuerzos romanos. Prometió

Acontecimientos en Grecia

[337] Entre Apolonia y Corcira, en la costa septentrional del Epiro.

[338] Al norte de Orico, junto al río Aoo.

[339] El Aoo.

hacer lo que pedían y envió dos mil soldados de elite en naves de guerra hacia la desembocadura del río al mando de Quinto Nevio Crista, prefecto de los aliados, hombre activo y militar experimentado. Éste hizo desembarcar a 9
las tropas, reenvió las naves a Orico, su punto de partida, a reunirse con el resto de la flota, condujo a sus hombres lejos del río por una ruta nada vigilada por las fuerzas del rey, y por la noche entró en la ciudad sin que nadie por parte del enemigo lo notara. Durante la jornada si- 10
guiente descansaron mientras el prefecto pasaba revista a los apoloniatas en edad militar, así como a las armas y recursos de la ciudad. Animado por los resultados de la inspección y al mismo tiempo informado por los espías del abandono y falta de precauciones del enemigo, salió de 11
la ciudad sin el menor ruido en el silencio de la noche y penetró en el campamento enemigo, abierto y mal vigilado, hasta tal punto que, según se asegura, cruzaron la empalizada un millar de hombres antes que nadie se diese cuenta; y de no haber iniciado la matanza, hubieran podido llegar hasta la tienda del rey. La matanza de los que esta- 12
ban más cerca de la puerta despertó a los enemigos. A partir de ese momento fueron presa todos de un pánico tan cerval que nadie intentó empuñar las armas y expulsar del campamento al enemigo e incluso el propio rey, huyen- 13
do casi desnudo tal y como había despertado de su sueño, ataviado de forma poco acorde con la dignidad no ya de un rey, sino de un simple soldado, trató de ganar el río y la flota. En la misma dirección corrieron en masa los 14
demás. Poco menos de tres mil hombres fueron muertos o hechos prisioneros, siendo el número de éstos, sin embargo, algo más elevado que el de muertos. El campamen- 15
to fue saqueado, y las catapultas, ballestas y demás máqui-

nas de guerra traídas para el asedio de la ciudad se las
llevaron los apoloniatas a Apolonia para defender sus mu-
rallas si en algún momento se encontraban en una situa-
ción parecida. El resto del botín del campamento fue todo
16 para los romanos. Cuando llegaron a Orico las noticias
de estos hechos, Marco Valerio llevó inmediatamente la
flota a la desembocadura del río para que el rey no pudiera
17 emprender la huida en las naves. Filipo, por tanto, sintién-
dose en inferioridad para combatir tanto por tierra como
por mar, sacó a tierra las naves, las quemó y se dirigió
por tierra a Macedonia con un ejército en gran parte de-
sarmado y despojado. La flota romana mandada por Mar-
co Valerio pasó el invierno en Orico.

La guerra en Hispania, con los dos Escipiones

41 Aquel mismo año el desarrollo de los
acontecimientos en Hispania tuvo resul-
tados diversos [340]. Así, antes de que los
romanos cruzasen el río Ebro, Magón y
Asdrúbal derrotaron tropas muy nume-
2 rosas de los hispanos, y la Hispania ulterior habría aban-
donado a los romanos si Publio Cornelio no hubiera cru-
zado precipitadamente el Ebro con su ejército y acudido
en el momento preciso, cuando sus aliados estaban indeci-
3 sos. Primeramente los romanos acamparon en Castro Al-
bo [341], lugar famoso por la muerte de Amílcar el Gran-
4 de [342]. Su ciudadela estaba fortificada y en ella habían alma-
cenado trigo anteriormente; no obstante, como todos los
alrededores estaban ocupados por el enemigo y la columna
romana había sido atacada impunemente por la caballería
enemiga, siendo muertos cerca de dos mil de los que anda-

[340] La narración vuelve a XXIII 49, 14.

[341] Akra Leuka. Alicante.

[342] El padre de Aníbal, muerto en 228 en combate contra los vetones.

ban rezagados o dispersos por los campos, los romanos
se retiraron de allí hacia una zona más tranquila y fortifi-
caron un campamento junto al monte Victoria[343]. Allí lle- 5
gó Gneo Escipión con todas sus tropas; y también Asdrú-
bal hijo de Gisgón, tercer general cartaginés[344], con un
ejército en toda regla, situándose todos al otro lado del
río frente al campamento romano. Publio Escipión salió 6
ocultamente a reconocer los alrededores con tropas ligeras,
pero el enemigo lo descubrió, y lo habría aplastado en cam-
po abierto si no hubiera ocupado una colina cercana. Ro-
deado también allí, lo liberó del cerco la llegada de su
hermano. Cástulo[345], fuerte y célebre ciudad de Hispania, 7
estrechamente unida a los cartagineses hasta el punto de
que la esposa de Aníbal era de allí, se pasó a los romanos.
Los cartagineses iniciaron un ataque a Iliturgi porque ha- 8
bía allí una guarnición romana y parecía que sobre todo
el hambre la iba a poner en sus manos. Salió Gneo Esci- 9
pión a prestarles ayuda a los aliados y a la guarnición ro-
mana con una legión ligera, entró en la ciudad por entre
los dos campamentos causando muchas bajas al enemigo,
y al día siguiente hizo una salida brusca con un resul-
tado igualmente favorable. Los muertos en los dos com- 10
bates pasaron de los doce mil, y de mil los prisioneros;
enseñas militares se capturaron treinta y seis. Se produjo
así la retirada de Iliturgi. A continuación iniciaron los car- 11
tagineses el asedio a la ciudad de Bigerra[346] —aliada de
los romanos también ésta—. La llegada de Gneo Escipión
la liberó del asedio sin tener que combatir.

[343] No identificado.

[344] Además de Magón y el Aníbal hijo de Bomílcar.

[345] Cf. XXII 20, 12, y nota 168.

[346] Desconocida.

42 Desde allí se trasladó a Munda [347] el campamento cartaginés, y allá los siguieron los romanos a toda prisa.
2 Se libró allí una batalla campal de casi cuatro horas en la que iban venciendo claramente los romanos cuando se dio la señal de retirada, porque le había atravesado el muslo a Gneo Escipión una jabalina y los soldados que estaban en torno a él temían que la herida fuese mortal.
3 Pero no había duda de que se podía haber tomado aquel día el campamento cartaginés de no haber sobrevenido aquel contratiempo, pues aparte de los soldados también los elefantes habían sido rechazados hasta la empalizada y fueron acribillados con jabalinas treinta y nueve de éstos encima
4 mismo de las trincheras. Se dice que también en esta batalla hubo cerca de doce mil muertos y que fueron capturados cerca de tres mil hombres y cincuenta y siete enseñas
5 militares. Desde allí los cartagineses se retiraron a la ciudad de Auringis [348] y los siguieron los romanos para echárseles encima mientras eran presa del pánico. De nuevo libró allí batalla Escipión, trasladado en litera al frente de batalla, y su victoria fue clara; murieron, sin embargo, menos de la mitad de enemigos que la vez anterior, puesto que eran menos los supervivientes que podían participar
6 en el combate. Pero era una raza nacida para hacer la guerra una y otra vez; Magón, enviado por su hermano a reclutar tropas, en poco tiempo completó un ejército, reco-
7 brando ánimos para intentar de nuevo el combate. Eran soldados galos en su mayoría, y lucharon en el bando tantas veces vencido en pocos días con la misma moral que
8 los anteriores y con idéntico resultado: más de ocho mil muertos, no muy por debajo de los mil prisioneros, y cin-

[347] Montilla.

[348] ¿Jaén?

cuenta y ocho enseñas militares capturadas. También la mayoría de los despojos pertenecían a los galos: torques de oro y brazaletes muy numerosos. Cayeron asimismo en aquella batalla dos famosos reyezuelos galos llamados Meniacapto y Vismaro. Fueron capturados ocho elefantes, y muertos tres.

Yéndoles tan bien las cosas en Hispania, los romanos 9
al fin sintieron vergüenza de que la ciudad de Sagunto, que era la causa de la guerra, siguiera en poder del enemigo por espacio ya de ocho años. Recuperaron, pues, dicha 10
plaza después de desalojar por la fuerza a la guarnición cartaginesa, y se la devolvieron a aquellos de sus antiguos habitantes que había perdonado el azote de la guerra. En cuanto a los turdetanos, que habían desencadenado la 11
guerra entre los romanos y los cartagineses, los sometieron, los vendieron como esclavos y les destruyeron la ciudad.

Roma: elecciones, reparto de competencias, prodigios

Éstos fueron los acontecimientos desa- 43
rrollados en Hispania durante el consulado de Quinto Fabio y Marco Claudio. En Roma entraron en funciones los nue- 2
vos tribunos de la plebe e inmediatamente los censores Publio Furio y Marco Atilio fueron citados para comparecer ante el pueblo por el tribuno de la plebe Marco Metelo. (El año anterior, siendo él censor, le ha- 3
bían retirado el caballo y lo habían dado de baja en su tribu y reducido a la condición de erario por haber conspirado, en Cannas, para abandonar Italia) [349]. Pero gracias al apoyo de nueve tribunos se les eximió de tener que defenderse mientras estaban en funciones y quedaron en libertad. La muerte de Publio Furio y la dimisión de Marco 4
Atilio impidieron que llegasen al final del lustro.

---

[349] Cf. 18, 3-6.

5 El cónsul Quinto Fabio Máximo convocó elecciones con-
sulares [350]. Resultaron elegidos, ausentes ambos, Quinto Fa-
bio Máximo, hijo del cónsul, y Tiberio Sempronio Graco
6 por segunda vez [351]. Pretores fueron elegidos dos que en-
tonces eran ediles curules, Publio Sempronio Tuditano y
Gneo Fulvio Centúmalo, y junto con ellos Marco Atilio
7 y Marco Emilio Lépido. Según la tradición, aquel año las
representaciones teatrales ofrecidas por los ediles curules
8 duraron por primera vez cuatro días. El edil Tuditano es
el mismo que en Cannas abrió paso entre los enemigos
cuando otros estaban paralizados de espanto ante tamaño
desastre.

9 Una vez celebradas estas elecciones, a propuesta del cón-
sul Quinto Fabio, llamados a Roma los cónsules electos,
tomaron posesión de su cargo y consultaron al senado acer-
ca de la guerra, de los campos de actuación suyos y de
los pretores, y de los ejércitos cuyo mando debía asumir
cada cual.

44 La distribución de tareas y ejércitos fue así: a los cón-
sules se les encargó de la guerra con Aníbal, asignándole
a uno de ellos el ejército que había mandado el propio
Sempronio, y al otro el que había mandado el cónsul Fa-
2 bio; eran ejércitos de dos legiones cada uno. El pretor Mar-
co Emilio, al que había correspondido la jurisdicción en
causas con extranjeros, traspasaría sus poderes a su colega
Marco Atilio, pretor urbano, y él se haría cargo de Luceria
y de las dos legiones que habían estado al mando del enton-
3 ces pretor y ahora cónsul Quinto Fabio. Arímino le corres-
pondió a Paulo Sempronio y Suésula a Gneo Fulvio, con
dos legiones cada uno también, de forma que Fulvio man-

[350] Para el año 213.

[351] La primera, en 215.

daría las legiones urbanas y Tuditano se haría cargo de las de Marco Pomponio. A otros se les prorrogaron man- 4
dos o provincias: a Marco Claudio, Sicilia, con las fronteras que había tenido el reino de Hierón; al propretor Publio Léntulo su antigua provincia, a Tito Otacilio la flota —y no se les enviaron nuevas tropas—; a Marco Valerio, 5
Grecia y Macedonia con la flota y la única legión que ya tenía a su mando; a Quinto Mucio, Cerdeña y su anterior ejército de dos legiones; a Gayo Terencio el Piceno con la única legión que ya tenía a sus órdenes. Además se to- 6
mó la disposición de alistar dos legiones urbanas y veinte mil soldados aliados. Con estos jefes y tropas se organizó la defensa del imperio romano frente a las muchas guerras ya declaradas o en perspectiva.

Una vez alistadas las dos legiones urbanas y las tropas 7
complementarias para las demás, los cónsules, antes de marchar de Roma, expiaron los hechos portentosos de los que se había tenido noticia. La muralla y la puerta de Caye- 8
ta [352] e incluso el templo de Júpiter de Aricia habían sido alcanzados por el rayo. Otras ilusiones ópticas y acústicas fueron creídas como si fueran reales: en el río de Tarracina [353] se habían visto reflejadas naves inexistentes, y en el templo de Júpiter Vicilino que está en territorio de Compsa se había oído ruido de armas, y las aguas del río de Amiterno [354] bajaban tintas en sangre. Hecha la expia- 9
ción de acuerdo con las instrucciones de los pontífices, los cónsules partieron, hacia Lucania, Sempronio, y hacia Apulia, Fabio. El padre de éste fue como legado de su hijo al campamento de Suésula. El hijo se adelantó a su en- 10

[352] Actual Gaeta.

[353] El *Amasenus*.

[354] El *Aternus* (Pescara).

cuentro y los lictores iban delante en silencio por respeto a su dignidad; el anciano pasó delante de los *fasces* montado a caballo, y cuando el cónsul ordenó al lictor más cercano que le llamase la atención y éste le gritó que se bajase del caballo, él, descabalgando al fin, dijo: «He querido comprobar, hijo, si sabías realmente que eres el cónsul».

Toma de Arpos y otras acciones en Italia. Incendio en Roma

45 A este campamento acudió clandestinamente Dasio Altinio Arpino con tres esclavos, prometiendo entregar Arpos si ello le iba a suponer alguna recompensa.
2 Fabio sometió el asunto a la deliberación del consejo; unos eran del parecer de azotar y dar muerte como desertor a aquel enemigo de unos y otros que tenía dos caras, que después de la derrota de Cannas, como si las lealtades debieran alinearse al lado del éxito, se había pasado al bando de Aníbal arrastrando
3 a Arpos a la defección, y que ahora, cuando Roma, contra lo que él esperaba y deseaba, parecía resurgir de sus raíces, se comprometía a brindar una nueva traición a quienes había traicionado, alineado siempre con uno contrario y sintiendo como el contrario, aliado desleal, enemigo inconstante; había que dar una tercera lección a los desertores,
4 añadida al traidor de Falerios y a la del Pirro [355]. Por el contrario, Fabio, el padre del cónsul, decía que se estaban emitiendo libre y alegremente opiniones acerca de cualquiera sin tener en cuenta las circunstancias del momento, en plena conflagración bélica, como si se estuviera en época de
5 paz; de modo que [356], cuando lo que había que hacer y pensar era más bien si había alguna posibilidad de que ningún aliado se separase del pueblo romano, no se pensaba en

[355] Cf. V 27 y Plut., *Pyrrh.* c. 21.

[356] Seguimos la lectura *ut cum* de Weissenborn.

ello, sino que se decía que lo procedente era dar un escarmiento si alguien reconsideraba y volvía a poner sus miras
en una alianza anterior; si se podía abandonar a los roma- 6
nos pero no se podía volver a su lado, ¿quién ponía en duda que en cosa de poco tiempo, perdida toda esperanza en sus aliados, Roma iba a ver a Italia entera unida por
tratados con los cartagineses? Con todo, no es que él cre- 7
yera que había de fiarse lo más mínimo de Altinio, pero
iba a proponer una vía intermedia; su propuesta era que 8
no se le considerase por el momento ni como enemigo ni como aliado, que mientras duraba la guerra se le mantuviese en libertad vigilada en alguna ciudad leal cerca del campamento; ya se estudiaría, cuando finalizase la guerra, si era más merecedora de castigo su traición de antes o de per-
dón su vuelta de ahora. Se aceptó la propuesta de Fabio, 9
y tanto Altinio como sus compañeros fueron entregados a la representación de Cales, disponiendo además que se le retuviera una cantidad bastante considerable de oro que
había traído consigo. En Cales quedaba libre durante el 10
día y lo seguían los guardias, y durante la noche lo tenían encerrado. En Arpos, al principio lo echaron en falta en
su casa e iniciaron su búsqueda; después se difundió la 11
noticia por toda la ciudad y se suscitó el revuelo lógico ante la pérdida de una personalidad, y ante el temor a una
revuelta se enviaron mensajeros inmediatamente. El carta- 12
ginés no sintió el menor disgusto por lo ocurrido, porque también él tenía sus dudas desde hacía tiempo acerca de la lealtad de aquel hombre y se le presentaba una excusa para hacerse con los bienes de alguien tan rico y venderlos.
Sin embargo, buscando que la gente creyese que actuaba por 13
indignación y no por avaricia, sumó la crueldad a la codi-
cia: hizo venir al campamento a la esposa y a los hijos, 14
los interrogó acerca de la fuga de Altinio primero y de

la cantidad de oro y plata que había dejado en casa des-
pués, y una vez enterado de todo los hizo quemar vivos.

46 Fabio marchó de Suésula y se dispuso a atacar Arpos
en primer lugar. Situó su campamento a unos quinientos
pasos de la ciudad, y después de observar de cerca su em-
plazamiento y sus murallas decidió atacar precisamente por
donde los muros eran más sólidos, porque vio que la vigi-
2 lancia allí estaba más descuidada. Una vez preparado todo
lo que se suele utilizar en el ataque a las ciudades, escogió
los mejores centuriones de todo el ejército, los puso a las
órdenes de tribunos valientes y combativos, les asignó una
fuerza de seiscientos hombres, cantidad que le pareció su-
ficiente, y les dio orden de llevar escalas a aquel sector
del muro cuando sonara el toque para el cuarto relevo de la
3 guardia. Había allí una puerta baja y estrecha que daba
a una calle poco poblada en la zona deshabitada de la ciu-
dad. Les ordena pasar al otro lado por medio de escalas
y abrir la puerta desde dentro o romper los cierres, y que
una vez ocupada aquella parte de la ciudad den la señal
con un cuerno para que se acerque el resto de las tropas,
4 que él lo tendrá todo preparado y a punto. Se hizo todo
con prontitud, y lo que parecía que iba a ser un inconve-
niente para los encargados de la acción, contribuyó de for-
ma decisiva a que pasaran desapercibidos. A partir de me-
dia noche empezó a llover con fuerza, obligando a los guar-
dias y centinelas alejados de los puestos a buscar refugio
5 bajo techo; el ruido de la lluvia, más intenso al principio,
no dejó oír el estrépito de los que derribaban la puerta,
y más lento y monótono después, acariciando sus oídos,
6 adormeció a una buena parte de ellos. Una vez en posesión
de la puerta mandan a los trompetas, distribuidos a lo lar-
go de la calle a intervalos regulares, que toquen para llamar
7 la atención del cónsul. Cuando según lo planeado se hizo

así, el cónsul dio orden de avanzar, y poco antes del amanecer entraban en la ciudad por la puerta derribada.

Por fin, entonces, despertaron los enemigos; la lluvia 47
amainaba ya y comenzaba a rayar el alba. Había en la 2
ciudad una guarnición de Aníbal, unos cinco mil hombres, y los propios arpinos habían armado otros tres mil, que los cartagineses colocaron en primera línea cara al enemigo para evitar cualquier sorpresa a su espalda. El combate 3
se inició en la oscuridad propia de la angostura de las calles. Los romanos ocuparon no sólo las calles sino las casas próximas a la puerta, para evitar la posibilidad de ser atacados o heridos desde arriba; se reconocieron entre sí algunos, 4
tanto arpinos como romanos, y en seguida entraron en conversación, preguntando los romanos qué era lo que pretendían los arpinos, qué daño les habían hecho los romanos 5
o qué beneficios los cartagineses para que, siendo itálicos, hicieran la guerra en favor de unos bárbaros extranjeros en contra de sus antiguos aliados los romanos, y tratasen de hacer a Italia tributaria y estipendiaria de África. Los arpinos se excusaban diciendo que sus jefes los habían 6
vendido a los cartagineses sin ellos saberlo en absoluto, que unos pocos les tenían oprimidos y en sus manos. Las conversaciones, una vez iniciadas, se iban generalizan- 7
do; al fin el pretor de Arpos fue conducido por los suyos a presencia del cónsul y entre las enseñas y los frentes de combate se selló un compromiso, y automáticamente los arpinos empezaron a combatir a favor de los romanos contra los cartagineses. Asimismo los hispanos, poco menos 8
de un millar de hombres, se pasaron con sus enseñas al cónsul después de pactar con él como única condición que se dejaría marchar a la guarnición cartaginesa sin que sufriera daño. Se les abrieron las puertas y se dejó marchar 9
a los cartagineses con un salvoconducto; llegaron sanos y

10 salvos hasta Aníbal, en Salapia. Retornó así Arpos a los romanos sin que muriera nadie, a no ser exclusivamente
11 el antiguo traidor y ahora desertor. Se dio orden de que los hispanos recibieran doble ración, y el país pudo contar con su valerosa y leal aportación en multitud de ocasiones.
12 Mientras que uno de los cónsules se encontraba en Apulia y el otro en Lucania, ciento doce jinetes de la nobleza campana salieron de Capua autorizados por los magistrados, haciendo creer que iban a saquear en territorio enemigo, y se presentaron en el campamento romano situado sobre Suésula. Expusieron ante el puesto de guardia quiénes eran y dijeron que querían entrevistarse con el pretor.
13 Tenía el mando del campamento Gneo Fulvio; cuando se le informó, ordenó que fueran conducidos a su presencia desarmados diez de ellos, y cuando escuchó sus demandas —realmente lo único que pedían era la devolución de sus bienes cuando Capua fuese recuperada—, los acogió a to-
14 dos con un compromiso de fidelidad. Por su parte, el otro pretor, Sempronio Tuditano, tomó al asalto la plaza de Atrino [357], cogiendo más de siete mil prisioneros y cierta
15 cantidad de bronce y plata acuñada. En Roma hubo un tremendo incendio que duró dos noches y un día. Quedó todo arrasado entre las Salinas [358] y la puerta Carmental, incluyendo el Equimelio y el barrio Yugario y los templos
16 de la Fortuna y de Matuta Madre; el fuego se propagó a gran distancia, incluso al otro lado de la puerta, devorando muchos edificios sagrados y profanos.

[357] No hay otra mención de esta plaza.

[358] Cerca de la puerta Trigémina.

En África, el rey Sífax se alía con los romanos. Tranquilidad en Hispania

Este mismo año, Publio y Gneo Corne- 48
lio, después de los éxitos obtenidos en Hispania recuperando muchos aliados antiguos e incorporando otros nuevos, extendieron también a África sus pretensio-
nes. Sífax era rey de los númidas, con- 2
vertido repentinamente en enemigo de los cartagineses.
Le enviaron como embajadores a tres centuriones para ha- 3
cer un pacto de amistad con él y prometerle que, si persistía en su acoso bélico a los cartagineses, esto sería del agrado del senado y el pueblo romano y ellos pondrían su empeño en que a su debido tiempo le pagaran con cre-
ces la deuda contraída. Al bárbaro le gustó esta embajada; 4
habló con sus componentes de la estrategia bélica a seguir, y al escuchar las palabras de aquellos experimentados soldados se dio cuenta de la cantidad de cosas que ignoraba
en comparación con tan sistematizada disciplina. Entonces 5
les pidió en primer lugar que, portándose como buenos y leales aliados, volvieran dos de ellos a llevar a sus generales la respuesta a la embajada y uno se quedase a su lado como instructor del arte militar, pues el pueblo númida no tenía experiencia en el combate a pie, sólo se manejaba
bien a caballo; así habían guerreado sus antepasados ya des- 6
de los orígenes de su pueblo, y así se les había habituado a ellos desde la niñez; pero tenían un enemigo que confiaba en el combate a pie, y si quería equipararsele en igualdad de fuerzas tenía que preparar también él soldados de
infantería; para conseguir ese propósito había en su reino 7
hombres en abundancia, pero no conocimientos sobre el modo de armarlos, equiparlos y entrenarlos; faltaba por completo la medida y la organización, como en una masa
reunida al azar. Los delegados respondieron que provisio- 8
nalmente harían lo que él pretendía, después de recibir ga-

rantías de que reenviaría inmediatamente al centurión en
caso de que sus generales no aprobasen lo que habían he-
9 cho. El que se quedó con el rey se llamaba Quinto Estato-
rio. Junto con los dos romanos el rey envió a Hispania
tres delegados númidas para que los generales romanos les
10 ratificaran el compromiso. También les dio instrucciones
para que se pusieran directamente en contacto con los nú-
midas que servían como auxiliares en las guarniciones car-
11 taginesas induciéndolos a la deserción. Por su parte, Esta-
torio alistó soldados de infantería para el rey entre la nu-
merosa juventud, y organizándolos según el modelo roma-
no les enseñó a formar, maniobrar, seguir las enseñas y
12 guardar las filas, y los habituó de tal forma a los trabajos
de atrincheramiento y demás deberes militares que al poco
tiempo el rey tenía tanta confianza en la infantería como
en la caballería, venciendo a sus enemigos cartagineses al
chocar con ellos en campo abierto en una batalla en toda
13 regla. También les reportó en Hispania grandes ventajas
a los romanos la llegada de los delegados del rey, pues
al saberse su presencia comenzaron a producirse frecuentes
deserciones de númidas.

Éstos fueron los comienzos de la amistad entre Sífax y los romanos. Cuando se enteraron de ello los cartagineses, sin perder un instante enviaron embajadores a Gala, que reinaba en la otra parte de Numidia, cuyos habitantes se llaman mésulos.

49 Gala tenía un hijo, Masinisa, de diecisiete años [359] de
edad, pero con un temperamento el muchacho, que ya en-
tonces se veía claramente que iba a dar al reino que here-
2 daría mayores dimensiones y mayor riqueza. Los delega-

[359] Más bien veintisiete, si tenía noventa y dos cuando murió en 149 a. C.

dos le explican a Gala que, puesto que Sífax se ha unido a los romanos para ser con su alianza más poderoso frente a los reyes y pueblos de África, será mejor también para 3
él unirse cuanto antes a los cartagineses, antes de que pase Sífax a Hispania o los romanos a África; que es posible aplastar a Sífax mientras es aliado de Roma sólo de palabra.
Fue fácil persuadir a Gala para que enviase un ejército, 4
cuyo mando reclamaba su hijo; éste, unido a las legiones cartaginesas, derrotó a Sífax en una batalla de grandes proporciones; se dice que fueron treinta mil los muertos en ella. Sífax huyó del campo de batalla con unos pocos jine- 5
tes a territorio de los númidas maurusios, los que viven más en el extremo junto al Océano, enfrente de Cádiz; cuando se enteraron de su presencia acudieron bárbaros de todas partes y en poco tiempo preparó un contingente armado muy numeroso con el que pasar a Hispania, sepa- 6
rada por un estrecho angosto. Masinisa con su ejército victorioso llegó hasta allí, donde sin ayuda alguna de los cartagineses hizo la guerra por sí solo contra Sífax gloriosamente.

En Hispania no ocurrió nada digno de mención salvo 7
el hecho de que los generales romanos atrajeron a su lado a la juventud celtíbera por la misma paga que habían convenido con los cartagineses, y enviaron a Italia más de tres- 8
cientos hispanos de la alta nobleza para que tratasen de atraerse a los paisanos suyos que servían como auxiliares en el ejército de Aníbal. De lo ocurrido aquel año en Hispania sólo una cosa es digna de mención: el hecho de que estos celtíberos fueron los primeros mercenarios que hubo en el ejército romano.

LIBRO XXV

Sinopsis

Aníbal ronda Tarento. Acciones en el Brucio y Lucania (1, 1 - 1, 5).

Caps. 1, 6 - 7, 9: Roma.

Difusión y represión de prácticas religiosas foráneas en Roma. Elecciones. Juegos (1, 6 - 2).

Asignación de provincias. Incidentes con un publicano (3-4).

Problemas con el reclutamiento. Quejas de los supervivientes de Cannas y respuesta del senado. Prodigios (5 - 7, 9).

Caps. 7, 10 - 22: Tarento y Capua.

Evasión de rehenes tarentinos. Represalias, y reacciones (7, 10 - 8).

Aníbal marcha sobre Tarento; ocupa la ciudad, pero no la ciudadela (9-11).

El vaticinio de Marcio. Institución de los Juegos Apolinares (12).

Embajada de Capua a Aníbal. Los cónsules asaltan el campamento cartaginés (13-14).

Movimiento de tropas hacia Capua. Muerte y funerales de Graco (15-17).

La acción en torno a Capua: combate singular, aproximación y alejamiento de Aníbal, asedio (18 - 20, 4).

Aníbal marcha a Apulia y vence al pretor Fulvio. Tres ejércitos romanos sitian Capua (20, 5 - 22).

Caps. 23-31: SIRACUSA.

La acción en Siracusa. Tentativas de penetración de los romanos (23).

Marcelo entra en Siracusa. Combates por barrios (24-25).

Acradina, sitiada, prepara su defensa ayudada por Cartago (26-27).

Los sicilianos negocian la rendición, temida por los desertores (28-29).

Toma de Naso y Acradina. Muerte de Arquímedes (30-31).

Caps. 32-39: HISPANIA.

Hispania: los Escipiones dividen sus fuerzas. Asdrúbal pacta la inhibición de los celtíberos (32-33).

Choque con Indíbil, muerte de Publio Escipión. Derrota de Gneo Escipión, versiones sobre su muerte (34-36).

El soldado L. Marcio reorganiza a los romanos, les habla, y derrota a los cartagineses (37-39).

Sicilia: últimos combates, victoria final de Marcelo (40 - 41, 7).

Roma: nuevos magistrados (41, 8 - 13).

Aníbal ronda Tarento. Acciones en el Brucio y Lucania

1 Mientras se desarrollaban estas operaciones en África y en Hispania, Aníbal pasó el verano en territorio salentino con la esperanza de que una traición le permitiera apoderarse de la ciudad de Tarento. Entre tanto, se pasaron a su bando algunas poblaciones poco importantes de los propios salentinos. Al mismo tiempo, en el Brucio, dos de los doce pueblos que el año anterior se habían pasado a los cartagineses, Consencia y Tauriano [360], retornaron a la alianza con el pueblo romano. Otros más habrían hecho lo mismo si Tito Pomponio Veyentano, prefecto de los aliados, que había alcanzado la consideración de un jefe militar en toda regla con unas cuantas incursiones en territorio brucio coronadas por el éxito, no se hubiese enfrentado con Hannón con un ejército reunido de cualquier manera. En este combate fueron muertos o hechos prisioneros gran número de hombres, aunque de una masa indisciplinada de campesinos y esclavos. La pérdida menos importante fue la captura, entre los demás, del propio prefecto, responsable entonces del aventurado combate, y anteriormente recaudador de impuestos con toda clase de malas artes, poco de fiar y ruinoso tanto para sus colegas como para el Estado. El cónsul Sempronio en Lucania libró numerosos combates de esca-

[360] En la costa occidental del Brucio, al sur de *Vibo Valentia*.

sa importancia, ninguno de ellos digno de mención, y tomó al asalto varias plazas de los lucanos poco conocidas.

Difusión y represión de prácticas religiosas foráneas en Roma. Elecciones. Juegos

6 Cuanto más se alargaba la guerra y los triunfos y los reveses hacían cambiar la actitud de las gentes tanto como la situación, se iba difundiendo entre la población tal cantidad de prácticas supersticiosas, venidas de fuera además en gran parte, que se diría que de repente habían cambiado o los dioses o los hombres.
7 Y ya no sólo iban cayendo en desuso los ritos romanos en privado y en el interior de las casas, sino que incluso en público, en el foro y en el Capitolio había una multitud de mujeres que no ofrecían sacrificios ni suplicaban de
8 acuerdo con las costumbres patrias. Sacrificadores y adivinos se habían adueñado de las mentes; su número se vio incrementado, por una parte, por la avalancha de campesinos a los que la miseria y el pánico habían empujado hacia la ciudad desde los campos que la larga duración de la guerra había vuelto peligrosos e incultos, y por otra parte por las ganancias fáciles que sacaban de la ignorancia ajena, que explotaban como si ejercieran una profesión autorizada.
9 Al principio podían oírse en privado los comentarios indignados de los hombres de bien; después las quejas adquirieron proporciones públicas, alcanzando también a los
10 senadores. Cuando los ediles y los triúnviros capitales [361], censurados con dureza por el senado por no impedirlo, trataron de desalojar del foro a aquella multitud y desarticular el montaje de los sacrificios, estuvieron a punto de
11 ser agredidos. Cuando resultó evidente que aquel mal estaba demasiado arraigado como para ser sofocado por

[361] Tenían a su cargo las prisiones y la ejecución de las sentencias.

magistrados menores, el senado encargó al pretor Marco Emilio la misión de liberar al pueblo de aquellas supersticiones. El pretor leyó en asamblea pública el decreto del 12
senado y publicó un edicto disponiendo que todo aquel que tuviera libros de profecías o plegarias, o copias del ritual de sacrificios le entregase a él antes de las calendas de abril todos estos libros y escritos, y que nadie hiciese sacrificios en lugar público ni sagrado según ritos nuevos o foráneos.

Aquel año fallecieron varios sacerdotes del culto ofi- 2
cial: el pontífice máximo Lucio Cornelio Léntulo; el pontífice Gayo Papirio Masón, hijo de Gayo; Publio Furio Filo, augur, y Gayo Papirio Masón, hijo de Lucio, decénviro de los sacrificios. Fueron nombrados pontífices Marco 2
Cornelio Cetego en sustitución de Léntulo y Gneo Servilio Cepión en sustitución de Papirio; augur fue nombrado Lucio Quincio Flaminino, y decénviro de los sacrificios Lucio Cornelio Léntulo.

Se aproximaba ya la fecha de las elecciones consulares, 3
pero como no se estimaba conveniente apartar de las tareas bélicas a los cónsules entregados a ellas, el cónsul Tiberio Sempronio nombró dictador para presidir los comicios a Gayo Claudio Centón. Éste nombró jefe de la caballería a Quinto Fulvio Flaco. El primer día de elecciones 4
el dictador proclamó cónsules [362] a Quinto Fulvio Flaco, el jefe de la caballería, y a Apio Claudio Pulcro, que había tenido Sicilia a su cargo como pretor. A continuación 5
fueron elegidos pretores Gneo Fulvio Flaco, Gayo Claudio Nerón, Marco Junio Silano y Publio Cornelio Sila. Finalizados los comicios, el dictador dejó el cargo. Aquel año, 6
junto con Marco Cornelio Cetego fue edil curul Publio

[362] Para el año 212.

Cornelio Escipión, el que después recibió el sobrenombre
de Africano. Como los tribunos de la plebe se oponían
a que fuera candidato alegando que no se le podía tener
en cuenta porque no tenía todavía la edad reglamentaria
7 para presentar su candidatura, dijo: «Si todos los ciudada-
nos romanos quieren elegirme edil, tengo años bastantes».
A continuación salieron todos corriendo hacia sus tribus
a depositar el voto con tal entusiasmo que los tribunos
8 desistieron de su propósito inmediatamente. La esplendidez
de los ediles se manifestó de esta forma: se celebraron unos
juegos romanos magníficos para los recursos con que se
contaba por entonces y se repitieron un día más, y se
repartieron a cada barrio cincuenta medidas de aceite.
9 Los ediles de la plebe Lucio Vilio Tápulo y Marco Fun-
danio Fundulo presentaron ante el pueblo acusación de con-
ducta inmoral contra varias matronas; mandaron al destie-
10 rro a algunas de ellas que resultaron condenadas. Los
juegos plebeyos se celebraron durante dos días seguidos
y se ofreció un banquete a Júpiter con motivo de los juegos.

Asignación de provincias. Incidentes con un publicano

3 Quinto Fulvio Flaco, por tercera
vez[363], y Apio Claudio entraron en fun-
ciones como cónsules. Por su parte, los
pretores sortearon los campos de actua-
ción; a Publio Cornelio Sila le corres-
pondió la jurisdicción urbana y la peregrina, que anterior-
2 mente llevaban entre dos; a Gneo Fulvio Flaco, Apulia;
a Gayo Claudio Nerón, Suésula, y a Marco Junio Silano,
3 Etruria. A los cónsules se les asignó formalmente la guerra
con Aníbal con dos legiones cada uno que recibirían el
uno de Quinto Fabio, el cónsul del año anterior, y el otro
4 de Fulvio Centúmalo. En cuanto a los pretores, serían

[363] Las anteriores, los años 237 y 224.

para Fulvio Flaco las legiones que habían estado a las ór-
denes del pretor Emilio en Luceria, y para Nerón Claudio
las que había tenido a su mando Gayo Terencio en el Pice-
no; ellos mismos reclutarían las tropas de complemento.
A Marco Junio se le asignaron, para enfrentarse a los etrus-
cos, las legiones urbanas del año anterior. A Tiberio 5
Sempronio Graco y a Publio Sempronio Tuditano se les
prorrogó el mando en las provincias de Lucania y Galia
con sus ejércitos respectivos; asimismo, se le asignó Sicilia, 6
su antigua provincia, a Publio Léntulo; a Marco Marcelo,
Siracusa y lo que había sido el reino de Hierón; la flota,
a Tito Otacilio; Grecia a Marco Valerio, Cerdeña a Quinto
Mucio Escévola, y las Hispanias a Publio y Gneo Cornelio.
Los cónsules reclutaron dos legiones urbanas para los 7
antiguos ejércitos, y se completó así aquel año un total
de veintitrés legiones.

La actuación de Marco Postumio Pirgense obstaculizó 8
el reclutamiento por parte de los cónsules y estuvo a punto
de provocar disturbios graves. Postumio era un publicano 9
cuyas trampas y codicia durante muchos años ningún ciu-
dadano había igualado si exceptuamos a Tito Pomponio
Veyentano, el que había sido capturado el año anterior
por los cartagineses mandados por Hannón cuando se de-
dicaba a saquear de forma temeraria los campos de Lucania.
Estos dos, como los riesgos del transporte de material 10
para el ejército en caso de temporal corrían a cargo del
Estado, se habían inventado naufragios inexistentes, y en
los casos en que eran reales los que denunciaban no eran
fortuitos sino provocados por ellos fraudulentamente.
Cargaban en barcos viejos y averiados unos cuantos su- 11
ministros de escaso valor, los echaban a pique en alta mar
después de recoger a la tripulación en lanchas preparadas
al efecto y presentaban un informe falso exagerando el va-

12 lor de la mercancía. Semejante fraude había sido denun-
ciado el año anterior al pretor Marco Emilio y éste había
dado cuenta del mismo al senado, pero ningún senadocon-
sulto había condenado el hecho, porque en unas circuns-
tancias como aquéllas los senadores no querían crear ma-
13 lestar en el estamento de los publicanos. El pueblo estaba
dispuesto a perseguir el fraude con mayor rigor, y al fin,
exasperados dos tribunos de la plebe, Espurio y Lucio Car-
vilio, viendo que el hecho suscitaba animosidad y escánda-
lo, impusieron a Marco Postumio una multa de doscientos
14 mil ases. Cuando llegó el día del debate sobre la multa,
la plebe acudió en masa a la asamblea, tanto que el recinto
15 del Capitolio apenas daba cabida a la multitud. Una vez
vista la causa, daba la impresión de que la única esperanza
para el acusado era que el tribuno de la plebe Gayo Servi-
lio Casca, pariente cercano de Postumio, pusiera su veto
16 antes de que las tribus fueran llamadas a votar. Nombrados
interventores, los tribunos retiraron al pueblo y se trajo
una urna para que sortearan dónde votarían los latinos.
17 Entretanto los publicanos instaban a Casca para que retra-
sase la fecha de la asamblea; el pueblo protestaba; por otra
parte, Casca casualmente ocupaba un asiento en primera
fila, en un extremo; lo agitaban sentimientos encontrados
18 de temor y vergüenza al mismo tiempo. En vista de que
no podían confiar demasiado en su apoyo, los publicanos,
con el objeto de sembrar la confusión, irrumpieron en cu-
ña en el espacio que había quedado libre al retirarse el
público, discutiendo a la vez con el pueblo y con los tribu-
19 nos. La cosa estaba al borde de una refriega cuando el
cónsul Fulvio dijo a los tribunos: «¿No veis que habéis
perdido la autoridad y esto puede desembocar en una insu-
rrección si no os apresuráis a disolver la asamblea?».

Una vez disuelta la reunión de la plebe se convocó al 4
senado, y los cónsules informaron de que los publicanos
habían reventado la asamblea de la plebe con osadía y vio-
lencia; recordaron que Marco Furio Camilo, cuyo destie- 2
rro podía haber acarreado la ruina de Roma, había dejado
que sus airados conciudadanos lo condenasen, y antes 3
que él los decénviros, con cuyas leyes se había vivido hasta
entonces, y después muchos ciudadanos de primera fila ha-
bían permitido que el pueblo los juzgase; Postumio Pir- 4
gense le había quitado por la fuerza el derecho al voto
al pueblo romano, había suprimido una asamblea de la
plebe, había desautorizado a los tribunos, había presenta-
do batalla al pueblo romano, había tomado una posición
para cortar el contacto entre los tribunos y la plebe y para
impedir que se llamase a las tribus a votar. Lo único 5
que había contenido a la gente de entablar una lucha san-
grienta era la flexibilidad de los magistrados, que en vista
de las circunstancias habían cedido ante el desvarío y la
osadía de unos pocos y se habían dejado vencer ellos y
el pueblo romano, disolviendo voluntariamente una asam- 6
blea que el acusado iba a impedir por la fuerza de las ar-
mas, para no dar un pretexto a los que buscaban pelea.
Los mejores de los presentes recibieron esta exposición 7
considerando la gravedad que los hechos merecían y el se-
nado declaró formalmente que se trataba de un acto de
violencia contra el Estado y de un precedente muy peligroso,
e inmediatamente los Carvilios tribunos de la plebe deja- 8
ron de lado el debate de la multa y presentaron acusación
de pena capital contra Postumio, disponiendo que, si no
entregaba la fianza, fuese apresado y encarcelado por el
viator. Postumio depositó la fianza y no compareció.
Los tribunos presentaron la siguiente propuesta a la plebe, y 9
la plebe la aprobó: si Marco Postumio no comparecía an-

tes de las calendas de mayo y si cuando ese día se le llamase por su nombre no contestaba ni tenía justificada su ausencia, se le consideraría desterrado, decidiendo que sus bienes fuesen vendidos y le fuesen negados el agua y el fuego.
10 Después, a todos los que habían instigado a la masa y
promovido los disturbios les señalaron día los tribunos para responder a una acusación capital y les exigieron fianzas.
11 Primero metían en la cárcel a los que no depositaban la
fianza, y después incluso a los que estaban en disposición de depositarla. Para eludir ese riesgo la mayoría se exiliaron.

Problemas con el reclutamiento. Quejas de los supervivientes de Cannas y respuesta del senado. Prodigios

5 Así fue el desenlace del fraude de los
publicanos y la osadía con que después
2 trataron de taparlo. Tuvieron lugar a
continuación los comicios para la elección
de pontífice máximo, comicios que presidió el nuevo pontífice Marco Cornelio Cetego.
3 Hubo tres candidatos, en competición muy reñida: el cónsul Quinto Fulvio Flaco, que ya había sido antes cónsul dos veces y censor; Tito Manlio Torcuato, distinguido también con dos consulados [364] y una censura, y Publio Licinio Craso, que se iba a presentar candidato
4 a edil curul. En dicha confrontación venció este último,
un joven, a los que tenían más edad y habían desempeñado altos cargos. Antes de él y por espacio de ciento veinte años, sin haber desempeñado previamente una magistratura curul nadie había sido elegido pontífice máximo excepto Publio Cornelio Colusa.
5 Los cónsules tenían dificultad para llevar a cabo el
reclutamiento, porque el reducido número de hombres jóvenes difícilmente alcanzaba para el doble objetivo, el alis-

[364] En 235 y 224.

tamiento de legiones urbanas nuevas y de tropas suplementarias para las antiguas. Sin embargo, el senado les pro- 6
hibió desistir del empeño y dispuso que se nombrasen dos comisiones de tres miembros para que buscaran en los distritos rurales, los mercados urbanos y los centros de reunión, una hasta el miliario qincuagésimo y la otra más allá, a todos los hombres libres que hubiera y alistaran como 7
soldados a los que considerasen con fuerzas suficientes para llevar las armas aunque no estuviesen aún en edad militar. Se pidió a los tribunos de la plebe que, si lo creían opor- 8
tuno, presentaran al pueblo una propuesta de ley disponiendo que a todos los que prestasen el juramento militar antes de los diecisiete años se les reconociesen los años de servicio como si se hubiesen incorporado a filas a los diecisiete años o más. Las dos comisiones de triúnviros crea- 9
das en virtud de este decreto del senado efectuaron la búsqueda de hombres de condición libre por los campos.

Por las mismas fechas se dio lectura en el senado a 10
una carta enviada desde Sicilia por el cónsul Marco Marcelo referente a las reclamaciones de los soldados que militaban a las órdenes de Publio Léntulo. Formaban este 11
ejército los supervivientes de la derrota de Cannas, confinados en Sicilia, como se dijo ya antes, con la condición de no volver a Italia hasta que finalizara la guerra púnica [365].

Éstos, con permiso de Léntulo, enviaron ante Marco 6
Marcelo a los cuarteles de invierno una comisión formada por los centuriones y soldados de caballería más relevantes y por la elite de la infantería, y uno de ellos, autorizado a hablar, dijo: «Habríamos ido a verte, Marco Marcelo, 2
en Italia cuando eras cónsul, nada más aprobarse aquel

[365] Cf. XXIV 18, 9.

decreto del senado, si no injusto, sí ciertamente riguroso que nos atañía, si no hubiésemos esperado que al ser enviados a una provincia conmocionada por la muerte de sus reyes, a una dura guerra contra sicilianos y cartagine-
3 ses a un mismo tiempo, íbamos a aplacar al senado con la sangre de nuestras heridas, igual que lo hicieron en tiempos de nuestros antepasados combatiendo contra el propio Pirro los que habían sido cogidos prisioneros por Pirro
4 en Heraclea. Y eso que ¿qué acción nuestra mereció que os irritarais con nosotros o estéis irritados ahora, padres
5 conscriptos? (Al verte a ti, Marco Marcelo, tengo la impresión de que estoy mirando a los dos cónsules y al senado en pleno). Si te hubiéramos tenido a ti de cónsul en Cannas, sería mejor nuestra suerte y la de la república.
6 Permite, por favor, que nos defendamos del cargo que se nos imputa, antes de exponer las quejas sobre nuestra situación. Si lo que nos perdió en Cannas no fue la cólera de los dioses ni el destino que teje con sus leyes el devenir inmutable de los acontecimientos humanos, sino una acción culpable, ¿de quién fue, en definitiva, esa culpa?, ¿de los
7 soldados o de los generales? Es obvio que yo, un soldado, jamás acusaré de nada a mi general, y más sabiendo que el senado le ha dado las gracias porque no desesperó de salvar a la república, y que después de su huida de Cannas
8 se le prorrogó el mando un año tras otro. También nos hemos enterado de que los demás supervivientes de aquel desastre que fueron nuestros tribunos militares se presentaban candidatos a los cargos, y los ejercían, y obtenían
9 el gobierno de las provincias. ¿Es que os mostráis fácilmente indulgentes con vosotros mismos y con vuestros hijos, padres conscriptos, y os mostráis duros con estos pobres hombres? ¿Así que para el cónsul y otros ciudadanos de primera fila no fue una deshonra la huida dado que

no había ninguna otra alternativa, y a los soldados los
enviasteis al frente a una muerte segura? En el Alia huyó 10
casi todo el ejército, y en las Horcas Caudinas entregó las
armas al enemigo sin haber siquiera intentado combatir
—y eso sin mencionar otras ignominiosas derrotas de nues-
tros ejércitos—; con todo, se estuvo tan lejos de cargar 11
ningún baldón sobre esos ejércitos que incluso fue recon-
quistada Roma por aquel que había huido a Veyos desde
el Alia, y las legiones caudinas que habían vuelto a Roma 12
desarmadas fueron reenviadas al Samnio e hicieron pasar
bajo el yugo al mismo enemigo que había disfrutado hu-
millándolas a ellas de esa forma. ¿Puede realmente alguien 13
acusar de haber huido y de haber tenido miedo al ejército
de Cannas, donde cayeron más de cincuenta mil hombres,
de donde huyó el cónsul con setenta jinetes, donde no que-
daron más supervivientes que los que dejó el enemigo cuan-
do se cansó de matar? Mientras se decía que no al rescate 14
de los prisioneros, la gente nos elogiaba porque nos había-
mos reservado para el Estado, porque habíamos vuelto a
reunirnos con el cónsul en Venusia y habíamos constituido
algo parecido a un ejército regular. Ahora estamos en 15
una situación peor que los que caían prisioneros en tiem-
pos de nuestros antepasados. Efectivamente, a ellos sólo
se les cambiaban las armas, el rango y el emplazamiento
de la tienda en el campamento, y, no obstante, recupera-
ron todo esto con un solo servicio a la patria, con una sola
victoria; ninguno de ellos se vio relegado al exilio, nadie 16
se vio privado de finalizar el servicio militar; se les dio,
en fin, un enemigo con el que batirse y poner fin de una
vez a su vida o a su deshonra. A nosotros lo único que 17
se nos puede achacar es haber procurado que sobreviviese
a la batalla de Cannas algún soldado romano, y estamos
alejados no ya de la patria y de Italia, sino incluso del ene-

18 migo, para que nos hagamos viejos en el exilio y no tengamos ninguna esperanza, ninguna oportunidad de borrar nuestra ignominia, de aplacar el resentimiento de nuestros
19 compatriotas, de tener una muerte digna, en definitiva. No pedimos la cancelación de nuestro deshonor ni la recompensa por nuestro valor; tan sólo la posibilidad de poner a prueba nuestro coraje y en juego nuestro valor. Pedimos fatigas y riesgos para cumplir el deber de hombres, de sol-
20 dados. En Sicilia se lleva a cabo una guerra encarnizada por segundo año consecutivo ya; los cartagineses asaltan unas ciudades, los romanos otras; se enfrentan ejércitos de infantería, de caballería; en torno a Siracusa se opera por
21 tierra y por mar; escuchamos los gritos de guerra de los combatientes y el estrépito de las armas mientras nosotros permanecemos inactivos como si no tuviéramos manos ni armas. El cónsul Tiberio Sempronio, en repetidas ocasiones ya, ha combatido contra el enemigo en batalla regular con legiones de esclavos: como recompensa por sus servi-
22 cios tienen la libertad y la ciudadanía. Dadnos siquiera el trato de los esclavos comprados para esta guerra; que podamos enfrentarnos al enemigo y buscar la libertad peleando. ¿Tú quieres poner a prueba nuestro valor bien sea en el mar, o en tierra, en el frente de batalla o en el asalto
23 a una ciudad? Reclamamos especialmente los más duros trabajos y peligros, para que cuanto antes se haga lo que se debió hacer en Cannas, puesto que toda nuestra vida desde entonces está marcada por la ignominia».

7 Nada más pronunciar estas palabras se echaron a los pies de Marcelo. Éste manifestó que no entraba en sus atribuciones decidir sobre ello, que escribiría al senado y se-
2 guiría en todo sus instrucciones. Dicha carta fue llevada a los nuevos cónsules y leída por ellos en el senado; después de un debate sobre su contenido, el senado acordó

lo siguiente: a unos soldados que en Cannas habían aban- 3
donado a sus camaradas en pleno combate, no veía el se-
nado razón alguna para confiarles la defensa del Estado;
si el procónsul Marco Claudio era de otra opinión, que 4
hiciera lo que creyese acorde con los intereses del Estado
y su propio deber, siempre y cuando a ninguno de aquellos
hombres se le rebajara de servicios auxiliares, ni se le con-
cediera recompensa militar por su valor, ni se le permitiera
volver a Italia mientras el enemigo estuviera en suelo
itálico.

Después, en virtud de una decisión del senado y de 5
un plebiscito, el pretor urbano convocó los comicios, en
los que se eligió una comisión de cinco miembros para la
reparación de los muros y las torres, y otras dos comisio-
nes de tres miembros, una para inventariar los objetos de
culto y registrar los donativos, y la otra para reparar los 6
templos de la Fortuna y de Madre Matuta en el interior
de la puerta Carmental, y el de la Esperanza en el exterior
de dicha puerta, pues un incendio los había destruido el
año anterior.

El tiempo fue horrible: en el monte Albano llovieron 7
piedras sin parar durante dos días; cayeron rayos en mu-
chos sitios: en dos templos en el Capitolio, en varios pun-
tos de la empalizada del campamento de encima de Suésu-
la, donde resultaron muertos dos centinelas; en Cumas, 8
la muralla y algunas torres fueron no sólo alcanzadas, sino
derruidas por los rayos. En Reate [366] se vio revolotear un
peñasco enorme, y ponerse más rojizo de lo habitual el
sol, como del color de la sangre. Con motivo de estos 9
portentos hubo un día de plegaria pública, y durante va-
rios días los cónsules se dedicaron al ceremonial religioso

[366] Actual Rieti. En territorio sabino, sobre la Vía Salaria.

celebrándose por las mismas fechas nueve días de festividad sacra.

Evasión de rehenes tarentinos. Represalias, y reacciones

10 Desde hacía ya tiempo era esperada por Aníbal y temida por los romanos la defección de los tarentinos, y ocurrió fuera de la ciudad una circunstancia casual
11 que la apresuró. Un tarentino, Fíleas, llevaba ya bastante tiempo en Roma, teóricamente como embajador; hombre de temperamento inquieto, completamente incapaz de soportar la prolongada inactividad en la que se sentía como enervado, encontró la manera de
12 llegar hasta los rehenes de Turios y Tarento. Estaban bajo custodia en el atrio de la Libertad sin demasiada vigilancia porque ni a ellos ni a sus compatriotas les convenía
13 engañar a los romanos. En frecuentes entrevistas se ganó su confianza, sobornó a dos guardianes del templo, los sacó al oscurecer del lugar vigilado y huyó acompañándo-
14 los personalmente en su escapada clandestina. Al amanecer se divulgó por la ciudad la noticia de la fuga, se envió en su persecución, los cogieron a todos y los trajeron de vuelta desde Tarracina. Conducidos al lugar de los comicios, fueron apaleados con la aprobación del pueblo y despeñados desde la roca Tarpeya.

8 La atrocidad de este castigo crispó los ánimos en las dos ciudades griegas más famosas de Italia, crispación
2 pública pero también privada e individual en la medida en que a cada uno le afectaba por su relación de parentesco o de amistad con los que habían muerto de forma tan
3 ignominiosa. Unos trece de éstos, jóvenes de la nobleza tarentina, cuyos cabecillas eran Nicón y Filémeno, forma-
4 ron una conjura. Éstos pensaron que antes de dar ningún paso había que hablar con Aníbal, salieron de noche de la ciudad con el pretexto de ir a cazar y fueron a verle;

y cuando estaban cerca de su campamento, los demás se 5
ocultaron en un bosque cerca del camino y Nicón y Filé-
meno se adelantaron hasta los puestos de guardia, fueron
detenidos y a petición suya conducidos a presencia de Aní-
bal. Cuando expusieron las razones de su plan y lo que 6
tenían pensado, recibieron felicitaciones y un cúmulo de
promesas y se les pidió que llevaran a la ciudad reses de
los cartagineses que habían sacado a pastar, para hacer
creer a sus conciudadanos que habían salido de la ciudad
a coger botín. Se les aseguró que podrían hacerlo sin ries-
go y sin encontrar resistencia. Este botín de los jóvenes 7
llamó la atención, pero la sorpresa fue a menos cuando
se atrevieron a hacer lo mismo una segunda vez y luego
varias más. En un nuevo encuentro con Aníbal se selló 8
el compromiso de que después de su liberación los tarenti-
nos tendrían sus propias leyes, conservarían todas sus po-
sesiones, y no pagarían ningún tributo a los cartagineses
ni recibirían guarnición en contra de su voluntad; la guar-
nición sería entregada y quedaría en poder de los cartagi-
neses. Después que llegaron a este acuerdo, Filémeno 9
ponía en práctica con mayor frecuencia su costumbre de
salir y regresar a la ciudad durante la noche. Era ya famo-
so por su afición a la caza; lo seguían los perros y todo
el equipo; casi siempre volvía con alguna pieza que él 10
había cobrado o que el enemigo había puesto previamente
a su alcance, y se la regalaba al prefecto o a los guardianes
de las puertas; creían que salía precisamente de noche por
miedo a los enemigos.

Cuando era ya una práctica tan habitual que se le 11
abría la puerta a cualquier hora de la noche que hiciese
la señal con un silbato, Aníbal estimó que era el momento
de llevar adelante la operación. Estaba a tres días de 12
camino, y para que resultase menos extraño que estuviera

acampado tanto tiempo en el mismo sitio, fingía estar en-
13 fermo. Incluso los romanos que estaban de guarnición en Tarento habían dejado de encontrar sospechosa su prolongada inactividad.

Aníbal marcha sobre Tarento; ocupa la ciudad, pero no la ciudadela

9 Pero cuando decidió dirigirse a Tarento escogió entre la infantería y la caballería los diez mil hombres que le parecieron más idóneos para la expedición por su agilidad física y el poco peso de su equipo. Emprendió la marcha durante el
2 cuarto relevo de la guardia nocturna, y envió por delante unos ochenta jinetes númidas con la orden de cabalgar en torno a los caminos inspeccionándolo todo atentamente, no fuera a pasarles desapercibido algún campesino que avis-
3 tara la columna a distancia; harían retroceder a los que fueran por delante en su misma dirección y darían muerte a los que vinieran en dirección contraria, con el objeto de dar la impresión a los habitantes de la comarca de que se trataba de salteadores más que de un ejército. Él aceleró la marcha de la columna y a unas quince millas de distan-
4 cia de Tarento acampó. Ni siquiera entonces anunció a dónde se dirigían, se limitó a reunir a los soldados y ponerlos sobre aviso para que marcharan todos por el camino y no dejaran que nadie se desviase o se saliese de las filas, y sobre todo que estuvieran atentos a las órdenes que iban a recibir y no hicieran nada sin una orden de sus jefes; él en su momento les haría saber lo que quería
5 que hiciesen. Casi a la misma hora llegaron a Tarento los rumores de que un reducido número de jinetes númidas asolaban los campos y habían provocado el pánico entre
6 los campesinos en un amplio contorno. Ante esta noticia, la única medida que tomó el prefecto romano fue ordenar que al día siguiente al amanecer saliera parte de la caballe-

ría a impedir los saqueos del enemigo; en otro sentido su 7
despreocupación fue tal que, más bien al contrario, aque-
lla incursión de los númidas fue para él una prueba de
que Aníbal y su ejército no se habían movido del campa-
mento.

Aníbal se puso en marcha a primera hora de la noche. 8
Hacía de guía Filémeno con su habitual cargamento de ca-
za; los demás traidores estaban a la espera de lo que se
había acordado. Habían convenido, en efecto, que al 9
entrar con la caza por la portilla de costumbre, introdujera
hombres armados mientras que Aníbal, por la parte opues-
ta, se acercaba a la puerta Temenítide; es ésta una zona 10
interior orientada al este; murallas adentro hay un espacio
relativamente amplio ocupado por tumbas. Al aproximar-
se a la puerta, Aníbal encendió una antorcha, según lo
convenido, y como respuesta de Nicón brilló otra señal
igual; después se apagaron las dos llamas. Aníbal avan- 11
zaba en silencio hacia la puerta. Nicón atacó por sorpresa
a los dormidos centinelas, dándoles muerte en sus camas-
tros y abriendo la puerta. Entra Aníbal con la columna de 12
infantería y ordena a los jinetes que se detengan para que
puedan acudir a la carrera por el espacio libre a donde
la situación lo exija. Por su parte, Filémeno se iba acer- 13
cando por el otro lado a la portilla por la que solía pasar.
Su voz, conocida, y su señal, ya familiar, despertaron al
centinela y se le abrió la puertecilla cuando dijo que ape-
nas podía cargar con el peso de una pieza de gran tamaño.
Detrás de dos jóvenes que portaban un jabalí entró él con 14
un cazador que no llevaba carga y con un venablo atravesó
al centinela que incautamente se había vuelto hacia los por-
teadores del animal, asombrado por el tamaño de éste.
Después entran unos treinta hombres armados, degüellan 15
a los demás centinelas y fuerzan la puerta más próxima,

e inmediatamente irrumpe la columna en orden de comba-
te. Conducidos de allí al foro en silencio, se reunieron con
16 Aníbal. Entonces el cartaginés repartió dos mil galos en
tres grupos y los mandó por la ciudad, asignando a cada
grupo dos tarentinos como guías. Les ordenó que ocupa-
17 sen las calles más frecuentadas, y que cuando se iniciase
el ataque diesen muerte a mansalva a los romanos y respe-
tasen a los tarentinos. Pero para que pudiera hacerse así
dio instrucciones a los jóvenes tarentinos de que cuando
avistasen a distancia a alguien de los suyos le aconsejasen
que no hiciera ni dijera nada y que estuviese tranquilo.

10 Pronto reinaron la confusión y el griterío que suelen
producirse cuando se toma una ciudad, pero nadie sabía
2 muy bien qué estaba ocurriendo realmente. Los tarentinos
creían que los romanos se habían lanzado al saqueo de
la ciudad; los romanos suponían que había estallado algu-
3 na traición entre la población. El prefecto se despertó al
iniciarse el revuelo y huyó al puerto, embarcó en una lan-
cha y dando un rodeo se trasladó de allí a la ciudadela.
4 Creaba confusión también el sonido de una trompeta
procedente del teatro, pues por una parte la trompeta era
romana, preparada de antemano por los traidores precisa-
mente por esto, y por otra parte la tocaba un griego poco
versado, con lo cual no se sabía con certeza quién daba
5 la señal y a quiénes. Cuando amaneció, los romanos sa-
lieron de dudas al reconocer las armas cartaginesas y galas,
mientras que los griegos, al ver a los romanos muertos ten-
didos por todas partes, comprendieron que la ciudad esta-
6 ba tomada por Aníbal. Después la claridad del día fue a
más y los romanos que habían sobrevivido a la matanza
se refugiaron en la ciudadela y poco a poco se fue acallan-
do el tumulto; entonces Aníbal ordenó convocar a los ta-
7 rentinos a una reunión sin armas. Acudieron todos menos

los que habían seguido a los romanos en su retirada a la ciudadela, dispuestos a correr su misma suerte, cualquiera que fuese. En la asamblea, Aníbal les habló a los taren- 8
tinos en tono amistoso, poniendo énfasis en el trato que había dispensado a los compatriotas suyos que había cogido prisioneros en el Trasimeno o en Cannas, y al tiempo que lanzaba invectivas contra la prepotente dominación de los romanos, les dijo que se fuera cada uno a su casa 9
y escribieran su nombre en la puerta; él iba a dar orden de que en cuanto se diera la señal fueran saqueadas todas las casas que no tuvieran nombre escrito; si alguien escribía su nombre en la casa habitada por un ciudadano romano —pues ocupaban las viviendas vacías—, lo consideraría un enemigo. Una vez disuelta la asamblea, cuando 10
los nombres escritos en las puertas permitieron distinguir las viviendas amigas de las enemigas, se dio la señal y salieron corriendo en todas direcciones a saquear las moradas de los romanos; el botín fue abundante.

Al día siguiente dirigió su ataque contra la ciudadela. 11
Al ver que por el lado del mar, que la baña en su mayor parte como si fuera una península, estaba protegida por un profundo acantilado, y por el lado de la ciudad por la muralla y por un foso de grandes dimensiones, y que no era posible, por ello, tomarla al asalto ni con trabajos de asedio, decidió aislar la ciudad y la ciudadela por 2
medio de una empalizada, para que la atención a la defensa de los tarentinos no lo apartara de operaciones más importantes y para evitar que los romanos atacasen a los tarentinos desde la ciudadela cuando les viniera en gana si éstos quedaban sin una fuerte guarnición. Abrigaba ade- 3
más alguna esperanza de entrar en combate con los romanos si intentaban obstaculizar la obra, o, si su furia los llevaba más lejos, debilitar las fuerzas de la guarnición cau-

sándole tantas bajas que los tarentinos pudiesen por sí so-
4 los defender de ellos la ciudad. Cuando comenzaron los trabajos se abrió de repente la puerta y los romanos atacaron a los que estaban trabajando en la fortificación y los soldados que estaban de vigilancia delante de las obras se dejaron rechazar para que el éxito momentáneo volviera más audaz al enemigo y éste los siguiera más lejos y en
5 mayor número al rechazarlos. En ese momento se dio la señal y surgieron por todas partes los cartagineses que Aníbal había mantenido listos con ese fin; no resistieron el ataque los romanos, pero les impedía huir en desbandada la falta de espacio, en unos sitios el estorbo de los trabajos ya iniciados y en otros los materiales de las obras.
6 Un gran número se precipitó en el foso, y fueron más los muertos durante la huida que durante el combate. A partir de entonces se reinició el trabajo sin que nadie trata-
7 ra de impedirlo. Se cavó una zanja enorme y se levantó una empalizada en su lado interior, disponiéndose además a añadir a corta distancia un muro en paralelo, para que incluso sin guarnición fuesen capaces de defenderse de los
8 romanos. Dejó, no obstante, una pequeña guarnición para que colaborase también en la terminación del muro; él marchó con el resto de las tropas y acampó junto al río Galeso [367], distante cinco millas de la ciudad.

9 Desde este campamento volvió para inspeccionar los trabajos, y como habían avanzado bastante más aprisa de lo que él pensaba, albergó esperanzas de poder incluso asaltar la ciudadela, situada, por otra parte, en sitio llano y no protegida por la altura como las demás, y separada de
10 la ciudad por el muro y el foso. Cuando ya se estaban empleando en el ataque toda clase de artefactos y trabajos

[367] En la Magna Grecia, cerca de Tarento. Nombre actual.

de asedio, una guarnición enviada desde Metaponto les dio ánimos a los romanos para atacar por sorpresa durante la noche los trabajos del enemigo. Deshicieron unos y otros los quemaron, y terminó así el ataque de Aníbal a la ciudadela por aquella parte. La única esperanza que le que- 11
daba era el asedio, y éste no podía ser suficientemente efectivo porque los ocupantes de la ciudadela, que al estar situada en una península domina la entrada del puerto, tenían libre acceso al mar, y la ciudad, por el contrario, tenía cortada la llegada de abastecimientos por mar, corriendo mayor peligro de pasar estrecheces los sitiadores que los sitiados. Aníbal convocó a los tarentinos principa- 12
les y les expuso las dificultades que se presentaban: él no veía la fórmula para asaltar una ciudadela tan bien defendida ni tenía la menor confianza en un asedio mientras los enemigos fueran dueños del mar; en cambio si hubiera 13
naves con las que impedir la entrada de provisiones, los enemigos saldrían de allí o se entregarían automáticamente. Los tarentinos estaban de acuerdo, pero opinaban que 14
quien hacía la sugerencia debía aportar también los medios para ponerla en práctica; en efecto, eso podían hacerlo 15
naves cartaginesas traídas de Sicilia, mientras que las suyas, que estaban encerradas en una pequeña ensenada, ¿cómo iban a salir de allí a mar abierto si el enemigo controlaba la entrada del puerto? «Saldrán», dijo Aníbal. «Mu- 16
chos problemas difíciles por naturaleza se resuelven a base de ingenio. Tenéis una ciudad situada en un llano; hay calles abiertas y con anchura suficiente en todas direcciones. Por la calle que cruza por el centro de la ciudad desde 17
el puerto hasta el mar transportaré las naves en carros sin grandes dificultades, y será nuestro el mar que ahora domina el enemigo, y cercaremos la ciudadela desde allí por mar y desde aquí por tierra; es más, en breve la toma-

remos o abandonada por los enemigos o con ellos den-
18 tro». Estas palabras suscitaron no sólo confianza en el resultado, sino además una gran admiración hacia el general. Al momento se trajeron de todas partes carros que fueron unidos unos a otros, se transportaron máquinas para sacar a tierra las naves, y se pavimentó la calzada para que los carros se desplazaran mejor y el transporte fuera
19 más fácil. Después se hizo acopio de hombres y bestias de carga y se inició animosamente la tarea. A los pocos días la flota equipada y lista bordeó la ciudadela y echó
20 anclas en la bocana misma del puerto. Ésta es la situación que Aníbal dejó en Tarento, y él regresó a sus cuarteles de invierno. Pero los historiadores no coinciden acerca de si fue este año o el anterior la rebelión de los tarentinos; los más, y los que vivieron en época más próxima a los hechos, sostienen que tuvo lugar este año.

El vaticinio de Marcio. Institución de los Juegos Apolinares

12 Las ferias latinas retuvieron en Roma a los cónsules y los pretores hasta el día quinto antes de las calendas de abril.
2 Ese día marchó cada uno a su provincia después de ofrecer un sacrificio en el monte Albano. Los vaticinios de Marcio, conocidos
3 entonces, suscitaron escrúpulos religiosos. Había sido el tal Marcio un adivino famoso, y cuando el año anterior el senado había decretado que se llevara a cabo una investigación sobre esa clase de libros, los suyos habían llegado a manos del pretor Marco Emilio, que se encargaba del asunto; éste se los había pasado en seguida al nuevo pretor
4 Sila. Uno de los vaticinios del tal Marcio confirmado por el curso de los acontecimientos, si bien hecho público después de ocurrir éstos, hacía creíble también el otro, concer-
5 niente a cosas que todavía no habían ocurrido. En la primera profecía se predecía el desastre de Cannas más o

menos con estas palabras: «Descendiente de Troya, huye
del río Cannas, para evitar que los extranjeros te obli-
guen a entrar en combate en la llanura de Diomedes [368].
Pero no me vas a creer hasta que anegues con tu sangre 6
la llanura, y el río arrastrará muchos miles de cadáveres
de los tuyos desde la tierra fecunda hasta el ancho mar;
que tu carne sirva de alimento a los peces, las aves y las
fieras que pueblan la tierra, pues así me lo ha revelado
Júpiter». Los que habían combatido en aquellos lugares 7
identificaban tanto la llanura del argivo Diomedes como
el río Cannas, así como el propio desastre. Se leyó en- 8
tonces el otro vaticinio, más difícil de interpretar porque
el porvenir es más oscuro que el pasado y además era más
enrevesado por el tipo de escritura. «Si queréis, romanos, 9
expulsar de vuestro territorio al enemigo, ese azote que
viene de lejanos países, creo que se le deben prometer con
voto unos juegos a Apolo que se celebren en su honor to-
dos los años con esplendidez; cuando el pueblo haya apor-
tado del dinero público una parte, que contribuyan los par-
ticulares a tenor de su persona y de sus bienes; que pre- 10
sida la celebración de dichos juegos el pretor que adminis-
tre al pueblo y a la plebe la justicia en su más alto grado;
que los decénviros ofrezcan sacrificios con víctimas siguien-
do el rito griego. Si hacéis esto como es debido, seréis siem-
pre felices y vuestra situación irá a mejor, pues el dios
que hace fructificar vuestros campos en paz aniquilará a
los que os hacen la guerra». Emplearon un día en des- 11
entrañar [369] el significado de este vaticinio; al día siguien-
te se aprobó un decreto del senado disponiendo que los

[368] La zona de Apulia donde se encontraba Cannas. El nombre alude a Diomedes, rey de Etolia, hijo de Tideo.

[369] Mantenemos en el texto *explanandum*.

decénviros consultaran los libros sibilinos acerca de la celebración de juegos y del ceremonial religioso en honor
12 de Apolo. Realizada la consulta e informado de ella el senado, éste acordó que se prometieran con voto y se celebraran los juegos en honor de Apolo y que cuando los juegos se celebrasen debían entregársele al pretor doce
13 mil ases para los gastos y dos víctimas mayores. Se aprobó otro decreto del senado disponiendo que los decénviros celebraran el sacrificio conforme al ritual griego con las siguientes víctimas: para Apolo, un buey con los cuernos dorados y dos cabras blancas con los cuernos dorados; pa-
14 ra Latona, una vaca con los cuernos dorados. Cuando el pretor iba a celebrar los juegos en el Circo Máximo publicó un edicto disponiendo que durante su celebración el pueblo contribuyera según sus posibles con un donativo a Apo-
15 lo. Éste es el origen de los Juegos Apolinares, prometidos con voto y celebrados con motivo de una victoria, y no de salud pública como muchos creen. El pueblo los contempló llevando coronas, las matronas hicieron rogativas; todo el mundo abrió sus puertas y banqueteó al aire libre, y fue una jornada en que abundaron ceremonias de todo tipo.

Embajada de Capua a Aníbal. Los cónsules asaltan el campamento cartaginés

13 Mientras Aníbal se encontraba en los alrededores de Tarento y los dos cónsules en el Samnio, pero dispuestos, al parecer, a sitiar Capua, los campanos empezaban a pasar hambre, calamidad habitual en un asedio prolongado, porque las tropas romanas les habían impedido hacer la siembra.
2 Enviaron por consiguiente embajadores a Aníbal, rogándole que hiciese transportar trigo a Capua desde las localidades del contorno, antes de que los cónsules llevasen las legiones a sus campos y los destacamentos del enemigo blo-

queasen todos los caminos. Aníbal ordenó a Hannón que 3
se trasladase del Brucio a la Campania con su ejército y
se ocupase de que los campanos tuvieran trigo suficiente.
Hannón salió del Brucio con su ejército procurando evitar 4
los campamentos enemigos y a los cónsules que estaban
en el Samnio, y cuando ya se aproximaba a Benevento,
acampó en una posición elevada a tres millas de la propia
ciudad. Desde allí mandó traer el trigo al campamento 5
desde los pueblos aliados del contorno, donde había sido
almacenado por el verano, asignando destacamentos para
que escoltaran los convoyes. Después envió a Capua un 6
mensajero a decir qué día debían presentarse en el campa-
mento para recibir el trigo después de traer del campo toda
clase de vehículos y animales de carga. Los campanos lo 7
hicieron con su característica dejadez y abandono; envia-
ron poco más de cuatrocientos vehículos aparte de unas
cuantas bestias de carga. Hannón los recriminó por ello,
porque ni siquiera el hambre, que excitaría a los animales
mudos, era capaz de estimular su atención, y dejó para
más adelante la fecha en que debían ir a buscar el trigo
con más medios de transporte. Los beneventanos fueron 8
informados de todos estos extremos tal y como habían ocu-
rrido y enviaron inmediatamente diez diputados a los cón-
sules —el campamento romano estaba en los alrededores
de Boviano—. Los cónsules, después de escuchar lo que 9
estaba ocurriendo cerca de Capua, decidieron de mutuo
acuerdo que uno de ellos llevara su ejército a Campania.
Fulvio, a quien había correspondido este cometido, em-
prendió la marcha por la noche y entró en Benevento.
Sobre el terreno se enteró de que Hannón había salido a 10
recoger trigo con parte del ejército; que el cuestor procedía
a la entrega de trigo a los campanos; que habían llegado
dos mil carros y una multitud desorganizada y desarmada;

que todo se hacía de forma embarullada y precipitada, y que con aquella mezcolanza de campesinos venidos de fuera se había ido al traste la organización y el carácter militar del campamento.

11 Después de asegurarse de la certeza de estos datos, el cónsul ordenó a sus hombres que preparasen para esa noche únicamente las enseñas y las armas, que había que
12 atacar el campamento cartaginés. Se pusieron en marcha durante el cuarto relevo de la guardia, dejando en Benevento todos los equipos individuales y la impedimenta; llegaron al campamento poco antes del amanecer y provocaron tal pánico que, de haber estado emplazado el campamento en terreno llano, podía haber sido tomado al primer ata-
13 que con toda seguridad. Le sirvió de defensa la elevación del terreno y el atrincheramiento, pues no se podía llegar desde ningún punto a no ser con una difícil y penosa esca-
14 lada. Al amanecer se entabló un encarnizado combate. Los cartagineses no se limitaban a defender la empalizada, sino que, como les era favorable la posición, despeñaban a los enemigos que salvaban la escalada con gran esfuerzo.

14 Sin embargo, el valor y el empeño pudieron con todo y se llegó hasta la empalizada y las trincheras por varios sitios al mismo tiempo, aunque a costa de perder muchos
2 hombres entre muertos y heridos. En vista de ello, el cónsul reunió a los tribunos militares y los legados y dijo que era preciso renunciar a la temeraria empresa; que le parecía menos arriesgado que el ejército regresase aquel día a Benevento y después, al día siguiente, acampar junto al campamento enemigo para que no pudieran ni los campa-
3 nos salir de éste ni Hannón regresar a él; para conseguir esto más fácilmente, él haría venir también a su colega con su ejército y concentrarían allí toda la acción bélica.

El griterío de los soldados que rechazaban con disgusto
una orden tan poco valiente desbarató estos planes del ge-
neral cuando ya mandaba tocar a retirada. Coincidió que 4
estaba en la vanguardia una cohorte peligna, y su prefecto,
Vibio Accao, cogió el estandarte y lo lanzó al otro lado
de la empalizada enemiga. Pidiendo luego maldiciones 5
contra sí mismo y contra la cohorte si los enemigos se apo-
deraban de aquel estandarte, cruzó él en cabeza el foso
y la empalizada e irrumpió en el campamento. Los pe- 6
lignos combatían ya dentro de la empalizada, cuando en
otro punto Valerio Flaco, tribuno militar de la tercera le-
gión, echaba en cara a los romanos su cobardía por dejar
para los aliados el honor de tomar el campamento; enton-
ces Tito Pedanio, primer centurión de los *principes*, le 7
arrebató la enseña al abanderado y dijo: «Dentro de un
instante esta enseña y este centurión estarán dentro de la
empalizada enemiga; los que estén dispuestos a impedir que
la enseña sea capturada por el enemigo, que me sigan».
Cuando cruzó el foso lo siguieron primero los de su maní-
pulo y después toda la legión. En esos momentos el cón- 8
sul, al ver a los que saltaban la empalizada, cambió de
parecer y pasó de mandar retroceder a impulsar y animar
a sus hombres haciéndoles ver el peligroso trance en que
se encontraban la cohorte de sus aliados y la legión de
sus compatriotas. Y así, todos y cada uno se lanzaron, 9
entrando con fuerza, fuese llano o escarpado el terreno,
a pesar de que desde todas partes se lanzaban armas arro-
jadizas y los enemigos formaban una barrera con sus ar-
mas y sus cuerpos; incluso muchos heridos a los que aban-
donaban las fuerzas al desangrarse, se esforzaban por caer
del otro lado de la empalizada enemiga. Por eso, en un 10
instante se tomó el campamento como si estuviera situado
en el llano y no tuviera defensas. A partir de ese momen-

to, con todos entremezclados dentro de la empalizada, más que un combate aquello era una carnicería.

11 Fueron muertos más de seis mil enemigos y capturados más de siete mil, además de los campanos que acarreaban el trigo con todo su equipo de carros y animales de carga; fue también muy abundante el resto del botín que Hannón había traído de los campos de los aliados del pueblo romano cuando había salido a saquear en todas direcciones.
12 Después, una vez destruido el campamento enemigo, regresaron a Benevento y allí vendieron y repartieron el botín los dos cónsules —pues llegó también Apio Claudio
13 pocos días después—. También fueron recompensados los que más habían colaborado en la toma del campamento enemigo, particularmente el peligno Accao y Tito Pedanio,
14 el primer centurión de la tercera legión. Desde Cominio Ocrito [370], donde había recibido la noticia del desastre del campamento, Hannón regresó al Brucio, regreso que más parecía una huida que una marcha, con el reducido número de forrajeadores que casualmente tenía consigo.

Movimiento de tropas hacia Capua. Muerte y funerales de Graco

15 Por su parte, los campanos, enterados de lo que era un desastre para ellos y a la vez para sus aliados, enviaron una delegación a Aníbal para informarle de que los dos cónsules estaban cerca de Benevento, a un día de marcha de Capua: tenían la guerra prácticamente en sus puertas y murallas; si no acudía en su ayuda a toda prisa, Capua caería en
2 poder del enemigo en menos tiempo que Arpos; ni siquiera Tarento, no ya su ciudadela, debía tener tanta importancia como para entregarle al pueblo romano abandonada e indefensa la ciudad de Capua, a la que solía

[370] Se desconoce su emplazamiento.

parangonar con Cartago. Aníbal prometió que estaría 3
pendiente de la situación de Capua y de momento envió con la delegación dos mil jinetes, refuerzo con el que podrían impedir la devastación de sus campos.

Entretanto los romanos estaban pendientes, entre otras 4
cosas, de la ciudadela de Tarento y la guarnición que estaba allí sitiada. El legado Gayo Servilio, enviado a comprar trigo a Etruria por el pretor Publio Cornelio por decisión del senado, llegó burlando la vigilancia del enemigo hasta el puerto de Tarento con unas cuantas naves cargadas.
Con su llegada, los que antes, dadas sus pocas esperanzas, 5
habían sido tentados por el enemigo a pasarse a su bando en repetidas ocasiones a través de conversaciones con ellos, llamaban e invitaban a su vez a los enemigos a cambiar de bando. Por otra parte, la guarnición tenía fuerza bastante, pues las tropas que había en Metaponto habían sido trasladadas para ayudar a la defensa de la ciudadela de
Tarento. De este modo, los metapontinos, liberados de 6
pronto de la amenaza que los mantenía sujetos, se pasaron a Aníbal.

Esto mismo hicieron también en esta misma costa los 7
turinos. Tanto como la defección de los metapontinos y tarentinos, a los que estaban unidos por lazos de parentesco aparte de ser oriundos del mismo país, Acaya, los empujó el resentimiento contra los romanos por la muerte
reciente de los rehenes. Los amigos y parientes de éstos 8
enviaron mensajeros con cartas a Hannón y Magón, que estaban cerca, en el Brucio, diciéndoles que si acercaban su ejército a las murallas, ellos entregarían la ciudad en
sus manos. En Turios [371] mandaba Marco Atinio con una 9

[371] Ciudad situada en el Golfo de Tarento, al norte de Crotona. En 282 pasó a poder romano, y alternó su adhesión a Roma y a Aníbal.

pequeña guarnición; pensaban que podrían arrastrarlo fá-
cilmente a entablar un combate imprudente, por la con-
fianza que tenía no en sus hombres, realmente pocos, sino
en la juventud turina: la había organizado en centurias y
armado expresamente para una eventualidad como aquélla.
10 Los generales cartagineses se repartieron las tropas y pe-
netraron en territorio turino; Hannón avanzó con la colum-
na de infantería presta al ataque en dirección a la ciudad;
Magón con la caballería hizo alto detrás de unas colinas muy
11 bien situadas para ocultar una emboscada. Atinio a través
de sus escuchas detectó únicamente la presencia de la co-
lumna de infantería y formó sus tropas en orden de bata-
lla, ignorando tanto la traición interna como la emboscada
12 enemiga. El combate de la infantería fue muy poco vivo,
con pocos romanos peleando en primera línea y con unos
turinos más a la espera del resultado que en plan de cola-
borar; por su parte, el frente cartaginés cedía terreno adre-
de, con el propósito de llevar al enemigo desprevenido al
13 otro lado de la colina ocupada por su caballería. Cuando
llegaron allí apareció con su grito de combate la caballería
y puso en fuga inmediatamente a la poco disciplinada ma-
sa de turinos que no se mantenía muy firme en su lealtad
14 hacia el bando por el que luchaba. Los romanos, a pesar
de que por un lado los tenía rodeados la infantería y por
el otro la caballería y los acosaban, sostuvieron sin embar-
go el combate durante bastante tiempo; al fin también ellos
15 volvieron la espalda y huyeron a la ciudad. Apelotonados
allí, los traidores abrieron las puertas y dejaron entrar a
la columna de sus paisanos, pero cuando vieron a los ro-
manos derrotados precipitarse hacia la ciudad, gritaron que
se echaban encima los cartagineses y si no cerraban a toda
prisa las puertas iban a entrar también en la ciudad los
16 enemigos entremezclados. De esta forma dejaron fuera a

los romanos y se los pusieron en bandeja al enemigo para
que los liquidara. Atinio pudo entrar, sin embargo, con
unos pocos más. Después continuaron durante algún tiem-
po las disensiones, pues los otros opinaban que había que
rendirse a las circunstancias y entregar la ciudad a los ven-
cedores. Pero como ocurre casi siempre, la mala suerte y 17
los malos consejos prevalecieron. Atinio y los suyos fue-
ron conducidos al mar y embarcados, no tanto por respeto
a los romanos como porque querían tener consideración
con él porque los había gobernado con moderación y justi-
cia, y se dejó entrar a los cartagineses en la ciudad.

Los cónsules marchan al frente de sus legiones desde 18
Benevento hasta el territorio campano con el propósito de
arrasar los trigales, ya crecidos, y también de atacar Capua;
estaban convencidos de que darían renombre a su consula- 19
do si destruían una ciudad tan opulenta y al mismo tiempo
eliminarían la grave humillación que suponía para el impe-
rio el hecho de que llevase ya tres años impune la rebelión
de una ciudad tan próxima. Por otra parte, para que no 20
quedase sin protección Benevento ante los imprevistos de
la guerra, para que pudieran hacer frente al ataque de la
caballería de Aníbal en el caso de que éste acudiera a Ca-
pua a prestar ayuda a sus aliados, cosa que no dudaban
que haría, ordenaron a Tiberio Graco que viniera a Bene-
vento desde Lucania con las tropas de caballería y las de
armamento ligero; para mantener la situación en Lucania,
que dejase a alguien el mando de la infantería y del cam-
pamento permanente.

Cuando Graco estaba ofreciendo un sacrificio antes de 16
partir de Lucania, ocurrió algo que presagiaba algún de-
sastre. Una vez finalizado el sacrificio, dos serpientes se 2
deslizaron desde algún lugar oculto hasta las entrañas de
la víctima y se pusieron a comer el hígado, y al ser descu-

3 biertas desaparecieron de la vista rápidamente. Siguiendo
instrucciones de los arúspices se repitió el sacrificio y se
guardaron con más cuidado las entrañas de la víctima, pe-
ro cuentan que por segunda y tercera vez las serpientes
4 probaron el hígado y se marcharon sanas y salvas. Los
arúspices advirtieron que el presagio se refería al general,
que debía tener cuidado con las maquinaciones de indivi-
duos que no daban la cara; pero ninguna precaución pudo
5 eludir el destino que se cernía sobre él. Había un lucano,
Flavo, cabecilla del sector de lucanos que se mantenía a
favor de los romanos mientras una parte se había pasado
a Aníbal; nombrado pretor precisamente por los primeros,
6 desempeñaba entonces el cargo por segundo año [372]. Cam-
bió éste repentinamente de inclinación buscando un moti-
vo de reconocimiento ante el cartaginés, y no le pareció
suficiente con pasarse él y arrastrar a los lucanos a la de-
fección si no ratificaba el pacto con el enemigo con la ca-
beza y la sangre de su general y huésped, al que traicionó.
7 Fue a entrevistarse clandestinamente con Magón, que tenía
el mando en el Brucio; éste le dio garantías de que, si les
entregaba al general romano, los lucanos entrarían en la
alianza como pueblo libre con sus propias leyes, y él con-
dujo al cartaginés a un sitio donde dijo que llevaría a Gra-
8 co con pocos hombres, que Magón ocultase allí fuerzas
armadas de infantería y caballería —cabía, por otra parte,
9 un gran número en aquel escondite—. Después de ins-
peccionar el lugar y hacer un reconocimiento en todas las
direcciones, se acordó la fecha para llevar a cabo la opera-
10 ción. Flavo se presentó ante el general romano. Dijo que
había puesto en marcha una operación importante y que
para culminarla era necesaria la colaboración personal de

[372] Seguimos la conjetura *altero anno* de Weissenborn.

Graco: había convencido a los pretores de todos los pue-
blos que se habían pasado a Aníbal en aquel movimiento
común a toda Italia para que retornaran a la amistad de
los romanos ahora que la situación de Roma, que había 11
estado al borde de la aniquilación con el desastre de Can-
nas, iba mejorando y consolidándose de día en día mien-
tras que el poderío de Aníbal se debilitaba y quedaba redu-
cido casi a nada; los romanos no se iban a mostrar im- 12
placables con su antiguo error, que jamás había existido
pueblo alguno más comprensivo y pronto a conceder el
perdón: ¿cuántas veces no se les había perdonado también
a sus antepasados su rebelión? Esto les había dicho él, 13
pero ellos preferían oír esto mismo de labios del propio
Graco y estrechar personalmente su diestra llevándose con-
sigo esta garantía de su compromiso; él les había señalado 14
para la entrevista un sitio que no estaba a la vista, no lejos
del campamento romano; allí en cuatro palabras podían
arreglar la cosa para que toda la nación lucana fuese una
aliada fiel de Roma. Graco, lejos de pensar que hubiera 15
trampa en las palabras o en la realidad, seducido por su
verosimilitud, salió del campamento con los lictores y un
escuadrón de caballería y guiado por su huésped se metió
de cabeza en la emboscada. De pronto aparecieron los 16
enemigos y Flavo se unió a ellos, disipando cualquier duda
sobre su traición. Se lanzan armas arrojadizas contra Gra-
co y sus jinetes desde todas partes. Graco desmonta de 17
un salto, ordena a los demás que hagan lo mismo y los
anima a que ennoblezcan con su valor la única salida que
el destino les ha dejado, porque ¿qué otro recurso les 18
queda más que la muerte, siendo tan pocos y asediados por
una gran multitud en un valle rodeado de bosque y monta-
ñas? La alternativa está entre ofrecer sus cuerpos como 19
un rebaño para que los degüellen impunemente o, en vez

de esperar pasivamente el final, pasar a un ataque rabioso
y caer entre un montón de armas y cuerpos de enemigos
agonizantes, en una acción intrépida, bañados en la sangre
20 del enemigo; que todos ataquen al lucano traidor y deser-
tor; el que se lleve por delante a los infiernos esta víctima,
conseguirá un gran honor y un consuelo supremo para su
21 propia muerte. Mientras pronunciaba estas palabras enrolló
el capote militar alrededor del brazo izquierdo, pues ni si-
quiera escudos habían traído consigo, y se lanzó sobre el
22 enemigo. Se entabló un combate desproporcionado al
número de combatientes. Los romanos estaban especial-
mente indefensos frente a los dardos, y como los lanza-
mientos se efectuaban por todas partes desde posiciones
más elevadas sobre un valle profundo, caían acribillados.
23 Los cartagineses ponían empeño en coger vivo a Graco,
que había quedado ya indefenso, pero cuando divisó entre
los enemigos a su huésped el lucano, cargó con tal furia
contra sus filas cerradas que no había posibilidad de dejar-
24 lo con vida sin perder gran número de hombres. Magón
envió su cadáver a Aníbal inmediatamente y éste ordenó
que lo depositaran ante el estrado del general con los *fas-
ces* capturados con él.

25 Si este relato es el verídico, Graco murió en Luca-
nia en el llamado Campo Viejo.

17 Hay quienes sostienen que fue muerto en territorio
de Benevento cerca del río Calor, a donde se dirigió desde
el campamento con los lictores y tres esclavos para bañarse;
2 como precisamente entre los sauces que crecían en las
orillas estaban escondidos los enemigos, desnudo y desar-
mado trató de defenderse con los cantos que arrastraba
3 el río. Según escriben otros, se alejó quinientos pasos
del campamento por consejo de los arúspices para efectuar
en un lugar no contaminado los ritos de expiación de los

presagios a que nos hemos referido anteriormente y lo rodearon dos escuadrones de númidas casualmente emboscados allí. Tan poco comprobados están tanto el lugar como la forma en que murió un hombre tan famoso y eminente.
Hay también diferentes versiones acerca de los funerales 4
de Graco. Unos dicen que fue enterrado en el campamento por sus hombres; otros, y ésta es la versión más extendida, que Aníbal hizo levantar la pira funeraria a la entrada del
campamento cartaginés, y que desfiló el ejército con sus 5
armas, entre las danzas de los hispanos y el movimiento de armas y cuerpos acostumbrados en los respectivos países, celebrando el propio Aníbal las exequias con todos
los honores de palabra y de obra. Ésta es la versión de 6
los que mantienen que los hechos ocurrieron en Lucania. Si se prefiere dar crédito a los que sitúan su muerte junto al río Calor, los enemigos únicamente se apoderaron de
la cabeza de Graco; se la llevaron a Aníbal y éste envió 7
al instante a Cartalón al campamento romano para entregársela al cuestor Gneo Cornelio, que celebró los funerales del general en el campamento, asistiendo los beneventanos junto con el ejército.

La acción en torno a Capua: combate singular, aproximación y alejamiento de Aníbal, asedio

Los cónsules penetraron en territorio 18
campano y, cuando estaban devastándolo todo, una salida de los habitantes de la plaza y de Magón con su caballería los asustó, hicieron volver a toda prisa a la formación a los soldados diseminados por todas partes, y sin poder apenas formarse en orden de combate fueron derrota-
dos, perdiendo más de mil quinientos hombres. A partir 2
de ahí creció enormemente la arrogancia de aquel pueblo ya de por sí presuntuoso y hostigaban a los romanos con ataques continuos; pero aquella única batalla entablada sin

tomar precauciones ni pensárselo dos veces, hizo que los cónsules anduvieran más atentos y con más cuidado.
3 Con todo, un incidente de escasa importancia les devolvió la moral a éstos y les bajó los humos a aquéllos, y es que en una guerra no hay nada tan irrelevante que no adquiera a veces la importancia de un gran acontecimiento.
4 Un campano, Badio, huésped de Tito Quincio Crispino, estaba unido a él por estrechos vínculos de hospitalidad. La relación se había intensificado porque estando en Roma enfermo Badio antes de la rebelión campana había sido atendido generosa y amigablemente en casa de Crispino.
5 Entonces el tal Badio se adelantó hasta los puestos que hacían la guardia delante de la puerta y pidió que llamaran a Crispino. Cuando le dieron el recado a Crispino supuso que se trataría de una entrevista amistosa y familiar, pues seguía vivo el recuerdo de su relación personal a pesar de la ruptura oficial de relaciones, y se adelantó un poco a
6 los demás. Cuando estuvieron a la vista uno de otro, Badio dijo: «Te desafío a un combate, Crispino. Montemos a caballo, que los demás se aparten y veamos quién es mejor
7 guerrero». A esto replicó Crispino que ni a uno ni a otro les faltaban enemigos con los que demostrar su valor; que él, aunque se lo encontrase frente a frente en el campo de batalla, se apartaría para no mancillar su diestra con la sangre de su huésped. Y dándose la vuelta se disponía
8 a alejarse. Pero entonces el campano lo acusó de blando y cobarde con mayor arrogancia, dirigiendo a quien no tenía culpa los insultos que él mismo merecía, llamándole enemigo demasiado hospitalario que fingía perdonar a quien
9 sabía que era superior a él; si no le parecía que con la ruptura de la alianza entre sus pueblos estaban bastante rotos los lazos personales, el campano Badio renunciaba públicamente, con ambos ejércitos como testigos, al víncu-

lo de hospitalidad con el romano Tito Quincio; nada tenía 10
en común con él, ningún pacto los unía, era enemigo de
un enemigo que había venido a atacar su patria y sus pe-
nates públicos y privados; si era hombre, que se enfrentase
a él. Crispino dudó bastante y sus compañeros de escua- 11
drón lo instaron a que no consintiera que el campano lo
insultara impunemente. Por consiguiente, se detuvo sólo 12
para preguntar a los generales si le daban permiso para
pelear en combate singular contra un enemigo que lo desa-
fiaba; conseguido el permiso, cogió sus armas, montó a ca-
ballo, y llamando a Badio por su nombre lo citó a combate.
El campano no se demoró ni un instante y se lanzaron 13
con sus caballos al choque. Crispino le atravesó con su
lanza a Badio el hombro izquierdo por encima del escudo
y saltó del caballo sobre él cuando cayó herido, para rema-
tarlo a pie en el suelo. Badio, antes de que se le viniese 14
encima, abandonó el escudo y el caballo y huyó hacia
los suyos. Crispino, exhibiendo el caballo y las armas 15
que había capturado y la lanza ensangrentada, orgulloso
de sus trofeos, fue conducido a presencia de los cónsules
entre las aclamaciones y parabienes de los soldados y allí
fue felicitado en los términos más elogiosos y generosa-
mente recompensado.

Aníbal trasladó del territorio de Benevento a Capua 19
su campamento, y dos días después de su llegada pre-
sentó batalla, pues estaba seguro de que, si los cam- 2
panos habían librado con éxito un combate pocos días an-
tes sin estar él presente, mucho menos podrían los roma-
nos hacerle frente a él y a su ejército, tantas veces victorioso.
Cuando se inició el combate, el ejército romano pasó difi- 3
cultades sobre todo durante la carga de la caballería, que
los cubría de dardos, hasta que se dio la señal a los jinetes
para que lanzaran sus caballos contra el enemigo. Se com- 4

batía, pues, a caballo cuando el ejército de Sempronio,
que mandaba el cuestor Gneo Cornelio, fue avistado a lo
lejos y atemorizó por igual a los dos bandos, que pensaron
5 que le llegaban refuerzos al enemigo. Como si se hubieran
puesto de acuerdo, se dio la señal de retirada por ambas
partes y volvieron al campamento, separándose cuando la
lucha estaba más o menos igualada; fueron más, sin em-
bargo, los que cayeron por parte romana durante la prime-
6 ra carga de la caballería. Después, para alejar a Aníbal
de Capua, los cónsules se separaron a la noche siguiente,
marchando Fulvio a territorio de Cumas y Claudio a Luca-
7 nia. Cuando al día siguiente se informó a Aníbal de que
el campamento romano estaba vacío y que habían salido
dos columnas en direcciones distintas, al principio no sa-
8 bía a cuál seguir y decidió ir tras Apio. Éste llevó al
enemigo dando un rodeo por donde le pareció y regresó
a Capua por otro camino.

En esa zona se le presentó a Aníbal una nueva oportuni-
9 dad de conseguir una victoria. Había un tal Marco Cen-
tenio, de sobrenombre Pénula, que sobresalía entre los cen-
turiones primipilos tanto por su corpulencia como por su
10 coraje. Después de licenciarse, presentado ante el senado por
mediación del pretor Publio Cornelio Sila, pidió a los sena-
11 dores que le concedieran cinco mil soldados; que él, como
buen conocedor del enemigo y de la zona, no tardaría en
llevar a cabo una acción que compensaría esa asignación
y emplearía contra su inventor las mismas artimañas con
las que habían sido atrapados hasta entonces tanto los ge-
12 nerales como los ejércitos romanos. Si fue estúpido hacer
semejante promesa, no lo fue menos darle crédito como
si fueran las mismas las cualidades de un buen soldado
13 y las de un buen general. En vez de cinco se le con-
cedieron ocho mil soldados, mitad romanos y mitad alia-

dos; además él reclutó por su cuenta en el campo sobre la marcha un buen número de voluntarios y llegó con su ejército casi doblado a Lucania, donde Aníbal se había detenido después de seguir a Claudio inútilmente. No había 14
duda, por supuesto, sobre el resultado de un enfrentamiento entre el general Aníbal y un centurión, y entre unos ejércitos uno de ellos veterano en salir victorioso y el otro bisoño por completo y además en buena medida improvisado y armado a medias. Cuando las columnas se divisaron 15
una a la otra y ninguna de ellas rehusó el combate, inmediatamente se formaron los frentes. A pesar de las diferencias de todo orden, se luchó, sin embargo, más de dos horas, espoleado el ejército romano mientras se mantuvo en pie su jefe. Cuando éste desafió los dardos enemigos, 16
impulsado no sólo por su reputación anterior sino por el miedo al deshonor que le aguardaba si sobrevivía a una derrota provocada por su temeridad, y sucumbió, el ejército romano fue dispersado inmediatamente, pero la caba- 17
llería bloqueaba todas las salidas y no encontraron paso libre ni siquiera para huir, hasta el extremo de que apenas se escaparon seis mil de tantos como eran; los demás fueron aniquilados a mansalva por distintos procedimientos.

Los cónsules iniciaron de nuevo el asedio de Capua 20
con todas sus fuerzas, acarreando y aprestando todo lo que hacía falta para dicha empresa. Se almacenó trigo en 2
Casilino; junto a la desembocadura del Volturno, donde ahora está la ciudad, se atrincheró un fuerte, y tanto allí como en Putéolos, fortificada ya por Fabio Máximo anteriormente [373], se estacionó una guarnición para tener el control del mar cercano y del río. En estos dos fuertes de 3
la costa se almacenó el trigo enviado recientemente de Cer-

[373] Cf. XXIV 7, 10.

deña y el que había comprado en Etruria el pretor Marco
Junio, para que el ejército estuviera provisto durante el
4 invierno. Por otra parte, además del revés sufrido en
Lucania, también el ejército de esclavos voluntarios que
había servido con la mayor lealtad mientras Graco vivía,
a la muerte de su general, considerándose licenciado,
desertó.

Aníbal marcha a Apulia y vence al pretor Fulvio. Tres ejércitos romanos sitian Capua

5 Aníbal no quería desentenderse de Ca-
pua ni abandonar a sus aliados en tan
apurada situación, pero debido al triunfo
conseguido por la temeridad de un jefe
romano andaba a la espera de la oportu-
nidad de sorprender a otro general y
6 otro ejército. Unos embajadores ápulos
le informaron de que el pretor Gneo Fulvio, al principio,
mientras atacaba algunas ciudades de los ápulos que se ha-
bían pasado a Aníbal, había puesto bastante dedicación
en su tarea, pero después, sus triunfos desmedidos le ha-
bían hecho caer tanto a él como a sus hombres ahítos de
botín en tal permisividad y dejadez que la disciplina mili-
7 tar era inexistente. Como Aníbal en muchas ocasiones
anteriores y asimismo pocos días antes había tenido la ex-
periencia de cuál es la situación de un ejército mandado
por un jefe incompetente, trasladó a Apulia su campamento.

21 En las cercanías de Herdónea [374] se encontraba el
pretor Fulvio con las legiones romanas. Cuando llegó allí
la noticia de que los enemigos estaban al llegar, faltó poco
para que los soldados, sin que el pretor diera la orden,
desclavaran las enseñas y se formaran en orden de comba-
te; se contuvieron más que nada por el convencimiento de
2 que podrían hacerlo a su arbitrio cuando quisieran. La

[374] Actual Ardona, en la Apulia interior, al sur de Arpos.

noche siguiente, Aníbal, al saber que en el campamento romano había habido revuelo y que muchos, llamando a las armas, habían instado con insolencia a su jefe a que diera
la señal, persuadido de que se le brindaba la oportunidad 3
de una victoria apostó tres mil hombres con armamento ligero en los caseríos, matorrales y bosques del contorno dispuestos a salir de su escondite todos a la vez a una señal
dada; también ordenó a Magón que con unos dos mil jine- 4
tes ocupara todas las rutas que suponía que el enemigo trataría de seguir en su huida. Se hicieron estos preparativos durante la noche, y al despuntar el día formó sus tro-
pas en orden de batalla. Tampoco Fulvio anduvo remiso, 5
arrastrado por la aventurada impetuosidad de sus hombres y no porque personalmente tuviera alguna esperanza. Así pues, con la misma irreflexión con que habían salido al campo de batalla se formó el propio frente a capricho de los soldados, que corrían al azar y se paraban en el puesto que les venía en gana, y después abandonaban el puesto
porque se les antojaba o por miedo. La legión primera 6
y el ala auxiliar izquierda formaron delante, resultando un
frente muy estirado. Aunque los tribunos gritaban que 7
hacia dentro no había consistencia ni fuerza alguna y que los enemigos abrirían brecha por dondequiera que atacasen, no prestaban atención, es más, ni siquiera escuchaban
ninguna indicación útil. Y enfrente estaba Aníbal, un 8
general completamente diferente, con un ejército diferente, formado de modo diferente. Consiguientemente, los romanos ni siquiera aguantaron el grito de guerra y la primera
carga de los otros. Su jefe, comparable a Centenio por 9
su torpeza y temeridad pero de ningún modo en coraje, al ver la lucha decidida y a los suyos en pleno desconcierto, cogió precipitadamente su caballo y huyó con unos dos-
cientos jinetes. El resto del ejército, rechazado por el 10

frente y envuelto a continuación por la espalda y por los flancos, sufrió tantas bajas que de sus veintidós mil hombres no escaparon más de dos mil. El campamento fue tomado por el enemigo.

22 Cuando llegaron a Roma una tras otra las noticias de estos desastres cundió en la población profundo pesar y pánico. Pero, a pesar de todo, como los cónsules, que tenían el mando supremo, hasta ese momento iban teniendo éxito en sus operaciones, era menor la conmoción pro-
2 ducida por estos reveses. Gayo Letorio y Marco Metilio fueron enviados como comisionados ante los cónsules para darles instrucciones de que recogiesen con cuidado los res-
3 tos de los dos ejércitos tratando de evitar que por miedo o desesperación se entregasen al enemigo como había ocurrido después de la derrota de Cannas, y que buscasen a
4 los desertores del ejército de esclavos voluntarios. La misma tarea le fue encomendada a Publio Cornelio, al que también se había encargado un reclutamiento; éste hizo público un edicto en los mercados y centros de reunión disponiendo que se buscase a los esclavos voluntarios y se les hiciese volver al ejército. Todo esto se hizo con la mayor atención.

5 El cónsul Apio Claudio dejó el mando a Décimo Junio en la desembocadura del Volturno y a Marco Aurelio Cota en Putéolos con instrucciones de enviar inmediatamente el trigo al campamento a medida que llegase alguna nave de
6 Etruria o Cerdeña; él regresó a Capua y encontró a su colega Quinto Fulvio llevándose de Casilino todo lo nece-
7 sario y preparándose para asediar Capua. Entonces pusieron cerco a la ciudad los dos e hicieron venir de Suésula, del campamento de Claudio, al pretor Claudio Nerón.
8 También éste dejó allí una pequeña guarnición para mantener la posición y bajó hacia Capua con el resto de las

tropas. Se plantaron así tres tiendas de general en torno a Capua, y tres ejércitos se pusieron manos a la obra en puntos distintos, disponiéndose a rodear la ciudad con un foso y una empalizada y levantando torres a intervalos regulares. Al mismo tiempo luchaban en muchos puntos 9
contra los campanos que trataban de impedir los trabajos, con tales resultados que los campanos acabaron por mantenerse dentro de las puertas y la muralla. Sin embargo, 10
antes de que se completaran estos trabajos fue enviada una delegación a Aníbal a quejarse de que hubiera abandonado Capua y prácticamente se la hubiera entregado a los romanos, y a instarle a que acudiese en su ayuda siquiera entonces, cuando estaban no sólo sitiados sino rodeados de una empalizada. El pretor Publio Cornelio envió una 11
carta a los cónsules diciéndoles que antes, de completar la circunvalación, les dieran, a los campanos que la quisieran, la oportunidad de salir de Capua llevándose sus cosas consigo: serían libres y conservarían todas sus pertenencias 12
los que salieran antes del quince de marzo; después de esa fecha, tanto los que saliesen como los que se quedasen dentro serían tratados como enemigos. Comunicada oficial- 13
mente esta propuesta a los campanos, la menospreciaron, de tal forma que contestaron a su vez profiriendo injurias y amenazas.

Aníbal había llevado sus legiones desde Herdónea a 14
Tarento con la esperanza de apoderarse de la ciudadela tarentina por la fuerza o el engaño. Como no adelantó gran cosa en ese sentido, cambió de rumbo en dirección a Brundisio, en la idea de que esta plaza sería entregada a traición. Mientras perdía también allí el tiempo inútilmente, 15
llegaron a él los embajadores campanos exponiéndole sus quejas y a la vez sus ruegos. Aníbal les replicó con suficiencia que ya anteriormente había roto el cerco, y que

16 tampoco ahora resistirían los cónsules su llegada. Despedidos con estas esperanzas, los embajadores tuvieron serias dificultades para regresar a Capua, rodeada ya de doble foso y empalizada.

La acción en Siracusa. Tentativas de penetración de los romanos

23 Cuando más se estrechaba el cerco de Capua, llegó a su fin el ataque a Siracusa, al que también ayudó una traición en el interior, aparte de la energía y el cora-
2 je del general y el ejército. Efectivamente, Marcelo, a principios de la primavera, dudaba entre dirigir la acción bélica a Agrigento contra Himilcón e Hipócrates o apretar el cerco de Siracusa.
3 A pesar de que veía que no podía tomar por la fuerza esta ciudad debido a su inexpugnable emplazamiento en tierra y en el mar ni tampoco por hambre, puesto que desde Cartago la abastecían de provisiones casi con entera li-
4 bertad, sin embargo, para probar todos los intentos, pidió a los tránsfugas siracusanos —pues había con los romanos algunos aristócratas expulsados durante la sublevación contra los romanos porque no compartían en absoluto los nuevos planteamientos— que se entrevistaran con quienes les eran afectos, tantearan su actitud y les dieran garantías de que, si Siracusa era entregada, ellos vivirían libres y
5 con sus propias leyes. No eran muy fáciles las entrevistas, porque eran muchos los sospechosos y la atención y las miradas de todos estaban pendientes de que no pasara inad-
6 vertida ninguna iniciativa de esa índole. Un esclavo de los desterrados se introdujo en solitario en la ciudad haciéndose pasar por desertor, reunió a unos cuantos e inició los contactos para tratar esta cuestión. Después se taparon varios con redes en una barca de pesca y así fueron conducidos dando un rodeo hasta el campamento romano y se entrevistaron con los tránsfugas. Estos mismos volvieron

a hacerlo varias veces por el mismo sistema, y después otros y otros más y al final sumaban cerca de ochenta. Pero 7 cuando estaba ya todo dispuesto para la traición, un tal Átalo, indignado porque no se había contado con él para la operación, la denunció a Epicides y todos fueron torturados y muertos.

Inmediatamente después se presentó otra posibilidad, 8 después que ésta se había frustrado. Un tal Damipo, un lacedemonio enviado por Siracusa al rey Filipo, había sido capturado por naves romanas. Epicides estaba muy intere- 9 sado en rescatarlo a toda costa y Marcelo no se opuso a ello, pues ya entonces los romanos buscaban la amistad de los etolios, aliados de los lacedemonios. Los enviados 10 a la entrevista para tratar de su rescate estimaron que había un lugar exactamente equidistante y que les iba bien a ambas partes, junto al puerto de los Trogilos [375], cerca de una torre que llaman Galeagra [376]. Acudieron allí varias 11 veces y uno de los romanos observó desde cerca el muro, contó las piedras, echó cuentas mentalmente de lo que medía cada una a lo ancho, calculó la altura del muro ajus- 12 tando la deducción cuanto pudo, y al comprobar que era bastante más bajo de lo que en un principio habían pensado él y todos los demás y que incluso podía ser salvado con escalas no muy largas, informó de ello a Marcelo, que lo tomó en serio; pero como no era posible aproximar- 13 se al lugar porque estaba vigilado con especial cuidado precisamente por la razón mencionada, se estaba a la espera de una oportunidad. La brindó un tránsfuga cuando anun- 14 ció que se celebraban las fiestas de Diana durante tres días y, puesto que otras cosas escaseaban a causa del asedio,

[375] Al norte de Siracusa.

[376] Entre Tica y Acradina.

se celebrarían banquetes con abundancia de vino suministrado por Epicides para toda la plebe y distribuido entre las tribus por los ciudadanos principales.

15 Cuando Marcelo se enteró de esto habló con algunos de los tribunos militares; éstos escogieron los centuriones y los soldados apropiados para llevar a cabo una acción tan importante y tan audaz, se prepararon escalas en secreto, y ordenó que se dieran instrucciones a los demás para que repusieran fuerzas y se acostaran temprano, que había
16 que salir de expedición durante la noche. Luego, cuando le pareció que era el momento en que los que habían banqueteado durante todo el día estarían ya saciados de vino y les entraría la modorra, ordenó que llevaran escalas los soldados de un solo manípulo y cerca de mil hombres armados fueron conducidos al objetivo en estrecha columna.
17 Cuando los primeros escalaron el muro sin ruido ni alboroto, los demás les siguieron en fila, pues la audacia de los que iban delante infundió valor incluso a los que vacilaban.

Marcelo entra en Siracusa. Combate por barrios

24 Cuando ya habían ocupado una parte del muro los mil hombres, se acercó el resto de las tropas e iban subiendo a la
2 muralla con más escalas. Se les había dado la señal desde el Hexápilo, hasta donde habían llegado los primeros sin encontrar a nadie, porque la mayoría habían comido en las torres y estaban amodorrados por el vino o, medio cargados ya, seguían bebiendo; no obstante, sorprendieron a algunos de ellos
3 en sus camastros y los mataron. Al lado del Hexápilo hay una pequeña puerta; comenzaron a echarla abajo con gran violencia mientras desde el muro se daba la señal con una trompeta, según lo convenido, y en todas partes se operaba ya no furtivamente sino con contundencia mani-

fiesta, y es que ya habían llegado a Epípolas[377], lugar 4
fuertemente vigilado, y más que de pasar inadvertidos se
trataba de infundir pánico al enemigo, como de hecho ocu-
rrió. En efecto, en cuanto se oyó el sonido de las trom- 5
petas y el grito de guerra de los que acababan de ocupar
los muros y una parte de la ciudad, los centinelas creyeron
que estaba todo tomado y unos escapaban muralla adelan-
te y otros saltaban desde lo alto de la muralla o eran arras-
trados por el tropel de los que huían despavoridos. Sin 6
embargo, una gran parte no se había percatado de la gra-
vedad de la situación, en parte porque todos estaban abo-
targados por el vino y el sueño y en parte porque en una
ciudad tan extensa lo que ocurría en un sector no se sentía
suficientemente en toda ella. Justo antes del amanecer, 7
una vez forzado el Hexápilo, entró Marcelo en la ciudad
con todas sus tropas y todos espabilaron y corrieron a em-
puñar las armas para defender, si de alguna forma se po-
día, la ciudad, casi conquistada ya.

Epicides salió de La Isla, que ellos llaman Naso, for- 8
zando la marcha de su columna, convencido de que expul-
saría a los pocos que habrían pasado al otro lado de la
muralla en un descuido de los centinelas. A los que se 9
cruzaban en su camino les decía una y otra vez que exage-
raban la alarma y contaban cosas más graves y terribles
de lo que era la realidad; pero cuando vio que alrededor
de Epípolas estaba todo lleno de hombres armados, se li-
mitó a hostigar al enemigo con unos cuantos proyectiles
y dio la vuelta con su columna regresando a Acradina
no tanto por temor a la fuerza y el número de enemigos 10
como por evitar que, aprovechando la ocasión, se produje-

---

377 El barrio o distrito más occidental, más hacia el interior, de Siracusa, colindante con el de Tica.

ra alguna traición interna y se encontrase cerradas las puer-
tas de Acradina y de La Isla, dada la confusión reinante.
11 Cuando Marcelo traspasó las murallas y contempló desde
lo alto extendida ante sus ojos la que posiblemente era la
ciudad más hermosa del mundo en aquella época, dicen
que se le arrasaron los ojos de lágrimas, en parte por la
alegría de haber llevado a cabo una hazaña semejante y
12 en parte por la antigua gloria de la ciudad. Pensaba en
las flotas atenienses hundidas y en los dos potentes ejérci-
tos aniquilados junto con sus dos famosos generales, y en
tantas guerras libradas contra los cartagineses pasando mo-
13 mentos tan críticos, en tantos y tan opulentos tiranos y
reyes, sobre todo Hierón, el rey cuyo recuerdo estaba más
vivo y que además se había distinguido por sus servicios
al pueblo romano más que por todo lo que su valor y su
14 fortuna le habían deparado. Mientras pensaba en todo
esto y le asaltaba la idea de que todo iba a ser pasto de
las llamas y quedar reducido a cenizas en cosa de una hora,
15 antes de llevar sus tropas a Acradina envió por delante
a los siracusanos que estaban con el ejército romano, co-
mo ya se ha dicho, para que de buenas maneras trataran
de convencer a los enemigos para que entregaran la ciudad.

25 Las puertas y murallas de Acradina estaban defendidas
sobre todo por desertores, que no tenían ninguna esperan-
za de perdón en el caso de una rendición con condiciones,
y no permitieron que nadie se acercase a los muros ni ini-
2 ciara conversaciones. Marcelo, por consiguiente, cuando
se frustró su tentativa, dio orden de avanzar hacia el Euría-
lo [378]. Se trata de un monte situado en un extremo de la
ciudad, de espaldas al mar, que domina la ruta que condu-
ce a los campos y el interior de la isla, en una posición

---

[378] Al oeste de Epípolas.

muy a propósito para recibir abastecimiento. Mandaba 3 esta fortaleza Filodemo de Argos, nombrado por Epicides. Marcelo le envió a Sosis, uno de los asesinos del tirano, quien, después de tener una larga conversación en la que le dieron largas para nada, volvió a decir a Marcelo que Filodemo se había tomado un tiempo para reflexionar. Éste iba dando largas un día tras otro hasta que Hipócra- 4
tes e Himilcón se acercasen con sus tropas, seguro de que, si conseguía que entraran en la fortaleza, el ejército romano encerrado entre las murallas podría ser aniquilado. Viendo Marcelo que no era posible ni la entrega ni la 5
toma del Euríalo, situó su campamento entre Nápoles[379] y Tica —nombres de distritos de la ciudad que son casi como ciudades—, pues temía que si entraba en zonas más pobladas no sería posible evitar las escapadas de una tropa ansiosa de botín. Se presentaron allí comisiones proce- 6
dentes de Tica y Nápoles con las cintas y velos de los suplicantes rogando que no se cometieran matanzas ni incendios. Marcelo reunió al consejo para deliberar sobre lo 7
que más que demandas eran súplicas, y de acuerdo con el sentir general hizo pública la orden a los soldados de que no se cometiera violencia contra las personas libres, pero que todo lo demás se destinaba a botín. Se cercó el cam- 8
pamento con material de derribo de las paredes, formando un muro, y en las puertas del campamento que abrían a alguna calle se apostaron guardias y centinelas en prevención de que pudiera producirse algún ataque al campamento durante las correrías de los soldados. A continuación 9
se dio la señal y los soldados salieron corriendo en todas direcciones; derribaron las puertas, y aun a pesar del páni-

[379] El distrito sur, colindante con el de Tica por el Norte y el de Acradina por el Este.

co y la confusión reinante por todas partes se abstuvieron,
sin embargo, de derramar sangre; el pillaje fue incontrola-
do hasta que se llevaron todas las cosas de valor acumula-
10 das en una larga etapa de prosperidad. Entretanto, tam-
bién Filodemo, después de evacuar sus tropas, entregó el
monte a los romanos en vista de que no había ninguna
esperanza de ayuda y después de recibir garantías de que
11 podría volver sano y salvo al lado de Epicides. Mientras
todos ponían su atención en el tumulto procedente de la
parte conquistada de la ciudad, Bomílcar, aprovechando
que aquella noche la flota romana no podía permanecer
anclada en mar abierto a causa de la violencia del tempo-
12 ral, salió del puerto de Siracusa con treinta y cinco naves
y puso rumbo a alta mar sin encontrar obstáculos, dejan-
do cincuenta y cinco naves a Epicides y los siracusanos.
13 Explicó a los cartagineses en qué situación tan crítica se
encontraba Siracusa y pocos días después regresó con cien
naves, siendo recompensado por Epicides, según cuentan,
con muchos regalos procedentes del tesoro real de Hierón.

26 *Acradina, sitiada, prepara su defensa ayudada por Cartago*

Con el Euríalo en su poder y después
de situar allí una guarnición, Marcelo que-
daba liberado de una preocupación espe-
cial: que el enemigo lanzase un ataque por
la espalda contra la fortaleza y pusiese
en aprietos a los suyos, encerrados entre las murallas sin
2 libertad de movimientos. A continuación puso cerco a Acra-
dina situando tres campamentos en puntos estratégicos, es-
perando reducir a los sitiados a una situación de extrema-
3 da necesidad. Durante varios días los puestos de guardia
de una y otra parte permanecieron inactivos, y de pronto
la llegada de Hipócrates e Himilcón desencadenó una ofen-
siva de ataques contra los romanos por todas partes.
4 Por un lado, en efecto, Hipócrates fortificó el campamen-

to de junto al puerto grande, dio la señal a los ocupantes
de Acradina y atacó el antiguo campamento de los roma-
nos que mandaba Crispino; por otro lado, Epicides hizo
una salida brusca contra los puestos de vanguardia de Mar-
celo, y además la flota cartaginesa se adelantó hasta la
zona de costa situada entre la ciudad y el campamento ro-
mano para evitar que Marcelo pudiera enviar a Crispino
ninguna clase de refuerzos. Sin embargo, con esto los 5
enemigos crearon más confusión que fuego real, pues Cris-
pino no sólo rechazó de sus trincheras a Hipócrates, sino
que incluso lo persiguió cuando huía en desbandada, y por
otra parte Marcelo rechazó a Epicides al interior de la ciu-
dad, y parecía que quedaba bastante asegurado incluso 6
para el futuro que no habría peligro de repentinas incur-
siones por su parte. A esto vino a sumarse una epidemia, 7
desastrosa para todos, que probablemente desviaría la aten-
ción de unos y otros de los propósitos bélicos. En efecto,
al estar en la estación del otoño y en una comarca insana
por naturaleza, pero mucho más fuera de la ciudad que
dentro de ella, el calor insoportable afectó a casi todos
en ambos campamentos. Al principio era lo insano de la 8
estación y del lugar lo que les hacía enfermar y morir; des-
pués propagaba la enfermedad el contacto con los enfer-
mos para atenderlos, de forma que o bien se desatendía
y abandonaba a la muerte a los que la habían contraído,
o bien arrastraban consigo a los que estaban a su lado
para atenderles, contagiados de la misma virulencia del mal.
Fallecimientos y funerales eran el espectáculo diario, y 9
por todas partes se oían lamentos día y noche. Al final, 10
al habituarse a aquel horror, se había embotado de tal ma-
nera la sensibilidad que, aparte de no acompañar a los
muertos con las lágrimas y los lamentos obligados, ni si-
quiera los sacaban ni enterraban, y los cuerpos sin vida

yacían tirados a la vista de los que esperaban una muerte
11 similar y los muertos contaminaban a los enfermos y los enfermos a los sanos con el miedo, la putrefacción y el olor pestilente de los cuerpos; algunos preferían la muerte por la espada y atacaban en solitario los puestos de guar-
12 dia enemigos. Con todo, la epidemia afectó de forma mucho más virulenta el campamento cartaginés que el romano, pues los romanos, durante su prolongado asedio a Siracusa, se habían habituado en mayor medida al clima
13 y a la humedad. Los sicilianos del ejército enemigo, en cuanto vieron que la enfermedad se propagaba debido a la insalubridad del terreno, se dispersaron en dirección a
14 las ciudades cercanas, cada uno a la suya. Pero los cartagineses, que no tenían ningún lugar adonde ir, perecieron todos, hasta el exterminio, incluidos los propios jefes Hi-
15 pócrates e Himilcón. Marcelo, en vista de que el mal iba a más con tan gran virulencia, trasladó a sus hombres a la ciudad y los cuerpos enfermos se restablecieron al estar bajo techo y a la sombra; a pesar de todo, esta misma enfermedad se llevó a muchos en el ejército romano.

27 Aniquilado el ejército cartaginés de tierra, los sicilianos que habían militado a las órdenes de Hipócrates tomaron [380] dos plazas no muy grandes, pero protegidas por su emplazamiento y por fortificaciones, distantes de Siracusa una de ellas tres millas y la otra quince; allí llevaban provisiones desde sus ciudades y también concentraban los refuer-
2 zos. Entretanto, Bomílcar zarpó de nuevo con su flota hacia Cartago y presentó la situación de los aliados de tal forma que suscitó esperanzas no sólo de poder prestarles a éstos una ayuda eficaz, sino además de poder atrapar

[380] Seguimos la conjetura *ceperant,* donde se supone que hay una breve laguna en el texto que incluiría los nombres de las dos plazas.

a los romanos en la ciudad virtualmente tomada, y consiguió 3
que se enviaran con él al frente todas las naves de transporte que fuera posible cargadas con toda clase de suministros y que se reforzara la flota. Salió, pues, de Cartago 4
con ciento treinta naves de guerra y setecientas de transporte y tuvo vientos favorables en la medida suficiente para hacer la travesía hasta Sicilia; pero esos mismos vientos
le impedían doblar el Paquino. Los rumores de su llegada 5
primero, y después su tardanza, mayor de lo que se esperaba, causaron alegría y temor alternativamente entre los romanos y los siracusanos. Epicides temía que la flota car- 6
taginesa se dirigiera de nuevo a África si continuaban soplando durante muchos días los mismos vientos del este, que entonces no se interrumpían desde la salida del sol;
confió el mando de Acradina a los jefes de las tropas mer- 7
cenarias y fue al encuentro de Bomílcar por mar. Éste 8
tenía su flota en un fondeadero orientado hacia África y temía un combate naval no porque fuese inferior en fuerzas o en número de naves —tenía incluso más, por cierto—, sino porque los vientos que soplaban eran más favorables a la flota romana que a la suya; sin embargo, Epicides consiguió que aceptara correr el albur de una confrontación
naval. Marcelo, por su parte, viendo que se concentraban 9
tropas sicilianas procedentes de toda la isla y que estaba al llegar la flota cartaginesa con gran cantidad de provisiones, decidió, a pesar de ser inferior en número de naves, impedir el acceso de Bomílcar a Siracusa, para no verse atacado simultáneamente por tierra y por mar encerrado
en una ciudad enemiga. Las dos flotas enemigas se encon- 10
traban a los lados del promontorio Paquino dispuestas a ir al choque en cuanto la primera calma en el mar les per-
mitiera salir a mar abierto. Por eso, cuando empezó a amai- 11
nar el viento del este, que llevaba varios días soplando con

fuerza, Bomílcar fue el primero en iniciar la maniobra; al principio dio la impresión de que su flota ponía rumbo a alta mar para doblar más fácilmente el promontorio;
12 pero después, al ver que las naves romanas avanzaban en su dirección, asustado no se sabe bien por qué inesperada circunstancia, Bomílcar dio velas hacia alta mar, envió mensajeros a Heraclea para que transmitieran la orden de que las naves de transporte emprendiesen el camino de vuelta
13 a África y él se dirigió a Tarento bordeando Sicilia. Epicides, frustrada de pronto una expectativa tan importante, para no volver a sufrir asedio en una ciudad en gran parte tomada, navegó hacia Agrigento más con la idea de mantenerse a la espera de acontecimientos que de realizar ningún movimiento desde allí.

28 *Los sicilianos negocian la rendición, temida por los desertores*

En cuanto llegó al campamento de los sicilianos la noticia de que Epicides había salido de Siracusa y que los cartagineses habían abandonado la isla y prácticamente se la habían entregado otra vez
2 a los romanos, enviaron a Marcelo una delegación a discutir los términos de la rendición de la ciudad después de tener contactos con los sitiados para sondear su voluntad.
3 Como había acuerdo casi unánime en que todo lo que había pertenecido a los reyes fuese para los romanos, conservando los sicilianos todo lo demás juntamente con la libertad y leyes propias, fueron convocados a las conversaciones aquellos a los que Epicides había confiado el poder;
4 los delegados dijeron que habían sido enviados por el ejército siciliano a Marcelo y a ellos al mismo tiempo, con el propósito de que la suerte fuese la misma de todos los que estaban sitiados y los que habían permanecido fuera del asedio, y que ni unos ni otros pactaran nada por
5 separado. Después se les dejó entrar para que hablaran

con sus parientes y amigos; les expusieron los términos del acuerdo a que habían llegado ya con Marcelo y, al brindárseles la esperanza de salvarse, los convencieron para que se unieran a ellos y atacaran a Policlito, Filistión y un Epicides de sobrenombre Sindón, prefectos de Epicides. Muer- 6
tos éstos, se convocó una asamblea popular y los delegados se lamentaron de la penuria y demás problemas que los propios oyentes solían criticar entre ellos en privado, pero dijeron que no había que echar la culpa a la mala suerte aun siendo tantas las calamidades que los abrumaban, porque de ellos dependía el sufrirlas más o menos tiempo; la razón de que los romanos atacasen Siracusa ha- 7
bía sido el aprecio a los siracusanos, no el odio, pues habían iniciado la guerra y comenzado el asedio de la ciudad en cuanto se habían enterado de que el poder había sido tomado por Hipócrates y Epicides, secuaces primero de Aníbal y después de Jerónimo, siendo objeto de su ataque no la propia ciudad sino sus crueles tiranos. Pero una vez 8
muerto Hipócrates, incomunicado con Siracusa Epicides y muertos sus prefectos, desalojados por completo los cartagineses de la ocupación de Sicilia por tierra y mar, ¿qué motivos tenían ya los romanos para no querer que Siracusa siguiera incólume como si el propio Hierón viviera, aquel singular valedor de la amistad con Roma? De modo que 9
el único peligro tanto para la ciudad como para sus gentes lo representaban ellos mismos en caso de que dejasen escapar la oportunidad de reconciliarse con los romanos; ahora bien, en adelante no se iba a presentar ninguna otra oportunidad como la de aquel preciso momento si se veía claro que, en cuanto se había visto libre, Siracusa se había puesto del lado de los romanos [381].

---

[381] Seguimos la conjetura *Syracusas esse et applicare se Romanis.*

29 Esta intervención fue seguida por todos con grandes muestras de aprobación. Se decidió, sin embargo, elegir pretores antes de nombrar los embajadores; después algunos de estos pretores fueron enviados como delegados ante Mar-
2 celo, y su portavoz dijo: «Ni fuimos primero nosotros, los siracusanos, quienes rompimos con vosotros, sino Jeróni-
3 mo, menos impío con vosotros que con nosotros, ni fue después ningún siracusano quien perturbó la paz convenida a la muerte del tirano sino los satélites del rey, Hipócrates y Epicides, oprimiéndonos unas veces con el miedo y otras con engaños. Nadie puede decir tampoco que hayamos tenido en ningún momento una etapa de libertad en que no
4 hayamos estado en paz con vosotros. Ahora, por cierto, en cuanto hemos comenzado a ser dueños de nuestras decisiones al morir los que tenían oprimida Siracusa, hemos venido inmediatamente a entregar las armas, la ciudad, las murallas, y entregarnos nosotros, sin rechazar ninguna con-
5 dición que nos sea impuesta por vosotros. Los dioses te han concedido a ti, Marcelo, la gloria de conquistar la más famosa y hermosa de las ciudades griegas. Todo lo que hemos llevado a cabo en cualquier época por mar y por tierra que merezca ser recordado, se añade a la gloria de
6 tu triunfo. ¿Prefieres tal vez que se transmita sólo de oídas lo grande que era la ciudad conquistada por ti, y no que pueda además contemplarla la posteridad y que todo aquel que la visite por tierra y por mar pueda señalar tanto los trofeos que nosotros ganamos a los atenienses y los cartagineses como los que tú nos ganaste a nosotros? ¿Lo prefieres a entregar incólume Siracusa a tu familia para que perdure bajo la protección y supervisión de los Marcelos?
7 No dejéis que prevalezca el recuerdo de Jerónimo sobre el de Hierón. Fue amigo éste durante mucho más tiempo que enemigo aquél, y los servicios de uno los comprobas-

teis de hecho vosotros, mientras que el desvarío del otro sirvió únicamente para su propia ruina».

No tenían nada que temer de los romanos, dispuestos 8
además a conceder cualquier cosa; el mayor riesgo de violencia estaba entre ellos mismos, pues los desertores, que pensaban que serían entregados a los romanos, lograron difundir ese mismo miedo entre los soldados mercenarios
auxiliares; éstos cogieron precipitadamente las armas y pri- 9
mero dieron muerte a los pretores y después corrieron en todas direcciones a degollar a los siracusanos, matando con rabia a los que el azar ponía a su alcance, y arramblaron
con todo lo que cayó bajo sus manos. Luego, para no 10
quedarse sin jefes, eligieron seis prefectos para que mandaran tres en Acradina y otros tres en Naso. Cuando al fin se calmó el tumulto hicieron pesquisas para averiguar qué se había tratado con los romanos y comenzaron a ver claro lo que ocurría en realidad: que su situación y la de los desertores era muy diferente.

Toma de Naso y Acradina. Muerte de Arquímedes

Los delegados regresaron de junto a 30
Marcelo muy oportunamente, manifestando que los mercenarios se habían dejado llevar de falsas suposiciones y que los romanos no tenían ninguna razón para que-
rer castigarlos. Uno de los tres prefectos de Acradina era 2
un hispano llamado Mérico. Le enviaron a propósito entre los acompañantes de los delegados a un hispano de las tropas auxiliares; éste se entrevistó con Mérico sin testigos, y primero le expuso la situación en que había dejado Hispania —pues había llegado de allí hacía poco—: todo aque-
llo estaba tomado por las armas romanas; él, si quería ha- 3
cer algo que mereciera la pena, podía ser el caudillo de sus paisanos, tanto si quería servir en el ejército romano como si prefería volver a la patria; si, por el contrario,

seguía prefiriendo el asedio, ¿qué podía esperar, cerrado por
4 tierra y por mar? Estas razones hicieron efecto en Mérico,
y como se había acordado enviar embajadores a Marcelo,
incluyó entre ellos a su hermano, al que el mismo hispano
tomó aparte y lo llevó ante Marcelo; después de recibir
garantías y ponerse de acuerdo sobre el desarrollo de la
5 acción, regresó a Acradina. Entonces Mérico, para disipar
cualquier sospecha de traición en el ánimo de todos, dice
que no le gusta que los embajadores anden yendo y vinien-
do, que no se va a recibir ni enviar ninguno, y para que
la vigilancia sea más estrecha hay que dividir entre los pre-
fectos los puntos estratégicos de suerte que cada uno de
6 ellos se responsabilice de la defensa de su sector. Todos
se mostraron de acuerdo. Al hacer la distribución, a él le
correspondió la zona comprendida entre la fuente de Are-
tusa y la entrada del puerto grande, cosa que hizo saber
7 a los romanos. De este modo, Marcelo ordenó que por
la noche una cuadrirreme remolcase hasta Acradina con
un cable una nave de transporte con soldados y que éstos
desembarcaran enfrente de la puerta próxima a la fuente
8 de Aretusa. Esto se hizo durante el cuarto relevo de la
guardia y, de acuerdo con el plan previsto, Mérico recibió
en la puerta a las tropas desembarcadas. Al amanecer, Mar-
celo atacó con todos sus efectivos las murallas de Acradina,
9 de forma que no sólo atrajo la atención de quienes la ocu-
paban, sino que incluso desde Naso acudieron a la carrera
columnas de soldados abandonando sus puestos de vigilan-
10 cia para rechazar el violento ataque de los romanos. En
medio de esta agitación, unas naves ligeras preparadas de
antemano llegaron hasta Naso dando un rodeo y desem-
barcaron tropas; éstas atacaron por sorpresa los puestos
de guardia medio desguarnecidos y la puerta abierta por
donde poco antes habían salido los soldados, y sin encon-

trar apenas resistencia tomaron Naso, abandonada por la
precipitada huida de sus centinelas. Por otra parte, fueron 11
los desertores los menos tenaces en mantenerse en su pues-
to y defenderla, porque como no se fiaban lo suficiente
ni siquiera de los suyos, huyeron en pleno combate. Mar- 12
celo, en cuanto se percató de que Naso había caído, que
sólo una parte de Acradina estaba ocupada, y que Mérico
se había unido a los suyos con la guarnición, mandó tocar
a retirada para evitar el saqueo de las riquezas reales, que
tenían más fama que valor efectivo.

Una vez refrenada la impetuosidad de la tropa, en cuan- 31
to los tránsfugas tuvieron tiempo y oportunidad para huir,
los siracusanos, libres al fin de temor, abrieron las puertas 2
de Acradina y enviaron representantes a Marcelo con una
única petición: su vida y la de sus hijos. Marcelo reunió 3
al consejo, al que asistieron también los siracusanos que,
expulsados de su patria durante la revuelta, habían estado
en las filas romanas, y respondió que al pueblo romano 4
le habían ocasionado tantos perjuicios en los últimos po-
cos años los que habían dominado Siracusa como servicios
había prestado Hierón durante cincuenta años; pero que la
mayor parte de esos perjuicios habían repercutido donde
debían, y los propios siracusanos habían pagado por haber
violado los pactos un castigo mucho más duro de lo que
el pueblo romano habría querido. Lo cierto es que él lleva- 5
ba tres años sitiando Siracusa, no para que el pueblo ro-
mano tuviese esclavizada a la población, sino para que los
jefes de los tránsfugas no la tuvieran oprimida y sometida.
Un ejemplo de lo que podían haber hecho los siracusanos 6
lo representaban aquellos siracusanos que se habían exilia-
do al ejército romano, o bien el jefe hispano Mérico, que
había entregado la guarnición, o bien, en fin, la decisión,
tardía, es verdad, pero valiente, de los propios siracusanos.

7 Para él la recompensa de todos los peligros y fatigas soportados durante tanto tiempo por tierra y mar en torno a las murallas de Siracusa no era tan grande por haber tenido la suerte de tomar Siracusa como lo sería si hubiese
8 podido conservarla salva. Después se envió un cuestor a Naso con un destacamento para hacerse cargo del tesoro real y custodiarlo. La ciudad fue entregada al pillaje de los soldados después de distribuir vigilantes en las casas
9 de los que habían estado entre las tropas romanas. Se cometieron muchos actos brutales de saña y codicia, y en medio de la enorme confusión que pueden provocar los soldados entregados al pillaje corriendo por las calles de una ciudad conquistada, cuenta la tradición que Arquímedes, cuando estaba inclinado sobre unos dibujos que había trazado en el suelo, fue muerto por un soldado que desconocía de
10 quién se trataba; Marcelo se disgustó por ello y se ocupó de que se le diera sepultura y además hizo buscar a sus parientes, significando para ellos honores y protección su
11 nombre y su recuerdo. Así fue, a grandes rasgos, la toma de Siracusa, donde se cogió tanto botín casi como si se hubiera conquistado Cartago, contra la que se luchaba de poder a poder.

12 Pocos días antes de la toma de Siracusa, Tito Otacilio se trasladó de Lilibeo a Útica [382] con ochenta quinquerre-
13 mes, entró en el puerto antes del amanecer y capturó las naves de transporte cargadas de trigo, y saltando a tierra devastó una buena porción del territorio circundante de Útica, llevando de vuelta a las naves toda clase de botín.
14 Tres días después de haber salido de Lilibeo regresó con ciento treinta naves de transporte cargadas con el trigo y

[382] Fundada por los fenicios, situada en la desembocadura del río Bágradas.

el botín; el trigo lo envió inmediatamente a Siracusa, donde los rigores del hambre amenazaban por igual a ven- 15
cedores y vencidos de no haber llegado tan a tiempo el trigo.

Hispania: los Escipiones dividen sus fuerzas. Asdrúbal pacta la inhibición de los celtíberos

Aquel mismo verano, en Hispania[383], 32
donde en casi dos años no había tenido lugar ninguna acción especialmente destacable y la guerra se desarrollaba más a base de estrategia que de enfrentamientos armados, los generales romanos salieron de los cuarteles de invierno y unieron sus tropas. Se reunió entonces el consejo y 2
todas las opiniones coincidieron en que, si bien hasta entonces lo único que se había hecho era retener a Asdrúbal que pretendía pasar a Italia, era ya tiempo de dar los pasos para 3
poner fin a la guerra en Hispania; estaban convencidos, además, de que se habían reunido fuerzas suficientes para ello con la incorporación a filas de veinte mil celtíberos efectuada aquel invierno. Los ejércitos cartagineses eran 4
tres. Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón, que habían unido sus tropas, se encontraban a unos cinco días de marcha de distancia de los romanos. Más cerca estaba As- 5
drúbal el hijo de Amílcar, que tenía su ejército junto a una ciudad llamada Amtorgis[384]. Los generales romanos 6
querían sorprender primero a éste, y esperaban que hubiera fuerza más que suficiente para ello; les preocupaba únicamente que el otro Asdrúbal y Magón se alarmaran con su derrota, se retiraran a los montes y bosques inaccesibles y prolongaran la guerra. Pensaron, pues, que lo mejor era 7
dividir las tropas en dos cuerpos para abarcar toda Hispania al mismo tiempo en su campaña y se las repartieron

[383] Retoma la narración de XXIV 42, 11.

[384] Desconocida.

de esta forma: Publio Cornelio mandaría dos terceras par-
tes de los efectivos romanos y aliados contra Magón y As-
8 drúbal, y Gneo Cornelio, con un tercio del antiguo ejército,
al que se unirían los celtíberos, dirigiría la campaña contra
9 Asdrúbal Barca. Los dos generales con los dos ejércitos
emprendieron la marcha al mismo tiempo yendo en cabeza
los celtíberos, y acamparon cerca de la ciudad de Amtorgis
10 a la vista del enemigo, separados de él por un río. Gneo
Escipión se quedó allí con las tropas que antes hemos di-
cho y Publio Escipión partió hacia el objetivo bélico que
se le había asignado.

33 Asdrúbal, cuando se dio cuenta de que en el campa-
mento había un ejército romano muy reducido que cifraba
todas sus esperanzas en las tropas auxiliares de los celtíbe-
2 ros, buen conocedor de la absoluta deslealtad de los pue-
blos bárbaros y especialmente de la de todos aquellos entre
3 los que llevaba tantos años de campaña, llegó a un acuer-
do con los jefes celtíberos a través de conversaciones secre-
tas —la comunicación era fácil al estar llenos de hispanos
ambos campamentos— para que a cambio de una fuerte
4 recompensa retiraran de allí sus tropas. No les pareció,
por una parte, una acción monstruosa —no se trataba, en
efecto, de que volviesen sus armas contra los romanos—,
y por otra parte se les ofrecía, por no hacer la guerra,
una suma suficiente como para hacerla, y además resulta-
ban en general agradables tanto el propio descanso como
la vuelta a casa y el placer de ver a los suyos y sus cosas.
5 De modo que no resultó más difícil convencer a la tropa
que a sus jefes. Aparte de que ni siquiera tenían el temor
de que los romanos, tan pocos en realidad, los retuvieran
6 por la fuerza. La verdad es que los jefes romanos deberán
tener siempre cuidado con esto y servirles de advertencia
estos precedentes, de suerte que no confíen en las tropas

auxiliares extranjeras hasta el punto de tener en los campamentos un contingente inferior de fuerzas de su propia patria. Los celtíberos desclavaron inesperadamente sus ense- 7
ñas y se marcharon, y cuando los romanos les preguntaron la razón y les rogaron encarecidamente que se quedasen, su única respuesta fue que los reclamaba una guerra intestina. Escipión, dado que no era posible retener a los alia- 8
dos ni con ruegos ni a la fuerza, en vista de que sin ellos estaba en inferioridad con respecto al enemigo y que no podía reunirse de nuevo con su hermano ni tenía a su alcance ninguna otra vía de solución, decidió retroceder cuanto le fuera posible, poniendo el mayor cuidado en no en- 9
frentarse en ningún momento en terreno llano con el enemigo, que había cruzado el río e iba pisándole los talones en su retirada.

Choque con Indíbil, muerte de Publio Escipión. Derrota de Gneo Escipión, versiones sobre su muerte

Por aquellos mismos días se cernía so- 34
bre Publio Escipión un motivo de alarma similar y un peligro mayor representado por un enemigo nuevo. Se trataba del jo- 2
ven Masinisa, aliado entonces de los cartagineses, al que más tarde hizo famoso y poderoso la amistad con Roma. Éste, 3
en esta ocasión, con su caballería de númidas salió al encuentro de Publio Escipión cuando se acercaba y después se dedicó a hostigarlo día y noche sin cesar, y aparte de capturar a los que se alejaban del campamento 4
a recoger leña y forraje y andaban dispersos, cabalgaba incluso hasta el pie mismo del campamento y lanzándose con frecuencia sobre los puestos de guardia creaba una enorme confusión por todas partes. También sembró la alarma por 5
la noche en las puertas y en la empalizada con sus incursiones por sorpresa, y los romanos no se veían libres de temor o de inquietud en ninguna parte y en ningún momento,

6 obligados a permanecer dentro de la empalizada sin posibilidad de aprovisionarse de nada. Era casi un asedio en toda regla y estaba claro que se iba a estrechar más si Indíbil, que según se decía estaba al llegar con siete mil quinientos suesetanos [385], establecía contacto con los cartagi-
7 neses; entonces Escipión, general precavido y previsor, forzado por las circunstancias tomó una temeraria determinación: salir al encuentro de Indíbil por la noche y entrar
8 en combate dondequiera que se topase con él. Dejó, pues, una pequeña guarnición en el campamento confiándole el mando al legado Tiberio Fonteyo, emprendió la marcha a media noche, y cuando se encontró con el enemigo enta-
9 bló combate con él. Peleaban en formación más de marcha que de combate; pero aun teniendo en cuenta lo desorganizado de la batalla, llevaban ventaja los romanos. Pero súbitamente la caballería númida, que el general creía haber burlado, se desplegó por los flancos sembrando el páni-
10 co, y además, cuando se había iniciado el enfrentamiento con los númidas, se presentó un nuevo enemigo, el tercero: los generales cartagineses que les habían dado alcance por retaguardia cuando ya estaban combatiendo. Un doble frente envolvía a los romanos, que no sabían contra qué enemigo lanzarse primero o por dónde tratar de romper el
11 cerco todos en bloque. Una lanza atravesó el costado derecho del general cuando estaba peleando y dando ánimos y exponiéndose donde eran mayores las dificultades; cuando la cuña de enemigos que cargaron contra los que se apiñaban en torno al general vio que Escipión caía sin vida del caballo, echaron a correr vibrantes de entusiasmo anunciando entre gritos por todo el frente que había caído el

[385] Probablemente vivían cerca de la costa, al norte del Ebro, colindando con los lacetanos.

general romano. Esta noticia, difundida por todas partes, 12
convirtió a los enemigos en claros vencedores y a los romanos en vencidos. Perdido el jefe, éstos en seguida comenza- 13
ron a huir del campo de batalla; pero aunque no resultaba difícil abrirse paso entre los númidas y las tropas auxiliares
de armamento ligero, sin embargo apenas si podían esca- 14
par de tan gran número de jinetes y de tantos soldados de a pie, tan veloces como los caballos, y sucumbieron casi más durante la huida que durante la batalla, y no habría sobrevivido ni uno de no ser porque el día corría ya hacia su ocaso y llegó en seguida la noche.

A continuación los generales cartagineses se dieron pri- 35
sa en sacar ventaja de su suerte y, después de conceder apenas el respiro imprescindible a sus hombres, forzaron la marcha para ir a reunirse con Asdrúbal el de Amílcar, firmemente convencidos de que si llegaban a establecer contacto con él se podría resolver la guerra. Cuando llegaron 2
a su objetivo hubo felicitaciones entusiásticas entre los ejércitos y los generales felices por la reciente victoria, pues se había aniquilado a un ejército entero y a un general de tanta talla, y esperaban, dándola por hecha, una segunda victoria no menos decisiva. La verdad es que aunque 3
a los romanos no les había llegado la noticia de tamaño desastre, sin embargo había una especie de abatimiento silencioso y un callado presentimiento como el que suele darse cuando los ánimos presagian ya una catástrofe inminente.
El propio general, aparte de ser consciente de su abandono 4
por parte de los aliados y del enorme incremento de las tropas enemigas, por conjeturas y deducciones se mostraba más inclinado a suponer que se había sufrido una derrota
que a esperar algo bueno. En efecto, si Asdrúbal y Magón 5
no habían resuelto su propia guerra, ¿cómo habían podido
salir con su ejército sin encontrar resistencia?, ¿cómo era 6

que su hermano no les había hecho frente ni había salido
tras ellos, al menos para unir las tropas con las suyas si
no podía impedir que se reunieran los generales y los ejér-
7 citos enemigos? Preocupado por estos interrogantes, tenía
el convencimiento de que el único camino seguro de mo-
mento era alejarse de allí todo lo que pudiera. En una sola
noche recorrió un trecho considerable sin que el enemigo
se percatara ni realizara, por tanto, ningún movimiento.
8 Cuando, al amanecer, los enemigos se dieron cuenta de su
partida iniciaron la persecución forzando la marcha cuan-
to podían, enviando delante a los númidas. Éstos les die-
ron alcance antes de la noche, y hostigándolos unas veces
9 por retaguardia y otras por los flancos, los obligaron a
detenerse y ponerse a la defensiva. Escipión, sin embargo,
los animaba a pelear y avanzar al mismo tiempo, en la
medida en que pudieran hacerlo sin correr riesgos, antes
de que les dieran alcance las tropas de a pie.

36 Pero durante bastante tiempo no se avanzó gran cosa,
pues tan pronto tenían que adelantar como detener la mar-
2 cha y ya la noche se echaba encima; entonces Escipión re-
tiró a sus hombres del combate y una vez reagrupados su-
bió con ellos a una colina no demasiado segura, la verdad,
y menos para una tropa desmoralizada, pero que era la
3 más elevada del contorno. Allí, con la impedimenta y la
caballería colocada en el centro y la infantería formada
en círculo alrededor, al principio mantenían a raya sin di-
ficultad a los númidas lanzados a la carga contra ellos;
4 pero después, cuando se presentaron los tres generales con
sus tres ejércitos al completo y estaba claro que sólo las
armas iban a ser insuficientes para defender una posición
5 no fortificada, el general comenzó a mirar en torno y a pen-
sar si habría alguna forma de rodearse de una empalizada.
Pero la colina estaba tan pelada y era tan pedregoso el

terreno que no era posible encontrar madera para cortar estacas ni tierra apropiada para el terraplén, ni para excavar el foso o cualquier otro trabajo de fortificación.
Tampoco era el terreno en absoluto lo bastante accidenta- 6
do o abrupto como para dificultarle al enemigo el acceso
o el ascenso; todo él caía en pendiente suave. Con todo, 7
para levantar la barrera de algo parecido a una empalizada, amontonaron alrededor las albardas atadas unas a otras, con sus cargas, apilándolas hasta alcanzar la altura de una empalizada normal, echando encima toda clase de fardos cuando las albardas no alcanzaban.

Cuando llegaron los ejércitos cartagineses, las colum- 8
nas escalaron la colina sin la menor dificultad. Al principio los contuvo aquella especie de inusitada fortificación
como algo sorprendente, mientras sus jefes les pregunta- 9
ban gritando por todas partes por qué se quedaban parados y no deshacían y destrozaban aquella ridiculez que no servía ni para detener a mujeres o niños; el enemigo estaba atrapado sin poder escapar, escondido detrás de los peta-
tes. Así los increpaban despectivamente los jefes, pero no 10
resultaba fácil derribar la barrera de bultos ni saltar por encima de ella, ni cortar las albardas apiladas y cubiertas
con los propios bagajes personales. Sin embargo, derriba- 11
ron con estacas la barrera de bultos abriendo camino a los soldados, y como se hizo lo mismo en muchos puntos,
en seguida estuvo tomada por completo la posición. Los 12
enemigos, muy numerosos y con la victoria a su alcance, masacraban a discreción a los nuestros, que eran pocos y presa del pánico; no obstante, gran parte de estos soldados buscaron refugio en los bosques cercanos y llegaron huyendo hasta el campamento de Publio Escipión, mandado
por el legado Tiberio Fonteyo. En cuanto a Gneo Esci- 13
pión, según unos relatos fue muerto en la colina durante

la primera carga del enemigo, y según otros escapó con unos pocos hombres hasta una torre cercana al campamento, ésta fue rodeada de fuego y de esta forma, al arder las puertas que no había habido forma de echar abajo, fue tomada y muertos todos los que estaban dentro, inclui-
14 do el propio general. Gneo Escipión fue muerto a los ocho años de su llegada a Hispania, a los veintinueve días de la muerte de su hermano. El pesar por la muerte de ambos
15 fue tan hondo en toda Hispania como en Roma; mejor dicho, entre sus compatriotas el dolor se debía también, en parte, a la pérdida de los ejércitos, a la pérdida de la
16 provincia y al desastre nacional, mientras que las Hispanias lloraban y lamentaban la pérdida de los propios generales; más la de Gneo, porque habían estado más tiempo bajo su mando y se había ganado antes su simpatía, y había sido el primero en ofrecer un ejemplo de la justicia y moderación romanas.

El soldado L. Marcio reorganiza a los romanos, les habla, y derrota a los cartagineses

37 Cuando parecían aniquilados los ejércitos y perdidas las Hispanias, un solo hombre restableció la desesperada situa-
2 ción. Había en el ejército un soldado romano de caballería, Lucio Marcio, hijo de Septimio, un joven activo bastante más valeroso e inteligente de lo que correspon-
3 día a su posición social. A sus excelentes dotes naturales se habían añadido las enseñanzas de Gneo Escipión, del que había adquirido a lo largo de muchos años todos los
4 conocimientos de la vida militar. Éste había reunido a los soldados fugitivos y había sacado algunos otros de las guarniciones formando un respetable ejército y se había unido
5 a Tiberio Fonteyo, lugarteniente de Publio Escipión. Pero el caballero romano llegó a gozar de tanto prestigio y respeto entre la tropa que cuando se acordó elegir un jefe

del ejército en los comicios militares después de fortificar el campamento al lado de acá del Ebro, relevándose unos 6
a otros en la vigilancia de la empalizada y en los puestos de guardia hasta que todos emitieron su voto, le otorgaron a Lucio Marcio el mando supremo por unanimidad. A partir 7
de ese momento dedicó todo el tiempo de que disponía, que no era mucho, a fortificar el campamento y hacer acopio de provisiones, obedeciendo puntualmente los soldados todas las órdenes y sin que su ánimo decayera lo más mínimo. Pero cuando llegaron noticias de que Asdrúbal 8
el de Gisgón, que venía con intención de liquidar lo que quedaba de resistencia, había cruzado el Ebro y se estaba acercando, y los soldados vieron que el nuevo general daba la señal para la batalla, se acordaron de los generales 9
que tenían poco antes y de cómo eran los jefes y los ejércitos en los que estaban acostumbrados a depositar su confianza cuando marchaban al combate, y de pronto todos se pusieron a llorar y a mesarse la cabeza, y unos tendían sus manos al cielo echando la culpa a los dioses y otros, tendidos en tierra, invocaban cada uno el nombre de su general. No se conseguía acallar las lamentaciones a pesar 10
de que los centuriones trataban de levantarles los ánimos a los hombres de sus manípulos y el propio Marcio les hablaba con suavidad o los increpaba porque se entregaban a llantos inútiles y propios de mujeres en vez de tensar sus ánimos para defenderse a sí mismos y al mismo tiempo a la república y no dejar que sus generales quedaran sin venganza. De pronto se escuchó un grito de guerra y soni- 11
do de trompetas —pues los enemigos estaban ya cerca de la empalizada—. En un instante el pesar se transformó súbitamente en rabia, se dispersaron corriendo por las armas y en una especie de arrebato se lanzaron hacia las puertas y cayeron sobre el enemigo que se acercaba descuidado

12 y desorganizado. Esta acción inesperada siembra el pánico
instantáneamente entre los cartagineses; se preguntan asom-
brados de dónde han salido de pronto tantos enemigos si
su ejército está casi aniquilado, de dónde les viene tanta
audacia y tanta confianza en sí mismos a unos hombres
vencidos y puestos en fuga, qué general ha surgido una
vez muertos los dos Escipiones, quién tiene el mando del
13 campamento, quién ha dado la señal de combate. Descon-
certados y asombrados ante tantas y tan sorprendentes cir-
cunstancias, empiezan por ceder terreno, y después son re-
chazados con una fuerte acometida y emprenden la huida.
14 Los fugitivos habrían sufrido una horrible carnicería o
sus perseguidores los habrían acosado de forma impruden-
te y arriesgada si Marcio no hubiera dado a toda prisa
la señal de retirada y contenido a su ejército desbocado,
poniéndose delante de las primeras enseñas y sujetando a
más de uno con sus propias manos. Les hizo volver en
seguida al campamento, sedientos aún de sangre y muerte.
15 Cuando los cartagineses, que primero habían sido rechaza-
dos en tropel de la empalizada enemiga, vieron que nadie
los perseguía, creyendo que el miedo había hecho detener-
se al enemigo, marcharon al campamento sintiéndose su-
periores como antes y a paso tranquilo.

16 Idéntico descuido mostraron en la vigilancia del cam-
pamento. En efecto, a pesar de la proximidad del enemi-
go, pensaban, sin embargo, que eran los restos de los dos
17 ejércitos destruidos hacía pocos días. Como por esa razón
la vigilancia en las líneas enemigas era muy relajada, Mar-
cio, después de comprobar este dato, centró su atención
en un plan a primera vista más temerario que audaz:
18 tomar la iniciativa de un ataque al campamento enemigo,
en el convencimiento de que era más viable asaltar el cam-
pamento de Asdrúbal solo que defender el suyo si se unían

otra vez los tres ejércitos y sus tres generales, y al mismo 19
tiempo, si su plan salía bien, se recuperaría de su apurada
situación, y si era rechazado, al menos haría que se le to-
mase en serio al haber pasado a la ofensiva.

Sin embargo, pensó que debía hablar a sus hombres y 38
animarlos, por si los desconcertaba lo sorprendente y alar-
mante de una acción nocturna cuyo proyecto no se corres-
pondía con su actual situación; los reunió en asamblea y
les habló en estos términos: «Cualquiera que conozca mi 2
respeto por nuestros generales antes y después de su muer-
te así como la situación en que todos nosotros nos encon-
tramos, soldados, puede tener la seguridad de que el man-
do que tengo, si bien me habéis honrado mucho al confe-
rírmelo, también es en sí mismo una carga y un motivo de
preocupación. En efecto, en unas circunstancias en que ape- 3
nas si sería dueño de mí para encontrar algún consuelo
para mi ánimo abatido si el peligro no amortiguara el do-
lor, me veo constreñido a pensar en todos vosotros yo so-
lo, tarea realmente difícil en la aflicción. Y ni siquiera en 4
unos momentos en que tengo que considerar de qué forma
podré conservar para la patria lo que aquí queda de los
dos ejércitos me es posible alejar de mi ánimo una persis-
tente tristeza, pues nunca me abandona un doloroso recuer- 5
do, y día y noche los dos Escipiones me agitan con inquie-
tudes y desvelos y a menudo me despiertan de mi sueño
para que no deje que queden sin venganza ni ellos ni sus 6
hombres, vuestros camaradas, nunca vencidos en estas tie-
rras durante ocho años, ni la patria, y me ordenan seguir
sus enseñanzas y sus principios y que así como nadie fue 7
más obediente que yo a sus órdenes cuando vivían, así tam-
bién después de su muerte piense sobre todo qué hubieran
hecho ellos en cada circunstancia y eso lo considere lo me-
jor. Querría que también vosotros, soldados, los honra- 8

rais no con los lamentos y lágrimas con que se acompaña a los que han muerto —están vivos y en pleno vigor en la gloria de sus hazañas—, sino que cada vez que os asalte su recuerdo os entreguéis al combate como si los tuvierais
9 ante vuestros ojos animándoos y dándoos la señal. Seguramente fue ésta la imagen que ayer se ofreció a vuestros ojos y a vuestros corazones y propició ese combate memorable
10 en el que demostrasteis al enemigo que el nombre de Roma no se había extinguido con los Escipiones y que un pueblo cuya energía y valor no se había hundido en el desastre de Cannas, saldrá a flote, sin la menor duda, de cualquier contratiempo del destino».

11 «Ahora, puesto que por vuestra propia iniciativa os habéis atrevido a tanto, quiero comprobar de qué sois capaces bajo la dirección de vuestro jefe. Porque ayer, cuando di la señal de retirada en el momento en que vosotros perseguíais desenfrenadamente al enemigo derrotado, no pretendía poner freno a vuestra audacia sino reservarla para
12 una ocasión mejor de una gloria mayor, para que más adelante, bien preparados y armados, pudierais tener la oportunidad de atacarlos por sorpresa cuando estén desarmados e incluso dormidos. Y las esperanzas de una oportunidad semejante, soldados, no las he concebido al azar y sin más ni más, sino que tienen su fundamento en la propia
13 realidad. Si alguien os preguntara cómo es que siendo pocos y derrotados defendisteis el campamento frente a quienes eran muchos y vencedores, vuestra única respuesta sería sin duda que precisamente por temor a esa circunstancia lo habíais reforzado todo con trabajos de fortificación
14 y vosotros mismos estabais preparados y alerta. Y es que así son las cosas: los hombres están indefensos por completo frente a lo que no es de temer dada su situación, porque uno no toma precauciones ni se protege frente a

aquello a lo que no da importancia. Lo que menos teme 15
el enemigo en estos momentos es que nosotros, sitiados
y atacados hace poco, tomemos la iniciativa de atacar su
campamento. Atrevámonos con lo que no se puede creer
que nos atreveremos; será más fácil precisamente porque
parece muy difícil. Durante el tercer relevo de la guardia
os pondréis en marcha en silencio, conmigo al frente. Sé, 16
lo he comprobado, que el relevo de los centinelas y los
puestos de guardia no se hace con regularidad. Al primer 17
grito de guerra que se escuche en las puertas, al primer
ataque, estará tomado el campamento. Entonces, con unos
enemigos aturdidos por el sueño y despavoridos ante el
inesperado alboroto, cogidos por sorpresa en sus camastros, llevad a cabo la masacre de la que ayer muy a vuestro
pesar os visteis privados. Sé que el plan parece descabella- 18
do, pero en las situaciones difíciles y casi desesperadas los
planes más intrépidos son los más seguros, porque si se
duda un instante en el momento en que se presenta una
ocasión cuya oportunidad pasa volando, es inútil buscarla
después de dejarla escapar. Un ejército está cerca, otros 19
dos no están lejos. Si atacamos ahora, hay alguna esperanza; además, ya habéis probado vuestras fuerzas y las suyas.
Si lo dejamos para otro día y empezamos a ser tomados 20
en serio al divulgarse la acción de ayer, corremos el riesgo
de que se unan todos los generales y todas las tropas. ¿Haremos frente después a tres generales y tres ejércitos a los
que no pudo resistir Gneo Escipión con su ejército íntegro?
Lo mismo que sucumbieron nuestros generales al dividir 21
sus tropas, también pueden ser aplastados por separado
los enemigos divididos. No hay ninguna otra forma de desarrollar la guerra, de modo que lo único que podemos esperar es la oportunidad de la próxima noche. Marchad, y 22
que los dioses nos ayuden, reponed fuerzas para irrumpir

en el campamento enemigo descansados y en plenitud de fuerzas con el mismo coraje con que defendisteis el vuestro».

23 Escucharon con alegría el inesperado plan de su nuevo jefe, y cuanto más osado era más les gustó. Emplearon el resto del día en preparar el equipo y reponer fuerzas y la mayor parte de la noche la dedicaron al descanso. Durante el cuarto relevo de la guardia se pusieron en movimiento.

39 Más allá del campamento más cercano, a una distancia
de seis millas, había otras tropas cartaginesas. Los separa-
ba un profundo valle densamente poblado de árboles; apro-
ximadamente en el centro de este bosque se escondió la
caballería y una cohorte romana, empleando una táctica
2 púnica. Interceptado de esta forma el camino por la mi-
tad, el resto de las tropas fue llevado en marcha silenciosa
hacia el próximo objetivo, y como no había ningún puesto
de guardia ante las puertas del campamento ni centinelas
en la empalizada, penetraron como si se tratara de su pro-
pio campamento, sin que nadie ofreciera resistencia por nin-
3 guna parte. Inmediatamente suenan las trompetas y se lan-
za el grito de combate. Unos degüellan a los enemigos me-
dio dormidos, otros prenden fuego a los techos de paja
seca de los barracones, otros ocupan las puertas para im-
4 pedir la huida. El fuego, el griterío y la masacre, todo al
mismo tiempo, hacen que los enemigos, como privados de
sentido, no puedan oír ni tomar precaución alguna. Se pre-
cipitan sin armas entre los pelotones de hombres armados.
5 Unos corren hacia las puertas, otros saltan por encima de
la empalizada al estar bloqueadas las salidas, y a medida
que logran escapar huyen precipitadamente hacia el otro
6 campamento; entonces son rodeados por la cohorte y la
caballería, que salen corriendo de su escondite, y son muer-
7 tos absolutamente todos, aunque, aun en el caso de que

alguno hubiera escapado de aquella carnicería, los roma-
nos se trasladaron al segundo campamento tan deprisa des-
pués de tomar el primero que no se les podía adelantar
nadie con la noticia del desastre. Allí, como estaban más 8
lejos del enemigo y algunos habían salido al amanecer en
distintas direcciones a coger forraje y leña y alguna presa,
lo encontraron todo aún más descuidado y en desorden;
en los puestos de guardia, únicamente depositadas las ar-
mas; los soldados, desarmados, o bien sentados o tumba-
dos por el suelo, o bien paseando por delante de la empali-
zada y de las puertas. Éstos eran los enemigos, tan despre- 9
venidos y despreocupados, con los que entablaron comba-
te los romanos acalorados aún por la reciente pelea y eufó-
ricos por la victoria. Así fue que no pudieron ofrecer resis-
tencia ninguna en las puertas; en el interior se originó un
encarnizado combate cuando con los primeros gritos y con-
fusión acudieron corriendo desde todo el campamento.
Habría durado largo tiempo si la vista de los escudos ro- 10
manos ensangrentados no hubiese sido para los cartagine-
ses una señal de la otra derrota y no les hubiese infundido
el consiguiente pánico. Este pánico hizo que todos, salvo 11
los que sorprendió la muerte, emprendieran la huida dis-
persándose por donde encontraban salida y perdiendo el
campamento. Así, en una noche y un día, fueron tomados
dos campamentos enemigos bajo el mando de Lucio Mar-
cio. Claudio, que tradujo del griego al latín los Anales de 12
Acilio, sostiene que fueron muertos cerca de treinta y siete
mil enemigos, que fueron hechos prisioneros cerca de mil 13
ochocientos treinta, y que el botín conseguido fue muy con-
siderable, incluyendo un escudo de plata de ciento treinta
y siete libras de peso con la efigie de Asdrúbal Barca.
Valerio Anciate reseña que se tomó únicamente el campa- 14
mento de Magón y que fueron muertos siete mil enemigos;

que en una segunda salida se libró un combate contra Asdrúbal, siendo diez mil los muertos y cuatro mil trescientos
15 treinta los prisioneros. Pisón escribe que fueron muertos cinco mil hombres en una emboscada cuando Magón perse-
16 guía a rienda suelta a los nuestros en retirada. Todos engrandecen el nombre del general Marcio, e incluso añaden a su gloria real circunstancias portentosas: que de su cabeza brotó una llama, sin él darse cuenta, cuando estaba pronunciando una arenga, con gran susto de los soldados que esta-
17 ban a su alrededor, y que como testimonio de su victoria sobre los cartagineses hubo en el templo hasta el incendio del Capitolio un escudo, llamado escudo de Marcio, con la
18 efigie de Asdrúbal. Después, durante algún tiempo la situación se mantuvo tranquila en Hispania, sin que ni unos ni otros acabaran de decidirse al riesgo de un combate decisivo después de sufrir e infligir alternativamente tan serios reveses.

Sicilia: últimos combates, victoria final de Marcelo

40 Mientras en Hispania se desarrollaban estos hechos, Marcelo, después de la toma de Siracusa, lo organizó todo en Sicilia con tanta honradez e integridad que aparte de su reputación acrecentó la respetabilidad del pueblo romano. Trasladó a Roma las obras de arte de la ciudad, las esculturas y cuadros, que abundaban
2 en Siracusa, que evidentemente eran un botín quitado al enemigo conseguidos por derecho de guerra. A partir de ahí, por otra parte, nació la admiración por las obras de arte griegas, y a raíz de esto, el abuso del expolio indiscriminado de todo lo sagrado y lo profano que últimamente se ha vuelto contra los dioses romanos, empezando por el propio templo que Marcelo decoró espléndidamente.
3 Los extranjeros, en efecto, solían visitar los templos dedicados por Marco Marcelo atraídos por las magníficas obras

de ese género, de las que queda sólo una pequeñísima parte.

Acudían a Marcelo embajadas de casi todas las ciudades de Sicilia; las condiciones eran distintas a tenor de la disparidad de sus alegatos. Los que no se habían rebelado o habían reanudado relaciones amistosas antes de la caída de Siracusa, fueron aceptados y tratados como aliados leales. A los que se habían entregado por miedo después de la toma de Siracusa, se les impusieron, como vencidos, las condiciones del vencedor. Les quedaban sin embargo a los romanos restos de resistencia no desdeñables en los alrededores de Agrigento: Epicides y Hannón, jefes supervivientes de la campaña anterior, y un tercero, nuevo, enviado por Aníbal para reemplazar a Hipócrates, un hipacritano [386] de origen libiofenicio al que sus paisanos llamaban Mútines, hombre de acción que había aprendido toda la ciencia de la guerra teniendo a Aníbal por maestro. Epicides y Hannón le dieron el mando de las fuerzas auxiliares númidas, con las que recorrió las tierras enemigas y se puso en contacto con los aliados para mantenerlos leales, ofreciéndole ayuda a cada uno en el momento preciso con tal éxito que al poco tiempo su nombre era conocido en toda Sicilia y él constituía la mayor esperanza de los partidarios de la causa cartaginesa. Consiguientemente, los generales cartaginés y siracusano, encerrados hasta entonces tras las murallas de Agrigento, se decidieron a salir fuera de los muros, no tanto por consejo de Mútines como por lo que confiaban en él, y acamparon junto al río Hímera. Cuando Marcelo tuvo conocimiento de esto, puso sus tropas en movimiento inmediatamente y acampó a unas cuatro millas de distancia del enemigo con el objeto de mantenerse

[386] De Hipacra, moderna Bicerta.

10 a la espera de lo que éste hacía o preparaba. Pero Mútines
no le dejó tiempo ni lugar para esperas o planes, al cruzar
el río y atacar los puestos de guardia enemigos creando
11 una gran confusión y alarma. Al día siguiente, en una ba-
talla casi regular, obligó al enemigo a retirarse al interior
de sus fortificaciones. A continuación fue reclamada su
presencia al producirse un motín de los númidas en el cam-
pamento: aproximadamente trescientos de ellos se habían
marchado a Heraclea Minoa. Marchó a calmarlos y traer-
los de nuevo, no sin advertir a los jefes, según dicen, de
forma tajante, que durante su ausencia no entraran en com-
12 bate con el enemigo. Les sentó mal esto a los dos jefes,
pero peor a Hannón, preocupado desde hacía tiempo por
la fama de Mútines: éste, un medio africano, ¿le iba a
poner cortapisas a él, un general cartaginés enviado por el
13 senado y el pueblo? Hannón convenció a Epicides, que
no acababa de decidirse, para que cruzaran el río y presen-
taran batalla, pues si esperaban a Mútines y el resultado
de la batalla era favorable, la gloria sería de Mútines con
toda seguridad.

41 Ahora bien, Marcelo, considerando vergonzoso que él,
que había rechazado de Nola a un Aníbal lleno de moral
por la victoria de Cannas, se echara para atrás ante estos
enemigos a los que había vencido por tierra y por mar,
ordenó a sus hombres que cogieran en seguida sus armas
2 y sacaran las enseñas. Cuando estaba formando a sus tro-
pas llegaron diez númidas cabalgando a rienda suelta des-
de el frente enemigo, manifestando que sus compatriotas,
movidos en primer lugar por la rebeldía que había hecho
3 retirarse a Heraclea a trescientos de ellos, y también por-
que veían que su prefecto había sido alejado por los jefes,
envidiosos de su gloria, la víspera misma de la batalla, no
4 iban a intervenir en el combate. Eran gente falsa, pero cum-

plieron fielmente lo prometido. Y de esta forma, a los romanos les subió la moral al circular con gran rapidez entre sus filas la noticia de que el enemigo se había quedado sin caballería, que era lo que más temían, y, por su lado, 5
los enemigos estaban nerviosos porque, además de no contar con la colaboración de la mayor parte de sus fuerzas, les entró incluso temor de que su propia caballería les atacase.
No fue, por tanto, muy reñido el combate: el primer grito 6
de guerra y la primera acometida decidieron el resultado. Los númidas permanecieron quietos en las alas durante el choque; cuando vieron a los suyos en retirada, los acompañaron en la huida sólo durante un tiempo, pues al ver 7
que se dirigían a Agrigento todos ellos en tropel, por miedo al asedio se dispersaron en todas direcciones hacia las ciudades más cercanas. Murieron muchos miles de hombres y fueron cogidos seis mil y ocho elefantes. Ésta fue la última batalla de Marcelo en Sicilia; a continuación regresó victorioso a Siracusa.

Roma: nuevos magistrados

El año estaba a punto de finalizar [387], 8
de modo que el senado decretó en Roma que el pretor Publio Cornelio enviara a los cónsules a Capua una carta dicién- 9
doles que mientras Aníbal estaba lejos y no se desarrollaba en torno a Capua ninguna acción importante, uno de ellos, si les parecía, fuera a Roma para la elección de nuevos magistrados. Recibida la carta, los 10
cónsules de común acuerdo decidieron que Claudio presidiera los comicios y Fulvio permaneciera en Capua. Clau- 11
dio proclamó cónsules a Gneo Fulvio Centúmalo y Publio Sulpicio Galba, hijo de Servio, que no había ejercido antes ninguna magistratura curul. A continuación fueron elegidos 12

[387] El 212.

pretores Lucio Cornelio Léntulo, Marco Cornelio Cetego,
13 Gayo Sulpicio y Gayo Calpurnio Pisón. A Pisón le correspondió la jurisdicción urbana, a Sulpicio, Sicilia, Apulia a Cetego, Cerdeña a Léntulo. A los cónsules se les prorrogó el mando por un año.

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración el profesor José Antonio Valdés Gallego.

ÍNDICE GENERAL